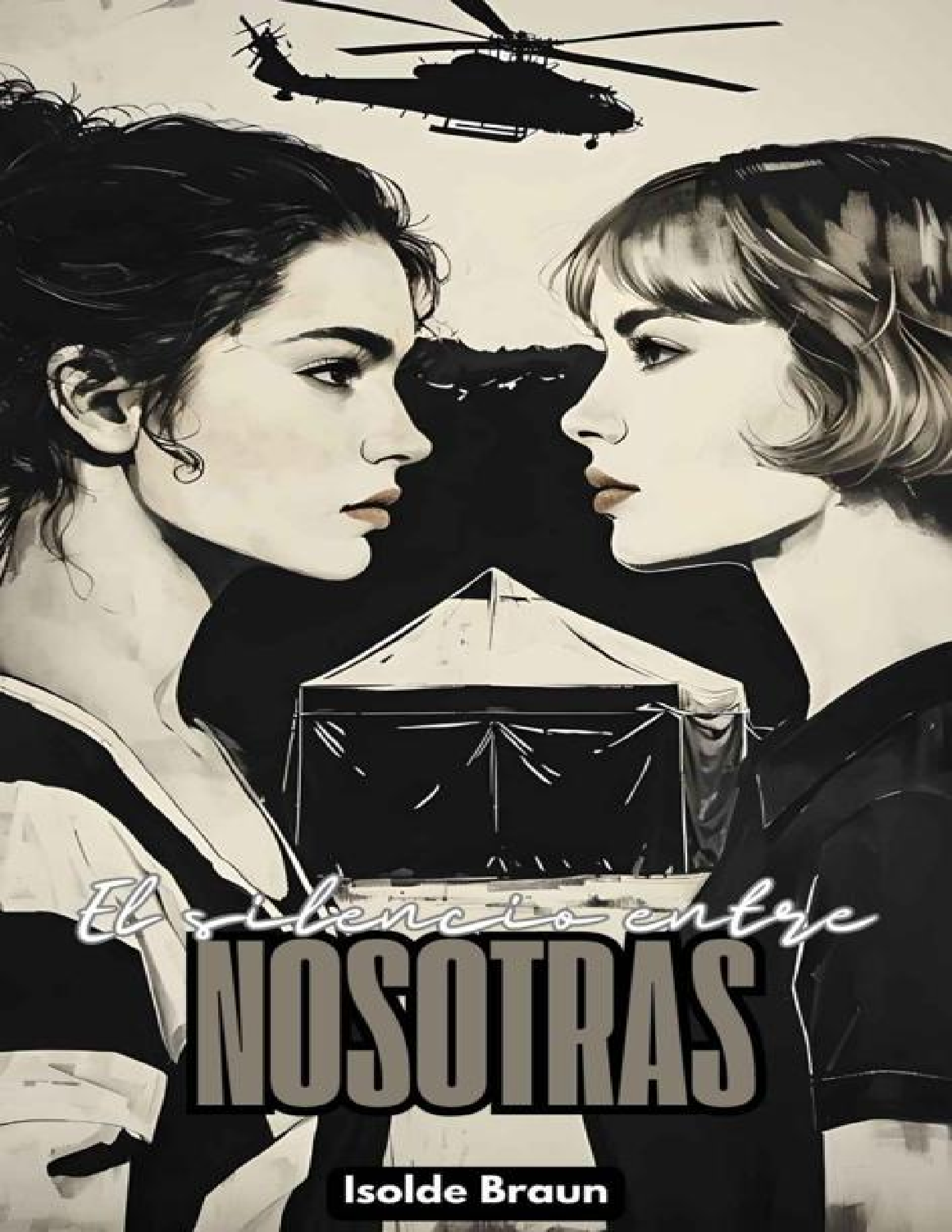

El silencio entre
NOSOTRAS
Isolde Braun

Isolde Braun

El silencio entre nosotras

Copyright © 2025 by Isolde Braun

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

Safe Creative: 2505071677154

Contents

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Epílogo

Prólogo

Esta historia transcurre entre dos tiempos: el pasado, en un pequeño pueblo de Estados Unidos donde nada podía decirse en voz alta; y el presente, en una base médica en zona de guerra donde lo no dicho pesa más que las heridas. Cada capítulo está contado desde el punto de vista de una de las dos protagonistas, June o Riley. Aunque la narración es en tercera persona, se adentra en sus pensamientos, sus recuerdos y sus silencios. Ambos tiempos son necesarios para entender lo que aún arde entre ellas.

Capítulo 1

June: Presente

El calor era espeso, pegajoso, como si el aire también se hubiera rendido ante la violencia del día. En el hospital de campaña, el sudor no era solo una consecuencia física; era una forma más de agotamiento. De cansancio emocional. La tienda vibraba con voces, pasos, gritos en varios idiomas, todos superpuestos, todos urgentes.

June se secó la frente con el dorso del brazo antes de ponerse otro par de guantes. Tenía las manos entumecidas por el esfuerzo y los ojos ardiendo de no dormir lo suficiente desde hacía días. Afuera, los helicópteros no dejaban de llegar. Otra ráfaga de camillas, otro puñado de cuerpos. Algunos ya sin necesidad de cuidados. Otros colgando de un hilo tan fino que se rompía antes de que pudieran tocarlo.

—Tenemos tres más —avisó alguien desde la entrada.

June asintió. No había espacio para preguntas. Solo movimiento. Acción. Vida o muerte en una cuenta regresiva constante. Recibió a la primera camilla sin levantar la mirada del torniquete que ya empezaba a colocar. Era un hombre joven, un soldado. Hemorragia en el abdomen. Hematomas. Posible fractura de pelvis. Lo estabilizó sin pensar demasiado, su mente dividida en mil frentes pero su cuerpo actuando como una maquinaria precisa.

El segundo estaba inconsciente. No había heridas visibles. Le midieron las constantes mientras el equipo le abría la camisa empapada de sudor. Puso una vía. Mandó hacer una analítica. Le ordenó a un enfermero que lo pasara a observación. No lo miró más.

El tercero… el tercero llegó sin moverse.

La camilla se detuvo justo frente a ella, cubierta por una sábana manchada de polvo y tierra. Cuando se la quitaron, June sintió un pequeño vacío abrirse en el centro del pecho. Lo ignoró. Respiró hondo. Dio un paso hacia delante.

—Traumatismo craneal leve —dijo el sanitario local que la acompañaba—. Inconsciente desde hace al menos una hora. Pulso estable.

June asintió y se acercó. La mujer estaba cubierta de arena y sangre seca. Llevaba el uniforme estándar de los militares estadounidenses, aunque sin insignias visibles. El rostro estaba medio cubierto por una costra de polvo, como si el desierto hubiera querido ocultarla por completo.

Tomó una gasa y la empapó en suero. Con el gesto automático de años de entrenamiento, empezó a limpiarle el rostro. Primero la frente. Luego el contorno de los labios.

Y entonces la vio.

La línea de la mandíbula. La curva sutil de la nariz. El mechón rebelde que, incluso ahora, escapaba del recogido militar.

June se detuvo.

Sintió que algo —el pasado, un nombre, una herida— se le deslizaba por dentro como un cuchillo silencioso.

La gasa cayó al suelo sin que se diera cuenta.

No. No podía ser.

Pero lo era.

Riley Maddox.

June no se movió durante varios segundos. Todo lo que la rodeaba —las voces, el calor, el olor a sangre y a plástico quemado— se volvió lejano, como si de pronto estuviera sumergida bajo el agua. La tienda médica seguía funcionando a su alrededor, pero para ella todo había quedado suspendido. No podía oír otra cosa que el eco de un nombre que no había pronunciado en una década.

Riley.

Ese nombre le había arañado el pecho tantas veces en silencio que ahora parecía casi irreal tenerlo frente a ella, sostenido por un cuerpo que aún respiraba.

La gasa seguía en el suelo.

—Doctora Callahan —dijo una voz a su lado. Una enfermera local, joven, mirada seria—. ¿Está bien?

June pestañeó. Se obligó a asentir, a recuperar su rostro profesional. Agachó la cabeza, recogió la gasa. No podía pensar en nada más. No ahora. No aquí.

—Estoy bien —dijo. Le tembló apenas la voz, pero logró ocultarlo bajo la máscara quirúrgica que llevaba puesta.

Volvió a limpiar el rostro de Riley. Esta vez con más firmeza. Su mano ya no temblaba, pero cada centímetro que revelaba era un golpe en el estómago.

El mismo lunar en la clavícula izquierda. La misma curvatura exacta en los labios. Había cambiado, claro que sí. Tenía el rostro más afilado, los pómulos marcados, las ojeras profundas. Pero seguía siendo ella.

La misma mujer que la había besado por primera vez. La misma que había desaparecido sin despedirse, sin una palabra, sin una explicación. La misma que, durante años, había sido un agujero en su pecho.

—Tiene un golpe superficial en el lateral del cráneo —dijo June en voz alta, como si necesitara escuchar su propia voz para creerse que podía seguir funcionando—. Pero no hay sangrado activo. El pulso es regular. Pupilas reactivas. Podéis llevarla a la tienda tres. Observación durante al menos doce horas. Que no se quede sola.

La enfermera asintió y se alejó para avisar al camillero.

June dio un paso atrás.

No podía quedarse ahí. No podía quedarse mirándola. Era peligroso.

Su mirada se cruzó por un momento con los dedos de Riley, descansando junto al cuerpo, sucios de tierra. La piel había cambiado de color en los nudillos, como si hubiese estado sujetando un arma. O un cuerpo. O ambos.

June cerró los ojos un segundo.

Respira, se dijo.

Pero cada respiración era una punzada.

La voz del camillero al llegar la hizo volver. Tomaron la camilla con cuidado y se la llevaron. June no los siguió. Se quedó en el

mismo sitio, con los guantes manchados, la frente sudada y las rodillas un poco más débiles.

La tienda volvió a tragarla como si nada hubiera pasado.

Pero algo sí había pasado.

Riley Maddox estaba viva. Y estaba allí.

Y eso lo cambiaba todo.

Volvió a la mesa de instrumental sin recordar cómo había llegado hasta allí. Una caja de bisturís, gasas nuevas, una bandeja de acero con pinzas quirúrgicas y un par de frascos mal cerrados. Lo de siempre. Todo estaba en su sitio. Todo menos ella.

June revisó la bandeja con movimientos metódicos. Separó jeringas, reorganizó material. Fingió que nada le dolía. Que su pulso seguía estable. Que el nombre que flotaba dentro de su cabeza no tenía el poder de partirla en dos.

Riley Maddox. Riley. Otra vez, como una oración rota.

La voz de un compañero interrumpió su espiral.

—June, ¿todo bien? Te noto… distraída.

Era Mark, uno de los enfermeros de turno. Llevaban meses trabajando juntos y sabía leerla mejor que la mayoría. June no levantó la vista.

—Estoy bien —repitió, sin matices—. Solo ha sido un turno largo.

Él asintió, pero no parecía convencido.

—Si necesitas descansar veinte minutos, puedo cubrirte. No pasa nada.

June lo miró, finalmente. Su rostro estaba serio, sincero. Lo que menos necesitaba ahora era estar sola. No con el eco de Riley aún pegado a la piel.

—Prefiero seguir. Me ayuda a… desconectar.

Mark ladeó la cabeza.

—¿Desconectar de qué?

Ella no respondió. En lugar de eso, tomó una carpeta de registros y fingió anotar algo. Tenía que hacer lo que mejor sabía hacer: seguir funcionando. Como si nada. Como si no tuviera un corazón latiendo como una alarma bajo su pecho.

—Gracias por ofrecerte —dijo al fin. Su voz fue más firme de lo que esperaba.

Mark no insistió.

Cuando se fue, June apoyó las manos sobre la mesa de metal. El frío le recorrió los dedos, y por un segundo deseó que fuera suficiente para apagar todo lo que le hervía por dentro.

La había visto durante diez segundos, tal vez menos. Ni siquiera había despertado. Y sin embargo, Riley había conseguido reabrir cada una de las costuras que June creía cerradas. Las mismas que había zurcido a solas durante años con trabajo, cansancio y silencio.

¿Por qué ahora?

¿Por qué aquí?

El universo podía ser cruel de formas muy precisas.

Una enfermera entró con una libreta en la mano.

—Doctora Callahan, acaban de actualizar los registros de los heridos. ¿Los quiere revisar ahora o después?

June extendió la mano sin pensar.

—Ahora.

La enfermera se acercó y se la entregó. June hojeó las primeras páginas sin leerlas realmente. Nombres, edades, lesiones. Hasta que, a la mitad, vio uno que hizo que se le agarrotaran los dedos:

Maddox, Riley.

—¿Algún dato familiar? —preguntó la enfermera.

June negó con la cabeza.

—Ninguno.

Guardó la libreta, y con ella, el temblor que le había invadido el cuerpo.

No podía permitirse sentir. No aún. No allí.

Pero algo dentro de ella ya había empezado a romperse.

La tarde avanzaba sin detenerse. En el exterior, el sol empezaba a caer, derramando su luz amarillenta sobre las lonas sucias del campamento. Dentro de la tienda médica, el calor era el mismo:

agobiante, húmedo, con olor a metal, alcohol y algo más profundo que ninguna mascarilla podía filtrar. El olor del miedo.

June suturaba la pierna de un joven con quemaduras de segundo grado cuando se dio cuenta de que llevaba un rato sin oír su propia respiración. La había contenido sin notarlo, mientras su mente, como una brújula descompuesta, volvía una y otra vez al mismo punto: la tienda tres. La camilla. El rostro dormido de Riley.

—¿Doctora Callahan?

Parpadeó. El paciente la miraba, tenso.

—Perdón —dijo, retomando la sutura con un gesto hábil—. Ya casi terminamos.

Intentó centrarse. Era solo piel. Solo hilo. Solo heridas superficiales. Las otras, las que dolían de verdad, no se podían coser. No ahí.

Cuando terminó, cubrió la zona con una gasa limpia y dio instrucciones al enfermero para su traslado. Luego se lavó las manos con fuerza, como si pudiera arrancarse algo más que la sangre ajena.

Una parte de ella sabía que debía ir a ver a Riley. Supervisar su evolución. Comprobar signos vitales, descartar trauma interno. Era lo correcto. Lo que cualquier médico haría. Lo que se esperaba de ella.

Pero otra parte —una más visceral, más antigua— le pedía lo contrario. Que huyera. Que dejara pasar las horas hasta que Riley se fuera de nuevo, como lo hizo hace diez años. Que esta vez no le permitiera quedarse a habitar ningún rincón.

La tensión se anudaba en su nuca. La reconocía. Era la misma que sintió el día en que supo que Riley se había marchado sin despedirse. Solo que ahora era distinta. Más madura. Más amarga.

Se quitó los guantes y salió de la tienda sin decir palabra.

Afuera, el campamento seguía respirando en su ritmo propio: gritos, órdenes, ruedas de camillas, sacos apilados y soldados fumando de espaldas al miedo. A lo lejos, una columna de polvo se levantaba entre los vehículos. Un convoy se preparaba para evacuar.

June entrecerró los ojos. No buscaba a nadie, pero su cuerpo lo hacía por ella.

Tienda tres.

Sabía exactamente dónde estaba. Cuántos pasos la separaban. Cuánto le pesaría cada uno.

No estaba segura de si quería que Riley ya hubiera despertado o no. No sabía qué dolería más: verla inconsciente, o verla consciente y ajena. Despierta y entera. Como si nada.

Volvió a entrar en la tienda principal, recogió su tableta con los historiales médicos y se detuvo delante de la puerta de lona que daba acceso a la zona de observación.

La mano le tembló apenas al empujarla.

Por fin se obligó a entrar.

La tienda tres era más silenciosa que el resto. En ese lugar, el tiempo parecía caer distinto. Los que yacían ahí ya no sangraban, ya no gritaban, pero tampoco estaban del todo a salvo. Era una zona suspendida, donde el cuerpo esperaba a que la mente volviera.

June caminó despacio, conteniendo el aliento. Había otras dos camas ocupadas, una con un joven entubado, otra con una mujer con un yeso improvisado en la pierna. Saludó con un leve gesto a la enfermera de guardia, que se limitó a señalar con la cabeza hacia el fondo de la tienda.

Allí estaba.

La cama era igual a las demás: estrecha, cubierta por una sábana blanca manchada de tierra. Pero lo que contenía no lo era. June lo supo incluso antes de mirar.

Riley dormía. O seguía inconsciente. No lo sabía. La respiración era lenta, controlada, rítmica. El vendaje en la sien había sido sustituido por uno más limpio. Alguien le había lavado el rostro. June se acercó un poco más.

No sabía si era el polvo del desierto o los años sin verla lo que le provocaba esa opresión en el pecho. La Riley que tenía ante ella era más delgada, más curtida, con la piel bronceada y las facciones endurecidas. Pero en su quietud, en la línea delicada de las pestañas

sobre la mejilla, estaba la misma chica que una vez la había mirado como si fuera el único lugar seguro del mundo.

June apretó la tableta médica contra su pecho. No sabía qué esperaba. Tal vez una reacción. Tal vez un susurro. Pero Riley no se movía.

La estudió como quien observa una ruina que alguna vez fue casa.

El corazón le latía con fuerza. No porque esperara algo. No porque quisiera algo. Sino porque ese cuerpo dormido era el recuerdo tangible de todo lo que la había roto.

Levantó la mano para revisar el vendaje, por pura rutina. Los dedos se le detuvieron a medio camino. Tan cerca.

—No lo hagas —murmuró para sí.

Pero ya lo estaba haciendo.

Tocó su frente con delicadeza, asegurándose de no presionar demasiado. Luego bajó por la línea de la mandíbula. Había una herida vieja, una cicatriz que no conocía. Se preguntó cuántas cosas más no sabía. Cuántas batallas, cuántos silencios, cuántas huidas.

Estaba a punto de retirarse cuando Riley susurró algo.

No fue un nombre. No fue una palabra entera. Fue un sonido. Apenas audible. Pero el tono era claro. Vulnerable.

June se quedó inmóvil.

Los ojos de Riley se abrieron, despacio.

Y la miraron.

Durante un segundo eterno, el tiempo volvió a doler.

Capítulo 2

Riley: Pasado

A veces, el aire en el pueblo parecía más denso al final del verano. No por el calor, que seguía apretando como una mano sucia en la nuca, sino por todo lo que se intuía en el ambiente sin necesidad de ser dicho.

El curso empezaba un lunes cualquiera de agosto, pero Riley llevaba semanas sintiendo que algo se deslizaba bajo la superficie de su vida. No era una emoción clara. Era más bien como una corriente subterránea: invisible, persistente, imposible de ignorar.

Tenía diecisiete años. Y nada parecía igual.

June seguía siendo su mejor amiga. Lo era desde los ocho. Desde que compartieron una bicicleta rota y un refugio improvisado bajo el porche de la casa de los Callahan durante una tormenta de granizo. Desde entonces, habían crecido juntas, siempre juntas. Eran las típicas: Riley la de las zapatillas llenas de barro, June la de las trenzas perfectas y los libros marcados con post-its de colores. Nadie en el pueblo las pensaba por separado.

Pero últimamente, Riley sí.

June caminaba junto a ella esa mañana, mochila al hombro, riendo por algo que había dicho sobre su madre y los tuppers rotulados. Riley no escuchaba realmente. La observaba. El cabello le caía por la espalda, más largo que antes. Había algo nuevo en su forma de sonreír, un leve giro en la boca, una pausa distinta en la risa.

Y algo en ella misma se encogía sin saber por qué.

—¿Te pasa algo? —preguntó June, mirándola de reojo.

—¿A mí? —Riley carraspeó—. No. ¿Por qué?

—Te noto… rara.

Riley se encogió de hombros.

—Es el último año. Supongo que me estoy haciendo vieja.

June rodó los ojos.

—Tú nunca vas a hacerte vieja. Solo más insoportable.

Riley sonrió, aliviada por la ligereza. Pero al mismo tiempo, sintió el peso de esa frase: *último año*. Después, cada una seguiría un camino. Y la sola idea de no verla cada día le provocó una inquietud que no quiso nombrar.

Entraron al instituto. El mismo edificio de siempre, los mismos pasillos con olor a desinfectante barato y aire enrarecido. Saludaron a conocidos, esquivaron empujones, encontraron sus casilleros. Todo idéntico. Todo como siempre.

Menos ella.

Menos June.

Menos la forma en la que, por un instante, su mano rozó la de Riley mientras abrían la puerta del aula.

Un roce breve.

Una descarga exacta.

Riley apartó la mano como si se hubiera quemado. June ni siquiera pareció notarlo.

Pero algo sí había pasado.

Y Riley lo sintió clavarse bajo la piel, como una pregunta sin respuesta.

La profesora de historia hablaba del calendario del curso, de los exámenes finales, de la excursión a Washington que nadie quería hacer. Riley anotaba sin mirar el cuaderno. Dibujaba líneas. Cuadrados. Luego los tachaba. No lograba concentrarse.

June estaba sentada dos pupitres delante, en diagonal. Su trenza caía sobre el respaldo de la silla, ligeramente torcida hacia la izquierda. La había hecho deprisa. Riley lo sabía porque conocía sus trenzas como otros conocían las estaciones del año: cada una tenía su ritmo, su intención.

Esa mañana, la trenza decía *no dormí bien* o *pensaba en otra cosa*.

La incomodidad era nueva. Había observado a June otras veces. Muchas. Desde siempre. Pero nunca con ese nudo en el estómago. Nunca con esa conciencia brutal de estar mirándola como no debía.

Se obligó a apartar la vista. Concentrarse. Respirar.

No funcionó.

La profesora nombró los grupos para un trabajo. Cuando dijo "Callahan y Maddox", varios se giraron. Como si fuera necesario confirmar que, sí, las de siempre iban juntas.

June se dio la vuelta y sonrió. Una sonrisa limpia, sin dobleces. Pero Riley sintió cómo algo dentro de ella se comprimía. Asintió con la cabeza, fingiendo que todo era normal. Que no se le había acelerado el corazón sin motivo.

A la salida de clase, caminaron juntas en silencio durante unos minutos. Riley fingía revisar el móvil, aunque no tenía señal. June hablaba sobre lo mucho que odiaba a la profesora de historia y su obsesión por las "expectativas realistas".

—¿Tú crees que deberíamos tener ya decidido qué vamos a hacer con nuestras vidas? —preguntó, girando la cabeza.

Riley se encogió de hombros.

—Yo solo quiero salir de aquí.

June la miró, pero no respondió.

No hacía falta. Ambas sabían que, aunque crecieron en el mismo sitio, no estaban hechas del mismo material. June tenía planes. Becas. Universidades recortadas en revistas y pegadas en su corcho. Riley tenía silencios. Y rabia contenida. Y una mochila siempre medio hecha debajo de la cama.

Cruzaron el aparcamiento del instituto sin hablar más.

Antes de despedirse, June se detuvo.

—¿Puedo preguntarte algo?

Riley la miró.

—Claro.

—¿Estás enfadada conmigo?

La pregunta la desarmó. No lo esperaba.

—¿Por qué dices eso?

—No sé. Llevas unos días… distinta.

Riley tardó unos segundos en responder.

—No estoy enfadada. Solo… supongo que estoy pensando demasiado últimamente.

June la miró como si pudiera leerle la piel.

—Vale.

Y luego sonrió.

La sonrisa de siempre.

Solo que ya no significaba lo mismo.

Esa noche, Riley no pudo dormir.

Dio vueltas en la cama durante horas, con la sábana revuelta a la altura de las piernas, la ventana abierta y el ventilador girando con su zumbido monótono. El calor seguía allí, inmóvil, como si el día se negara a terminar.

Cerró los ojos e intentó pensar en otra cosa. En cualquier cosa.

Pero siempre volvía a lo mismo.

June.

June hablando en clase, mordiéndose el bolígrafo como hacía cuando dudaba de una respuesta. June riendo, con la cabeza echada hacia atrás. June con esa forma de mirarla sin saber que lo estaba haciendo.

O tal vez sí lo sabía.

Ese pensamiento le erizó la piel.

Se levantó de la cama y caminó descalza hasta su escritorio. Encendió la pequeña lámpara y abrió el cuaderno donde solía escribir cosas que no mostraba a nadie. No era un diario. No tenía fechas ni títulos. Solo frases sueltas. Recuerdos mal definidos. Palabras que no se atrevía a decir en voz alta.

Esa noche escribió:

Hoy me rozó la mano.

Y todavía la siento.

Volvió a cerrar el cuaderno enseguida. Como si dejarlo abierto fuera peligroso.

Había crecido escuchando muchas cosas sobre lo que debía ser, sobre lo que no. En su casa, no se hablaba de ciertas cosas. No se nombraban. Como si al no decirlas, dejaran de existir.

Pero esto existía.

Estaba ahí.

En la forma en que se le aceleraba el corazón cuando June se acercaba demasiado. En cómo se había sentido culpable por mirar sus labios durante un segundo más de lo debido. En el miedo irracional de que alguien lo notara.

Ella no era así. O eso pensaba.

Había salido con chicos. Uno, en realidad. Se habían besado dos veces. Y no sintió nada. Pero pensó que era normal. Que a lo mejor necesitaba más tiempo.

Nunca había pensado en besar a June. Hasta ahora.

Y ahora no podía dejar de pensarlo.

Apagó la luz y volvió a la cama. Cerró los ojos con fuerza. Se repitió a sí misma que no era real, que era solo confusión, que se le pasaría.

Pero el cuerpo no escucha razones cuando algo se le enciende por dentro.

Y esa noche, en el silencio del cuarto, con las sábanas aún calientes y el pecho apretado, Riley supo que algo había cambiado para siempre.

El sábado por la tarde, June fue a casa de Riley, como hacían casi todos los fines de semana desde que tenían uso de razón. Era una rutina sin peso: películas viejas, patatas fritas compartidas, hablar de nada durante horas.

La madre de Riley las saludó sin levantar la vista del lavavajillas.

—Tenéis la habitación ordenada, ¿no?

—Más o menos —contestó Riley, mientras June ya subía por las escaleras con la familiaridad de quien pertenece a un lugar aunque no viva en él.

En su cuarto, Riley cerró la puerta y se apoyó contra ella un segundo. Respiró hondo antes de girarse. June ya estaba sentada sobre la colcha, con las piernas cruzadas y una bolsa de gominolas en la mano.

—¿No tenías algo de inglés que repasar?

Riley asintió y sacó su cuaderno.

—Pero también tengo esta maravilla —dijo, y encendió el portátil —: versión extendida de *El retorno del Rey*. Siete horas, si contamos los descansos para pizza y chismes.

June sonrió y se echó hacia atrás.

—Me parece un plan de sábado perfecto.

Se sentaron juntas, hombro contra hombro. Como siempre. Solo que no era como siempre.

Para Riley, ese roce ya no era neutro. Su piel parecía prestar más atención de la que debía. Incluso el sonido de la risa de June le retumbaba distinto. Más cerca. Más dentro.

Durante la escena de los muertos en las montañas, June se tapó con la manta y rozó el muslo de Riley con los dedos. Fue apenas un segundo. Pero Riley sintió cómo la tensión le subía desde el estómago hasta la garganta.

Intentó concentrarse en la película.

En la música.

En los diálogos que conocía de memoria.

Pero no podía.

Porque June estaba a cinco centímetros. Porque compartían el mismo aire. Porque, por un momento, le pareció que si giraba la cabeza, se encontraría con su boca.

Y no supo si quería apartarse o acercarse.

Al final, no hizo nada.

Cuando terminó la película, June se estiró y dijo algo sobre que se le habían dormido las piernas. Riley asintió, sin saber muy bien qué hacer con el cuerpo. Todo parecía normal. Solo que ella ya no era la misma.

Esa noche, cuando June se marchó, Riley volvió a escribir en el cuaderno.

No sé qué me pasa. Pero me pasa contigo.

Luego tachó la frase. No porque no fuera cierta. Sino porque, de alguna manera, escribirlo la hacía más real.

Y todavía no estaba lista para eso.

El domingo amaneció con cielo gris, y con él llegó esa calma que a veces precede a los cambios. Riley se levantó temprano, aunque no tenía nada que hacer. Desayunó sola. En su casa, los domingos eran días lentos, con televisión encendida y conversaciones que iban y venían sin llegar nunca a ningún sitio.

Salió al porche con una taza de café, algo que había empezado a beber solo por costumbre. Se sentó en las escaleras de madera y miró el jardín sin verlo realmente.

June no había escrito. Nada. Y eso, aunque insignificante, se le clavaba como una espina. Como si el silencio confirmara que el mundo seguía girando para ella, mientras el suyo se había detenido.

Intentó convencerse de que estaba exagerando. Que no era tan importante. Que lo que sentía era confusión, nostalgia, una forma de miedo al cambio. Que todo pasaría.

Pero no lo creía.

Porque cuando pensaba en June —en su forma de andar, en cómo arrugaba la nariz cuando algo no le gustaba, en la voz baja con la que pronunciaba su nombre cuando estaban solas—, no sentía confusión.

Sentía vértigo.

Lo peor era no saber qué significaba nada. No saber si June también había notado algo. Si lo evitaba. Si lo intuía y lo callaba por el mismo temor que la tenía a ella paralizada. En su mundo pequeño, con sus normas rígidas y sus ventanas cerradas, no había espacio para preguntas como esa. Mucho menos para respuestas.

Guardó el cuaderno bajo llave esa tarde. Ni siquiera lo abrió. Lo dejó entre libros de secundaria que ya no volvería a leer. Esa decisión, en apariencia insignificante, fue su forma de trazar una línea. Decirse a sí misma que no debía seguir pensando en eso.

Pero sabía que mentía.

Al día siguiente volverían a caminar juntas hasta clase. Volverían a sentarse una al lado de la otra. Y, en algún momento, una de ellas volvería a rozar la otra sin querer.

Y entonces, todo lo que estaba intentando enterrar volvería a la superficie, como si nunca se hubiera ido.

El cambio ya estaba hecho. No tenía nombre aún. Pero estaba allí. Instalado en su pecho. Sin pedir permiso.

Capítulo 3

Riley: Presente

La primera sensación fue el zumbido. Constante, sordo, metido dentro del cráneo como si alguien hubiera instalado un generador en su cabeza. Luego vinieron los olores: desinfectante, alcohol, polvo seco. Y más tarde, el frío de la sábana contra la piel.

Pero lo que la despertó del todo fue la presencia.

No una cualquiera.

La presencia de ella.

Riley abrió los ojos con lentitud. La luz era tenue, filtrada a través de la lona. A su lado, una figura. De pie. Inmóvil.

Y entonces, como una cuchillada limpia, supo quién era.

June.

No había forma de explicarlo. No necesitó detalles. Ni una palabra. Ni una confirmación. Bastó con el contorno del rostro, el perfil inclinado, la respiración contenida.

La reconoció de inmediato. Como se reconoce el lugar al que se pertenece aunque haya sido destruido por dentro.

Intentó hablar, pero la garganta era arena.

June se movió. Ligeramente. Sin mirarla.

—Estás consciente —dijo.

La voz. Esa voz. Exactamente igual, solo más baja. Más gastada.

Riley tragó saliva.

—Sí.

Silencio.

El corazón le golpeaba el pecho con una fuerza absurda. No por el dolor físico —que estaba allí, sí, en forma de latido en la sien—, sino por el peso aplastante de los años no dichos.

June no la miraba.

—¿Sabes tu nombre?

—Sí.

—¿Tu rango?

—Sargento primero —contestó, casi por inercia.

—¿Qué día es hoy?

Riley dudó.

—Martes… ¿es martes?

—Lo suficiente.

No fue una sonrisa. Ni una broma. Fue solo una frase seca. Médica. Impersonal.

Y aún así, dolió más que cualquier reproche.

Quiso sentarse, pero una punzada en la espalda la hizo detenerse. June lo notó y, por reflejo, dio un paso adelante. Casi extendió la mano. Pero se detuvo a medio camino.

Riley bajó la vista.

—¿Estoy muy mal?

—Conmoción leve. Heridas superficiales. Estuviste inconsciente un par de horas.

—¿Y él?

June no respondió enseguida.

Riley levantó los ojos.

—¿Mi compañero?

June asintió, despacio.

—No sobrevivió.

Y fue como si todo el zumbido se detuviera de golpe.

El silencio se volvió total.

Riley asintió sin decir nada. Lo hizo con la cabeza, una sola vez, como quien entiende que no hay vuelta atrás.

No lloró. No aún. El cuerpo tenía maneras extrañas de protegerse.

June seguía de pie junto a ella, rígida. Parecía más una figura médica que una persona. Llevaba la bata abierta, el cabello recogido en un moño desordenado y los brazos cruzados contra el pecho, como si necesitara contener algo.

—¿Sabes dónde estás? —preguntó, como si el protocolo pudiera tapar el resto.

—Campamento V-12, zona médica, frontera este —dijo Riley, mecánica, como en los entrenamientos.

—Bien.

Otro silencio. Pero este no era profesional. Este era más profundo. Más antiguo.

June bajó la vista a la tablet que sostenía. Hizo un par de anotaciones. El sonido de los dedos sobre la pantalla parecía más fuerte de lo que debería en esa tienda de lona.

Riley no sabía si estaba temblando por dentro o si era el suelo el que se movía.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó, sin pensarlo.

June levantó la cabeza. No la miró.

—Un año.

—No sabía que… —se interrumpió—. No sabía que estabas en esta parte del mundo.

—Nadie lo sabe.

Esa frase se quedó suspendida entre ellas, como un hilo que no sabían si recoger o dejar caer.

Riley quería decir muchas cosas. Tantas que no sabía por dónde empezar. Tantas que, en su cabeza, todas se desordenaban, se anulaban entre sí.

—¿Vas a quedarte? —preguntó, solo para llenar el aire.

June anotó algo más en la pantalla y luego dejó la tablet sobre la pequeña mesa metálica.

—Voy a encargarme de que te monitoricen. Un médico local pasará cada dos horas. Si notas visión borrosa, náuseas, mareo, avísales.

—June…

El nombre se le escapó. Como si no pudiera evitarlo. Como si su cuerpo lo recordara antes que su mente.

June la miró entonces.

No por ternura. No por compasión.

La miró como si ese nombre hubiera dolido. Como si abrir esa puerta fuera una amenaza.

—Estoy aquí como doctora —dijo, despacio, con esa precisión que usaba cuando quería mantener todo bajo control—. No como otra cosa.

Y en esa frase, en ese corte limpio, se encerraron todos los años en los que no supieron nada la una de la otra.

Riley apartó la mirada.

Había muchas formas de recibir una bofetada, y esa no necesitó manos. Fue la firmeza de la voz. El corte de las sílabas. La forma en que June se sostenía erguida, como si el pasado no fuera con ella.

Pero Riley sabía que sí lo era.

Porque sus ojos no mentían.

Porque la forma en que la miró al oír su nombre fue la misma que recordaba de otras noches, en otro mundo.

—Entiendo —dijo Riley, aunque no lo hacía. No del todo.

June se giró hacia la salida.

—Descansa. Vendrán a revisarte en breve.

—¿Te vas?

Se detuvo.

—No soy tu médica asignada. Solo estaba cubriendo el turno de ingreso.

Riley no supo por qué esa frase le dolió más que ninguna otra. Tal vez porque "asignada" sonaba a obligación. A imposición. A una excusa para no quedarse.

—¿Me habrías atendido igual si no me hubieras reconocido?

June se giró lentamente.

No respondió de inmediato. La mirada era tensa, contenida. Como si estuviera decidiendo qué versión de sí misma ofrecerle.

—No lo sé —dijo al fin—. Pero te atendí.

Y se marchó.

La lona de la tienda se movió tras ella, dejando una ráfaga de aire caliente y la sensación de que algo había quedado abierto.

Riley se quedó mirando el punto donde había estado de pie. Su sombra todavía parecía flotar en el espacio. Como una memoria que no se disipaba con el viento.

Apoyó la cabeza contra la almohada. El dolor en la sien seguía allí, pero era pequeño comparado con el otro. El que no sabía ubicar. El que había crecido en silencio desde el momento en que la vio.

No había esperado encontrarla. Ni en esa parte del mundo. Ni con una bata blanca y ese muro en los ojos.

Pensaba que, si alguna vez volvía a verla, habría algo que decir.

Pero ahora que estaba ahí, no sabía cómo empezar.

O si todavía tenía derecho a hacerlo.

Cerró los ojos.

Intentó recordar el rostro de su compañero. El que había muerto. Intentó pensar en todo lo que había pasado en la misión. En el fuego. En el polvo. En los gritos.

Pero solo veía a June.

Y eso también era una forma de perderse.

La tienda volvió a quedarse en silencio.

Riley abrió los ojos y observó el techo de lona. Había una mancha en una de las costuras, como una flor quemada. Se obligó a concentrarse en ella. En la forma imperfecta del borde. En el hilo que asomaba, desgastado.

Cualquier cosa era mejor que seguir pensando en June.

Pero no pudo evitarlo.

El cuerpo recordaba antes que la mente. Eso era lo peor. La forma en que su voz resonaba dentro de ella. Cómo había sentido ese tono médico como una traición. Como si una parte de June se hubiese borrado y reemplazado con un nombre, un título, una distancia profesional.

Se giró con cuidado, notando el dolor en el costado. La herida no era grave, pero el golpe había sido fuerte. Como todo ese maldito día. Como cada segundo desde que volvió a abrir los ojos y encontró a June frente a ella.

Se preguntó si el universo estaba ensañándose o redimiéndose.

No tenían contacto desde hacía diez años. Ni un mensaje. Ni una carta. Ni una señal de que la otra seguía viva. Y ahora, como si alguien hubiera torcido las líneas del destino con las manos, se

encontraban en medio de una zona de guerra, rodeadas de heridos y fuego, compartiendo el mismo aire. Otra vez.

Pensó en todo lo que había querido decirle durante años.

No me fui por ti. Me fui por mí. Porque tenía miedo. Porque no sabía quién era. Porque te miraba como se mira algo que no se puede sostener.

Pero no dijo nada de eso. No podía. No ahora.

Y tampoco sabía si algún día podría.

La tela de la camilla crujió cuando se movió un poco más. Buscaba una posición en la que el cuerpo doliera menos. En la que el recuerdo pesara menos.

No la encontró.

Todo seguía ardiendo.

La tienda permanecía en penumbra. Afuera, el sol comenzaba a caer y con él descendía la temperatura, aunque dentro seguía oliendo a humedad, a polvo y a cuerpos cansados.

Riley se incorporó un poco, apenas lo justo para apoyar la espalda contra la elevación del catre. Le dolía la cabeza, pero era un dolor soportable. Lo que no podía soportar era el peso en el pecho. No tenía forma ni nombre, solo una presión constante que no cedía.

El mismo tipo de presión que había sentido la primera vez que dejó el pueblo.

La tienda estaba vacía, salvo por el murmullo lejano de voces médicas y pasos amortiguados. En un rincón, alguien había dejado un vaso de plástico con agua. Lo tomó con lentitud y bebió, como si hacerlo fuera una forma de asegurarse de que aquello era real. Que estaba despierta. Que no era un sueño.

La superficie del agua tembló ligeramente en sus manos. No por el dolor. Por otra cosa.

Por miedo.

Había visto muchas cosas. Heridas abiertas, compañeros muertos, civiles huyendo con niños entre los brazos. Pero nada, nada, la había preparado para ver a June otra vez. Y no solo verla,

sino verla así. Convertida en una profesional seria, distante, con una precisión quirúrgica incluso en la manera de no mirarla.

Riley pensó en la pregunta que le había salido sin querer.

¿Me habrías atendido igual si no me hubieras reconocido?

Y en la respuesta que June le había dado.

Te atendí.

Fría. Justa. Verdadera.

Como todo lo que June hacía: sin adornos.

Intentó convencerse de que había sido suficiente. Que no necesitaba más. Que la atención médica era lo único que debía esperar de ella. Que después de tanto tiempo, no quedaba nada.

Pero una parte de ella —una que nunca se había apagado del todo— sabía que no era verdad.

Apretó el vaso con más fuerza. El plástico crujió.

Pensó en su compañero. En lo que había pasado en el ataque. En cómo no pudo salvarlo. Y en cómo, después de todo, había terminado salvándose ella… justo para abrir los ojos y volver a verla.

El silencio dentro de la tienda era casi absoluto.

Pero en su cabeza, el nombre de June se repetía como un eco.

Como una herida mal cerrada.

Como algo que no iba a desaparecer por sí solo.

Capítulo 4

June: Pasado

Al principio no era una idea. Era una sensación.

Una especie de calor leve, apenas perceptible, que se instalaba bajo la piel cuando Riley se reía demasiado cerca o cuando pronunciaba su nombre en voz baja. Como si esa sílaba, "June", saliendo de su boca, tuviera un color distinto al resto del idioma.

Durante un tiempo, June pensó que era normal. Que era solo cariño. Costumbre. Un reflejo de haber crecido juntas, de haber compartido tantos días idénticos, tantas tardes interminables sobre la hierba seca del campo de béisbol, tantas confidencias susurradas con la cabeza apoyada en la misma almohada.

Pero ahora… no estaba segura.

La duda se instaló sin avisar.

Y desde entonces no la dejaba en paz.

Aquella mañana, en clase de literatura, Riley se inclinó hacia ella para decirle algo en voz baja. June no recordó ni la frase ni el motivo. Solo el murmullo de su aliento junto a su oreja. El leve roce de su cabello. El temblor invisible que le recorrió el pecho.

Después de eso, no escuchó nada de lo que decía la profesora.

Ni ese día ni los siguientes.

Empezó a evitar mirarla cuando no era estrictamente necesario. A reírse menos. A medir la distancia cuando caminaban. A responder con monosílabos cuando el corazón se le aceleraba.

Y al mismo tiempo, pensaba en ella cada noche.

No sabía qué nombre tenía eso. O tal vez sí, pero no se atrevía a ponerlo en voz alta.

En su casa, esas cosas no se decían. No porque estuvieran prohibidas, sino porque ni siquiera existían. Su madre hablaba del futuro como si todas las posibilidades ya estuvieran repartidas. Su padre asumía que las cosas se daban por sentadas. Y ella… simplemente cumplía con lo que se esperaba.

Hasta ahora.

Esa tarde, cuando volvió del instituto, se encerró en su habitación y sacó un cuaderno nuevo del cajón. No le puso título. No quería comprometerlo a ser nada. Solo empezó a escribir.

Hoy, por un momento, quise rozarle la mano.

No lo hice.

Pero lo pensé. Y eso ya me da miedo.

Cerró el cuaderno en cuanto terminó la última palabra. No se sintió mejor. Pero tampoco peor. Solo más consciente.

Más real.

Los días transcurrían con la misma cadencia repetida de siempre, pero ahora todo parecía distinto. No porque las cosas hubieran cambiado de verdad, sino porque ella las percibía de otro modo. El tiempo junto a Riley no era nuevo, pero la conciencia de ese tiempo, sí. El modo en que contaba los segundos desde que se veían hasta que se despedían. El modo en que notaba cada pausa, cada roce casual, cada silencio compartido.

Era absurdo. Pero imposible de detener.

En el instituto, June mantenía su imagen intacta. Era aplicada, ordenada, amable sin excesos. Las profesoras confiaban en ella. Sus compañeros la respetaban, aunque no la buscaban. Era el tipo de chica que parecía no necesitar a nadie. Y en parte, era cierto. Nunca le había costado estar sola.

Hasta Riley.

Con ella, la soledad era otra cosa. Con ella, el silencio tenía forma de hogar.

Una tarde cualquiera, estaban tumbadas sobre la hierba detrás del granero de los Maddox, un lugar donde nadie iba desde que el techo empezó a hundirse. Llevaban ahí desde hacía más de una hora, sin decir demasiado. Cada una con un libro entre las manos, intercambiando frases sueltas que no importaban.

El sol bajaba, lento. El aire olía a madera seca y a verano viejo. Era el tipo de escena que podría parecer irrelevante desde fuera.

Pero June no olvidaría ese día nunca.

Porque en un momento sin motivo, Riley le tomó la mano.

No fue un gesto dramático. No hubo tensión. Solo alargó los dedos y entrelazó los suyos como si fuera lo más natural del mundo. Como si lo hubieran hecho mil veces antes.

June no reaccionó. No se movió. No retiró la mano.

Pero su respiración cambió.

El cuerpo le latía en sitios nuevos.

Y aunque fingió seguir leyendo, las palabras en la página desaparecieron. Ya no importaban. Solo existía ese contacto. Cálido, prolongado, íntimo sin explicación. Cada segundo que pasaba con los dedos de Riley sobre los suyos era una pequeña implosión silenciosa. Una chispa que ardía hacia dentro sin hacer ruido.

El corazón no le dolía. Le temblaba.

Riley no dijo nada.

Y June tampoco.

Tal vez por miedo a que al nombrarlo se rompiera el hechizo. Tal vez porque ninguna de las dos estaba lista para asumir lo que ese gesto significaba.

Cuando, después de varios minutos, Riley soltó su mano y se incorporó para mirar el cielo, June mantuvo los dedos ligeramente curvados. Como si todavía la estuvieran tocando. Como si el cuerpo no aceptara tan fácilmente el final de algo que acababa de empezar.

Se quedó mirando la espalda de Riley, su silueta recortada contra la luz dorada, y supo —con una certeza que no necesitaba explicación— que nada volvería a ser como antes.

Y que no podía decírselo a nadie.

El pueblo tenía una forma muy concreta de mirar las cosas. Todo debía encajar. Las familias tenían nombres. Los adolescentes tenían caminos. Y las chicas, como June, tenían que tener claro lo que eran desde antes de serlo.

Ella lo sabía. Lo había sentido siempre en las miradas en misa, en las conversaciones a media voz en el supermercado, en los comentarios velados sobre las hijas “raras” de otras familias.

Por eso, lo que sentía por Riley no era algo que pudiera compartirse. Ni siquiera pensarlo con libertad.

No porque estuviera prohibido —al menos no oficialmente—, sino porque no existía un lugar para eso. No había palabras. Solo intuiciones. Solo miedo.

Y sin embargo, cuando estaban juntas, todo lo demás desaparecía.

Los fines de semana se volvieron más difíciles de manejar. Las tardes en casa de Riley, los paseos sin rumbo, las sesiones de estudio que terminaban en risas entrelazadas en su habitación… cada una de esas escenas se llenaba de electricidad. Una corriente baja, imperceptible para cualquiera menos para June. Ella la sentía en la espalda, en las palmas, en la nuca.

Había empezado a escribir cada noche, como si poner las palabras sobre el papel pudiera protegerla de sí misma. El cuaderno se llenaba rápido.

Hoy la vi atarse el cabello sin mirar. No sé por qué eso me hizo querer besarla.

¿Esto va a parar? ¿O solo va a crecer?

Si me viera de verdad, ¿qué haría?

Guardaba el diario dentro de una caja de zapatos bajo su cama. Lo envolvía en una camiseta vieja, como si así pudiera borrar las palabras cuando no las miraba. Pero nada podía hacer que desaparecieran de su cabeza.

Ni de su cuerpo.

Una noche, después de que Riley se fuera de su casa tras ver una película sin importancia, June se encerró en el baño y se miró al espejo largo rato. No buscaba nada. Solo quería ver si podía reconocerse todavía. Si esa imagen que devolvía el cristal seguía siendo suya.

Pero algo había cambiado.

No era el rostro. Ni la ropa. Era la mirada. La forma en que ya no podía sostenerse a sí misma sin tambalearse.

Esa noche no escribió.

Se limitó a apagar la luz y meterse en la cama. Con los ojos abiertos, escuchó cómo el silencio se alargaba dentro de la habitación. Afuera, un perro ladraba en alguna casa lejana. Y el mundo seguía igual.

Solo ella había empezado a torcerse.

El calor del final del verano lo impregnaba todo. Las tardes eran largas, el aire denso, inmóvil, como si el mundo se negara a girar con normalidad. El pueblo parecía suspendido, atrapado en su propio letargo, y June también.

Riley había empezado a pasar más tiempo en su casa, como si sin darse cuenta buscara excusas para no irse. A veces se quedaban en la cocina, compartiendo limonada tibia y trozos de conversaciones sin rumbo. Otras, subían al cuarto de June y se tumbaban en la cama, hablando en voz baja, como si el volumen pudiera romper algo.

Lo que antes era natural ahora era esfuerzo. June lo notaba en sí misma. Tenía que recordar cómo respirar con normalidad. Cómo hablar sin que se le escapara algo. Cómo parecer tranquila cuando todo en ella era inquietud.

Riley, en cambio, parecía igual. Sonriente, relajada, con ese humor medio sarcástico que usaba como escudo. Pero había momentos —mínimos, casi imperceptibles— en los que June captaba una sombra detrás de sus palabras. Una pausa que antes no estaba. Un parpadeo lento.

Como si ambas estuvieran jugando un juego que ninguna quería nombrar.

Esa tarde, mientras el sol bajaba y la luz anaranjada cubría la habitación, Riley estaba sentada en el suelo, con la espalda contra la cama, hojeando una revista vieja. June estaba en el escritorio, fingiendo hacer deberes, aunque no había escrito ni una palabra en media hora.

—¿Te has fijado en esto? —dijo Riley, levantando la revista—. El test de "qué tipo de alma gemela necesitas".

—¿En serio estás haciendo eso? —respondió June, sonriendo.

—Obvio. Es ciencia pura.

Riley rió, pero no empezó a leerlo. Solo dejó la revista en el regazo y se quedó en silencio. Después de unos segundos, dijo:

—¿Tú crees que existe eso? Lo de tener una persona que… que encaje contigo. Sin más.

June tragó saliva. No esperaba la pregunta. O no así.

—No lo sé —contestó, sin girarse.

Riley murmuró algo que no entendió. Luego, de forma casi imperceptible, se apoyó ligeramente contra su pierna. No fue un gesto deliberado. No parecía pensado. Pero June lo sintió como si la hubiera tocado directamente en el pecho.

Se quedó quieta. Con el lápiz en la mano. Sin atreverse a moverse.

No podía mirarla. No podía hablar. No podía respirar.

El calor subía desde el estómago hasta la garganta. Un calor distinto al del verano. Más íntimo. Más real.

Y en ese instante, supó que la quería de una forma que no era amistad.

No podía disfrazarlo más.

Pero tampoco podía permitir que se notara.

Así que cerró el cuaderno. Fingió que necesitaba ir al baño. Y salió de la habitación como si algo la persiguiera.

Porque en cierto modo, así era.

June cerró la puerta del baño y se apoyó contra ella, con las manos aún temblando.

No había hecho nada.

No había pasado nada.

Pero algo había cambiado para siempre.

Se miró en el espejo, igual que aquella otra noche, solo que esta vez no buscaba respuestas. Quería desaparecer. O, al menos, vaciarse un poco. Porque lo que sentía dentro no cabía ya entre las costillas.

Abrió el grifo y dejó correr el agua. Se mojó la cara, como si eso pudiera enfriar la vergüenza, la ansiedad, la certeza.

La certeza de que amaba a Riley.

No de esa forma idealizada, romántica, como en las películas. No con música de fondo ni miradas perfectas. Era algo más crudo. Más desordenado. Más real.

La quería porque conocía su voz cuando no hablaba. Porque sabía cuándo se reía por obligación y cuándo de verdad. Porque la había visto llorar de rabia sin que nadie más lo notara. Porque había crecido con ella como quien crece junto a una raíz: tan cerca que no sabes dónde empieza una y termina la otra.

Y ahora… ahora no sabía qué hacer con eso.

Volvió a su habitación con el rostro mojado y fingió normalidad. Riley ya no estaba en el suelo. Se había tumbado boca arriba sobre la cama, con los ojos cerrados y una sonrisa suave, casi ausente.

—¿Estás bien? —preguntó June, desde la puerta.

—Sí —dijo Riley, sin abrir los ojos—. Solo estoy… tranquila.

June la observó durante unos segundos. Luego se sentó en la silla del escritorio, de espaldas a ella.

Esa noche, no hablaron más.

Vieron una película vieja, sin prestarle mucha atención. Compartieron una manta. Los dedos de Riley volvieron a buscar los suyos por debajo del tejido, pero June no respondió. No porque no quisiera. Sino porque sabía que, si lo hacía, ya no habría marcha atrás.

Y aún no estaba preparada.

Cuando Riley se marchó, June volvió a abrir el cuaderno. Lo hizo con manos firmes, sin miedo esta vez. Escribió solo una frase, en tinta negra:

No sé cuánto tiempo más voy a poder callármelo.

Y luego lo cerró con fuerza.

Porque el amor, cuando no se dice, se guarda. Pero cuando se guarda demasiado, también empieza a doler.

Capítulo 5

June: Presente

La luz de la mañana no era suave.

En la base, los días no amanecían: se imponían. El aire traía consigo el polvo levantado por los todoterreno, el olor a plástico quemado y la misma pregunta de siempre: ¿cuántos seguirán con vida esta noche?

June cruzó el pasillo improvisado entre las tiendas sin mirar demasiado a su alrededor. Sabía exactamente a dónde iba, y también sabía que no debía ir con tanta urgencia. Pero lo hacía igual.

Había dejado la tienda de observación con instrucciones precisas. A Riley la evaluaría el equipo local, ella ya no tenía por qué involucrarse. No era su paciente asignada. No había razón para seguir entrando en esa tienda. Ni para seguir buscándola con la mirada en cada turno.

Y, sin embargo, ahí estaba.

La lona crujió al abrirse. Dentro, el aire era más espeso que afuera. Riley estaba sentada en el catre, el vendaje limpio en la sien, el cabello recogido en una coleta baja. Sostenía una taza con ambas manos, como si el calor del líquido pudiera mantenerla en pie.

No la miró al entrar.

June se acercó despacio, tablet en mano. Fingió que lo hacía por protocolo.

—¿Cómo te encuentras?

Riley alzó la vista.

Tenía los ojos inyectados de algo que no era solo agotamiento.

—Bien —dijo—. Supongo.

—¿Mareos? ¿Visión doble?

—No.

June anotó sin mirarla.

Silencio.

—Me han dicho que no tengo nada grave. Que estaré bien en un par de días. Que tuve suerte.

La voz de Riley no sonaba como ella. Era más baja, más rota. Como si las palabras se le resbalaran entre los dientes.

—Tuviste suerte —repitió June, sin énfasis.

Riley dejó la taza a un lado.

—Él no.

June no respondió.

Riley respiró hondo. Luego volvió a hablar, más despacio:

—Era mi mejor amigo. Había estado conmigo en todas las misiones. No hubo ni una en la que no cubriera mi espalda. Y ayer, justo ayer…

Se quedó sin palabras. Como si el aire se le hubiera escapado por completo.

—No fue culpa tuya —dijo June, sin pensarlo.

—No lo sabes.

—Sí lo sé.

La conversación se deshizo ahí, como algo que no puede sostenerse.

June bajó la mirada a la tablet. Anotó algo que no necesitaba anotar.

Riley se secó el rostro con la manga.

Y por un instante, por apenas un parpadeo, June la vio como antes. Vulnerable. Abierta. Humana.

Y todo su control se tambaleó.

June no se movió.

Sabía que cualquier gesto —una palabra de más, un roce, una muestra de consuelo mal calibrada— podía llevarla a un lugar del que no sabría cómo volver. Así que se quedó de pie. Firme. Con el cuerpo controlado y el rostro tan neutro como le permitía el temblor sutil en la base del estómago.

Riley no lloraba, pero el silencio que la rodeaba era más fuerte que cualquier llanto. Tenía los hombros tensos, la mirada fija en el

suelo y las manos entrelazadas como si buscara sostenerse a sí misma.

—¿Quieres que llame a alguien? —preguntó June, sin saber muy bien si lo decía como doctora o como ella.

Riley negó con la cabeza.

—No.

—¿Quieres que me quede?

La pregunta salió sola.

Riley levantó la vista. Por primera vez, la miró directamente. Y en esos ojos húmedos, turbios por el cansancio y la rabia, June vio un rastro de todo lo que no habían dicho durante años.

Pero Riley no respondió.

Solo asintió, muy despacio.

June dudó. Luego se sentó en la silla junto a la camilla. Dejó la tablet sobre sus rodillas. No dijo nada más. No se movió. No la tocó.

Solo se quedó.

Y eso bastó.

Pasaron varios minutos así, sin que el tiempo se notara. Riley se apoyó hacia atrás, cerró los ojos, y durante un momento pareció rendirse. No dormir. No caer. Solo dejar de resistir.

June la observó de reojo. En la línea de su mandíbula, en el arco exacto de sus cejas, seguía viendo a la chica que había amado sin nombrarlo. Pero también veía a una mujer distinta. Marcada. Lejana.

Y, aun así, parte de ella.

Quiso decir algo. Lo que fuera.

Pero todo lo que tenía eran datos clínicos y fragmentos de recuerdos.

Así que se obligó a callar.

Cuando otro médico entró en la tienda para hacer ronda, June se levantó de inmediato.

—Todo bien —dijo, saliendo antes de que nadie pudiera preguntarle por qué estaba allí.

La lona se cerró tras ella, y el aire fuera le pareció aún más denso.

No sabía si había hecho lo correcto. No sabía qué significaba siquiera hacer lo correcto con Riley.

Solo sabía que verla rota le dolía más de lo que se permitía sentir.

June cruzó el pasillo exterior sin detenerse. El aire estaba cargado, pesado de polvo fino y tensión flotante. Los sonidos de la base —motores, voces, el ritmo apagado de botas sobre tierra— se sentían lejanos, como si ella caminara en otra frecuencia.

Entró en la sala médica de descanso con el gesto de quien solo busca agua o unos minutos de sombra. Pero ni una cosa ni la otra la calmaban.

Miriam estaba allí, su compañera en el turno de noche. Revisaba un informe sobre el escritorio improvisado, con los lentes bajados por la mitad de la nariz. Alzó la vista cuando la vio entrar.

—¿Otra vez tú?

June no respondió de inmediato. Fue al pequeño frigorífico portátil, sacó una botella de agua y la abrió con manos que aún temblaban levemente.

Miriam dejó los papeles a un lado.

—No me digas que sigues sin dormir.

—Duermo lo justo.

—Mentira.

June bebió.

—Estoy bien.

—Otra mentira.

June la miró de reojo. Miriam la conocía demasiado. No por amistad profunda ni por confesiones, sino por horas compartidas entre sangre, turnos eternos y momentos donde el cansancio rompía cualquier máscara.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo Miriam, sin cambiar de tono.

—Hazla.

—¿Quién es?

June frunció el ceño, aunque no tenía sentido fingir.

—¿Quién?

—La soldado. La que ingresaste tú. Maddox. No es una paciente más. No me mires así. Te vi esta mañana. Te tiembla la voz cuando hablas de ella, aunque uses el tono más neutral del mundo. Ayer no dormiste. Hoy tampoco. Y llevas desde que llegó actuando como si no te importara, cuando claramente te importa.

El silencio cayó como una losa en medio de la sala.

June no negó nada. No podía.

—La conozco —dijo al fin—. De antes. De mucho antes.

—¿Cuánto antes?

—Diez años.

Miriam asintió, sin más.

No le pidió detalles. No preguntó si fue un amor, una amiga, una herida. Supo —como saben los que han visto muchas cosas rotas— que esa historia no necesitaba ser contada en voz alta para entenderse.

June apretó la botella entre los dedos. El plástico crujió.

—Desde que la vi no he dormido más de una hora seguida —admitió, sin mirarla—. No porque esté mal. No porque tenga complicaciones. Sino porque verla… me ha revuelto todo.

Miriam no dijo nada durante unos segundos. Luego se acercó, con ese tono seco pero no carente de cuidado que usaba cuando alguien estaba al límite.

—Entonces duérmete un par de horas. O explota. Una de dos.

June la miró, agotada.

Y por primera vez desde que todo comenzó, sintió que estaba a punto de romperse.

June no volvió directamente a la tienda médica.

Tampoco regresó a su tienda para dormir, como Miriam le había sugerido. En su lugar, caminó en línea recta hacia la parte trasera del campamento, donde los contenedores de suministros formaban una especie de pasillo estrecho, oculto del bullicio principal.

Era el único sitio donde, si uno quería desaparecer por unos minutos, podía hacerlo sin ser visto.

Se sentó sobre una caja de madera, el sol ya alto en el cielo, la luz rebotando con violencia sobre la lona blanca de las tiendas lejanas. Cerró los ojos. Apoyó los codos sobre las rodillas. Sintió el pulso en las sienes. En los dedos. En la base del cuello.

La fatiga era real. Pero no era solo física.

No era por las guardias. Ni por la tensión constante del lugar. Era por Riley.

Desde el momento en que la vio —ensangrentada, inconsciente, muda sobre la camilla— el tiempo había cambiado. Cada minuto desde entonces había sido un eco del pasado, de todo lo que no dijeron, de todo lo que no cerraron.

Y verla rota, devastada por la muerte de su compañero, le había dolido más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Había querido consolarla. Tocar su mano. Decirle algo que tuviera sentido. Pero no lo hizo. No podía. El miedo a volver a sentir todo lo que una vez sintió —con esa misma intensidad, con ese mismo vértigo— era más fuerte que ella.

Lo que sentía no tenía forma. No podía definirlo ni como rabia, ni como pena, ni siquiera como amor. Era otra cosa. Una mezcla de memoria corporal, de pérdida, de deseo antiguo. Una parte de ella que se había quedado congelada durante diez años y ahora despertaba de golpe, sin sutileza.

Respiró hondo.

El aire entró con dificultad. No por falta de oxígeno. Porque había algo en el pecho que no se dejaba mover.

Se inclinó hacia adelante, apoyando la frente contra las manos. Se sintió pequeña. Frágil. Como si tuviera diecisiete otra vez. Como si aún pudiera volver atrás, deshacer las cosas, decir lo que no dijo, detener a Riley antes de que se fuera.

Pero ya no eran niñas. Y esto no era Kansas. Y el tiempo no sabía perdonar.

Cuando por fin se incorporó, tenía los ojos húmedos. No lloraba, pero la humedad estaba ahí. A punto de deslizarse. A punto de quebrarla.

Se limpió el rostro con la manga y se obligó a levantarse.

No estaba lista para hablar con Riley. No aún.

Pero tampoco podía seguir fingiendo que su presencia no la afectaba.

Porque la afectaba. En cada poro. En cada maldito latido.

Regresó al hospital de campaña cuando el calor empezaba a bajar. El sol se deslizaba hacia el horizonte y las sombras se alargaban como si quisieran tocarlo todo.

June caminó más despacio. No por cansancio, sino porque cada paso la acercaba a algo que aún no sabía si estaba preparada para enfrentar. Su uniforme estaba arrugado, la bata desabrochada, el cabello recogido sin cuidado. Pero nadie reparaba en eso. En un lugar donde la vida podía cambiar en segundos, los detalles pasaban desapercibidos.

Entró en la tienda principal.

La jornada seguía su curso: enfermeros limpiando instrumental, médicos revisando informes, soldados heridos hablando en voz baja. Todo igual. Todo funcionando. Como si el mundo no se hubiera agrietado bajo sus pies.

June fingió integrarse en el ritmo. Recogió una bandeja. Revisó un parte. Preguntó por un suministro que no necesitaba. Mantuvo las manos ocupadas, el cuerpo activo, la mente en superficie.

Pero por dentro, seguía temblando.

No por lo que había visto en Riley. Sino por lo que había sentido en sí misma.

Una grieta.

Un derrumbe lento.

Un reconocimiento.

Durante años, había creído que el silencio era una forma de protección. Que dejar atrás a Riley, que dejar atrás esa parte de sí misma, era la única manera de avanzar. Pero ahora que la tenía de nuevo delante, que su voz la atravesaba, que su mirada volvía a tocar lugares que creía cerrados, todo parecía volver a empezar.

Y ella no sabía si tenía la fuerza para vivirlo de nuevo.

Se detuvo frente a una de las mesas con carpetas. Respiró hondo. Apoyó las manos sobre el borde metálico, como si necesitara anclarse.

Miriam pasó a su lado. Le lanzó una mirada rápida.

—¿Mejor?

June asintió.

—No —dijo, casi al mismo tiempo.

Miriam no insistió. Siguió caminando.

June se quedó quieta unos segundos más. Luego cerró los ojos, brevemente.

Y en ese instante de oscuridad, el recuerdo de la mano de Riley sobre la suya, años atrás, volvió con la misma claridad con la que lo había sentido entonces.

Lo que estaba roto, no se había curado. Solo se había dormido.

Y ahora, estaba despierto otra vez.

Capítulo 6

Riley: Pasado

Al principio fue solo una distracción.

Un gesto involuntario durante clase. Un movimiento automático del bolígrafo en los márgenes del cuaderno, mientras la profesora hablaba de fechas que no le importaban. Riley garabateaba sin pensar. Círculos, líneas, nombres de bandas que ya no escuchaba.

Y después, sin querer, escribió su nombre.

June.

Pequeño. En una esquina. Con letra inclinada. Como si fuera un secreto.

Lo tachó de inmediato.

No por miedo a que alguien lo viera —nadie en su clase prestaba atención a lo que hacía—, sino por la rabia que le provocó reconocerse en ese gesto. Era algo que hacían las chicas que escribían cartas de amor. Las que soñaban con finales felices. Las que se enamoraban.

Ella no era una de esas chicas.

No podía serlo.

No de June.

Durante los días siguientes, volvió a hacerlo. No a propósito. No por decisión consciente. Simplemente aparecía. Entre fórmulas de física, en las esquinas de las hojas de historia. A veces con su apellido, otras veces sola. *June*. Una palabra que empezaba a pesarle más de lo que podía decir en voz alta.

Riley empezaba a enfadarse consigo misma. A evitar ciertos pensamientos. A convencerse de que era solo confusión. Que estaba exagerando. Que lo que sentía no era real. Que el cuerpo a veces se equivocaba.

Para probarlo, accedió a salir con Nathan, uno de los chicos del equipo de fútbol. Él se lo había insinuado varias veces, y ella no había respondido. Esa vez, dijo que sí. Una parte de ella quería

saber. Quería comprobar que aún era "normal", lo que fuera que eso significase.

Fueron al autocine del pueblo. Comieron palomitas. Rieron un poco. Él le pasó el brazo por encima de los hombros.

Riley se dejó hacer.

Pero en ningún momento sintió lo que esperaba. Ni siquiera incomodidad. Solo **nada**.

Un vacío enorme, gris, flotando entre ambos. Una escena que parecía tener sentido para los demás, pero no para ella.

Cuando él se inclinó para besarla, pensó en June.

Y entonces supo que no podía seguir fingiendo.

Riley volvió a casa con una sensación que no supo definir. No era decepción. Ni tristeza. Era algo más cercano al cansancio. Como si hubiera intentado encajar en un molde que no estaba hecho para ella y el cuerpo se lo estuviera reprochando.

Nathan había sido amable. Le había llevado hasta la puerta de su casa. Le había sonreído con esa mezcla de nerviosismo y seguridad que tienen los chicos cuando creen que han hecho algo bien.

—¿Te lo has pasado bien?

—Sí —respondió ella, sin pensar.

Él la miró, esperó algo más. Luego se inclinó ligeramente hacia ella. El beso fue suave, breve. Y vacío. Riley no retrocedió. Tampoco respondió. Simplemente esperó a que terminara.

—Nos vemos el lunes —dijo él, sin darse cuenta de que en realidad ya no se verían más.

Cuando entró en casa, se fue directa a su habitación, se quitó la chaqueta y se dejó caer sobre la cama sin encender la luz. La oscuridad no era un problema. La conocía bien.

Allí, con el rostro hundido en la almohada, se sintió como si algo dentro de ella se hubiera agrietado. No porque Nathan no le gustara. Sino porque había querido que le gustara, y no había forma de obligarse.

Cerró los ojos y, sin poder evitarlo, pensó en June.

No en un momento concreto. No en una escena precisa. Pensó en su voz cuando decía su nombre. En la forma en que se movía por el pasillo del instituto, con los libros contra el pecho. En sus manos. En la forma en que la había mirado la última vez que se rozaron por accidente.

No había beso, pero todo eso ya le bastaba para sentir que no podía mirar a nadie más.

Se incorporó. Encendió la lámpara y, casi sin darse cuenta, abrió el móvil. Había un mensaje de June de esa misma tarde. Algo simple, sin importancia: *"¿Al final fuiste al autocine? ¿Estuvo bien la peli?"*

Riley no lo había contestado. No sabía qué decirle.

Ahora lo releyó cinco veces.

Y luego otras tres.

No porque no entendiera las palabras. Sino porque deseaba estar al otro lado de ese mensaje. En lugar de con Nathan. En lugar de en ese coche incómodo, con ese beso sin sentido.

Cerca de June. Escuchándola reír. Viendo cómo se le iluminaban los ojos cuando hablaba de un libro que había leído. Sintiéndose… bien.

Se tumbó de nuevo, con el móvil sobre el pecho.

Y en la pantalla, el nombre de June seguía allí. Pequeño. Luminoso. Inofensivo para cualquiera. Pero no para ella.

Para ella, era todo.

El domingo amaneció con cielo gris y una quietud extraña. No había viento, ni pájaros, ni voces. Solo ese silencio espeso que se instala en los pueblos cuando el mundo parece detenido.

Riley se despertó temprano. No por costumbre. Por incomodidad. El cuerpo le dolía, pero no físicamente. Era una incomodidad interna, una especie de malestar entre el pecho y la garganta, como si hubiera tragado algo que no podía digerir.

Pasó el desayuno en silencio. Su madre le preguntó si todo iba bien. Ella asintió sin levantar la vista del café frío.

Después subió a su cuarto, abrió el cuaderno de clase y se quedó mirándolo sin escribir nada. Lo hojeó, buscando una página cualquiera, y volvió a encontrar su nombre escrito en uno de los márgenes.

June.

Tan claro. Tan limpio.

Tan inevitable.

El impulso fue tacharlo. Con rabia. Con vergüenza. Pero esta vez no lo hizo. Solo lo rodeó con el dedo índice, como si al delinearlo pudiera contener todo lo que sentía.

Luego cerró el cuaderno de golpe.

—Basta —murmuró en voz baja.

Pero el cuerpo no entendía de órdenes.

Pensó en lo de Nathan. En la cita. En el beso. En cómo, en ese momento, se había sentido fuera de lugar dentro de su propia piel. Pensó en June. En cómo solo con estar cerca de ella, todo tenía sentido. En cómo cada pequeño gesto suyo —una mirada, una broma, un silencio compartido— la dejaba temblando por dentro.

¿Por qué tenía que ser ella?

¿Por qué no podía ser más fácil?

A veces deseaba que June no le gustara. Que solo fueran amigas. Que pudiera apagar ese sentimiento con una decisión. Pero ya no podía.

Era tarde para eso.

Y además, en el fondo, no quería dejar de sentirlo.

Porque junto a la confusión, la rabia, el miedo… también estaba la verdad. Y la verdad era que, cuando pensaba en alguien que la hiciera sentir a salvo, siempre pensaba en ella.

Se tumbó sobre la cama con los brazos extendidos. La luz gris entraba por la ventana como una caricia tibia.

Cerró los ojos. Y se permitió, por un momento, imaginar lo que no se atrevía a decir. Que June también la mirara así. Que también escribiera su nombre en los márgenes de algún cuaderno. Que no estuviera sola en esto.

Solo lo pensó un instante. Lo justo para que doliera.

Por la tarde, Riley salió a correr.

No porque le apeteciera. Ni porque lo necesitara físicamente. Sino porque había momentos en los que solo podía dejar de pensar si el cuerpo estaba en movimiento. El cansancio era su única forma de detener la mente.

Pisó el camino de tierra detrás del campo de béisbol y avanzó sin rumbo, sin ritmo, sin música. Solo ella, sus zapatillas y la necesidad de huir de sí misma.

Cada vez que recordaba el beso con Nathan, le volvía esa sensación de estar en un lugar equivocado. Como si alguien la hubiera metido en una historia que no era la suya. No había rechazo, ni incomodidad evidente. Solo una certeza muda: no era ahí donde quería estar.

En cambio, los recuerdos con June la habitaban con una intensidad que no sabía cómo clasificar. Lo peor no era que sintiera algo. Lo peor era que lo sentía con alegría y con culpa al mismo tiempo. Como si algo tan cálido no pudiera ser permitido.

Volvió a casa empapada de sudor. Se duchó sin encender la luz del baño. No necesitaba verse. No quería. Se puso ropa vieja, ancha, cómoda, como si pudiera ocultarse dentro de sí misma.

El móvil vibró.

June.

"¿Te apetece estudiar juntas mañana después de clase? Tengo una prueba en biología y tú eres mi esperanza."

Riley se quedó mirándolo largo rato.

Era un mensaje simple. Amistoso. Sin doble sentido. Y, sin embargo, el corazón le dio un vuelco. No por el contenido, sino porque era ella. Porque la idea de verla, de tenerla cerca, de sentarse en la misma cama y escuchar su voz, le cambiaba el aire.

Tecleó una respuesta rápida:

"Claro. A las cinco, como siempre."

La envió antes de poder pensarlo demasiado.

Después dejó el móvil sobre el escritorio y se sentó en el borde de la cama.

Sus piernas temblaban.

No por la carrera. No por el esfuerzo físico.

Por lo que estaba a punto de vivir, otra vez.

Por esa tarde cualquiera que no era cualquier cosa.

Por cada minuto que pasaría fingiendo que eran solo amigas. Y por el deseo mudo de que, tal vez, ella también lo sintiera.

La noche cayó despacio, como si no tuviera prisa. Riley dejó la ventana abierta. El aire entraba tibio, apenas en movimiento. Afuera, se oía algún coche lejano, la televisión de los vecinos, el eco amortiguado de una conversación en la acera.

Pero en su habitación solo había una cosa: El mensaje de June, todavía encendido en la pantalla. Y ella, sentada frente a él.

Lo había leído al menos diez veces desde que respondió. No porque dudara de lo que decía, sino porque cada palabra le devolvía algo que no sabía nombrar. Esa normalidad entre ellas, esa complicidad, ese "como siempre" que June había lanzado sin saber que ya nada era como siempre.

Riley pensó en decírselo.

No en voz alta. No todavía.

Pero sí en forma de algo. Una pista. Un gesto. Una palabra que pudiera abrir un espacio nuevo entre las dos. Algo que dijera: *me estoy rompiendo por dentro y no puedo seguir fingiendo que no me pasa nada cuando estoy contigo.*

Pero no escribió nada más.

Solo dejó el móvil a un lado, se recostó sobre la cama y se tapó con la manta hasta la barbilla, como hacía de niña cuando tenía miedo a las pesadillas.

Cerró los ojos. Se obligó a respirar despacio.

Quería dormirse pensando en ella. No en Nathan. No en el beso que no le dijo nada. Quería dormirse imaginando la sonrisa de June cuando entendía algo complicado de biología. Quería recordarla con

el cabello suelto, con las manos manchadas de tinta, con ese gesto que hacía cuando leía en voz alta y se olvidaba del resto del mundo.

No sabía qué pasaría mañana. No sabía si alguna vez tendría el valor de decirle la verdad.

Pero esa noche, a solas, se permitió quererla sin culpa.

Sin testigos.

Solo eso.

Amarla en silencio. Como quien guarda algo que es demasiado hermoso para ser dicho.

Capítulo 7

Riley: Presente

La noche no se parecía a una noche.

Era más bien un limbo estático, sin forma, sin temperatura. La tienda estaba en penumbra, y el zumbido constante del generador apenas ocultaba el ruido real: su propia cabeza.

Riley estaba tumbada de lado, con los ojos abiertos desde hacía horas. Había contado hasta cien tres veces. Había intentado concentrarse en su respiración. Había cambiado de postura, de manta, de pensamiento.

Pero nada funcionaba.

Cada vez que cerraba los ojos, volvía a ese momento. El ataque. El polvo. El sonido sordo de la explosión. Y después, el cuerpo de Jared cayendo como si el suelo lo hubiera tragado. Su compañero. Su amigo. Su hermano de sangre en todo menos en apellido.

Y ella, incapaz de hacer nada.

La culpa no era nueva. Pero esta era distinta. Más seca. Más punzante. Porque Jared estaba muerto. Porque ella estaba viva. Y porque al abrir los ojos… había visto a June.

Como si la vida no supiera qué broma pesada soltarle a continuación.

Cerró los puños bajo la manta. No lloraba. No lo hacía nunca. Pero por dentro, todo dolía.

Pensó en lo que June había dicho antes de irse. Esa voz controlada, casi quirúrgica. Esa mirada que no la tocaba. Lo entendía. Lo merecía, incluso. Pero no por eso dejaba de doler.

Porque la necesitaba. Ahora más que nunca. Y no podía pedirla.

La lona de la tienda se movió con un leve crujido. Afuera, el campamento dormía. O fingía dormir. La guerra también tenía noches tranquilas, pero no por eso eran menos violentas.

Riley se sentó en el catre. El vendaje en su costado tiró un poco, pero no le importó.

Se puso las botas sin hacer ruido. Cruzó la tienda sin encender ninguna luz. Y salió.

No sabía a dónde iba.

Solo sabía que no podía seguir allí. Sola. A oscuras. Con todos sus fantasmas pegados al cuerpo.

Caminó en línea recta entre las tiendas, sin una ruta clara, solo guiada por el instinto.

Las luces bajas del perímetro trazaban sombras largas sobre la tierra agrietada. Todo el campamento parecía suspendido, como si el mundo estuviera conteniendo el aliento. Riley no se cruzó con nadie. Los turnos nocturnos eran silenciosos, rápidos, ajenos. Nadie hacía preguntas a esas horas. Nadie quería respuestas.

Al pasar junto a la tienda médica principal, se detuvo.

Una parte de ella quería girar, volver atrás, esconderse. Fingir que la noche era solo insomnio. Que lo que estaba sintiendo era algo que podía guardarse hasta la mañana.

Pero la otra parte —la que dolía, la que temblaba, la que no podía más— dio un paso hacia adelante.

Entró.

El interior estaba en penumbra. Solo una lámpara quedaba encendida sobre la mesa del fondo. Una figura, sentada, revisaba unos informes. Cabello recogido, postura recta, concentración absoluta.

June.

Riley sintió que el aire se le detenía en la garganta. La vio. Y durante un segundo no fue la médica, ni la mujer que no quería mirarla. Fue June. Su June. Aunque ya no lo fuera.

Avanzó dos pasos. No supo qué decir. Lo había repetido mentalmente antes, pero ahora todo le parecía torpe, insuficiente.

June levantó la vista. La reconoció al instante. Pero no dijo nada.

Riley respiró hondo.

—¿Puedo hablar contigo un minuto?

La pregunta salió más baja de lo que pensaba. Como si no fuera ella quien la dijera. Como si estuviera pidiendo permiso para volver a

un lugar que había sido suyo alguna vez.

June cerró la carpeta con calma. La dejó a un lado.

Y entonces respondió:

—No estoy aquí para eso.

Las palabras fueron limpias. Precisas. Como una incisión. Como un cierre de puerta.

Riley tragó saliva.

No dijo nada. No porque no tuviera cosas que decir, sino porque, de pronto, todo parecía inútil.

El silencio entre ambas era más fuerte que cualquier frase. Más real que cualquier recuerdo.

Y June ya no estaba disponible. Ni como médica. Ni como persona. Ni como refugio.

Riley no respondió.

Se quedó allí, de pie, sintiendo cómo las palabras de June se instalaban en el pecho como un disparo seco. No era ira lo que sentía. Tampoco sorpresa. Era algo más profundo. Más triste.

Porque lo entendía.

Porque se lo merecía.

Y, aun así, dolía.

Apretó los labios. Mantuvo la mirada firme por fuera, aunque por dentro algo se estaba desgarrando. No sabía si era el corazón o la memoria. Tal vez ambos.

—Está bien —dijo al fin, con la voz apenas audible.

June no respondió.

Riley se giró. Caminó hasta la salida sin mirar atrás. Cada paso era un esfuerzo de voluntad. Cada metro recorrido, una renuncia.

La lona se cerró detrás de ella. Y entonces, cuando ya nadie podía verla, se desmoronó.

Se apoyó contra una pared metálica, fuera de la vista, y dejó caer el cuerpo hasta quedar sentada en el suelo. Las manos en las rodillas. La cabeza gacha. El pecho ardiendo.

No lloró con sonido. No se permitió eso. Pero las lágrimas le corrían por las mejillas igual. Lentas. Tibias. Obstinadas.

Jared estaba muerto. June no quería hablar con ella. Y el mundo seguía girando.

Cerró los ojos.

Recordó la primera vez que Jared la cubrió en una patrulla. El chiste que le hizo cuando ella no podía dormir en su primer destino. La vez que la convenció de afeitarse la cabeza porque "así asustas más, Maddox".

Y ahora, él no estaba. Y ella no había podido hacer nada.

Tenía la culpa de eso.

Y tenía la culpa de lo que pasó con June. De haber huido. De no haber dicho nada. De haber roto lo que nunca tuvo oportunidad de ser.

Se abrazó las piernas, intentando contenerse. Pero no había nada que contener. Solo vacío.

Allí, en mitad de una base médica, rodeada de soldados dormidos y médicos agotados, se sintió más sola que nunca.

No por la muerte. Sino por todo lo que seguía vivo. Y dolía más.

Pasaron varios minutos. O tal vez una hora. Riley no sabría decirlo. El tiempo no funcionaba igual cuando una parte de ti ya no está presente.

Cuando por fin se levantó del suelo, las piernas le dolían, los dedos le temblaban, y el cuerpo tenía esa rigidez de quien ha estado demasiado rato en una posición incómoda sin moverse, sin querer sentir nada más.

Volvió a su tienda con pasos lentos, mecánicos.

Dentro, todo estaba exactamente igual: su catre sin deshacer, la cantimplora medio vacía sobre el taburete, el ruido del generador filtrado por la lona. Pero ella ya no era la misma. O tal vez sí. Tal vez solo estaba volviendo a ser esa versión suya que no quería recordar.

Se quitó las botas. Se sentó en el borde del catre. Se pasó las manos por la cara con torpeza, como si intentara sacarse de encima el día entero. Pero lo único que consiguió fue sentir que su piel ardía.

No encendió ninguna luz.

Se tumbó de espaldas. Fijó la vista en la costura del techo de lona. Respiró. Contó. Esperó.

No llegó el sueño.

Solo llegó la ausencia.

La de Jared. La de June. La suya propia.

Se giró de lado. Cerró los ojos con fuerza.

Intentó pensar en otra cosa. En un lugar más amable. En una escena vieja, de esas que el cuerpo guarda sin pedir permiso. Recordó una tarde en el granero, con el sol entrando entre las rendijas, y June a su lado, leyendo en voz alta con esa voz lenta, precisa, que hacía que todo sonara mejor. Recordó haberle mirado los labios sin entender por qué. Recordó haber deseado tocar su mano y no haberse atrevido.

Pensó: *¿y si nunca volvemos a hablar? ¿Y si esto es todo?*

La respuesta llegó como un vacío. Un hueco. Una certeza silenciosa que no dolía de golpe. Sino como el tipo de pena que se instala sin prisa, y no se va.

Entonces abrió los ojos. Y entendió que esa noche tampoco iba a dormir. Porque cuando el cuerpo se rompe por dentro, descansar se vuelve un lujo imposible.

El amanecer aún estaba lejos. El cielo no había empezado a aclararse y el campamento seguía envuelto en esa penumbra artificial que lo hacía parecer irreal, como si el mundo estuviera suspendido en una pausa larga, tensa.

Riley se levantó del catre por tercera vez.

No podía estar quieta.

No podía estar acostada con los ojos cerrados fingiendo que dormía, fingiendo que estaba bien, fingiendo que lo de esa noche —esa conversación fallida, ese muro con forma de June— no había pasado.

Se acercó al pequeño espejo sobre el lavabo portátil. Se vio el rostro en sombras. Parecía más vieja. Más cansada. Más… ajena. Como si la persona que la miraba desde el reflejo ya no tuviera nada que ver con la chica que fue.

Y, sin embargo, allí estaba.

La misma que huyó. La misma que no dijo nada. La misma que amó sin admitirlo. La misma que ahora estaba sola.

Se mojó la cara. Respiró hondo.

Después, regresó al catre y, sin pensar demasiado, sacó una libreta de entre sus cosas. No era un diario. Solo un cuaderno cualquiera que usaba para anotar cosas técnicas. Pero necesitaba escribir algo. Lo que fuera. No para guardar un recuerdo. No para entender. Solo para no enloquecer.

Escribió:

No pude salvar a Jared. No supe quedarme con June. Y ahora no sé si puedo seguir sin ninguno de los dos.

Se quedó mirando esas tres frases como si fueran una herida abierta. Eran simples. Verdaderas. Terribles.

Pero al menos eran suyas.

Cerró la libreta. Apagó la linterna. Volvió a tumbarse.

Y en la oscuridad total, no pensó en la guerra, ni en la muerte, ni en el dolor físico. Pensó en cómo sonaba su nombre en la voz de June. En cómo era dormir con la certeza de que alguien te quería, aunque no te lo dijera. Y en si algún día volvería a sentir eso de nuevo.

No sabía si ella y June volverían a hablar. Pero sí sabía una cosa.

Ya no podía seguir callando.

Capítulo 8

June: Pasado

La idea fue de Riley. Como casi siempre.

—¿Y si nos escapamos esta noche? —dijo en voz baja, como si decirlo en voz alta hiciera que el mundo entero se enterara.

Era viernes. El verano se sentía pegajoso, espeso, como si cada minuto transpirara. Estaban tumbadas sobre la vieja manta del porche trasero, con los pies descalzos y una botella de refresco entre ambas. La luz de la cocina llegaba débil a través del mosquitero. Todo parecía tranquilo, demasiado tranquilo para sus diecisiete años.

—¿A dónde? —preguntó June, sin mirarla.

—Al lago.

La respuesta fue inmediata. Como si ya lo hubiera decidido. Como si solo necesitara que ella dijera que sí.

June lo pensó. Lo justo para que el corazón le diera un latido más rápido.

—Vale —dijo.

Esa palabra fue todo.

Cuando el reloj marcó las once, June salió por la ventana de su cuarto. Lo había hecho muchas veces antes. No era una rebelión. Era una costumbre. Algo que compartían desde niñas. Pero esa noche se sentía distinto. El aire estaba más denso. El cielo más bajo. Todo más… eléctrico.

Riley la esperaba en la esquina de la calle, con una mochila colgada al hombro y los cordones de las zapatillas sin atar. Tenía el cabello suelto y los brazos cruzados. Sonreía.

—Creí que no vendrías —dijo, aunque no lo parecía.

—Nunca me he perdido una de tus locuras.

Caminaron en silencio por la carretera. Pies descalzos sobre el asfalto aún caliente. Las zapatillas en la mano. Las luces del pueblo quedaron atrás, y con ellas cualquier resto de mundo que no fueran ellas dos.

June notaba cada piedra bajo los dedos. Cada grano de tierra. Pero no se quejaba.

Le gustaba el dolor leve que venía con lo real.

Riley iba un poco por delante, guiando. Como siempre. June la seguía, y en el fondo no se preguntaba a dónde iban. Solo le importaba no dejar de ir con ella.

Cuando llegaron al lago, no dijeron nada. Se quedaron unos segundos frente al agua oscura, reflejo borroso del cielo.

Entonces Riley se quitó la camiseta.

June la miró, por primera vez en mucho tiempo, sin fingir que no lo hacía.

No por deseo inmediato. No con claridad. Sino con esa mezcla de miedo y anhelo que no se sabe separar.

—¿Vienes o no? —preguntó Riley, ya con los pies en el agua.

June no respondió.

Simplemente entró detrás de ella. Con ropa. Con dudas. Con todo.

El agua estaba más fría de lo que June recordaba.

Le envolvió los tobillos como una caricia áspera y luego le subió por las piernas, por la espalda, por el cuello. Respiró hondo antes de hundirse por completo. El agua la abrazó entera. Oscura. Suave. Silenciosa.

Cuando salió a la superficie, Riley estaba a pocos metros, flotando boca arriba, con los ojos cerrados y una sonrisa apenas dibujada. El cabello extendido como una corona líquida.

—¿Sabes? —dijo de pronto, sin abrir los ojos—. Si pudiera vivir aquí, lo haría.

—¿En el lago?

—Sí. Sin casas, sin relojes, sin nadie que me diga qué tengo que ser.

June la miró en silencio.

A veces, Riley decía cosas que parecían tontas. Y otras veces decía cosas que eran tan verdaderas que dolían.

Nadó hasta quedar más cerca. No demasiado. Solo lo justo.

—¿Y qué serías si pudieras elegir? —preguntó.

Riley abrió los ojos.

La miró. Una mirada larga, sin máscaras.

—No lo sé. Pero sería libre.

Y esa palabra, *libre*, se quedó flotando entre ambas como un hilo invisible.

June sintió que algo se le encogía en el pecho. No sabía si era amor. No sabía si era miedo. Solo supo que quería tocarla. No con las manos. Con el cuerpo entero. Con el alma, si eso existía.

—Podrías ser quien quisieras —murmuró.

Riley se dio la vuelta y comenzó a nadar en círculos, salpicando agua hacia todas partes. Reía. Gritaba. El sonido se mezclaba con el de los grillos, con el de las hojas moviéndose en los árboles, con la respiración agitada de June.

Y de pronto, era fácil ser feliz.

Fácil olvidar todo lo demás.

El mundo fuera del lago no existía. Ni el instituto, ni los padres, ni el pueblo. Solo ellas.

En algún momento, Riley se acercó de nuevo. June no supo si lo hizo sin pensar o si lo hizo porque lo había pensado demasiado. Solo supo que, cuando la tuvo delante, le tomó la mano.

No como una broma. No como un gesto casual. La tomó con fuerza. Con una especie de decisión muda.

Y June, en vez de retirarla, la apretó también.

Ninguna de las dos dijo nada.

Pero en ese silencio, todo lo que no sabían decir estaba ya dicho.

El contacto de su mano era firme, y sin embargo temblaba.

June no sabía si era el agua o Riley, o tal vez ambas. Pero ese temblor le atravesó el brazo como una corriente silenciosa. No era la primera vez que se tocaban. Había habido mil gestos antes: roces, empujones, abrazos. Cosas que no importaban.

Pero esto era distinto.

Esto pesaba.

Riley la miró, seria de repente, con el rostro empapado y los ojos oscuros por la noche. Tenía una gota resbalándole desde la sien hacia la mandíbula. June la siguió con la vista, como si ese movimiento lento le diera algo a lo que aferrarse.

Durante un instante, todo se detuvo.

No hubo risas. No hubo palabras.

Solo dos chicas en medio de un lago, con el mundo cayendo alrededor, sosteniéndose de una sola mano.

June sintió que la distancia entre ellas se había reducido sin que ninguna diera un paso. Era como si el agua se hubiera contraído. Como si la noche se cerrara a su alrededor para hacerlas colisionar.

Su respiración cambió.

La de Riley también.

No fue un movimiento claro, pero en algún momento sus rostros quedaron tan cerca que June pudo ver las pestañas mojadas de Riley. El labio inferior partido. El leve gesto de contención.

Una parte de ella pensó: *ahora.*

Otra pensó: *no puedes.*

Y en medio de ese cruce, ninguna se atrevió.

Solo se miraron.

Se buscaron.

Y se sostuvieron en ese borde tan fino entre lo que se desea y lo que no se cree posible.

Riley apartó la mirada, muy despacio. Pero no soltó su mano.

Y eso fue más fuerte que un beso.

Porque en ese gesto había decisión. Había promesa. Había miedo.

Y June sintió que se rompía por dentro sin que nadie lo notara.

Había estado tan cerca.

Tan condenadamente cerca.

Y aún así, aún con el cuerpo pidiéndolo, no ocurrió.

Pero ambas lo habían pensado. Y ambas lo sabían.

No hablaron al salir del agua.

No fue un silencio incómodo. Fue algo más denso. Más íntimo. Como si las palabras ya no tuvieran espacio entre ambas.

June se escurría el cabello con las manos mientras caminaba por la orilla, los pies descalzos hundiéndose en el barro tibio. La ropa mojada le pegaba a la piel y cada movimiento era más torpe de lo habitual, pero no le importaba. El cuerpo estaba presente, sí, pero era la mente lo que no podía callar.

No sabía en qué momento exacto había cambiado la noche. Si fue cuando Riley la miró, o cuando no la besó, o cuando no se atrevieron a decir nada.

O si todo estaba cambiando desde hacía semanas.

Cruzaron el campo de vuelta en silencio. La luna iluminaba el camino como un farol viejo y constante. A lo lejos, los tejados del pueblo empezaban a perfilarse. Ninguna de las dos parecía tener prisa. Caminaban juntas, los brazos a veces rozándose, los pasos acompasados.

Riley rompió el silencio al llegar a la carretera.

—¿Crees que alguien se ha dado cuenta?

June negó con la cabeza.

—No.

—¿Y si lo hicieran?

La pregunta flotó en el aire un segundo más de la cuenta.

—No pasó nada —dijo June, sin mirarla.

Riley asintió, como si quisiera convencerse de eso también.

Pero ambas sabían que sí había pasado algo. Algo que no se podía explicar, ni señalar, ni narrar con detalle. Una rendija se había abierto. Un gesto mínimo. Un deseo contenido. Un límite cruzado en silencio.

Al llegar a la calle de Riley, se detuvieron bajo el árbol que usaban de punto de encuentro desde niñas.

—¿Mañana me escribes? —preguntó Riley, como si no se vieran cada día.

June la miró.

—Claro.

Y en esa palabra, "claro", cabía todo: la promesa de normalidad, el miedo a que nada volviera a ser como antes, y el intento desesperado de seguir fingiendo que podían con todo eso.

Riley sonrió apenas, como quien quiere decir adiós sin que duela.

—Buenas noches, June.

—Buenas noches.

Se separaron sin tocarse.

Pero mientras caminaba de vuelta a casa, June sentía la mano de Riley aún entrelazada con la suya.

Como si no la hubiera soltado. Como si no la fuera a soltar nunca.

Cuando llegó a casa, todos dormían. El pasillo estaba oscuro, la madera del suelo crujía bajo sus pies mojados, y el ventilador de su padre zumbaba al otro lado de la casa. Todo estaba en calma, como si el mundo no hubiera sentido nada de lo que acababa de pasar.

June cerró la puerta de su habitación con cuidado. Se quitó la ropa empapada y se envolvió en una toalla grande, sin encender la luz. Dejó caer la mochila sobre la silla. Se sentó en el borde de la cama y permaneció un rato en la penumbra, con la piel húmeda, con el cuerpo quieto, pero el corazón desbordado.

Había estado tan cerca.

Tan cerca de decirlo. De hacerlo. De cruzar ese umbral que venía rodeando desde hacía semanas.

Pero no lo hizo.

Y Riley tampoco.

Y, sin embargo, las dos lo sabían.

Se levantó con lentitud. Buscó su cuaderno en la segunda balda del armario, donde lo escondía bajo una pila de camisetas viejas. Lo abrió por la última página escrita. La letra de días atrás parecía de otra persona. Más ingenua. Más tranquila.

Tomó el bolígrafo y escribió sin pensar. No frases enteras, no ideas claras. Solo fragmentos. Palabras sueltas. Como si eso bastara para atrapar lo que había vivido.

Mano en el agua. No me miró cuando debió. O sí me miró, pero con miedo. Yo también. Casi.

Cerró los ojos. Apoyó el bolígrafo sobre el papel.

Quiso escribir *la quise besar*, pero no pudo. Era demasiado definitivo. Demasiado evidente.

Así que escribió otra cosa:

No sé cómo voy a fingir que no pasó nada.

Volvió a esconder el cuaderno. Se tumbó bajo las sábanas aún con el cabello mojado. No importaba. Ya no podía dormir.

El silencio de la noche se le clavaba en el pecho como una pregunta sin respuesta.

¿Y si nunca ocurre?

¿Y si esto fue lo más cerca que estarían de eso?

Y aún así, no se arrepentía.

Porque en ese lago, bajo esa luna, con las manos entrelazadas y el corazón a punto de estallar, había sentido algo tan real que ya no necesitaba explicaciones.

Y eso, aunque no bastara, era suyo.

Capítulo 9

June: Presente

Últimamente, los recuerdos no venían como escenas. Venían como sensaciones.

Un olor. Un ritmo. Un color.

La linterna amarilla sobre la mesa de curas le recordaba a la lámpara que Riley tenía en su habitación, esa que nunca cambiaba de bombilla y que parpadeaba como si respirara. El sonido del agua en el lavabo portátil le traía de vuelta el chapoteo en el lago, las risas que intentaban sonar fuertes pero temblaban por dentro.

Y algunas noches, al cerrar los ojos por un segundo, sentía la presión de su mano entrelazada con la suya. No una imagen. No una memoria. Un contacto. Vivo. Doloroso.

June respiraba hondo. Lento. Constante.

No podía permitirse sentir.

No allí. No ahora.

Estaba en una zona de guerra. No era una adolescente enamorada. Era médica. Responsable de personas heridas. Responsable de no fallar. De no mirar atrás.

Aún así, el cuerpo empezaba a traicionarla.

Mientras preparaba la bandeja de evaluación para el próximo turno, la doctora Mirsal —una de las veteranas del equipo— se acercó por detrás, revisando el listado del día.

—¿Cómo está la soldado Maddox?

June mantuvo la vista en las jeringuillas. Midió su respuesta.

—Estable.

Mirsal asintió, anotando algo.

—¿La conocías de antes?

La pregunta cayó sin peso, como una simple curiosidad de pasillo. Pero a June se le tensó la mandíbula.

—Hace mucho tiempo—dijo, con la voz perfectamente medida.

Mirsal no insistió.

Pero June se quedó congelada unos segundos, mirando al vacío.

Mucho tiempo.

No había mentido. Pero tampoco había dicho nada.

Y eso era casi peor.

Cuando salió de la tienda médica al final del turno, el sol caía oblicuo sobre el campamento. Esa hora del día en que todo parece más calmado, más soportable. Caminó por el pasillo central con paso automático, como si el cuerpo supiera adónde ir sin necesidad de órdenes.

Entonces la vio.

Riley estaba sentada en uno de los bancos de madera junto al puesto de control. Llevaba el uniforme abierto por el cuello, las mangas remangadas hasta los codos, y el cabello recogido de cualquier manera. Hablaba con otras dos soldados. Reían. Una de ellas le dio un golpe en el hombro. Riley se inclinó hacia atrás, carcajeándose. Era una risa abierta. Sincera.

Demasiado parecida a la de antes.

June se quedó quieta.

No la miraba directamente. Pero tampoco podía dejar de observarla. Había algo en esa imagen que le dolía de forma absurda. El modo en que Riley gesticulaba. Cómo inclinaba la cabeza. Ese tono de confianza con el que hablaba. La forma en que otra mujer —una morena de rostro afilado— la miraba como si ya la conociera desde hacía tiempo.

Y entonces sintió algo que no esperaba.

Celos.

Puros. Agudos. Instantáneos.

La sacudida fue tan rápida que la dejó inmóvil. No tenía derecho. No tenía motivo. Y, sin embargo, allí estaba: la punzada seca en el estómago, el calor subiendo por el pecho, la vergüenza de reconocerse queriendo algo que no le pertenecía.

Riley no le debía nada. Ni una explicación. Ni una disculpa. Ni un gesto.

Ella misma le había cerrado la puerta en la cara dos noches antes.

Y aún así, verla sonreír con otra le hacía daño.

Giró la cabeza, apretó los labios, y siguió caminando. Sin mirar atrás.

Pero la imagen seguía ahí, pegada detrás de los párpados: Riley riendo. Riley libre. Riley viva.

Y ella, estancada en un pasado que ya no sabía si tenía derecho a reclamar.

Se encerró en la pequeña tienda donde guardaban el material de curas, fingiendo que tenía algo que hacer, aunque no había ningún turno asignado. No quería ver a nadie. No quería cruzarse con más risas ni con más versiones de Riley que no le pertenecían.

Apoyó ambas manos sobre la mesa metálica y cerró los ojos. El metal estaba frío. Su respiración era lenta pero densa. Por dentro, todo era ruido.

Quiso convencerse de que lo que había sentido era normal. Lógico. Que era solo la tensión. Que cuando una persona del pasado aparece en un contexto extremo, se despiertan cosas. Ecos. Reacciones emocionales temporales. Eso decía la teoría. Eso decían los manuales de trauma.

Pero esto no era teoría.

Era algo más antiguo. Más íntimo. Más real.

Y no tenía nada que ver con trauma. Tenía que ver con amor.

Ese amor mal curado, mal procesado, mal enterrado. El que había tapado con estudio, con trabajo, con huida. El que no se había atrevido a nombrar cuando aún era tiempo. El que aún dolía.

Y ahora, verla reír con otra… era como mirar una escena que una vez imaginó vivir, pero desde el otro lado del cristal.

No era la risa. No era la mujer morena. Era la idea de que Riley había seguido adelante. Que había aprendido a vivir con lo que June no había sido capaz de sostener.

Y eso la desarmaba.

Porque June no había seguido adelante. Solo había avanzado. Como quien camina por inercia.

Y ahora, en medio de una base médica rodeada de dolor y muerte, esa mujer seguía siendo su punto de referencia. Su temblor más oculto. Su "qué hubiera pasado si".

Y todo eso volvía con una simple imagen. Una sonrisa ajena. Una conversación cualquiera.

No tienes derecho, se dijo. *No puedes sentir esto. No ahora. No aquí.*

Pero el cuerpo no entiende de derechos. Solo recuerda.

Y el suyo estaba lleno de memorias que no quería, pero tampoco podía soltar.

Cuando volvió a la tienda médica, lo hizo con el paso firme y los hombros rectos. Había perfeccionado ese gesto con los años: la seguridad sin arrogancia, la concentración sin frialdad. Era su escudo. Su traje invisible.

El turno había empezado hacía poco. La doctora Mirsal revisaba un paciente recién ingresado. Había movimiento, murmullos, órdenes dichas en voz baja, el ritmo de siempre. Ese caos controlado que a June solía calmarla. Le recordaba que tenía un propósito. Un sitio. Un espacio donde no había lugar para preguntas.

Pero esa tarde… no se sentía en casa.Tomó un informe. Lo leyó sin procesarlo. Luego otro. Saludó con un gesto a una enfermera, que le respondió con una sonrisa rápida y una mirada que duró un segundo más de la cuenta.

—¿Todo bien? —preguntó Miriam, apareciendo a su lado con una bandeja en la mano.

June asintió demasiado deprisa.

—Sí, claro. Solo cansada.

—¿No dormiste otra vez?

—He dormido lo justo —dijo, esquivando la pregunta real.

Miriam la observó. No con juicio. Con ese tipo de mirada que nace de la costumbre, de conocer los silencios del otro. No insistió, pero dejó la bandeja sobre la mesa.

—La soldado Maddox está fuera, en revisión. Le han dado pase limitado para que empiece a moverse.

June asintió. Se obligó a no reaccionar. A seguir revisando papeles.

—Gracias por avisarme.

Pero la frase le salió hueca. Como si no estuviera allí.

Y de repente se dio cuenta de que todo lo que le rodeaba —la rutina, las voces, el ruido metálico del instrumental— ya no bastaba para mantenerla entera.

Algo en ella se estaba agrietando. No con violencia. Con lentitud. Como una fisura invisible que nadie ve, pero que amenaza con hacer caer una estructura completa.

Y en el centro de esa grieta, estaba Riley.

No como una amenaza.

Sino como una herida que no había querido reconocer.

La noche cayó sin transición.

En el desierto, el sol se esfumaba como una llama apagada, y la oscuridad se instalaba con la misma autoridad con la que llegaban las sirenas en mitad del silencio. La tienda de descanso estaba en penumbra. Dos médicos dormían en los catres del fondo, cada uno envuelto en su propia extenuación.

June se sentó al borde de su camastro con una taza de té frío entre las manos. No había intentado dormir todavía. El cuerpo estaba exhausto, sí, pero no era un cansancio que se calmara con sueño. Era otro tipo. Más hondo. Más difícil.

La vio pasar por su mente otra vez. Riley. La risa. La mano en el agua. La forma en que no se besaron.

Y la forma en que ella —June— la miraba desde lejos ahora, como si fuera una historia que no vivió del todo.

¿Qué queda de algo que nunca fue dicho en voz alta?

Se hizo esa pregunta como quien toca una herida vieja. No buscaba respuesta. Solo necesitaba el roce.

Miró el interior de la taza como si pudiera encontrar algo ahí. Como si el líquido frío pudiera ordenar el desorden que llevaba por dentro.

Pero no había orden posible.

No después de todo este tiempo.

No después de verla otra vez.

Porque la verdad era simple. Cruel, sí. Pero simple:

No la había olvidado. Ni un día. Ni un mes. Ni un año.

Había seguido adelante, sí. Había estudiado, trabajado, viajado. Había construido una vida funcional. Había aprendido a ser invisible emocionalmente. A no dejar rastros.

Pero Riley seguía ahí.

Y verla de nuevo, herida, fuerte, riendo con otra… había abierto algo que no se podía volver a cerrar.

June dejó la taza a un lado.

Se tumbó sobre el catre sin desvestirse.

Miró el techo de lona. Sintió las lágrimas llegar sin permiso.

No muchas. Solo dos. Lo justo para admitir que ya no podía seguir fingiendo.

Y así, en silencio, mientras el campamento dormía, se permitió recordar el lago. El calor del asfalto. La mano que no soltó. El beso que no fue.

Y el temblor que aún hoy, diez años después, seguía allí.

Vivo.

Capítulo 10

Riley: Pasado

La risa llegó antes que la imagen.

Aguda, cálida, perfectamente reconocible. June.

Riley alzó la vista desde su taquilla en el pasillo, y allí estaba ella: de pie junto a las escaleras, con los libros apretados contra el pecho, el cabello suelto, y ese chico de último año, Brandon algo, haciéndole algún comentario que ella celebraba como si fuera gracioso de verdad.

Riley sintió cómo algo dentro de su estómago se contrajo. No fue un pensamiento. No fue una conclusión. Fue una reacción. Brusca. Seca. Instintiva.

Le molestó verla reír. Le dolió.

Y no tenía derecho.

Porque no eran nada.

Porque nunca se lo había dicho.

Porque nunca se habían besado, ni tocado más allá de lo permitido, ni cruzado una sola palabra que pudiera interpretarse como lo que era. Pero Riley sabía. Y eso bastaba.

El chico le tocó el brazo con confianza. June bajó la mirada, pero no se apartó. No del todo. La escena duró apenas unos segundos más, pero para Riley fue eterna. Y después, como si el universo quisiera burlarse, June se giró hacia el pasillo.

Sus miradas se cruzaron.

Un segundo. Dos.

Y luego June siguió andando, sin cambiar el gesto.

Como si no hubiera pasado nada.

Como si Riley no existiera.

Se le revolvió algo en la garganta.

Cerró la taquilla con más fuerza de la necesaria, ignorando el golpe. Caminó hacia clase con el cuerpo tenso, el paso rápido, la mente llena de frases que no pensaba decir en voz alta.

No estaba enfadada con June.

Estaba enfadada consigo misma. Por no poder dejar de mirarla. Por necesitar tanto una mirada suya.

Y porque verla reír con otro le había dolido más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Ese mismo día, por la tarde, se sentó en el borde de su cama con la libreta de clase sobre las piernas. No podía concentrarse. No importaba cuántas veces intentara repasar los apuntes de química, cada palabra se le mezclaba con una imagen.

June. Riendo. Con él.

Apoyó la espalda contra la pared, apretó el bolígrafo entre los dedos y, sin pensarlo demasiado, pasó a la última hoja en blanco.

Empezó a escribir.

No sé por qué me duele verte reír con otro. No tengo derecho, lo sé. Pero dolió. Y aún me duele. Hoy no fui capaz de saludarte. Y no porque no quisiera, sino porque si te hablaba, lo hubiera dicho todo sin querer. Y no sé si tú quieres oírlo. Ni siquiera sé si yo quiero decirlo en voz alta.

Se detuvo.

La tinta seguía fluyendo, pero sus manos temblaban.

Quiero que me mires como lo hiciste en el lago. Solo eso.

Volvió a leerlo. Varias veces.

Y después, con el corazón acelerado, arrancó la hoja.

La dobló con cuidado. La metió entre los dedos. Se levantó. Caminó de un lado a otro de la habitación. Pensó en dejarla en su casillero. En pasársela durante clase. En dejarla caer "sin querer" sobre su pupitre.

Pero no lo hizo.

Se sentó otra vez y, sin dudarlo, rompió el papel en pedacitos diminutos.

Los dejó caer en la papelera sin ceremonia.

Porque tener palabras no significaba que se pudieran decir. Y querer algo no bastaba para tenerlo.

Se quedó un rato mirando al techo, como si ahí pudiera encontrar una versión de sí misma más valiente. Más clara. Menos rota.

Pero no la encontró.

Así que cerró la libreta, se acostó boca arriba en la cama y se obligó a dejar de pensar en June.

Solo que no lo consiguió.

Porque una parte de ella siempre la tenía en la punta de los dedos. Incluso cuando no la tocaba.

La biblioteca estaba medio vacía, como casi siempre a esa hora. El reloj marcaba las cinco y veinte, y la luz de la tarde entraba rasgada entre los estantes altos, tiñendo el aire de una calidez tranquila que a Riley solía gustarle.

Pero ese día no estaba para calmas.

Había ido a buscar un libro de biología que no encontraba en casa. Lo necesitaba, sí, pero en realidad necesitaba otra cosa: no pensar. Tener una excusa para hacer algo útil, ordenado, tangible.

Caminaba entre los pasillos cuando la vio.

June estaba sentada sola, junto a la ventana del fondo. La cabeza inclinada sobre los apuntes. El cabello recogido en un moño flojo, con mechones sueltos cayéndole a ambos lados de la cara. Un bolígrafo entre los labios.

No parecía notar que alguien la observaba.

Riley se quedó quieta.

No sabía si acercarse. No sabía si podía.

Pero después de tantos días sintiéndose como un fantasma en su propia vida, dio un paso.

Y luego otro.

Y cuando estuvo a unos metros, June levantó la vista.

La miró.

Solo eso.

Una mirada breve. Neutral. Pero no indiferente.

Riley tragó saliva. Se acercó con los libros apretados contra el pecho.

—¿Necesitas ayuda con biología? —preguntó, sin más.

June ladeó ligeramente la cabeza. La mirada se suavizó un poco. Solo un poco.

—Sí.

Riley se sentó frente a ella. Despacio. Como si el aire entre las dos fuera un cristal a punto de romperse.

No dijeron nada durante unos minutos. Solo hojas que pasaban. Apuntes sobre proteínas. Anotaciones en los márgenes.

Pero algo estaba ahí. Un hilo. Una tensión. Un silencio que dolía.

Y ambas lo sabían.

Habían pasado casi cuarenta minutos y seguían fingiendo que todo era normal.

June marcaba cosas en su cuaderno, Riley le explicaba fórmulas que no tenían importancia real, y las dos mantenían una distancia medida al milímetro. Como si estuvieran construyendo un muro invisible en mitad de la mesa.

Pero el aire… El aire se sentía distinto.

Cargado. Espeso. Lleno de algo que no se atrevía a ser nombrado.

June estiró el brazo para alcanzar un bolígrafo. Riley, al mismo tiempo, giró la hoja de su libro.

El roce fue mínimo. La piel de June contra la parte interna del antebrazo de Riley.

Nada más.

Pero se detuvieron. Las dos. Al mismo tiempo.

Como si una corriente muda les atravesara. Como si el mundo entero dejara de moverse durante ese segundo preciso.

June no retiró la mano de inmediato. Y Riley no se apartó.

Solo se miraron.

Un segundo.

Y en ese silencio sin palabras, Riley contuvo la respiración.

Podría haber dicho algo. Una broma. Una salida tonta. Un *"perdón"*. Pero no lo hizo.

Porque en ese momento, ninguna quería romper lo que estaban sintiendo.

Hasta que June, muy lentamente, bajó la mirada y retiró la mano.

Volvió a centrarse en el cuaderno.

Pero ya nada sonaba igual.

Las frases perdieron sentido. Las fórmulas se disolvieron. Y Riley, mientras fingía leer una definición sobre mitocondrias, sentía que tenía el corazón justo en la garganta.

Porque sabía que había estado a un solo gesto de cruzar la línea. Y no lo había hecho.

Otra vez.

La hora de cierre se acercaba. La bibliotecaria pasó avisando en voz baja, como si tuviera miedo de perturbar un equilibrio frágil. June recogía sus cosas con cuidado, como si cualquier movimiento brusco pudiera agrietar el suelo. Riley la observaba desde el otro lado de la mesa, sin saber cómo poner en palabras todo lo que le pasaba por dentro.

Quiso decir algo. Pero no sabía qué.

Así que no dijo nada.

Metió los libros en su mochila. Cerró la cremallera con lentitud. Se levantó del asiento. June hacía lo mismo al otro lado, sin mirarla directamente.

Caminaron juntas hasta la salida. No se rozaron esta vez.

En la puerta, justo antes de separarse, Riley se detuvo.

—¿Quieres que repasemos mañana también?

June tardó un segundo más de la cuenta en responder.

—Sí —dijo, apenas audible.

Y con esa única palabra, Riley sintió que aún había algo a lo que podía aferrarse. Aunque no supiera qué era. Aunque doliera. Aunque no tuviera nombre.

Se despidieron sin contacto. Sin gesto. Solo con una mirada rápida. Como quien no se atreve a quedarse más, pero tampoco quiere irse del todo.

Al salir, el aire fresco de la noche le golpeó el rostro como un balde de realidad.

El pueblo estaba casi vacío. La farola frente a la biblioteca parpadeaba, lanzando destellos intermitentes sobre el asfalto. Riley se apoyó un segundo en la pared exterior, cerró los ojos, y respiró hondo.

No pasó nada, se repitió.

Pero sabía que era mentira.

Pasó todo.

Y esa pequeña grieta que se había abierto… ya no iba a cerrarse.

No mañana. Ni dentro de una semana. Ni dentro de un año.

Porque hay cosas que no se dicen. Pero tampoco se olvidan.

Capítulo 11

Riley: Presente

La decisión no fue planificada.

Riley no se despertó con una epifanía, ni se lo prometió a sí misma en voz alta. Simplemente, después de desayunar en silencio, después de caminar entre tiendas intentando encontrar algo que la distrajera —y fallar—, entendió que no podía seguir dejándolo para después.

Porque el después ya no llegaba.

Y porque verla cada día a unos metros, fingiendo que no pasaba nada, dolía más que cualquier herida en la piel.

La encontró en la zona de logística, revisando una lista sobre una caja abierta de vendas y antibióticos. June llevaba el cabello recogido de manera más descuidada que de costumbre, y tenía una expresión tan concentrada que por un momento Riley pensó en darse la vuelta. Irse. No decir nada.

Pero no lo hizo.

Se acercó despacio. Con el paso firme de quien ya no quiere esconderse, aunque no sepa qué decir.

—June.

Ella levantó la vista. Tardó un segundo en enfocarla.

Y no dijo nada.

—¿Tienes un momento?

June bajó la lista con lentitud. No parecía sorprendida. Solo cansada. O quizás simplemente indiferente.

—Estoy ocupada —dijo sin dureza, pero sin suavidad tampoco.

Riley inspiró hondo.

—No te voy a quitar mucho tiempo. Solo… necesito decirte algo.

June la observó en silencio. Luego, sin decir que sí ni que no, dejó el papel a un lado y cruzó los brazos.

Riley tragó saliva. Las palabras estaban listas, se las había repetido mentalmente tantas veces que creía tenerlas ordenadas.

Pero ahora que estaban frente a frente, todo sonaba distinto. Más torpe. Más pequeño. Más frágil.

—No me fui por ti —empezó—. O sí… tal vez sí. Pero no fue porque hicieras algo. Fue porque yo no supe cómo quedarme.

June no se movió.

—Nunca quise hacerte daño. Solo… me asusté. Todo me asustaba entonces. Lo que sentía. Lo que podía pasar. Lo que tú me hacías sentir. Y fui cobarde.

La voz le tembló en esa última palabra. No lo pudo evitar.

—Y lo siento.

Silencio.

El tipo de silencio que no viene de no tener respuesta, sino de tenerla desde hace demasiado tiempo.

Entonces June habló. Una sola frase.

—No me debes nada.

Y después, sin añadir más, volvió a recoger la lista, giró sobre sí misma y se fue.

"No me debes nada."

Cuatro palabras. Dichas sin rabia. Sin reproche. Sin rastro de emoción.

Y, por eso mismo, dolieron más.

Riley se quedó de pie frente a la caja de suministros, como si aún esperara algo. Una vuelta. Una frase más. Una señal de que no todo estaba perdido.

Pero June no miró atrás.

Y el silencio que dejó tras ella pesaba más que cualquier grito.

Riley apretó los labios. Se pasó una mano por el rostro. Sintió la garganta arder con esa mezcla cruel entre culpa y derrota.

Ahora entendía que el tiempo no arregla nada si no lo miras de frente. Y ella nunca había tenido el valor.

No cuando se fue. No en los años que vinieron después. No hasta ahora.

Caminó unos pasos sin rumbo, sintiendo el zumbido del campamento como un ruido lejano. Los soldados que pasaban, las

cajas que se movían, las voces por radio… todo sonaba ajeno.

Porque en su cabeza solo resonaban esas cuatro palabras. No me debes nada.

Y sin embargo, sentía que le debía todo.

Le debía una explicación. Le debía una disculpa. Le debía una versión de sí misma que nunca llegó a ser.

Y lo peor de todo: sabía que no bastaba con haber vuelto. Que llegar herida, rota, no la convertía en alguien digno de redención. Que a veces el perdón no depende de lo que uno está dispuesto a dar, sino de lo que el otro ya no está dispuesto a recibir.

June había cerrado la puerta. Y esta vez, lo había hecho sin rabia. Sin emoción. Como quien cierra algo que ya no duele, que ya no le importa.

Y eso era lo que más miedo le daba.

Caminó hasta el borde del campamento, donde las tiendas daban paso a tierra abierta y silencio. Se sentó en una roca baja, con la espalda algo encorvada, los codos sobre las rodillas, mirando al horizonte sin verlo.

No pensaba. No hablaba. Solo estaba.

Por dentro, sin embargo, todo se movía.

Porque esa frase —"no me debes nada"— no era una absolución. Era una barrera.

Y no estaba dirigida solo a ella. Era también una forma de protegerse. De no volver a abrir la herida. De marcar un territorio en el que Riley ya no tenía derecho a pisar.

La entendía. Claro que sí.

Porque ella también había aprendido a poner muros. Solo que los suyos estaban hechos de silencio.

Durante años, había convencido a todos —y a sí misma— de que irse había sido lo mejor. Que unirse al ejército le había dado estructura, propósito, valor. Que necesitaba escapar de aquel pueblo, de sus padres, de la sensación de estar atrapada en una vida que no entendía.

Pero en el fondo, ahora lo sabía, lo que más le dolía no era haberse ido. Era no haberse despedido. De June. De sí misma. De esa chica que aún no sabía qué quería, pero que cuando estaba con ella… al menos no tenía miedo.

Dejó que los recuerdos llegaran.

El lago. Las risas en el coche. Las notas en clase. El temblor en su pecho cada vez que June la miraba como si pudiera verla por dentro.

Y luego, la última noche.

Cuando guardó sus cosas sin decir adiós. Cuando fingió que no pasaba nada. Cuando se subió al autobús de reclutamiento sin girarse una sola vez.

Creía que no me iba a doler, pensó. *Creía que podía dejarlo todo atrás.*

Pero ahora lo sentía en cada hueso.

No solo había dejado atrás un pueblo.

Había dejado una historia a medio escribir.

Y lo peor es que quizás ya no habría nadie al otro lado esperando retomar la tinta.

La tienda estaba vacía cuando regresó.

El sol ya había caído y la luz artificial del campamento pintaba sombras largas en el suelo de lona. Se sentó en el catre, con las botas aún puestas y la espalda apoyada contra la pared, sin ganas de desvestirse, sin necesidad de nada más que ese pequeño silencio que, por fin, no pesaba.

Estuvo así unos minutos. Respirando. Recordando. Sintiendo.

Y entonces, casi sin pensarlo, abrió el bolsillo lateral de su mochila. Sacó la libreta arrugada que llevaba consigo desde su última misión, esa que solo había usado para apuntes técnicos, fechas, mapas.

Pasó las páginas vacías hasta encontrar una nueva.

Tomó el bolígrafo.

Escribió despacio.

No fue tu culpa. No te hice daño por lo que eras. Te hice daño porque yo no sabía quién era. Porque me moría de miedo. Porque eras lo único verdadero que tenía… y no supe sostenerlo.

Apoyó el bolígrafo sobre la libreta. Cerró los ojos.

El silencio le zumbaba en las orejas, pero no era incómodo. Era limpio.

Volvió a escribir.

No fui a buscarte. Pero ahora que te he encontrado, todo duele distinto. Como si hubiera algo que aún late. Aunque no lo diga. Aunque no me hables.

Se detuvo.

Podría haber seguido. Podría haber llenado páginas con todo lo que no le dijo. Pero no lo hizo.

No buscaba consuelo. Ni respuestas.

Solo necesitaba escribirlo. Verlo ahí. Confirmar que, aunque todo pareciera perdido, aún tenía algo que decir.

Y aunque June no quisiera escucharlo, ella ya no podía seguir callando.

Guardó la libreta. Apagó la linterna.

Se tumbó sin quitarse el uniforme. Con la frente pegada al brazo doblado.

Y por primera vez en años, lloró en silencio. No por lo que había perdido. Sino por lo que había dejado atrás sin tener el valor de quedarse.

A la mañana siguiente, el campamento despertó temprano. Las tiendas se llenaron de movimiento, de voces contenidas, de órdenes rápidas. Las rutinas seguían su curso, como si el mundo no se hubiera resquebrajado unas horas antes en un almacén de suministros.

Riley cruzaba el pasillo central con un café en la mano, aún medio dormida, cuando la vio.

June. Cruzando desde la zona médica hacia la estación de comunicaciones. Sola. Con paso recto, la carpeta contra el pecho y

el rostro sereno. Demasiado sereno.

No la había visto.

Riley se detuvo sin pensarlo. El café se enfrió en sus dedos. El tiempo se encogió en el pecho.

Podría haber llamado su nombre. Podría haber corrido los pocos pasos que las separaban. Podría haberle dicho: *leí lo que nunca te dije. Lo escribí anoche. Y todavía estás en cada parte de mí.*

Pero no lo hizo.

No porque no lo sintiera.

Sino porque por primera vez, entendió que tal vez no era el momento.

Que el daño no siempre se repara con una frase. Que a veces lo único que queda es respetar el silencio del otro.

Y entonces, sin moverse, la dejó pasar.

June no giró la cabeza. No redujo el paso. No pareció notarla.

Pero Riley, inmóvil en mitad del campamento, con el café enfriándose y el corazón ardiendo, supo que la había visto. Aunque no lo demostrara. Aunque no lo admitiera. Aunque no dijera nada.

Porque en ciertos silencios, también hay respuestas.

Y ella, por fin, empezaba a entenderlas.

Capítulo 12

June: Pasado

La calle estaba en silencio.

Ese silencio de pueblo pequeño en noche entre semana. Casas apagadas, ventanas cerradas, alguna luz aislada en una cocina al fondo. El aire olía a tierra seca y a césped recién regado. June caminaba junto a Riley por la acera estrecha, con la mochila colgada de un hombro y el corazón latiéndole donde no debía.

Habían pasado casi dos horas en la biblioteca. Fingiendo que hablaban de biología. Fingiendo que eran las mismas de siempre. Fingiendo que sus cuerpos no temblaban al mínimo contacto.

Pero ahora, en la calle, ya no había mesas ni libros ni excusas.

Solo la noche.

Y una caminata corta que se sentía eterna.

—Gracias por explicarme todo eso —dijo June, con la voz más baja de lo que quería—. Creo que por fin entiendo lo de la replicación del ADN.

—No era tan difícil —respondió Riley, con media sonrisa—. Solo necesitabas una profesora mejor.

La frase quedó suspendida entre ambas.

No era una broma. No del todo.

June miró el suelo. Las sombras de sus cuerpos se cruzaban sobre el pavimento. A veces, sus manos rozaban. No por accidente. Pero tampoco con intención abierta. Era ese punto medio donde todo arde y nadie se atreve a nombrarlo.

—¿Tienes que entrar ya? —preguntó, cuando llegaron a la entrada del porche de Riley.

—Podría quedarme un minuto más.

Y no fue una frase lanzada al aire.

Fue una invitación.

Una confesión. O tal vez solo un gesto desesperado de quien no sabe cómo decir *quédate un poco más cerca de mí.*

Se quedaron de pie frente a la puerta. Las luces del porche apagadas. Solo la farola de la esquina iluminaba lo justo.

El corazón de June golpeaba con fuerza.

Sabía que podía dar un paso atrás. Decir buenas noches. Fingir que nada había pasado. Que solo eran dos amigas más compartiendo un trayecto.

Pero entonces Riley la miró.

Y no apartó la mirada.

Y en ese segundo… todo cambió.

—Bueno… —murmuró June, dando un medio paso hacia atrás—. Supongo que nos vemos mañana.

Riley no respondió enseguida. Solo la miró. Esa forma suya de quedarse en silencio, de hablar sin decir nada.

Y entonces, con una naturalidad que no era natural, sino elegida, pensada, precisa… la abrazó.

Sin aviso.

Solo abrió los brazos y rodeó a June con fuerza.

Fue rápido al principio. Un gesto común. Un *gracias por estudiar conmigo*. Un *eres mi amiga*. Nada fuera de lugar. Nada que alguien pudiera señalar desde fuera.

Pero no se soltó.

No al segundo. Ni siquiera cuando el cuerpo de June se tensó brevemente, por sorpresa, por la electricidad.

La respiración de Riley le rozaba el cuello. Y el mundo… el mundo entero pareció detenerse.

June cerró los ojos.

Le devolvió el abrazo. Al principio con torpeza. Luego con algo más. Más presión. Más cuerpo. Más verdad.

Y cuando Riley se apartó apenas un centímetro, no se alejó del todo. Solo aflojó los brazos. Pero sus rostros quedaron tan cerca que June pudo ver los pequeños lunares en la mejilla de ella, contarle las pestañas, notar la leve aspereza del aire entre una y otra.

No sabían qué hacer.

Pero sabían exactamente qué sentían.

June tragó saliva.

Podía irse.

Podía reír, dar una palmada en el hombro, fingir que era una broma más, una de tantas.

Pero no lo hizo.

Porque Riley no se movía. Porque la noche era demasiado silenciosa. Porque no había nadie mirando. Y porque, por primera vez en su vida, no quería escapar.

Entonces, con la mano temblándole apenas, le rozó la mejilla. Y se quedó allí, con los dedos posados como una pregunta. Una que Riley no rechazó.

Y June supo.

Lo supo.

La decisión no fue planificada. Ni siquiera consciente.

Solo ocurrió.

Como un reflejo. Como un latido.

June se inclinó hacia delante. Un gesto mínimo. El aire entre ambas cambió de peso. Y entonces, la besó.

Fue un roce. Nada más. Sus labios encontraron los de Riley con una torpeza temblorosa, como quien no ha aprendido aún a tocar sin miedo. Como quien no sabe si va a ser rechazada. Como quien no se atreve a soñar con que algo tan pequeño pueda ser tan grande.

El beso duró un instante. Quizá menos.

Y sin embargo, todo cambió.

La piel de Riley bajo su boca. El calor. El temblor que se deslizó por su columna como un hilo de electricidad.

No hubo respuesta clara. Ni movimiento. Ni rechazo.

Solo ese breve contacto que fue, en sí mismo, una revolución.

June se apartó despacio.

Y en ese espacio corto entre ambas, la vida parecía suspensa.

Ninguna habló.

Riley tenía los ojos abiertos, grandes, como si acabara de ver algo imposible.

June también.

Pero no se disculpó. No bajó la mirada. No dijo *lo siento*.

Sonrió.

Una sonrisa pequeña. Dudosa. Pero real.

Y en esa sonrisa había más verdad que en todas las palabras que no se habían dicho hasta entonces.

El silencio que siguió fue diferente a todos los anteriores.

No era incómodo. No era suave. Era absoluto. Como si ambas hubieran dejado de respirar por un segundo. Como si el mundo necesitara un momento para procesar lo que acababa de ocurrir.

June la observaba.

No se movía. No hablaba. Solo tenía el corazón latiéndole en la garganta y la sonrisa aún en los labios, demasiado pequeña para protegerla del miedo que empezaba a escalarle por dentro.

Riley no la devolvía.

No se alejaba, pero tampoco se acercaba.

Tenía la mirada fija en ella, sí. Pero era una mirada que no decía lo que June necesitaba oír.

Y entonces, despacio, Riley bajó los ojos. Como si no pudiera sostenerlos.

Como si la realidad la hubiera alcanzado de golpe.

—Buenas noches —dijo. Apenas un susurro.

Y sin añadir nada más, sin tocarla, sin mirarla otra vez, se giró.

Subió los dos peldaños del porche. Abrió la puerta sin hacer ruido. Y entró en su casa.

Sin volverse.

June se quedó allí, de pie, en la oscuridad.

El aire ahora parecía más frío. El silencio más denso.

El beso, que apenas había durado un parpadeo, pesaba ahora como una piedra en el centro del pecho.

¿Y si nos ven? había querido decirle en broma, un momento antes. Pero no lo hizo. Y ahora… ahora se preguntaba si eso era lo que la había detenido a ella también todos esos años.

Se abrazó a sí misma.

No lloró. No aún.

Pero supo, sin margen de duda, que algo se había roto.

O tal vez se había abierto.

Y ya no había forma de volver atrás.

El camino de vuelta fue más largo de lo que era en realidad.

Las calles vacías, el sonido lejano de un perro, alguna televisión encendida tras una ventana… Todo seguía igual. Todo. Menos ella.

June caminaba despacio. Los pasos suaves. El corazón golpeándole las costillas como si no entendiera que todo ya había pasado.

¿Lo había hecho de verdad? ¿Había sido ella? ¿Había dado ese paso?

Se llevó los dedos a los labios, apenas rozándolos. Como si pudiera volver a sentir el temblor. El calor. La textura exacta del silencio que vino después.

Cuando llegó a casa, todos dormían.

Subió las escaleras en puntas de pie. Cerró la puerta con cuidado. Se sentó en el borde de la cama sin encender la luz. El cuarto estaba en calma. Pero dentro de ella, todo era ruido.

No había sido un error.

Eso lo sabía. Lo sentía en el cuerpo. En los dedos. En la respiración entrecortada.

Se levantó y, casi sin pensarlo, sacó el cuaderno que escondía bajo la ropa doblada. Ese donde escribía lo que nunca decía. Lo abrió por la primera hoja libre y, con el bolígrafo temblando entre los dedos, escribió:

La besé.

Dejó el punto final y lo miró largo rato.

La besé.

Volvió a leerlo.

La besé.

Y esta vez, una lágrima le cruzó la mejilla sin aviso. No de tristeza. Ni de miedo. Ni siquiera de felicidad.

Era una lágrima por el vértigo. Por lo que había cruzado. Por lo que eso significaba.

Debajo de esa línea, escribió:

No fue un error. Fue verdad. Y si mañana no me habla… Aún así, lo fue.

Cerró el cuaderno.

Se metió en la cama sin desvestirse. Con la cabeza ardiendo. Y el corazón lleno de algo que dolía, sí. Pero también por fin latía con su nombre.

Capítulo 13

June: Presente

June dobló con cuidado los paquetes de gasas y los ordenó en la estantería inferior. Lo había hecho mil veces, pero ese día las manos se le movían con más lentitud. Como si no obedecieran solo al cuerpo, sino a algo más. A la mente que divagaba. A los pensamientos que no dejaban de aparecer, como trozos de una película antigua que se resistía a ser olvidada.

Había pasado tanto tiempo desde aquella última vez. Y sin embargo, algunas imágenes seguían ahí, intactas. Suspendidas.

Había construido cosas encima de ella: años de estudio, guardias eternas, noches sin dormir, misiones médicas en países que apenas recordaba. Había tejido una vida silenciosa, meticulosa, útil.

Pero nunca había dejado espacio para el amor. No otra vez.

Y ahora Riley estaba allí.

Respirando el mismo aire. Viviendo a unos metros. Mirándola como si aún tuviera algo que decir.

Y June… June no sabía si quería escucharlo.

Porque no se trataba solo del pasado. Se trataba de todo lo que había tenido que hacer para seguir adelante. Y volver a mirarla era como desandar ese camino. Como quitarse la piel.

—¿Estás bien? —preguntó Miriam, su compañera, desde el otro extremo de la tienda.

June tardó un segundo en responder.

—Sí —mintió, sin apartar la vista del armario.

Miriam se acercó, apoyó una mano suave sobre su hombro.

—A veces… —dijo con voz tranquila— una herida necesita abrirse otra vez para poder sanar bien.

June giró la cabeza, sorprendida por la frase.

—¿Eso le dices a tus pacientes?

Miriam sonrió, pero sin ironía.

—No. Eso me lo digo a mí misma cuando me asusto.

La miró durante unos segundos más y luego se alejó, dejándola sola.

June se quedó allí, con las manos quietas, la mirada perdida y la frase repitiéndose en la cabeza.

Una herida necesita abrirse…

Pero ¿y si al abrirla, no se cerraba nunca más?

No hubo despedida.

Esa era la frase que más le pesaba. La que volvía en sueños. La que a veces le susurraba el silencio justo antes de dormirse.

No hubo despedida.

Recordaba el último día con la nitidez borrosa de las cosas importantes: no los detalles exactos, pero sí los gestos, los vacíos, los silencios que hablan más alto que cualquier palabra.

Habían quedado en verse esa tarde, como si fuera cualquier otra. En el parque, junto a los columpios donde se habían colgado de cabeza de niñas, donde habían hecho apuestas estúpidas y hablado de cualquier cosa sin pensar. June llegó antes. Se sentó en el banco de siempre. Esperó.

Riley no apareció.

Pasaron veinte minutos. Treinta. Una hora.

El sol se fue bajando y la gente del pueblo, esa que se conoce de vista, empezó a mirarla como si supiera algo que ella no. Como si todos, menos June, ya supieran que Riley no iba a volver.

Fue a su casa. La madre de Riley le dijo que no estaba. Que tenía cosas que hacer. Que no podía verla.

Nada más. Ni una pista. Ni una explicación.

Así. Como si no hubieran compartido nada. Como si no se hubieran tocado los labios frente a su porche. Como si no se hubieran mirado durante semanas como quien ya no puede mirar igual a nadie más.

June no lloró entonces.

No esa noche. No al día siguiente.

Tardó meses. Años, tal vez.

Porque cuando alguien te deja sin una palabra, el duelo no empieza donde debería. No se llora lo que se entiende. Se arrastra.

Y eso fue lo que hizo ella: arrastrar la ausencia como quien lleva una piedra en el bolsillo. Siempre presente, pero invisible.

Y ahora… ahora Riley volvía a cruzarse en los pasillos. Con el cuerpo magullado, con los ojos iguales, con la misma voz que aún recordaba sin querer.

June no sabía si quería saber qué habría dicho Riley si hubiera tenido el valor. No sabía si quería escuchar que lo sentía. O si solo deseaba que se hubiera quedado.

No hubo despedida, se repitió.

Y ahora, después de todo, no sabía si quedaba algo que pudiera decirse.

Cuando terminó de reordenar el material, June salió de la tienda médica con la sensación de que el aire era más denso de lo habitual. No era el calor. Era ella. El peso que venía arrastrando desde que Riley volvió a cruzar su campo de visión.

Caminó sin rumbo, bordeando las tiendas, sin intención real de llegar a ninguna parte. Solo necesitaba espacio. Silencio. Un sitio donde pudiera volver a respirar sin notar cómo cada pensamiento le apretaba el pecho.

Al llegar al límite del campamento, vio a Miriam sentada bajo una lona improvisada, bebiendo algo caliente de una taza metálica. La saludó con un gesto leve. Miriam le indicó con la cabeza el banco a su lado.

June dudó. Solo un instante. Luego se sentó.

Durante un rato, no hablaron.

El silencio entre ellas nunca había sido incómodo. Miriam era de esas personas que sabían estar sin invadir. No exigía respuestas. Solo ofrecía presencia. Y a veces, eso era más valioso que cualquier palabra.

—Tú ya sabías, ¿verdad? —preguntó June, al fin, sin mirarla.

—¿El qué?

—Que la conocía de antes.

Miriam no fingió sorpresa. Solo asintió.

—No lo dijiste, pero se notaba.

—¿Tanto?

—En cómo la miras cuando crees que no te ve. En cómo no dices su nombre. En cómo callas más de lo habitual cuando está cerca.

June esbozó una sonrisa triste.

—No pensé que se me notara tanto.

—Llevo demasiadas guardias contigo como para no verlo.

El silencio volvió. Esta vez más blando.

—No sé si puedo perdonarla —dijo June después de un rato—. Y lo peor es que no sé si quiero.

Miriam no respondió enseguida. Dio un sorbo a su taza. Luego, con voz baja, dijo:

—Perdonar no es decir que lo que pasó estuvo bien. Es dejar de cargar con el dolor como si fuera tuyo para siempre.

June respiró hondo.

—¿Y si el dolor es todo lo que me queda de lo que fuimos?

Miriam la miró con esa expresión suya tan calmada, tan clara.

—Entonces quizá lo que necesitas no es perdonarla a ella… sino perdonarte a ti.

June cerró los ojos.

La frase se le clavó donde dolía. Porque, aunque nunca lo había formulado así, sabía que en el fondo no era solo Riley quien había huido. Ella también se había escondido. Se había callado. Se había protegido. Y en ese silencio, también había contribuido a perderlo todo.

—No sé cómo hacer eso —susurró.

—Nadie lo sabe —dijo Miriam—. Solo se empieza.

June la miró.

Y en esos ojos tranquilos, sin juicio, vio algo que llevaba años sin encontrar en nadie: compasión sin lástima.

Y por primera vez en mucho tiempo, se permitió no saber. No tener respuestas. Solo quedarse sentada. Sin huir.

La tienda estaba en penumbra cuando volvió. El calor del día aún flotaba en el aire espeso, atrapado bajo la lona. June se sentó en su catre sin encender la lámpara. No la necesitaba. Sus manos conocían de memoria cada rincón de la mochila que había llevado durante años, y sabían exactamente dónde buscar.

Abrió el compartimento pequeño, el que casi nunca usaba. Sacó una funda de tela con cremallera. Dentro, entre vendas viejas y papeles doblados, estaba el sobre.

Amarillento. Arrugado. Sin dirección.

Lo había escrito semanas después de que Riley se fuera. Cuando todavía tenía pesadillas, cuando revisaba su móvil cada hora con la absurda esperanza de un mensaje. Lo había escrito para no explotar. Para decir lo que no podía decir en voz alta. Lo había guardado después, pensando que algún día tal vez lo enviaría.

Pero nunca lo hizo.

Con dedos temblorosos, sacó la hoja. La tinta estaba algo corrida en los bordes. La caligrafía, más apretada de lo que solía escribir. Como si las palabras quisieran esconderse.

La leyó despacio. Como si fuera de otra persona.

Riley,

no sé cómo empezar una carta que nunca debería haber tenido que escribir.

No estoy enfadada. Estoy rota.

No por tu marcha, sino por cómo te fuiste.

Porque sé que tuviste miedo. Porque yo también lo tenía. Pero no me dejaste decir nada. No me dejaste quedarme contigo ni despedirme de ti.

¿Sabes lo que es quedarse con un adiós en la boca?

Es quedarse muda con el tiempo.

Es hacer que cada historia que viene después parezca de mentira.

No sé si esto sirve para algo.

Pero quería que lo supieras.
June.

Terminó de leer con los ojos ardiendo. No lloró. Las lágrimas no siempre son necesarias para reconocer que algo sigue doliendo.

Guardó la carta. La volvió a doblar. La metió en el mismo bolsillo, como si no pudiera deshacerse de ella todavía.

Pero por primera vez en años, se planteó qué pasaría si sí lo hiciera. Si se permitiera dejarla atrás. Si la quemara. Si la entregara. Si la dijera, aunque fuera en pedazos.

Porque tal vez Miriam tenía razón. Tal vez la herida necesitaba abrirse. Pero no para sangrar. Sino para cerrarse de verdad.

Y June, sentada en la oscuridad con el corazón entre las manos, no sabía si estaba lista. Pero al menos, por primera vez, lo estaba pensando.

La noche cayó con lentitud. Las temperaturas descendieron solo un poco, lo suficiente como para que el aire se volviera más respirable. El campamento se sumió en su murmullo habitual de radios, botas sobre tierra, órdenes suaves entre médicos y soldados de guardia.

June salió de la tienda sin saber por qué. No tenía turno. No tenía a dónde ir.

Solo necesitaba moverse. Sacar el cuerpo del encierro. Ver el cielo abierto.

Caminó por el sendero de tierra que conectaba la enfermería con la zona de descanso. Llevaba las manos en los bolsillos, la cabeza algo agachada. Su sombra se alargaba bajo las luces artificiales del perímetro. Pensaba en la carta. En las palabras que había escrito años atrás. En lo que seguía siendo verdad y en lo que ya había cambiado.

Y entonces la vio.

Riley.

Estaba sola, sentada en una caja de suministros cerrada, con las piernas recogidas y la mirada fija en algo que June no alcanzaba a

ver. Tenía la chaqueta del uniforme puesta, mal abrochada. El cabello desordenado. La espalda ligeramente encorvada, como si le pesara.

No hablaba con nadie. No escribía. No sonreía. No fingía estar ocupada.

Simplemente estaba.

Y eso fue lo que más le dolió a June: reconocerla así. Era la misma que había visto marcharse sin decir palabra. Pero también era otra.

Una mujer rota en el borde del silencio.

Riley no la había visto.

June podría haberse ido. Podría haber girado en dirección contraria. Podría haber vuelto a su tienda sin dejar rastro.

Pero se quedó.

La observó durante un rato más largo de lo razonable. No por morbo. Ni por nostalgia.

Sino porque, por primera vez, vio el peso en los ojos de Riley. Y comprendió que ella tampoco había salido ilesa.

Que tal vez su marcha no había sido una huida simple. Que quizá había costado más de lo que June había imaginado. Y que, incluso ahora, seguía doliéndole.

Riley levantó la vista en ese instante.

Sus ojos se cruzaron.

No se dijeron nada. No hubo gesto. Ni sonrisa. Ni saludo.

Pero algo ocurrió. Una vibración leve. Un reconocimiento mutuo. Como si ambas supieran, por fin, que no estaban tan lejos como creían.

June bajó la mirada. Siguió caminando. No aceleró el paso. No miró atrás.

Pero dentro de ella, algo se había aflojado.

No era perdón. No era reconciliación. Era solo una grieta.

Una rendija por donde, quizás, podía empezar a entrar algo parecido a la paz.

Capítulo 14

Riley: Pasado

El vértigo llegó al despertar.

No hubo pesadilla. No hubo imagen concreta.

Solo abrió los ojos y sintió que el mundo no encajaba del todo. Como si algo se hubiera desplazado durante la noche, algo interno, leve, pero irreversible.

Estaba sola en su habitación. Afuera, el sol se filtraba entre las cortinas. Todo era familiar: el póster en la pared, el ruido del motor de la nevera abajo, la voz de su madre llamando a su hermano desde la cocina.

Todo igual.

Excepto ella.

Riley se incorporó en la cama y lo primero que le vino a la mente fue el beso. El calor de los labios de June. La forma torpe pero firme en que la había buscado. La forma en que ella —Riley— se había quedado inmóvil. Sin rechazar. Sin corresponder. Sin huir.

Hasta que lo hizo.

Recordó el momento exacto en que se alejó. No dijo nada. No tocó a June. Solo entró en casa como si el mundo pudiera seguir siendo el mismo si se lo proponía lo suficiente.

Pero no era igual. Y lo sabía.

Se levantó, se duchó, se vistió, y en cada movimiento había algo artificial. Como si se obligara a interpretar un papel. Como si pudiera volver a ser quien era hace tres días. Antes del lago. Antes de la biblioteca. Antes de… todo.

En el autobús hacia el instituto, no miró por la ventana. Tampoco revisó el móvil. Solo apretó las manos sobre las piernas y repitió en silencio una frase como un mantra:

Fue un error. Fue un error. Fue un error.

Pero ni siquiera creía en eso. Solo lo necesitaba.

Porque si no lo era… entonces, ¿qué significaba?

Entró a clase justo cuando sonaba el timbre. Vio a June de lejos. Estaba sentada en su sitio, como siempre, sacando el cuaderno con esa concentración suya que a Riley siempre le había gustado mirar.

Pero esta vez no miró.

Se sentó lo más lejos posible. No la saludó. No la buscó con los ojos. Y cuando June la miró —porque lo hizo, lo supo sin necesidad de verlo—, Riley se obligó a no reaccionar.

Porque si empezaba a mirar, a sentir, a pensar… se iba a romper.

Y eso no podía permitírselo. No en ese pueblo. No con su familia. No con ella misma.

El rumor llegó rápido.

Como siempre pasa en un sitio pequeño donde todo se sabe antes de que ocurra. Riley no supo cómo empezó ni quién lo dijo primero, pero bastaron un par de miradas esquivas y una risa mal contenida en el pasillo para entenderlo.

Durante el almuerzo, evitó el comedor. Se sentó en la parte trasera de la biblioteca fingiendo leer un libro que no le interesaba. No se atrevía a mirar el móvil. Temía encontrar algún mensaje de June. O peor: no encontrar ninguno.

La había ignorado en clase. Otra vez.

Y también en los pasillos. Y al salir.

No porque no la viera. Sino porque verla dolía.

Había algo en los ojos de June que le hacía sentir como si estuviera defraudando a alguien mucho más importante que cualquier otra persona: a la versión de sí misma que se atrevía a sentir, a quedarse, a mirar con claridad.

Pero esa versión, por ahora, estaba sepultada.

Volvió a casa caminando. Con los auriculares puestos, pero sin música. Solo necesitaba que nadie intentara hablar con ella. Ni siquiera su madre, que la saludó sin mirar desde la cocina, ni su padre, que estaba viendo las noticias. Subió a su habitación. Cerró la puerta. Dejó la mochila caer.

Y entonces alguien llamó.

Un golpe seco.

—Riley.

La voz de su hermano. Owen.

No contestó.

Él entró igual.

—¿Tú y June? —preguntó sin rodeos.

Riley levantó la cabeza. Lo vio de pie en el umbral. Brazos cruzados. Cara seria.

—¿Qué? —dijo, con la voz más seca de lo que pretendía.

—Que si tú y June… —repitió, sin necesidad de acabar la frase—. Se están diciendo cosas.

Riley se quedó en silencio.

Owen no era el tipo de hermano que espiaba, ni que se metía en lo que no le importaba. Pero cuando hablaba en serio, lo hacía de frente. Sin filtro.

—No sé de qué hablas —dijo ella al final.

—Sí sabes —insistió él, clavándola con la mirada—. No me importa, ¿vale? Pero a mamá sí. Y a papá ni te cuento.

—No hay nada —murmuró Riley, bajando la vista.

—¿Seguro?

—Seguro.

Owen la observó un segundo más. Como si quisiera decir algo más. Como si tuviera la esperanza de que ella soltara, aunque fuera, un fragmento de verdad.

Pero Riley no lo hizo.

Y entonces su hermano se encogió de hombros, dio media vuelta y se fue.

Ella cerró la puerta con suavidad. Se apoyó contra ella.

Y por dentro, se cayó entera.

La noche llegó sin pedir permiso.

Y con ella, el silencio que más temía.

La casa dormía temprano. Su padre roncaba al fondo del pasillo, su madre escuchaba la radio con el volumen bajo, y su hermano no volvió a hablarle después de cerrar la puerta. El mundo, aparentemente, seguía girando.

Pero dentro de su cuarto, el aire era otro.

Denso. Espeso. Lleno de todo lo que no había dicho.

Riley se metió en la cama sin desvestirse. Se tumbó boca arriba, con la mirada fija en el techo, como si en la textura de la pintura pudiera encontrar una forma de distraerse. Pero no había escape.

Porque el beso seguía ahí. En la piel. En la boca. En los dedos.

June seguía ahí.

La forma en que la había mirado cuando la besó. La forma en que no le había exigido nada. La ternura en esa sonrisa torpe. La fe ciega en que algo bueno podía salir de eso.

Y ella… ella lo había destruido todo.

Apretó los dientes. Cerró los ojos con fuerza. Se giró hacia un lado. Luego al otro. Se sentó en la cama. Se abrazó las piernas.

No quería llorar.

No por ella. No por June. No por algo que, técnicamente, "nunca pasó".

Pero el llanto llegó igual.

Al principio, seco. Solo una presión en la garganta. Una punzada en el pecho. Luego, una lágrima. Después otra. Y sin darse cuenta, estaba llorando como si el mundo se hubiera roto.

Porque, en cierto modo, así era.

Lloraba por el miedo. Por el deseo. Por todo lo que había sentido en esa caricia que no se atrevió a devolver.

Lloraba porque amaba a alguien. Y porque no sabía si estaba preparada para sostener eso delante de nadie. Ni siquiera de sí misma.

Lloraba porque se sentía una cobarde. Porque en lugar de decir *sí*, había dicho *nada*.

Y el silencio era el peor de los rechazos.

Se limpió la cara con la manga de la sudadera. Respiró hondo varias veces. Cerró los ojos.

Sabía lo que tenía que hacer.

No lo pensó en voz alta, pero lo supo. Lo supo con la certeza de las decisiones que se toman desde el miedo, no desde el valor.

No podía quedarse. No allí. No con June mirándola como si aún creyera en ella.

Porque esa mirada era lo más bonito que había recibido en su vida. Y no podía soportar la posibilidad de seguir fallándola.

Tenía que irse.

Aunque no supiera adónde. Aunque no tuviera plan.

Solo quería desaparecer antes de romper algo más.

No durmió esa noche.

Solo dio vueltas bajo las sábanas, con el cuerpo caliente y la mente encendida como una alarma constante. En algún momento abrió la ventana y se sentó en el alféizar, con las rodillas al pecho y el viento frío pegándole en la cara como una bofetada que no dolía lo suficiente.

El cielo estaba limpio. Ni una nube. Solo estrellas sobre el tejado de su casa.

Quiero desaparecer, pensó.

Y no era una frase lanzada al vacío. Era una necesidad física. Como si el cuerpo le pidiera huir antes de explotar por dentro. Antes de decir lo que no podía decir. Antes de quedarse atrapada en esa casa, en ese pueblo, en esa versión de sí misma que ya no encajaba.

Pensó en coger la bici e ir al lago. Pensó en escribirle a June algo. Lo que fuera. Pensó en decirle a Owen la verdad. Solo una parte.

Pero no hizo nada de eso.

Porque en su cabeza ya había empezado a gestarse una idea más grande. Más definitiva. Más clara.

Irme del todo.

Y entonces lo recordó.

Un folleto arrugado que había cogido semanas atrás en el pasillo del instituto, el día de la visita de reclutamiento. Ni siquiera sabía por qué lo había guardado. No pensaba en el ejército. No tenía ningún interés real. Pero lo había metido en la mochila por impulso.

Se levantó. Encendió la lámpara con una luz tenue. Buscó entre los papeles hasta encontrarlo. Ahí estaba. Rojo, blanco y azul.

Promesas de propósito. Orden. Rumbo.

Leyó cada línea como si encontrara algo parecido a un mapa. O al menos una salida.

No hablaba de amor. Ni de identidad. Ni de deseo.

Hablaba de estructura. De entrenamiento. De silencio.

Y en ese momento, el silencio era lo único que creía poder soportar.

Si me voy, pensó, *dejará de doler.*

Si se levantaba un día y ya no estaba allí, si no tenía que mirar a June a los ojos, si nadie le preguntaba más cosas que no sabía responder, tal vez podría recomponerse.

Tal vez no tendría que sentirse tan frágil. Tan culpable. Tan perdida.

Apretó el folleto entre las manos.

El ejército como refugio. El uniforme como armadura. La distancia como anestesia.

No lo dijo en voz alta, pero en ese instante, lo decidió.

No había lugar para ella allí. Ni en su casa. Ni en su piel. Ni en la mirada de June, tan limpia, tan sincera, tan… llena de algo que ella no podía sostener.

Se iría. Se alistaría.

Porque el miedo a quedarse era mayor que el miedo a marcharse.

Cuando el sol empezó a subir, ya lo tenía decidido.

No fue una decisión luminosa. No había alivio en ella. Solo un peso que dejó de moverse.

Se levantó de la cama como quien ha pasado la noche con fiebre. El cuerpo dolorido. La mente embotada. Pero todo era claro. Demasiado claro.

Bajó a la cocina sin hacer ruido. Evitó cada tablón que crujía, cada punto de luz que pudiera delatarla. Su madre dormía aún. Su padre también. Owen no se movía desde su habitación. El mundo aún no había despertado, y eso le dio margen.

Se preparó un café instantáneo que no se bebió. Solo necesitaba algo entre las manos.

Luego subió. Cerró la puerta de su cuarto. Y abrió el armario.

Eligió ropa como si estuviera empacando para una excursión cualquiera. Pantalones cómodos, camisetas, una sudadera ancha. Nada que pesara, nada que llamara la atención. No sabía exactamente qué llevar. No sabía cuánto tiempo estaría fuera. Solo sabía que tenía que marcharse.

La mochila vieja del instituto le pareció suficiente. Había que ser rápida. Ligera. Silenciosa.

Metió algunas cosas personales: una libreta, un libro que había empezado a leer y no terminó, una pulsera que June le había hecho un verano, cuando aún eran solo niñas. Dudó un segundo antes de guardarla. Pero no podía dejarla. No del todo.

El folleto del ejército ya estaba dentro.

Lo había doblado con cuidado, como si llevara algo sagrado, aunque no creía en nada sagrado hacía mucho tiempo.

Se sentó al borde de la cama. Cerró la mochila. La apoyó en el suelo.

Y entonces la garganta se le cerró.

Porque hasta ese momento, había sido solo logística. Acción. Movimiento.

Pero ahora venía lo difícil. Lo real. Lo definitivo.

Iba a irse sin decirle nada a June.

No porque no quisiera.

Sino porque no podía.

No tenía palabras que explicaran lo que sentía. No sabía cómo decirle que le dolía tanto amarla que prefería desaparecer. Que la besó con el corazón en llamas y huyó porque no sabía qué hacer con ese fuego.

Se imaginó frente a ella. Con la mochila colgada, con los ojos hinchados. Diciéndole: *me voy porque no sé quedarme.*

Pero no podía hacerlo.

No se sentía valiente.

Capítulo 15

Riley: Presente

No sabía cuándo había empezado a escribirla.

Tal vez llevaba años haciéndolo en su cabeza. Cada vez que recordaba la plaza del pueblo. Cada vez que soñaba con la cara de June girándose a buscarla. Cada vez que se preguntaba si todavía la odiaba, si todavía la pensaba, si todavía dolía.

Pero escribirla de verdad… eso fue otra cosa.

Le temblaban los dedos cuando abrió la libreta. No era una carta larga. Ni pulida. Ni perfecta. No tenía tachones porque no quiso editarse. Solo necesitaba sacar las palabras. De una vez. Aunque llegaran tarde. Aunque no fueran leídas.

Riley escribió sentada en la esquina más alejada del campamento, mientras el sol bajaba y el aire se llenaba de polvo y promesas rotas. Usó su letra más clara. La misma que usaba en los sobres que enviaba a casa. No por estética. Sino por respeto. Por todo lo que no había sido capaz de hacer bien.

Cuando terminó, dobló el papel con cuidado. No lo leyó de nuevo. No quería convencerse de quitar nada. No quería reescribir lo que le salía con la piel.

Solo lo guardó.

Y supo que no podía dárselo en mano.

No era cobardía esta vez. Era reconocimiento.

June merecía leer esas palabras sola. Sin la presión de responder. Sin testigos. Sin la urgencia de perdonar.

Así que esperó.

Esperó a que el campamento estuviera tranquilo. A que la actividad bajara. A que las voces se apagaran y solo quedaran luces suaves y pasos ocasionales.

Entonces se acercó a la tienda médica. No entró. Solo asomó el cuerpo, buscando el catre de June.

Estaba vacío.

El saco de dormir bien doblado. Las botas a un lado. Algunas pertenencias sobre una caja de madera improvisada como mesita.

Riley dio dos pasos dentro.

El corazón se le aceleró. No por miedo. Sino por memoria.

Ese era su olor. Ese era su mundo.

Dejó la carta sobre la manta. Sin doblarla del todo. Sin esconderla. Pero tampoco en el centro. Solo… allí.

A la vista. A la espera.

No añadió su nombre. June sabría de quién era.

Y entonces salió.

Sin mirar atrás. Sin imaginar si sería leída. Sin fantasear con una respuesta.

Porque esta vez no escribía para cambiar el pasado. Ni para reparar lo roto.

Solo lo hacía porque una despedida, incluso tardía, aún puede ser necesaria.

Y eso —al menos eso— sí podía darle.

Regresó a su tienda como quien vuelve de un lugar sagrado. En silencio. Con cuidado de no romper lo que acababa de dejar atrás.

No encendió la linterna. No se desvistió. Solo se tumbó en el catre, con los brazos cruzados detrás de la cabeza y los ojos clavados en la lona del techo, donde la luz exterior dibujaba sombras irregulares.

El cuerpo quieto. La mente encendida.

Podría haberse arrepentido. Podría haberse preguntado si había hecho bien. Pero no.

Por primera vez en mucho tiempo, no tenía nada más que decir. Y eso, aunque no traía alivio, sí traía una especie de silencio nuevo. Uno que no dolía tanto.

Repasó mentalmente lo que había escrito.

"No me fui porque no te quisiera. Me fui porque te quise tanto que no supe sostenerlo. Porque me vi en tus ojos y me asusté. Porque pensé que si me quedaba, iba a terminar arruinándolo todo."

No eran frases brillantes. Ni frases para convencer. Solo la verdad.

"No lo supiste entonces. Pero yo tampoco. Me estaba descubriendo contigo. Y eso me hizo sentir viva. Pero también perdida. Me convertiste en algo que nunca había sido, y no supe cómo sostenerlo frente al mundo. Ni frente a mí misma."

Recordó la noche anterior a marcharse. La mochila abierta sobre la cama. La pulsera de hilo de June temblando entre sus dedos.

"No te pedí perdón. Ni te miré. Y eso me persigue todavía."

Respiró hondo.

"Sé que llego tarde. No busco que me perdones. Solo quería que supieras que no fue odio. Que no fue olvido. Fue miedo. Fue vértigo. Fue… tú."

Cerró los ojos.

Y durante un instante, no hubo ruidos. Ni pasos. Ni radios. Ni voces.

Solo el eco de su propia voz en esa carta. Y la sensación —desconocida, nueva— de haber dicho algo verdadero sin esconderse.

No sabía si June la leería. Tal vez no. Tal vez la guardaría en un bolsillo sin abrirla nunca. Tal vez la tiraría a la basura.

Pero ya no importaba.

Riley había pasado años guardándose palabras como si fueran dinamita. Como si decirlas pudiera destruirla. Y ahora las había dejado sobre un catre, en medio del desierto, con la esperanza —no de reconstruir— sino de dejar de huir.

Solo eso.

Y en esa mínima esperanza, por muy pequeña que fuera, empezaba a caber algo parecido a la calma.

No la vio recogerla.

Pero supo cuándo ocurrió.

La tienda de June estaba vacía cuando Riley pasó por delante en su ruta de vigilancia improvisada. Era tarde, casi medianoche. Un momento en que solo quedaban algunos médicos terminando informes y dos soldados que jugaban a las cartas junto al generador.

Cuando volvió veinte minutos después, la carta ya no estaba.

Nadie más había entrado.

El catre estaba intacto. Las mantas, sin arrugas nuevas. Todo en orden, como si no hubiera pasado nada.

Pero ella lo sabía.

June había vuelto. Había visto el papel. Había reconocido su letra. Y se lo había llevado.

Riley sintió cómo algo le latía en la base del cuello, justo donde empieza la voz.

Quiso imaginar qué había hecho después. Si lo había abierto al instante. Si se había sentado sobre la cama a leerlo con el ceño fruncido. Si lo había dejado caer al suelo, como si quemara. Si lo había roto. Si había llorado.

Pero no tenía que imaginar.

Al cruzarse más tarde con June —de lejos, entre dos tiendas—, lo supo todo.

La vio salir de la enfermería con una carpeta en una mano y una taza en la otra. Caminaba con ese paso recto y sereno que tanto la definía, ese que ocultaba mejor que nadie cualquier temblor por dentro.

Riley se detuvo en seco, a varios metros.

June pasó sin verla. O quizás la vio y fingió no hacerlo. El rostro tranquilo. Sin rastro de nada.

Pero en su bolsillo, medio sobresaliendo, estaba la carta. Doblada con precisión. Sin una sola arruga.

Sin abrir.

Y en ese gesto —pequeño, casi invisible—, Riley lo entendió.

June no estaba lista.

Aún no.

Tal vez no sabía si quería leerla. Tal vez no sabía si podía.

Porque a veces, mirar una herida no es el primer paso hacia la curación, sino hacia el desgarro.

Riley apretó los dientes.

No estaba enfadada.

No dolía como pensaba que dolería. No era rechazo. No era castigo.

Era algo más profundo: el respeto a un silencio ajeno. La comprensión de que no todo se puede forzar. De que, por más que uno se exponga, el otro también tiene que querer acercarse.

Y si June aún no estaba lista para abrir esa carta… entonces Riley tendría que aprender a vivir con eso.

Porque esta vez, no huiría.

Solo esperaría. Sin esperar nada.

Porque a veces, lo único que se puede hacer por alguien que se ha amado de verdad… es darle el tiempo que una misma no se dio.

June siempre tuvo una forma de estar que imponía sin esfuerzo.

No hablaba alto. No buscaba atención. Pero cuando entraba en una habitación, se notaba. Era el tipo de presencia que obligaba a los demás a corregirse la postura, a escuchar con más cuidado, a bajar el volumen por respeto.

Y Riley, incluso cuando eran niñas, lo había sentido.

Recordaba cómo June se sentaba en primera fila aunque nadie más lo hiciera, cómo levantaba la mano sin miedo a equivocarse, cómo caminaba por los pasillos del instituto con los auriculares puestos y la cabeza alta, como si el mundo fuera suyo.

No era arrogancia. Era otra cosa. Una especie de integridad silenciosa. De fuerza tranquila.

Y eso, en un lugar como el suyo, donde todos aprendían a esconder lo que les hacía diferentes, era un acto de valentía.

Riley no entendía por qué eso la atraía tanto entonces. Solo sabía que, cuando estaba cerca de June, todo parecía más real. Que los días eran menos planos. Que el aire pesaba distinto.

Recordaba los estudios en casa, las risas ahogadas en la biblioteca, las tardes de verano tumbadas en el césped compartiendo auriculares y una botella de agua caliente. Recordaba las veces en que June la miraba como si supiera exactamente lo que ella aún no podía nombrar.

Y eso era lo que más la desarmaba.

June nunca dijo nada. Nunca la forzó. Nunca exigió respuestas.

Pero tampoco escondió lo que sentía.

La miraba con ternura. La tocaba con cuidado. Le sonreía de forma distinta a como le sonreía a los demás.

Y cuando la besó aquella noche, no lo hizo con prisa ni con dudas.

Fue breve, sí. Torpe. Pero era un beso lleno de verdad. Uno que no pedía permiso, pero tampoco perdón.

Riley no lo supo entonces.

O no quiso saberlo.

Solo se asustó. Se encogió. Se escondió.

Porque, en el fondo, sabía que ella no tenía el coraje de June.

No lo tenía entonces. Y no estaba segura de tenerlo ahora.

Y sin embargo… aquí estaban.

Diez años después.

En un desierto. En una base médica. Con una carta entre ellas. Y todo lo que no dijeron flotando todavía entre los catres, entre las sombras, entre las miradas que no se sostienen.

Tal vez nunca tuve su valor, pensó Riley. *Pero al menos esta vez, me atreví a escribir.*

Y aunque June no lo leyera hoy. Ni mañana. Ni nunca.

Esa carta era lo más sincero que había hecho desde que se fue.

Y si alguna vez June decidía abrirla, leerla, guardarla o romperla… Riley sabría que, al menos por su parte, había dejado la puerta entreabierta.

Y a veces, con eso basta.

La noche estaba en silencio cuando June volvió a su tienda.

Riley la observó desde lejos, con la discreción entrenada de alguien que ha aprendido a pasar desapercibida. No quería espiar. Solo mirar. Solo saber.

June entró sin encender la linterna. Se agachó junto al catre, se quitó las botas con movimientos lentos, casi mecánicos. Estaba agotada. Eso se notaba. En los hombros caídos. En la forma en que

se dejó caer sobre la manta como si el cuerpo por fin pudiera rendirse.

Riley no alcanzaba a verle la cara desde su posición, pero no hacía falta.

Sabía lo que estaba sintiendo. Ese cansancio que no se quita con dormir. Esa mezcla de miedo y memoria. Esa pregunta sin respuesta que empieza con un nombre.

June permaneció quieta unos segundos. Luego, con un gesto breve, sacó algo del bolsillo de su pantalón. La carta.

Riley se tensó.

No por esperanza. No por ansiedad.

Solo por la posibilidad.

La vio sostenerla entre los dedos. Desplegada, doblada en tercios. La luz del campamento se filtraba tenuemente por la lona, lo justo para delinear el contorno del papel. June lo giró. Lo estudió. Como si fuera un objeto ajeno. Como si no supiera si debía tocarlo más tiempo o dejarlo ir.

Y entonces lo guardó.

No en la mochila de suministros. Ni en el fondo de alguna caja olvidada. Lo metió en una pequeña bolsa con cremallera junto a algo más que Riley no alcanzaba a distinguir. Pero ella sabía lo que era. Su diario.

Ese que nunca dejaba a la vista. Ese que solo sacaba en noches de insomnio. Ese que protegía como si dentro hubiera más que pensamientos: como si guardara ahí el centro exacto de lo que era.

Verla colocar la carta allí fue una revelación silenciosa.

June no estaba lista para leerla. Pero tampoco quería perderla.

Y eso, para Riley, lo decía todo.

No esperaba perdón. Ni respuesta.

Pero que la carta no hubiera sido descartada, ignorada, arrugada o tirada… Que hubiera sido guardada en ese lugar preciso… decía que, tal vez, aún quedaban cosas por decir.

June se recostó después. Cruzó las manos sobre el abdomen. Se quedó mirando el techo de lona como si buscara algo en la

oscuridad.

No se movía. No dormía.

Solo estaba ahí. Sintiendo. Pensando. Tal vez recordando.

Riley se obligó a volver a su tienda. No por rendición. Sino por respeto.

Porque había aprendido que no todas las heridas se abren a la vez. Y que, a veces, guardar una carta es también una forma de empezar a sanar.

Capítulo 16

June: Pasado

June no entendía qué había hecho mal.

La mañana después del beso, llegó al instituto con la respiración agitada y el pecho ardiendo de anticipación. Había repasado mil veces en su cabeza cómo sería verla. Tal vez una sonrisa, tímida, pero real. Tal vez un gesto torpe, un "tenemos que hablar". Incluso un abrazo. Algo. Cualquier cosa que confirmara que no había sido un error. Que no había sido solo ella.

Pero Riley no la miró.

La vio entrar al aula tarde, con la capucha del suéter subida aunque no hiciera frío. Se sentó en la última fila, sacó sus cosas sin levantar la vista, y fingió que June no existía.

Al principio pensó que era una coincidencia. Una confusión. Una mala noche.

Pero después unas horas, dejó de buscar excusas.

Riley no solo no le hablaba. La evitaba activamente.

Tomaba pasillos distintos. No se sentaba en la cafetería. Se levantaba antes de que sonara el timbre. Le daba la espalda en el casillero.

Y lo peor no era el silencio.

Era la negación. La forma en que su presencia parecía molestarle ahora. Como si June hubiera hecho algo imperdonable. Como si el beso no hubiera pasado. Como si hubiera sido una invasión. Una traición.

En clase de historia, intentó sentarse a su lado. Riley se cambió de sitio. No dijo nada. No la miró.

En la biblioteca, fingió que estaba ocupada. No le devolvió el saludo.

Y cuando June por fin la alcanzó al salir del aula, le tocó el brazo y murmuró un:

—¿Podemos hablar?

Riley se volvió. La miró solo un segundo. Y dijo, con voz baja pero cortante:

—No hay nada que hablar, June.

Ese fue el momento en que algo dentro de ella se desmoronó.

No porque la respuesta fuera dura. Sino porque fue tan fácil. Tan mecánica. Tan distante.

Riley se alejó sin más. Y June se quedó ahí, con la mano colgando en el aire, con la garganta cerrada y las ganas de gritar en medio del pasillo.

No lo hizo.

Solo caminó hasta el baño más cercano. Entró. Cerró la puerta del último cubículo. Se sentó en la tapa del inodoro. Y lloró.

En silencio, como había aprendido a hacerlo desde niña. Sin sollozos. Sin mocos. Solo lágrimas calientes que caían sin permiso.

Porque *cómo podía doler tanto algo que apenas acababa de empezar.*

Esa noche, June no cenó.

Dijo que le dolía la cabeza. Que tenía que estudiar. Que estaba cansada. Su madre aceptó sin hacer preguntas. Y ella se encerró en su cuarto como si fuera un refugio o una celda, no estaba segura de cuál de las dos cosas era más cierta.

Encendió la lámpara de escritorio. Abrió el cuaderno que usaba para escribir cuando no podía más. Y, por primera vez en días, no tembló al tomar el bolígrafo. Tembló cuando apoyó la punta en el papel.

Escribir dolía. Pero el silencio la estaba asfixiando.

Empezó con su nombre. Solo eso.

"Riley."

Y se quedó mirando la palabra durante un minuto entero, como si pudiera encontrar en esas seis letras una respuesta que no llegaba.

Después, las frases salieron solas. Desordenadas. Sinceras. Sin filtro.

No entiendo por qué te alejaste. No sé qué hice mal. No sé si fue el beso o si fue lo que vino después. Pero algo cambió. Y no me lo explicaste. Me ignoras como si yo no hubiera estado ahí contigo. Como si no te hubiera tocado la mano. Como si no me hubieras abrazado primero.

No me debes nada, lo sé. Pero yo… yo sí te debo a ti algo. Te debo esta parte de mí que no puedo mostrarle a nadie más. Te debo esta voz que me tiembla cuando te pienso.

Me duele que me mires como si fuera culpable de algo. Me duele más que no me mires en absoluto.

La mano le dolía, pero no se detenía.

He leído en libros que cuando amas a alguien, lo sabes. Yo no sé si esto es amor. Pero sé que contigo no me da miedo ser yo. Hasta ahora.

Ahora sí. Ahora me da miedo que nunca vuelva a ser lo mismo. Que me estés enseñando a tener cuidado con lo que siento.

Y no quiero aprender eso.

Cuando se dio cuenta, tenía dos páginas llenas. Letras pequeñas. Apresuradas. Frases sin puntuación. Dolor hecho tinta.

Respiró hondo.

Leyó una parte en voz baja y se le quebró la voz. La cerró con brusquedad. Y sintió el impulso de romperlo todo.

Pero no lo hizo.

Guardó el cuaderno bajo la cama, entre libros y carpetas, como si pudiera esconder esa parte de ella que acababa de nacer.

No se lo daría. Ni mañana. Ni nunca.

Porque si Riley no quería hablar, entonces June no la obligaría. Pero tampoco se quedaría callada dentro de sí.

Porque el dolor era real. La pérdida también. Y aunque nadie la viera, aunque nadie la escuchara, ella seguiría sintiendo.

Y eso, esa pequeña decisión de no anestesiarse, era el único acto de resistencia que le quedaba.

El cuaderno pesaba más de lo habitual.

No en gramos, sino en lo otro. En eso que no se ve. Lo metió en la mochila por impulso. Como quien se agarra a una última posibilidad. Como si parte de ella aún creyera que se encontrarían a solas en algún pasillo, que Riley la miraría por fin, que habría un gesto, una grieta, una excusa para abrir la boca y decir: *"tengo algo para ti."*

Pero no ocurrió.

El día transcurrió como los anteriores. Con el murmullo habitual de pasillos, las risas huecas de los de siempre, los profesores hablando como si las palabras no pesaran. Todo igual.

Y ella, distinta.

June caminó por el instituto como si flotara un par de centímetros por encima del suelo. No saludó a nadie. No prestó atención en clase. El lápiz se movía sin rumbo sobre el margen de su libreta. Su mente estaba lejos.

En el cuaderno escondido entre libros. En Riley.

La vio en el patio, a la hora del almuerzo. Estaba sentada con sus compañeros del equipo, comiendo algo envuelto en papel aluminio, fingiendo una normalidad tan perfecta que dolía.

Riley hablaba con ellos. Reía incluso. Miraba el móvil. Hacía todo como si nada hubiera pasado.

Pero June lo notó. Ese gesto minúsculo. El movimiento sutil de su pierna, inquieta bajo la mesa. La forma en que se tocaba la muñeca, justo donde solía llevar la pulsera que ella misma le había hecho el verano anterior.

No era teatro. Era supervivencia.

June se quedó a una distancia prudente. Oculta tras la puerta de salida al patio. Solo un instante más de observación antes de seguir

con su día como si también pudiera fingir.

Y en ese momento supo que no iba a darle el cuaderno.

No porque no lo mereciera. Sino porque ya no era el momento.

Había pasado.

El espacio entre ellas ya no era solo físico. Era algo más profundo. Más definitivo.

No se trataba de esperar a que Riley cambiara de opinión. No se trataba de insistir.

Se trataba de aceptar que hay cosas que, si no se sostienen entre dos, se caen.

Y ella no podía sostener sola todo lo que habían sido. Ni todo lo que no llegaron a ser.

Volvió al aula sin decir nada. Guardó la mochila bajo la mesa. Apretó el cuaderno entre los libros. Y respiró.

No fue alivio. No fue paz.

Pero fue una decisión. Y a veces, eso basta para seguir caminando.

Esa noche, June no escribió.

Ni una palabra.

Cenó en silencio, con los auriculares puestos aunque no escuchaba nada. Su madre le preguntó si todo iba bien y ella asintió con una sonrisa educada, automática. Su padre ni levantó la vista del periódico. Nadie sospechó que había algo fuera de lugar.

Pero ella sabía que algo se había roto.

Y no por el beso. Ni por la reacción de Riley. Sino por todo lo que vino después. Por el hueco que dejó ese vacío de respuestas, esa decisión de no mirar, de no hablar, de no quedarse.

Subió a su cuarto con paso lento.

Dejó la mochila en un rincón. No la abrió. No miró el cuaderno.

Se sentó en la cama y se quitó los zapatos sin prisa. Se tumbó boca arriba, con las manos sobre el estómago, respirando como si cada movimiento del pecho le costara un poco más.

La lámpara de su escritorio seguía encendida, proyectando una luz cálida sobre la pared. Las sombras de los libros bailaban como si

algo en el cuarto estuviera vivo, pero ella se sentía tan quieta que incluso su propia existencia le parecía prestada.

Cerró los ojos.

No lloró.

Había algo peor que el llanto: la certeza muda. Esa que no grita, pero lo llena todo. Esa que se instala sin hacer ruido, sin pedir permiso, sin intención de irse.

Pensó en Riley. En su risa contenida. En la forma en que le decía su nombre bajito, solo para molestarla. En las caminatas de vuelta a casa compartiendo una única botella de agua. En el sonido de su voz, a veces ronca por las mañanas. En sus manos grandes, siempre frías. En su mirada —esa mirada— que parecía entenderla más de lo que ella misma se entendía.

Y pensó, también, en todo lo que no volvería.

No habría más tardes en el porche. No más bibliotecas compartidas. No más pequeñas excusas para tocarse sin que nadie lo notara.

Porque cuando alguien decide no verte, aunque estés frente a él, no hay mucho que hacer.

Lo entendía ahora. Y eso dolía más que cualquier rechazo claro.

Porque el silencio… el silencio no se discute. No deja lugar a réplicas. Solo te obliga a recoger lo poco que queda y marcharte por dentro.

Apagó la lámpara sin moverse.

El cuarto se oscureció. La cama crujió bajo su cuerpo. El techo desapareció ante la negrura de sus párpados cerrados.

Y June, en la oscuridad, se aferró al único pensamiento que aún le daba un poco de consuelo:

Algún día, cuando no duela, escribiré sobre esto. No para entenderlo. Solo para no olvidarlo.

La noche avanzó lenta. El silencio de la casa era absoluto.

Pero dentro de June, las voces no cesaban.

No hablaban en frases completas. No gritaban. Solo eran ecos. Restos de lo que no se dijo. Palabras que no llegaron a cruzar el

espacio entre dos cuerpos que una vez estuvieron tan cerca que todo parecía posible.

Se levantó sin saber por qué.

No encendió la luz. Caminó a oscuras hasta el rincón donde había dejado la mochila. La abrió. Rebuscó con cuidado entre libros, carpetas, libretas sin nombre.

Y ahí estaba.

El cuaderno. Se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la cama y el cuaderno sobre las piernas.

Lo abrió despacio.

Buscó lo que había escrito la noche anterior. Su letra era reconocible, pero distinta. Como si en esas palabras no solo hubiera emoción, sino miedo.

Leyó el primer párrafo. Sintió cómo le ardía el estómago.

Tragó saliva.

No hacía falta leerlo entero. Ya sabía lo que decía. Lo había escrito con todo el cuerpo, con cada parte de sí que aún no sabía cómo proteger. Era algo que no buscaba culpables. Solo una respuesta.

Y esa respuesta nunca llegó.

Durante un instante, pensó en arrancar las páginas del cuaderno. En romperlas. En hacer que desaparecieran como todo lo demás.

Pero no lo hizo.

En lugar de eso, acarició el borde del papel con la yema del dedo. Luego cerró el cuaderno. Y fue hasta su escritorio.

Abrió un cajón. Sacó una hoja doblada en blanco. La envolvió con cuidado alrededor de las páginas escritas. Usó un trozo de cinta adhesiva para que no se soltara.

Luego volvió a guardarlo. No entre libros cualquiera. Sino en una caja de madera, la que solía usar para guardar sus cosas más importantes: cartas de cumpleaños, fotografías viejas, una entrada de cine que había ido a ver con Riley meses atrás, cuando aún eran solo “mejores amigas”.

Lo colocó al fondo. Con el cuidado con que se guardan los objetos frágiles.

No era un adiós. Ni un intento de soltar. Era otra cosa.

Era el acto silencioso de no olvidar.

Porque si había algo que June tenía claro esa noche, sentada sola en su cuarto con el corazón aún temblando, era esto:

No podía obligar a nadie a quedarse. Pero sí podía elegir no borrar lo que fue real para ella.

Y con ese gesto, pequeño, invisible, sin testigos, supo que acababa de empezar a construir su propia forma de memoria.

Capítulo 17

June: Presente

El cielo se cerró a media tarde.

Primero fueron las nubes bajas, gruesas como algodón mojado. Luego, las ráfagas de viento que arrastraban polvo y dejaban en el aire un olor a electricidad, a metal, a advertencia.

June lo sintió en la piel antes que en la vista. Un cambio en la presión del aire. Una punzada en las sienes. La sensación de que todo —hasta su respiración— se había vuelto más denso.

Siguió trabajando.

Atendió a dos soldados con insolación leve. Controló el pulso de una mujer embarazada con náuseas persistentes. Cambió una venda. Revisó una dosis de antibiótico. Se movía con precisión automática, como si el cuerpo supiera qué hacer incluso cuando la mente no estaba del todo presente.

Porque su mente no estaba ahí.

Desde que vio la carta en su catre.

Porque la carta estaba allí, sí. Pero también estaba ella. Riley. A menos de treinta metros. Durmiendo, comiendo, caminando por el mismo suelo. Respirando el mismo polvo. Compartiendo la misma guerra, sin hablar de la otra. La que todavía ardía entre ellas.

A las cinco, el jefe de seguridad del campamento dio la orden por radio:

—Tormenta en camino. Todos al protocolo de refugio. Prioridad: personal médico, civiles y suministros esenciales. Repito: tormenta en camino.

June sintió cómo le temblaba la mandíbula.

Las tormentas allí no eran un asunto menor. No era lluvia y viento. Era furia. Era tierra que se levantaba como humo. Tiendas que crujían. Postes que temblaban. Y un miedo antiguo que se colaba bajo la piel.

Recogió su instrumental con rapidez. Ayudó a su compañera a asegurar los estantes móviles. Guardaron el material sensible en cajas selladas y cerraron las cremalleras con bridas plásticas. Todo debía quedar estanco, firme, intacto.

Cuando salió al pasillo exterior de tiendas, el viento ya silbaba entre las estructuras.

Alguien la empujó sin querer. Otro corría con una caja de suministros contra el pecho. Todo era movimiento, urgencia, voces tensas, órdenes entrecortadas.

June buscó refugio en la tienda de reuniones médicas. No era grande, pero era sólida. Una lona gruesa, doble estructura, suelo elevado. Resistiría.

Al entrar, vio que ya había tres personas dentro. Y una de ellas, sentada contra la pared de lona, piernas cruzadas y chaqueta aún mojada del sudor y del calor previo, **era Riley.**

June se detuvo en seco. Solo un instante. Luego entró sin decir nada.

Porque afuera empezaban a caer las primeras gotas. Y adentro… adentro **el verdadero aguacero acababa de comenzar.**

El sonido de la lluvia empezó como un tambor sordo contra la lona.

No era solo agua. Era viento. Era arena. Era fragmentos de un mundo que se deshacía afuera mientras todos los cuerpos buscaban cobijo.

June se sentó en un rincón, al otro lado de la tienda, a unos tres metros de Riley. Tomó una cantimplora, dio un trago largo y se quedó mirando el suelo. A su lado, una doctora belga hojeaba un manual clínico, aunque sus ojos no parecían leer realmente.

Durante unos minutos, nadie habló.

Solo el ruido del vendaval y las cremalleras tensadas resistiendo al azote del desierto.

Hasta que Riley rompió el silencio con la voz grave, casi ronca:

—¿Te pone nerviosa el sonido del viento así?

June alzó la mirada. No con sorpresa. Con cautela.

—Un poco —respondió—. Me recuerda a un tren. Pero uno sin frenos.

Riley asintió.

—A mí me hace pensar en una puerta mal cerrada. Como si en cualquier momento fuera a abrirse sola.

Una pausa.

Una de esas pausas largas, no incómodas del todo, pero sí con historia.

—¿Desde cuándo estás aquí? —preguntó Riley.

June apoyó la cantimplora en el suelo.

—Un año. —Hizo una pausa breve, luego añadió—: Más o menos desde que terminé la especialidad.

—¿Y sabías que yo…?

—No.

Otra pausa. Esta vez fue June quien sostuvo la mirada.

—¿Y tú?

Riley se encogió de hombros.

—Sabía que algunos médicos eran americanos, pero no tenía ni idea. Lo supe cuando abrí los ojos y te vi.

June asintió sin palabras.

La doctora belga se levantó y salió de la tienda con una radio, dejando a ambas solas. El sonido de la lona vibrando con la lluvia llenó el espacio que dejó su ausencia.

June se frotó las palmas, como si necesitara hacer algo con las manos.

—¿Estás bien?

—Sí. —Riley la miró—. La herida no era gran cosa. Lo difícil fue lo otro.

No hacía falta que dijera qué era *lo otro*.

—Lo siento por tu compañero —dijo June, bajando un poco la voz.

Riley asintió.

—Gracias.

Y entonces callaron otra vez.

Pero esta vez, se miraron.

Largo. Directo. Sin rabia. Sin preguntas.

Solo miradas. Como si una dijera: *Estoy aquí.* Y la otra respondiera: *Yo también.*

No hablaron del pasado. Ni del beso. Ni de la carta. Ni del silencio. Ni de las huellas que nunca se borraron.

Solo el ahora. Solo esa tienda pequeña. Solo esa tormenta afuera.

Y durante un instante, mientras el viento aullaba como una herida, June se permitió pensar que eso —ese silencio compartido, ese espacio en tregua— era lo más cerca que habían estado en años.

Y no sabía si eso era suficiente. Pero en ese momento, lo era.

La explosión no fue cercana.

Pero fue lo suficientemente fuerte como para que todo dentro de la tienda vibrara.

Un ruido seco, distante, profundo. Como si el aire hubiera estallado desde abajo. Un golpe sordo que hizo que los tensores de la lona crujieran y que el manual médico cayera del banco donde lo había dejado la doctora antes de salir.

June se incorporó sin pensarlo. El corazón acelerado. Las manos listas.

Fue un gesto automático. Reflejo de meses de entrenamiento, de costumbre, de supervivencia.

Y Riley también se movió. Rápida. Precisa. Como si sus nervios funcionaran al mismo ritmo.

Ambas se pusieron en pie al mismo tiempo. Ambas se miraron.

Instinto compartido.

—¿Eso fue…? —empezó a decir June.

—Una detonación. Lejana —dijo Riley, sin dudar.

No había miedo en su voz, pero sí alerta.

Un silencio tenso las envolvió.

Afuera, la lluvia seguía golpeando la lona como si quisiera entrar. El viento se había vuelto más denso, más bajo, como un murmullo

gutural. Y entre esos sonidos, la memoria apareció sin permiso.

June sintió el peso del pasado sobre el pecho. No en forma de recuerdos concretos. Sino en sensaciones. En la forma en que el cuerpo recuerda antes que la mente.

Recordó la primera vez que sintió miedo real, años atrás. Y cómo, sin saberlo, la primera persona en la que pensó fue Riley.

Porque así era todo entonces. Incluso el miedo tenía su nombre.

Ahora, estaban juntas. De nuevo. Y el miedo volvía. Y su cuerpo —sin pedirle permiso— giraba hacia ella.

Riley no hablaba. Pero tenía los músculos tensos. La mirada clavada en el exterior, como si pudiera ver a través de la lona.

—¿Crees que es cerca? —preguntó June, más para romper el silencio que por necesidad.

Riley negó con la cabeza. —No. Pero igual activarán protocolo. Por si acaso.

June asintió. La adrenalina bajaba despacio. Como una marea tibia. Y lo único que quedaba era esa mirada entre ellas. Esa forma en que el cuerpo de Riley parecía listo para proteger. Incluso ahora. Incluso después de todo.

—Te salió natural —dijo June, sin pensarlo.

Riley la miró.

—¿El qué?

—Eso. Moverte así. Responder. Reaccionar.

Riley se encogió de hombros. —El cuerpo aprende. Aunque no quieras.

June tragó saliva.

—Sí… —susurró—. Aunque no quieras.

Las palabras flotaron un instante. No se referían solo a eso.

Pero ninguna de las dos corrigió. Ninguna añadió nada.

Solo se quedaron ahí, de pie, compartiendo la tensión que ya no venía de la explosión, ni del viento, ni de la guerra afuera.

Sino de otra tormenta, más antigua, más íntima. La que nunca llegó a estallar del todo.

La alerta no llegó a activarse. La explosión quedó registrada como una detonación controlada en una zona alejada.

Una práctica, tal vez. Una limpieza de terreno. Una muestra más de cómo la guerra se cuela incluso en lo rutinario.

Pero la tensión no desapareció de inmediato.

June permaneció de pie junto a Riley unos minutos más, en un silencio que ya no era del todo incómodo. Había algo suspendido entre ellas. No un acuerdo. Ni una reconciliación.

Solo presencia.

La tienda crujía suavemente con el viento. La lluvia golpeaba más despacio. El olor a lona mojada llenaba el aire.

June respiró hondo.

No sabía por qué, pero por primera vez en días no sentía que su pecho fuera una caja cerrada. No era alivio. Ni paz. Solo una mínima rendija. Una corriente de aire que le recordaba que aún podía sentir sin que doliera tanto.

—¿Te molesta si me siento? —preguntó, sin mirarla.

Riley negó con la cabeza.

—No. Claro.

June se dejó caer sobre una esterilla enrollada contra la pared. Estaba húmeda, pero no le importó.

Riley se sentó también. No muy cerca. No muy lejos.

—¿Cuánto tiempo crees que va a durar la tormenta? —preguntó June.

—Con suerte, una hora más. A veces pasan rápido. Otras veces no.

June asintió.

Era una frase sin compromiso. Una respuesta simple. Pero algo en la voz de Riley la hizo girar la cabeza.

La estaba mirando. No fijamente. No con intensidad.

Solo con… atención. Como quien se esfuerza en estar presente.

June sostuvo la mirada un segundo. Luego la bajó.

Quiso decir algo. Cualquier cosa. Pero todas las frases que se le ocurrieron estaban llenas de trampas. De "¿por qué te fuiste?". De

“yo también tenía miedo”. De “no era solo un beso”.

Así que se guardó las palabras. Como había hecho tantas veces antes. Solo que esta vez, algo era distinto.

Porque Riley no parecía querer huir. No miraba al suelo. No fingía tener prisa.

Solo estaba ahí. Escuchando el viento. Respirando el mismo aire.

Y eso —ese estar— era nuevo.

No sabía si durarían minutos o días. No sabía si iba a doler más después. Pero por ahora, en esa tienda compartida, con el mundo temblando fuera, no estaban huyendo.

Y June, por primera vez desde que todo comenzó, no se sentía sola.

El viento empezó a cambiar de tono. Dejó de ser un aullido para volverse un murmullo espeso, como un animal agotado después de la carrera.

La lluvia aún golpeaba la lona, pero con menos fuerza. Las gotas ya no eran proyectiles, sino caricias tibias. Afuera, el campamento recuperaba lentamente su forma, como un cuerpo que estira los músculos tras el sobresalto.

Dentro de la tienda, el silencio entre ellas se había vuelto otro. No era tenso. No era incómodo.

Era, por primera vez en mucho tiempo, cómodo.

June seguía sentada en la esterilla, con la espalda apoyada en la pared de lona. El cansancio empezaba a notarse. No solo físico, también emocional. Pero era un tipo de agotamiento que traía consigo cierto descanso, como si el cuerpo al fin pudiera exhalar después de días en apnea.

Riley se quitó la chaqueta empapada y la sacudió ligeramente. Parte del agua salpicó a June, que levantó las cejas, sorprendida.

—¿De verdad? —dijo, sin dureza.

Riley la miró con una media sonrisa.

—Podrías tomarlo como un ritual de purificación. Agua de desierto. Muy espiritual.

June resopló, sin poder evitar una pequeña risa seca.

—Sí, claro. Muy sagrada.

—Te has ganado el favor de los espíritus de las tormentas —añadió Riley, con tono solemne, como si de verdad estuviera contando una leyenda antigua.

—Ah, con razón estoy empapada —respondió June, levantando un mechón de pelo húmedo que se le había pegado a la sien—. Debe ser una bendición.

Riley rió. Una risa breve, pero real.

Y June la sintió. En el pecho. En la espalda. En cada parte de sí que había olvidado que sabía reconocer ese sonido.

Se miraron de nuevo, pero esta vez sin tensión. Sin nudos. Solo con una calma frágil, sostenida por la nada.

Como si, por unos segundos, fueran de nuevo aquellas dos chicas sentadas en el muelle del lago, con los pies colgando sobre el agua y el sol bajando detrás de los árboles.

Riley apoyó los codos sobre las rodillas.

—¿Te acuerdas de las tormentas en Kansas? —preguntó, sin mirarla directamente.

June la miró un instante antes de responder.

—Sí. Siempre olían a tierra mojada y a algo que no sabías si era miedo o emoción.

Riley asintió.

—A mí me gustaban. Cuando era pequeña, pensaba que si corría más rápido que el viento, podía escapar de todo.

—¿Y ahora?

—Ahora… —hizo una pausa—. Solo intento no dejar que me arrastre.

June no dijo nada. Pero entendía.

Y en ese momento, en esa tienda de campaña empapada por fuera y tibia por dentro, con las botas mojadas, las miradas honestas y las palabras pequeñas, algo se tejía de nuevo entre ellas.

No un puente. Ni una promesa. Pero sí un hilo. Fino. Real. Presente.

Capítulo 18

Riley: Pasado

La casa dormía.

Otra vez.

Las paredes eran las mismas. El pasillo crujía igual. La nevera lanzaba su zumbido apagado como cada noche. Pero todo, absolutamente todo, sonaba distinto dentro de Riley.

Ya estaba todo decidido. Todo firmado. Solo faltaba irse.

Pero antes, había una última cosa que no podía dejar sin hacer.

Una carta.

Porque aunque se marchara, aunque el miedo le ganara, lo que sentía no podía quedarse sin nombre.

Tomó el bolígrafo.

Su letra era temblorosa, pero firme. Como si la mano supiera algo que la boca nunca fue capaz de decir.

June,

No sé cómo empezar esto. Ni siquiera sé si vas a leerlo algún día. Pero tengo que escribirlo. Aunque sea para mí. Aunque nunca llegue a ti.

No me estoy yendo porque me hayas hecho daño. Me voy porque lo que siento por ti me desarma. Porque cuando me miras, soy todo lo que no sé manejar.

La frase quedó suspendida, como un hilo en el aire. Se frotó los ojos. Respiró hondo. Y siguió.

Te besé y quise salir corriendo al mismo tiempo. Porque lo que pasó fue real. Fue hermoso. Y me aterra.

No sé si estoy hecha para esto. No sé cómo se ama a alguien como tú sin romperse por dentro.

Tachó dos líneas. Volvió a empezar.

No estoy huyendo de ti. Estoy huyendo de mí.

Guardó silencio un segundo. La hoja empezaba a llenarse.

No me atrevo a decir esto en voz alta. No tengo las palabras. Ni la valentía. Pero si alguna vez te preguntaste si era de verdad… lo era. Todo. El lago. Las risas. El temblor de mis dedos cuando te veía reír. El beso. Sobre todo, el beso.

La mano le dolía. El pecho más.

Me voy. Y no sé si volveré. Pero si alguna vez llegas a encontrar esta carta, solo quiero que sepas esto:

Fuiste mi primer amor. *Aunque no supe qué hacer contigo. Aunque me fui.*

Siempre vas a ser eso para mí. La primera vez que sentí algo de verdad.

Firmó con su nombre. Sin despedidas. Sin promesas.

Solo eso.

Verdad.

La dobló con cuidado. La metió en el sobre. Lo dejó sobre su cama, junto a la mochila.

Y entonces, por primera vez desde que decidió marcharse, lloró sin intentar frenarlo.

El pueblo dormía.

Ni una luz en las ventanas. Ni una voz. Ni siquiera perros ladrando. Solo el crujido de las suelas de sus zapatillas sobre el asfalto resquebrajado y húmedo de rocío.

Riley caminaba con la capucha puesta, la mochila colgada al hombro y el sobre guardado en el bolsillo interior de su chaqueta. Lo había tocado tres veces en el camino, como si tuviera que asegurarse de que seguía ahí. Como si fuera un talismán o una bomba.

Cada paso la acercaba a la casa de June. Y a lo que no había dicho. A lo que quizás nunca podría decir.

Las farolas titilaban en amarillo apagado. El aire olía a tierra húmeda, a hojas secas. Era esa hora que no pertenece a la noche ni al día, cuando todo parece suspendido, flotando en una especie de pausa sin nombre.

Doblar la esquina hacia su calle fue como cruzar una línea invisible. La garganta se le cerró. El estómago, un nudo.

Allí estaba la casa.

Igual que siempre. Techo a dos aguas. Jardín bien cuidado. Ventanas cerradas con cortinas blancas. El buzón de madera barnizada con las letras "Callahan" grabadas en la chapa.

Avanzó despacio. Como si el suelo pudiera quebrarse bajo sus pies.

Sacó el sobre del bolsillo. Sus dedos lo rodeaban con fuerza, como si en cualquier momento el viento pudiera arrebatárselo.

Lo sostuvo frente a sí un segundo. Solo un segundo.

Lo suficiente para imaginarla.

June, despertando al día siguiente, saliendo por la puerta con su mochila colgada, mirando el buzón medio dormida, encontrando el

sobre. Su nombre sin adornos. La letra de Riley. El peso de todo lo no dicho.

Y luego leyéndolo. Sintiendo. Sabiendo.

Recordando.

Ese segundo fue lo más cerca que estuvo de dejarla ir del todo.

Pero entonces, el ruido.

Un coche.

Un faro girando la esquina. Luces largas. Motor que se aproxima. Y su reflejo proyectado contra la verja blanca del jardín.

Riley se congeló. El corazón en la garganta. El sobre entre los dedos.

El coche pasó sin detenerse. Solo un vecino que volvía de trabajar tarde o salía temprano. Nada más.

Pero fue suficiente.

En un movimiento instintivo, guardó la carta de nuevo. La apretó contra su pecho. Y retrocedió dos pasos.

La verja seguía allí. El buzón también. Pero ya no podía. Ya no.

No porque no quisiera. Sino porque **t**odavía dolía demasiado.

Se dio la vuelta.

Caminar de regreso a la parada del autobús fue como arrastrar un peso invisible. Uno que no hacía ruido, pero que ocupaba todo.

El cielo empezaba a clarear cuando llegó. El primer autobús del día la esperaba. Motor encendido. Puerta abierta. Un conductor adormilado que no preguntó nada.

Subió. Pagó. Y eligió la última fila.

Apretó el sobre contra el muslo. Cerró los ojos. Y supo que acababa de perder algo que nunca fue suyo del todo.

El autobús arrancó con un traqueteo suave, como si también dudara de su destino.

Riley se acomodó en el último asiento, junto a la ventana. Afuera, el pueblo comenzaba a despertar en cámara lenta. Las luces de las casas parpadeaban como luciérnagas tímidas. Un par de bicicletas solitarias cruzaban la calle principal. Y detrás de ella, la

silueta de la casa de June se desdibujaba, cada vez más pequeña, cada vez más lejana.

No lloró. No aún. Pero algo dentro de ella parecía haberse quedado allá atrás. Algo que no sabía si iba a recuperar alguna vez.

Sacó el sobre del bolsillo. Lo sostuvo entre las manos. La tinta de su letra seguía intacta. Pero ahora parecía más temblorosa.

Lo abrió.

Las hojas, dobladas en dos, tenían marcas de presión en los bordes. Había escrito con fuerza, con rabia. Con una urgencia que dolía.

Leyó en silencio. Frase por frase. Lenta. Como si no fueran suyas. Como si alguien más hubiera escrito esas palabras en su lugar, en una versión de ella que solo existía cuando pensaba en June.

Cerró los ojos. Tragó saliva.

Estoy huyendo de mí.

Eso. Esa era la línea. La que dolía más. Porque era la verdad completa.

Volvió a doblar el papel con cuidado. No quería que se arrugara. Como si conservarlo en buen estado pudiera salvar algo de lo que no había sido.

Sacó la carpeta de la mochila. No la de apuntes. La otra.

La que llevaba el folleto del ejército. El contrato firmado. Las instrucciones para presentarse en la base.

Allí lo metió.

Entre el papel que prometía una salida. Y el papel que confirmaba una pérdida.

Cerró la cremallera.

Apoyó la frente contra el cristal. El autobús seguía su camino. Ella también.

Pero por dentro… todo estaba detenido.

Porque lo que se guarda no siempre se supera. Y lo que no se entrega, a veces se convierte en una herida que no deja cicatriz, pero tampoco deja de doler.

Y ella lo sabía.

Porque esa carta… esa carta no era solo para June.

Era para la parte de sí misma que había aprendido a callar. A esconder. A fingir que no temblaba.

Y ahora viajaba con ella. Doblada. Escondida. Presente.

Una despedida no dicha. Un amor sin cierre. Una historia que ya no podía contar, pero tampoco olvidar.

El autobús se detuvo frente a una barrera metálica. Un soldado joven revisó los papeles con el gesto ausente de quien ha visto pasar cientos como ella.

—Tienes que bajar aquí —dijo sin levantar la mirada.

Riley asintió. Se colgó la mochila al hombro, bajó del vehículo y cruzó la verja tras él. El aire olía distinto. A metal caliente. A polvo levantado. A sudor ajeno.

Un oficial de aspecto severo, con el uniforme perfectamente planchado, la recibió con una carpeta bajo el brazo.

—Nombre completo.

—Riley Maddox.

El hombre marcó algo en la hoja. —Sígueme.

Caminaron por un pasillo de cemento flanqueado por hangares, contenedores reconvertidos en oficinas, y siluetas uniformadas que se movían como relojes bien calibrados. Nadie hablaba. Nadie reía. Todos parecían saber qué hacer, cuándo hacerlo, cómo sostener la espalda recta sin que temblara.

A Riley le dolían los pies. No por la caminata. Sino por el peso de cada paso.

El oficial la dejó en una pequeña sala sin ventanas.

—Espera aquí. Te van a llamar por nombre.

Y se fue.

En la pared, un cartel mostraba las palabras "Disciplina. Lealtad. Sacrificio." En letras negras, sin adornos.

Riley se sentó. Una chica a su lado le dirigió una sonrisa tensa. Ella no respondió.

Después de quince minutos, la puerta se abrió.

—Maddox.

Se levantó.

Entró en una oficina estrecha, donde una mujer con expresión neutra y voz de hojalata le entregó una bolsa de tela con el uniforme doblado, un manual de orientación, y un sobre con su nombre en mayúsculas.

—Te asignarán litera, instructores y horario esta tarde. Hoy solo tienes que firmar aquí —le indicó.

Riley tomó el bolígrafo. Miró el papel.

Firmó.

Un nombre sobre una línea. Como si con eso bastara para convertirse en otra persona.

—Bienvenida —dijo la mujer, sin emoción—. A partir de ahora, eres parte del sistema.

Salió de la oficina con la bolsa en una mano y la garganta apretada.

Fue hasta un banco bajo la sombra de un poste. Se sentó. Abrió la bolsa. Sacó el uniforme.

Lo tocó con cuidado.

Era rígido. Gris. Impersonal. Todo lo que necesitaba, según había creído.

Y aun así, algo se le desmoronó por dentro.

Sacó la carpeta de la mochila. Abrió la cremallera. El folleto del ejército, aún intacto. Y la carta.

La carta que no había entregado. La carta que leía por las noches, como si con eso pudiera contener algo.

La sostuvo un segundo.

Y entonces, sin pensarlo, la volvió a guardar.

No la rompió. No la leyó otra vez. Solo la escondió, entre tela y papeles, como si pudiera olvidarla por acumulación.

Porque sabía que no podía deshacerse de ella. Y que, por mucho uniforme que llevara, no había nada más difícil que intentar no sentir.

La luz del pasillo se filtraba por las rendijas del barracón, proyectando líneas rectas sobre el techo de lona reforzada.

Todo estaba en silencio.

O casi.

Se escuchaban respiraciones regulares. Algún leve crujido de colchón. Un murmullo en sueños. El zumbido constante de la electricidad en los cables colgantes. La vida contenida en un solo espacio. Ordenada. Previsible. Preestablecida.

Pero Riley no podía dormir.

Había pasado las últimas dos horas tumbada boca arriba, con las manos entrelazadas sobre el abdomen, mirando el techo sin verlo. A su alrededor, los demás caían uno a uno en un sueño pesado, arrastrados por el cansancio del entrenamiento, el calor del día, la rutina recién iniciada.

Ella no.

Ella solo escuchaba su propia mente.

Una y otra vez.

No con claridad. No con frases. Solo con imágenes, recuerdos, sensaciones.

El rostro de June bajo la luz del porche. El roce de sus dedos sobre su brazo. Su forma de reír cuando fingía que no le gustaba algo. La textura de su voz al decir su nombre con dulzura. Ese beso, breve e inmenso. Ese después. El silencio. El miedo. La huida.

Riley giró sobre un costado. La colchoneta rechinó. Nadie se movió.

Se abrazó a sí misma.

No importa ya, se dijo. *No importa.*

Pero sabía que era mentira.

Porque no era June lo que no podía soltar. Era la versión de sí misma que existía cuando estaba con ella.

La que se reía sin pensar. La que no se escondía. La que podía sentarse bajo un cielo estrellado y sentir que estaba completa sin tener que justificarse.

Y esa versión suya… esa que había dejado atrás… no cabía en este barracón.

No cabía en este uniforme.

No cabía en esta vida que acababa de empezar.

Apretó los párpados. Sintió cómo la garganta se le cerraba por dentro.

No lloró.

Ya no.

Porque ahora estaba en otro sitio. Con otra piel. Con otra voz que aún no reconocía como suya.

La carta seguía guardada. En el fondo de la mochila. Debajo del uniforme de repuesto. Escondida. Silenciosa.

Como todo lo que no se atrevió a ser.

Y mientras el barracón respiraba en paz, Riley se quedó despierta, repitiéndose a sí misma que esa era la única forma de seguir adelante.

Convenciéndose, como cada noche durante mucho tiempo, de que dejar de sentir era lo mismo que sanar.

Capítulo 19

Riley: Presente

La carta ya no estaba en su mochila. Tampoco en su bolsillo, ni escondida entre vendas y pertenencias personales. Y sin embargo, seguía sintiéndola.

No era culpa. Era otra cosa. Un eco.

Riley despertó antes del amanecer. Las literas a su alrededor estaban en penumbra, los demás aún dormían, respirando lento, profundo, como si el mundo les perteneciera un poco más en ese estado de vigilia flotante. Ella se sentó en el borde de su cama y se frotó los ojos. El aire en la tienda era denso, estancado, pero fuera se escuchaba el leve aleteo de la lona con la brisa de la madrugada.

La carta ya estaba en manos de June. Y aún así, Riley se sentía igual de expuesta, igual de incompleta.

No sabía si ella la había leído. No sabía si lo haría. Y lo más extraño de todo: no necesitaba saberlo.

Porque había algo liberador en el acto en sí. No en el contenido. Sino en la entrega.

Había renunciado al control.

Se puso las botas con movimientos lentos, cuidando de no hacer ruido. Salió de la tienda y caminó sin rumbo por los pasillos de tierra. La base aún dormía, pero en el puesto de guardia ya había una silueta encorvada sobre una radio. Saludó con un gesto leve, mecánico, y siguió andando.

No tenía destino.

O tal vez sí: el intento de responderse una pregunta que le golpeaba desde que la carta salió de su chaqueta:

¿Y ahora qué?

Porque entregar la carta no resolvía el pasado. No cambiaba lo que ocurrió. No borraba su huida. Ni devolvía las noches bajo las estrellas, ni el primer beso torpe, ni el silencio que les tragó después.

Se sentó sobre una caja junto al área de suministros, recogió una piedra del suelo y empezó a girarla entre los dedos. El cielo estaba comenzando a aclararse, del negro al gris, y luego, lentamente, a ese tono azul tenue que parecía dar tregua. Como si incluso el cielo reconociera que algunas batallas necesitaban descanso.

Respiró hondo.

La carta estaba fuera. Y lo que quedaba ahora, era ella.

Ella sin máscaras. Sin uniforme emocional. Sin excusas.

Solo ella.

El sol comenzaba a despuntar cuando volvió a su tienda. El pasillo de lona se llenaba de un tono ámbar pálido, y las sombras de las estructuras se proyectaban largas y delgadas sobre el suelo. A esas horas, la base parecía otro lugar: más vulnerable, más sincero.

Dentro, el resto de soldados comenzaba a desperezarse. No saludó a nadie. Solo se deslizó hasta su litera, se sentó y apoyó la espalda contra la pared de lona. Durante unos minutos, se limitó a observar el interior, como si lo viera por primera vez: mochilas arrugadas, botas a medio colocar, chaquetas colgadas en los cabeceros de las camas, una fotografía doblada junto a una cantimplora.

Todo tenía dueño. Todo tenía historia. Y eso le hizo pensar en él.

Jared .

Su mejor amigo. Su compañero de batallón. La única persona que la conocía sin necesidad de traducción.

Riley tragó saliva y bajó la mirada. El pequeño bolsillo lateral de su mochila estaba medio abierto. Lo cerró cada noche, sin excepción. Por costumbre. Por control. Pero ahora estaba abierto.

Metió la mano. Y lo encontró.

Una chapa de identificación.

La de él.

Se la habían devuelto tras el ataque. Entre otras cosas que no tuvo fuerza de revisar. Y por alguna razón, ese pequeño objeto había permanecido allí. Esperando. Como si supiera cuándo sería el momento de salir a la superficie.

Riley la sostuvo entre los dedos. Estaba tibia, por el calor acumulado durante el día anterior. Sus iniciales aún grabadas con claridad: J*. T. Delgado*. Era simple. Rectangular. De acero. Y pesaba como si contuviera todo lo que no había podido decirle antes de perderlo.

Recordó su voz. Su risa. La forma en que siempre se burlaba de su seriedad. El modo en que le decía, cada vez que ella empezaba a huir emocionalmente:

—No te vayas antes de tiempo, Maddox. Ni de la mesa. Ni de ti misma.

Lo decía sin solemnidad. Sin dramatismo. Pero ahora, en ese silencio compartido con la chapa entre los dedos, esas palabras se sentían como una brújula.

Riley apretó los labios. No lloró. Ya lo había hecho. Y quizás volvería a hacerlo. Pero en ese momento, no necesitaba lágrimas. Solo verdad.

Estaba aquí por muchas razones. Por June. Por lo que fueron. Pero también por él. Por Jared.

Porque quedarse era, de alguna manera, honrarlo. Porque si él estuviera aquí, le habría dicho lo mismo que aquella última vez:

"No corras. Quédate. Respira. Aprende a estar en el sitio, aunque duela."

Riley cerró el puño alrededor de la chapa. La sostuvo un segundo más. Luego, sin ruido, la colgó discretamente dentro de su mochila, como un talismán. Un recordatorio.

Y en voz baja, apenas un susurro:

—Estoy intentando, Jared. De verdad.

Nadie la oyó. Pero ella sí.

El comedor estaba medio lleno cuando Riley entró. El sol ya golpeaba de frente a través de los pliegues de lona, creando haces de luz que recortaban las figuras en movimiento: soldados con

bandejas, personal médico revisando tablets, algún que otro voluntario con ojeras de guardia reciente.

Ella se sirvió lo de siempre: pan tostado, huevos en polvo, un café demasiado oscuro y demasiado débil. Caminó hacia la mesa más cercana al fondo, donde el bullicio era menor, y se sentó sin decir palabra.

No llevaba más de tres minutos masticando en silencio cuando alguien se le unió.

Una chica joven. Uniforme claro. Llevaba el cabello trenzado y los ojos hinchados, pero aún conservaba una sonrisa leve, casi nerviosa.

—¿Puedo?

Riley asintió. No tenía ganas de hablar, pero tampoco energía para parecer borde.

La chica se sentó y comenzó a remover su té.

—Soy Miriam. Bueno, Dra. Miriam Sullivan. Pero prefiero Miriam. ¿Tú eres…?

—Riley. Solo Riley.

—¿Maddox?

Riley asintió.

No preguntó cómo sabía su apellido. En una base así, los nombres circulaban antes de que una misma se diera cuenta.

Pasaron unos segundos en los que solo se escuchaba el tintinear de la cuchara y el rumor del comedor.

—Me alegra que estás mejor —dijo Miriam, de pronto—. Escuché que habías tenido un golpe en la cabeza.

Riley no respondió. Solo bajó la mirada a su taza.

Miriam dejó su taza a un lado. Luego, con tono casual, casi sin mirarla, preguntó:

—¿Conocías a la doctora Callahan de antes?

Riley sintió cómo algo se le tensaba en el pecho. No por la pregunta. Sino por el modo en que había sido formulada. Como si fuera evidente que había algo entre ellas. Como si el pasado aún se notara en su forma de estar en el mismo espacio.

Podría haber dicho muchas cosas. Que no. Que sí. Que no se acordaba. Que la vida da vueltas raras.

Pero solo dijo:

—Sí.

Miriam asintió con suavidad. No preguntó más.

Y eso fue lo que más le agradeció.

El resto del desayuno transcurrió en silencio. Pero un silencio cómodo. Uno que no exigía explicaciones, ni detalles.

Cuando Miriam se levantó, le dejó una sonrisa fugaz.

—Nos vemos en el turno. Y, Riley…

—¿Sí?

—A veces la vida nos da segundas oportunidades sin buscarlas.

Riley no respondió. Pero las palabras le quedaron flotando. Como una nota musical que se aferra al aire mucho después de que la melodía ha terminado.

El área de descanso era una estructura improvisada, semicubierta por lonas y techos de metal ondulado.

Había una mesa alargada con bancos de madera, un par de sillas desvencijadas, y una máquina de café que funcionaba a ratos. A esa hora, apenas había un par de personas sentadas en silencio, mirando sus móviles o anotando en libretas de turno.

Riley solo había ido a por agua. No esperaba verla allí. Y, sin embargo, en cuanto cruzó la esquina de la tienda, ahí estaba.

June.

Apoyada contra una de las columnas metálicas, con los brazos cruzados, el cabello recogido de cualquier manera y la expresión ligeramente tensa. Estaba sola, mirando al suelo, como si esperara que el día se hiciera menos pesado simplemente cerrando los ojos un momento.

Riley se detuvo a medio paso. Podía girar. Podía fingir que olvidó su botella. Podía dar media vuelta y no enfrentar lo que ese cruce casual despertaba.

Pero no lo hizo.

Avanzó. Despacio. Sin hacer ruido.

June alzó la vista justo cuando Riley estaba a punto de pasar junto a ella. Y entonces ocurrió: la mirada.

Un segundo. Menos. Pero fue suficiente.

No fue hostil. Tampoco cálida. Fue como si ambas reconocieran, al mismo tiempo, que había algo latiendo aún entre ellas.

Algo que ni el tiempo, ni el silencio, ni las cartas no leídas, había conseguido enterrar del todo.

—Hola —murmuró Riley, sin detenerse.

—Hola —respondió June, apenas audible.

No hubo más.

No hubo explicaciones, ni torpezas, ni reproches. Solo ese cruce. Esa electricidad suave que queda después de una tormenta.

Riley llegó a la mesa, llenó su botella con agua del bidón. Sus manos estaban firmes, pero el corazón le golpeaba contra las costillas con una insistencia que dolía.

Podía decir algo. Cualquier cosa.

Pero cuando volvió la vista hacia donde estaba June… Ella ya no estaba.

Solo quedaba el hueco donde había estado su sombra. Y el eco de su voz breve, casi invisible. Un "hola" que parecía arrastrar una historia entera.

Riley se sentó un momento, sin beber. Sostuvo la botella entre las manos y miró la entrada de la tienda, por si volvía. Por si no fue solo un desliz del destino.

Pero no regresó.

Y en ese vacío, algo en Riley se aclaró:

No tenían que hablar. No aún.

Pero se estaban viendo.

Y a veces, cuando todo ha sido oscuridad, ver al otro sin huir ya es una forma de volver.

La libreta no era grande. Tampoco bonita. Era militar, de esas con cubierta de cartón rígido y hojas cuadriculadas. Pero a Riley le

gustaba escribir ahí. No porque fuera cómoda, sino porque no prometía nada. No exigía coherencia ni belleza.

Solo presencia.

Se sentó en el borde de su litera con las piernas cruzadas. La base seguía ruidosa, pero en su rincón todo parecía amortiguado.

Sacó un bolígrafo. Pasó las páginas llenas de apuntes, listas de tareas, algún garabato con forma de montaña. Hasta llegar a una hoja limpia.

Pensó un momento.

Y luego escribió en la parte superior:

"Si supieras…"

Debajo, una pausa. Un espacio en blanco.

La frase sola ya dolía. Porque llevaba toda una vida cargándola.

Si supieras que aún sueño contigo. Que hay días en los que no sé si te extraño o si solo extraño a la persona que fui contigo. Que no me fui por ti, sino por miedo a mí misma. Que aún escucho tu voz cuando todo calla. Que entregarte la carta fue más fácil que mirarte a los ojos. Que no espero nada de ti, pero aún así me quedo cerca. Por si acaso. Por si algún día el silencio ya no duele tanto. Por si alguna vez tú también te preguntas qué habría pasado si no hubiéramos tenido tanto miedo.

Cerró el bolígrafo. No firmó. No subrayó nada.

La letra era más torpe que otras veces. Más temblorosa.

Pero era suya.

Cerró la libreta. La guardó bajo la almohada. No como quien esconde algo, sino como quien lo deja en reposo, como una semilla que aún no sabe si germinará.

Se tumbó en la litera sin quitarse las botas. El techo de lona vibraba con el viento, como si el propio mundo contuviera la respiración.

Y ella también. Porque en esa página había dejado más de lo que pensaba. No un secreto. Ni una confesión.

Sino una verdad que, quizás, solo tenía sentido escribir en condicional:

"Si supieras…"

Y por primera vez, no se sintió culpable de imaginarlo.

Solo humana.

Capítulo 20

June: Pasado

El timbre sonó una vez, corto y seco, y June apenas levantó la vista del libro.

Estaba en el salón, con los apuntes de biología desparramados sobre la mesa, subrayando una frase por tercera vez sin haberla leído realmente. El sol del mediodía entraba por la ventana con ese brillo blanco que lo volvía todo más silencioso.

Pensó que sería el cartero. O alguna vecina. No esperaba ver a la señora Maddox.

La reconoció por la silueta a través del cristal esmerilado de la puerta. Y algo en su postura —los brazos cruzados, la cabeza ligeramente inclinada— la hizo fruncir el ceño.

—¿June? —preguntó, apenas se abrió la puerta.

Tenía la voz quebrada, como si hubiera llorado. O como si aún estuviera a punto de hacerlo.

—¿Todo bien, señora Maddox?

La mujer no respondió enseguida. Apretaba las llaves entre los dedos como si no supiera qué hacer con ellas.

—¿Podemos hablar un momento?

June asintió, haciéndose a un lado para que pasara. Sintió un nudo apretarse en el estómago. No sabía por qué. Pero lo sintió.

Se sentaron en el sofá. Una frente a la otra. Había una incomodidad sorda en el aire. Como si la casa supiera que estaban a punto de decir algo que no se puede deshacer.

—No quiero molestarte, cielo —dijo por fin la mujer, con voz baja —. Pero… no sé a quién más acudir.

June tragó saliva. No dijo nada. Solo esperó.

—Riley… se ha ido.

La frase cayó como una piedra lanzada al centro del pecho.

June la repitió en su cabeza, sin comprenderla del todo.

—¿Se ha ido?

—Sí. Me llamó esta mañana. Dijo que se había alistado. Que ya estaba camino de la base. Que no volvería.

June se quedó inmóvil. La habitación pareció encogerse de golpe.

La señora Maddox continuó, como si necesitara sacar todo de una vez:

—Intenté hacerle preguntas. Le pregunté si había pasado algo. Si estaba bien. Pero solo me dijo que necesitaba alejarse, que no quería que nadie intentara detenerla.

Se pasó una mano por la frente, nerviosa.

—¿Sabes tú si ha pasado algo? —preguntó entonces, con voz más baja, más frágil—. ¿Dijo algo en el instituto? ¿Alguna pelea? ¿Algún problema con alguien?

June negó con la cabeza. Pero las palabras no le salieron. Porque sí había pasado algo. Lo sabían las dos. Aunque no pudiera ponerle nombre todavía.

—No, no dijo nada —logró decir, con la voz más baja de lo que pretendía.

La señora Maddox se apoyó en las rodillas. Tenía los ojos rojos, húmedos, pero no lloraba. Se notaba cansada. Rota.

—Solo pensé que… quizás tú sabías algo. Siempre habéis estado tan unidas.

Unidas. La palabra dolía. Porque sí. Lo habían estado. De una forma que ya no sabía explicar.

June asintió con una lentitud que no fue consciente. La mujer le puso una mano en el brazo, como si quisiera consolarla… o consolarse a sí misma.

—Gracias por escucharme. No quiero molestarte más.

Se levantó. June también. Acompañó a la señora Maddox hasta la puerta. No se dijeron más. No hacía falta.

Cuando se cerró la puerta, June se quedó de pie en el pasillo. El aire era denso, casi irrespirable. Y en su cabeza solo había una frase, una imagen, una pregunta sin forma:

Se ha ido.

Subió las escaleras con pasos mecánicos, sin saber muy bien por qué.

Quizás porque necesitaba moverse. O quizás porque, en el fondo, todavía esperaba encontrar algo. Una nota en su escritorio. Un mensaje en el móvil. Cualquier cosa que dijera: *me fui, pero no fue porque no te importaras*.

Pero su habitación estaba igual que siempre.

Los libros alineados sobre el estante, las sábanas bien estiradas, los subrayadores sobre la mesa. Todo estaba en su sitio.

Menos ella.

June cerró la puerta y se apoyó en ella con la espalda. Sintió cómo el aire parecía más espeso allí dentro. Como si el cuarto también supiera que algo faltaba. Como si la ausencia de Riley se hubiera colado entre los objetos, ocupándolo todo sin pedir permiso.

Avanzó hasta la ventana. El cielo estaba despejado. No había tormenta. No había signos de drama en el mundo exterior. Solo dentro de ella.

Apoyó la frente contra el cristal. El frío le alivió un poco el ardor que empezaba a treparle por el pecho.

—Te has ido—susurró, sin quererlo.

Ni un mensaje. Ni un adiós.

Solo un silencio que ahora parecía definitivo.

Se giró y se dejó caer sobre la cama, sin cuidado. El colchón crujió bajo su peso. Cerró los ojos. Intentó pensar en otra cosa. En lo que tenía que estudiar. En el examen del viernes. En la exposición de química. Pero todo volvía a la misma imagen: la cara de Riley la última vez que la vio.

Distante. Confusa. En lucha consigo misma.

June no era tonta. Había notado el cambio. El modo en que la evitaba en clase. Cómo bajaba la mirada. Cómo fingía que no pasaba nada. Pero una parte de ella, ingenua o simplemente enamorada, había querido creer que era pasajero. Que era solo miedo. Y que el miedo, como todos los miedos, pasaría.

No pasó.

Pasó Riley.

Se la llevó consigo. Sin pedir permiso.

Se sentó. Se frotó los ojos. No estaba llorando. Todavía no. Había algo más fuerte que las lágrimas: la incredulidad. La sensación de que esto no podía ser real. De que Riley no se había ido de verdad.

Pero sí. Se había ido. Y había dejado un hueco en ella que no sabía cómo llenar.

No sabía si debía estar enfadada o simplemente triste. Pero lo único que sentía, en ese momento, era una especie de desconexión brutal del mundo.

Como si todo lo que había sido hasta ahora ya no tuviera dirección.

Como si todo… se hubiera detenido con su marcha.

Se obligó a levantarse.

No sabía cuánto tiempo llevaba en la cama, mirando el techo como si allí pudiera encontrar una explicación. Una clave. Un gesto escondido entre las grietas de la pintura que le dijera por qué Riley se había marchado sin decirle nada.

No la encontró.

Fue al baño. Se duchó. El agua caliente le resbaló por la espalda sin aliviar el peso en el pecho.

Se vistió con la primera ropa que encontró, sin importar si combinaba o no. Bajó a la cocina. Tostadas. Té. Masticó sin hambre.

Todo se movía alrededor de ella como si estuviera fuera del cuerpo. Como si solo quedara una versión funcional de June, capaz de seguir una rutina sin sentir nada de lo que hacía.

Volvió a sentarse frente a sus apuntes. Intentó leer. Pasó una página. Luego otra. Subrayó una línea sin sentido.

Su cabeza no estaba allí. Estaba en la habitación de Riley. En las noches que compartieron viendo películas viejas. En las risas ahogadas. En los silencios demasiado largos.

Estaba en aquel beso breve que cambió la forma en la que respiraban cerca. Estaba en lo que no dijeron después.

Estaba, sobre todo, en todo lo que *podría haber sido* si Riley no se hubiera ido.

Se frotó los ojos. Tenía las sienes tensas, como si la presión le golpeara desde dentro.

Su madre asomó la cabeza por la puerta del salón.

—¿Todo bien?

June asintió.

Mentir nunca había sido tan fácil.

—¿Quieres que prepare algo de cenar?

—No tengo hambre.

Su madre la observó durante unos segundos. No insistió. Solo dijo que estaría arriba, por si necesitaba algo.

June volvió a quedarse sola.

Cogió el móvil. Abrió la galería. Fotos. Una tras otra. Sonrisas congeladas en el tiempo. Una Riley que ya no existía, que había decidido no ser parte de esa historia.

Quiso escribirle. Solo para saber si estaba bien. Pero no sabía qué decirle. Y, en el fondo, sabía que no habría respuesta.

Riley había cerrado la puerta.

Sin despedidas. Sin explicaciones.

Y eso era lo que más dolía.

No la marcha. Sino el silencio con el que se fue.

June dejó el móvil boca abajo. Cerró los ojos. Respiró hondo, con ese tipo de respiración que no calma, solo retiene el temblor.

Sabía que tendría que seguir. Ir al instituto. Entregar los trabajos. Hacer como si nada.

Pero también sabía que, en algún rincón de sí misma, algo se había roto. Y por más que fingiera normalidad, no podía engañarse.

Riley no estaba. Y con ella, se había ido algo más. Algo que no sabía nombrar. Pero que ya empezaba a echar de menos con una fuerza insoportable.

La casa se le quedó pequeña.

Demasiado llena de objetos. Demasiado silenciosa. Demasiado cargada de una presencia ausente.

Se puso una chaqueta y salió, sin decir nada.

La noche caía despacio. El cielo era de ese azul que no es del todo oscuro, ni del todo claro. El momento exacto en que el día se rinde.

Caminó por la acera con las manos en los bolsillos. El aire era fresco, limpio. Las farolas empezaban a encenderse, una por una, como si marcaran el camino sin urgencia.

Pasó junto al buzón de los Maddox. La verja estaba cerrada. Ninguna luz encendida.

Se detuvo un segundo frente a la casa.

Allí habían pasado tantas cosas que no se podían contar. Había reído en ese porche. Había esperado a Riley más veces de las que podía recordar. Y ahora, solo quedaba un vacío oscuro detrás de las ventanas.

No sabía por qué había ido hasta allí. No esperaba verla. No esperaba nada. Pero sus pasos la habían llevado igual.

Siguió caminando.

Las calles eran las mismas. Las fachadas. Los árboles. Todo idéntico.

Y, sin embargo, nada lo era.

Cada esquina parecía tener un recuerdo clavado. Una conversación. Un roce de dedos. Un "¿te vas ya?" que, en su momento, no significó nada… y ahora era un eco insoportable.

Pasó por la tienda de comestibles donde a veces compraban helado. Por la gasolinera donde Riley le enseñó a hinchar las ruedas de la bicicleta. Por el parque donde una vez se mojaron con los aspersores encendidos.

Todo seguía allí. Todo seguía igual.

Solo faltaba una cosa. Una persona. Un nombre.

El suyo.

Riley.

June apretó los puños dentro de los bolsillos. No estaba llorando. No podía. Era como si su cuerpo se negara. Como si aún no le diera permiso a la tristeza.

La rabia llegaba antes. La sensación de haber sido dejada atrás. De no haber merecido, al menos, una última palabra.

La rabia no era contra Riley, no del todo. Era contra el miedo. Contra ese miedo que les robó todo lo que no llegaron a vivir.

Cruzó el puente que daba al lago. El agua estaba quieta. Había reflejos temblorosos de luna en la superficie.

Se quedó allí un rato.

Sin pensar. Sin moverse. Solo escuchando el ruido leve del agua y el zumbido de algún insecto que no dormía.

Y pensó que, quizás, ese lugar era lo más cercano que tendría ya a Riley.

Porque había cosas que no volvían. Y había personas que se marchaban sin girarse. No por maldad. Sino porque no sabían cómo quedarse.

Volvió a casa cuando el pueblo ya dormía.

Las luces de las casas se apagaban una a una. El sonido de los grillos tomaba el lugar de las voces.

Y el asfalto, bajo sus pies, parecía más blando que nunca. Como si llevara su cansancio dentro.

Subió las escaleras sin hacer ruido. Sus padres no preguntaron dónde había estado. Tampoco habrían entendido la respuesta.

Estaba intentando encontrarla donde ya no está.

Entró en su habitación, cerró la puerta y se apoyó en ella. El aire seguía cargado. Pero ya no intentó resistirlo.

Encendió la lámpara pequeña del escritorio. La luz era tenue, suficiente. Solo iluminaba lo justo: sus libros, el bolígrafo sin tapa, una hoja en blanco sobre la mesa.

Se acercó. Se sentó.

No sabía qué estaba haciendo. No pensaba en nada concreto.

Pero su cuerpo se movía como si supiera algo que ella todavía no había comprendido del todo.

Abrió el cuaderno y entonces, sin pensarlo, escribió un nombre: **Riley.**

Lo miró. Solo eso. El nombre.

Y algo dentro de ella cedió.

No hubo llanto dramático. No hubo gritos. Ni puñetazos contra la almohada.

Solo lágrimas. Lágrimas lentas, constantes, suaves como lluvia de madrugada.

No sabía si lloraba por ella. O por lo que no fue. O por lo que no llegó a decir.

Tal vez por todo.

Se quedó así, encorvada sobre el cuaderno, con los hombros temblando, dejando que el llanto hiciera su trabajo. No iba a cambiar nada. Pero, por primera vez desde que se enteró, no intentaba contenerlo.

Porque ya no quedaba nada que sujetar.

Cuando el cuerpo se quedó sin lágrimas, se limpió con la manga de la sudadera. Miró el cuaderno. El nombre seguía allí. No pensaba borrarlo.

Lo cerró.

Se tumbó en la cama, sin cambiarse de ropa, con el corazón aún dolorido. El mundo fuera seguía girando. La vida seguiría.Pero en esa habitación, esa noche, algo se había detenido.

El amor no correspondido tenía muchas formas. El abandono, muchas excusas. Pero el dolor… el dolor era siempre el mismo.

Y lo conocía ahora. Con nombre. Con rostro. Con esa ausencia que le dolía en cada parte del cuerpo, aunque nadie pudiera verla.

Cerró los ojos. Respiró hondo.

Capítulo 21

June: Presente

La carta seguía en el cajón. Callada. Paciente. Como si supiera que su momento aún no había llegado.

June la había guardado sin leer. El sobre intacto, la caligrafía de Riley reconociéndose sin necesidad de firma. Durante días, cada vez que abría el cajón para buscar cualquier cosa —un informe, un bolígrafo, una venda de repuesto— la carta parecía mirarla desde su rincón. No exigía nada. Solo estaba allí. Esperando.

Y ahora, en mitad de una noche en la que el insomnio no cedía, en la que las voces del día aún resonaban en su mente, June ya no pudo ignorarla más.

Encendió la lámpara de su escritorio. El resto de la tienda estaba en silencio. La base dormía. Pero dentro de ella algo estaba despierto. Algo que no la dejaba respirar tranquila.

Abrió el cajón con lentitud. Sacó el sobre. Lo sostuvo en las manos como si aún quemara.

Durante un segundo dudó. Volver a guardarla sería fácil. Fingir que no importaba. Pero ya no estaba en ese punto.

Porque no importaba cuánto fingiera que el pasado era solo pasado: Riley estaba allí. En el mismo suelo que pisaba, en las mismas tiendas, los mismos turnos, los mismos silencios.

Y su ausencia, diez años atrás, seguía hablando en voz baja desde cada rincón no cerrado.

June rasgó el borde del sobre. El sonido fue casi violento en medio del silencio. Sacó la hoja doblada en cuatro. Desplegó con cuidado el papel, y lo leyó.

Las primeras palabras la golpearon como un eco de algo que había intentado olvidar.

No me estoy yendo porque me hayas hecho daño. Me voy porque lo que siento por ti me desarma. Porque cuando me

miras, soy todo lo que no sé manejar.

Los ojos se le llenaron de lágrimas sin que lo notara. Las siguientes líneas eran como heridas abiertas que, por fin, tenían nombre.

Te besé y quise salir corriendo al mismo tiempo. Porque lo que pasó fue real. Fue hermoso. Y me aterra.

No estoy huyendo de ti. Estoy huyendo de mí.

June sintió cómo su garganta se cerraba. El aire pesaba más. Sus dedos temblaban.

Pero si alguna vez te preguntaste si era de verdad… lo era. Todo. El lago. Las risas. El temblor de mis dedos cuando te veía reír. El beso. Sobre todo, el beso.

Tuvo que dejar el papel sobre la mesa. Cerró los ojos. Y lloró.

No con rabia. No con desesperación.

Con un llanto mudo. Silencioso. Como si al fin le diera permiso al dolor de salir de donde lo había escondido tantos años.

Y en ese llanto, no solo lloraba por lo que fue. Sino también por lo que no entendió entonces.

Riley no la había abandonado por desprecio. No la había dejado atrás por egoísmo. Riley también se rompió.

Y en medio de ese dolor compartido, algo dentro de June empezó a ceder.

No del todo. No aún.

Pero por primera vez, empezó a preguntarse si todavía quedaba algo por salvar.

Cuando las lágrimas se secaron y el temblor en sus manos cedió, June volvió a mirar la carta. Estaba allí, abierta sobre el escritorio. Su caligrafía. Su voz. Las palabras de una adolescente que no supo cómo quedarse.

Tomó el papel de nuevo, lo alisó con cuidado y lo leyó desde el principio. Esta vez, sin prisa. Como si en cada línea pudiera recuperar algo que creía perdido para siempre.

No me estoy yendo porque me hayas hecho daño…

El comienzo ya no le dolía como antes. Ahora tenía otro peso: el del entendimiento.

Recordó el beso. El primero. Lo torpe, lo dulce. Cómo se separaron sin palabras. Cómo ella sonrió y Riley… huyó.

Me voy porque lo que siento por ti me desarma.

Sí. Eso. Eso lo explicaba todo.

June había pasado años creyendo que no fue suficiente. Que no la quiso. Que no tuvo el valor de quedarse porque ella no valía la pena. Pero no se trataba de eso. Riley no huyó de ella. Riley huyó del vértigo de reconocerse en ese amor.

La línea siguiente le provocó un nudo en el estómago:

Cuando me miras, soy todo lo que no sé manejar.

June dejó caer la mano sobre el escritorio. Recordó las veces en que Riley bajaba la mirada. Las veces que se reía demasiado fuerte, que evitaba los silencios, que buscaba excusas para irse antes.

No fue rechazo. Fue miedo. Miedo real, profundo.

Y June, en su dolor, no pudo verlo. O no quiso.

Siguió leyendo.

No estoy huyendo de ti. Estoy huyendo de mí.

Sintió como si esa frase se le quedara grabada en la piel.

No tengo las palabras ni la valentía.
Pero si alguna vez te preguntaste si era de verdad… lo era.

Se llevó la mano a los labios.

Cómo dolía que todo eso llegara tan tarde. Cómo dolía saber que, mientras ella se rompía, Riley también lo hacía. Solo que cada una por su cuenta.

Pasó el dedo por el borde del papel, como si eso pudiera acercarla. No a Riley de ahora, sino a la de entonces. A la que temblaba con cada roce. A la que escribía su nombre en los márgenes de los apuntes. A la que la miraba como si el mundo se le viniera encima.

Fuiste mi primer amor. Aunque me fui. Aunque no supe quedarme.

La frase final le destrozó la última defensa. Porque eso era verdad.

Lo habían sido. Lo fueron. Aunque el mundo no lo supiera. Aunque nadie lo dijera en voz alta.

Ella y Riley habían compartido un amor que, por muy breve que fuera, había sido real.

June dobló la carta. La guardó con cuidado en el mismo sobre rasgado.

No la volvería a quemar. No esta vez.

La puso sobre el escritorio. No como un símbolo de algo roto. Sino como lo que era: una historia que aún no había terminado.

Y por primera vez desde que había vuelto a ver a Riley, June se preguntó: ¿Y si todavía quedara algo por escribir?

El interior de la tienda de campaña se sentía demasiado pequeño. Demasiado cargado. Como si las palabras de la carta hubieran desplazado el aire.

June se puso una sudadera sobre el pijama, deslizó los pies en sus botas sin atarse los cordones, y empujó la lona de la entrada. La noche le recibió con una ráfaga de aire seco que olía a tierra y a metal oxidado. A lo lejos, los generadores zumbaban con su ritmo constante. Algunas luces seguían encendidas en los extremos del campamento, pero el resto dormía.

Se alejó un poco. Solo lo justo. Solo hasta donde no pudiera oír su propio nombre repetirse en su cabeza.

El cielo sobre ella estaba cubierto de polvo fino. Las estrellas apenas se veían, pero eso no importaba. Necesitaba estar fuera. Respirar. Sentir el suelo bajo sus pies sin que todo doliera.

Se sentó en una caja metálica al borde del perímetro, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas. Por un momento, no pensó en nada.

Solo escuchó.

Los pasos lejanos de una patrulla. El susurro de una radio. El sonido crudo de su propia respiración.

Y entonces, sin querer, sin buscarlo, volvió a recordar.

Riley riendo en la orilla del lago. Riley con los vaqueros mojados, salpicándola de agua helada. Riley cogiendo su mano bajo el agua sin decir una palabra.

Y luego, la Riley que la evitó. La que huyó. La que se convirtió en un hueco que no supo cómo llenar.

June pensó en todo lo que no había dicho. No solo a Riley, sino a sí misma.

Había enterrado ese primer amor como si no mereciera ser nombrado. Lo había reducido a una herida. A un punto de partida. Y ahora entendía que había sido más que eso. Mucho más.

Había sido la primera vez que se sintió vista. La primera vez que deseó quedarse. La primera vez que soñó con un nosotros, aunque no supiera cómo sostenerlo.

La carta no borraba el daño. No explicaba todo. Pero sí dejaba algo en claro: Riley también había sufrido.

Y por alguna razón que aún no podía nombrar, eso lo cambiaba todo.

El perdón no era automático. Pero la rabia había cedido espacio. Ahora lo que quedaba era una especie de ternura rota. Una grieta por donde, tal vez, podía entrar la luz.

June alzó la vista.

Las estrellas seguían ahí, aunque difusas. Pensó que, quizás, no hacía falta verlas con claridad para saber que existían.

Como el amor de entonces. Como lo que todavía no sabía si quería volver a sentir.

Suspiró. No era solo el pasado lo que dolía. Era la posibilidad de que aún no fuera tarde.

Y eso, de algún modo, asustaba más.

El frío comenzaba a colarse bajo la sudadera, pero June no se movía. Sentada en aquella caja metálica, dejó que el aire nocturno le enfriara la piel, como si pudiera calmar también lo que dolía por dentro. El campamento a esas horas era casi un susurro. El ruido diurno, los gritos, el ir y venir del personal médico y militar, se desvanecía hasta volverse casi un murmullo invisible.

Y ella, por primera vez en años, se sentía en paz. No feliz. No tranquila.

Pero sí en una especie de pausa. Un respiro que no había sabido que necesitaba.

La carta de Riley, las palabras leídas una y otra vez en su cabeza, ya no dolían igual. No se habían convertido en alivio. Pero sí en un espejo. Uno que no solo le mostraba el rostro de la chica que se fue, sino el suyo. El de la chica que se quedó y que, desde entonces, había construido muros invisibles para no volver a sentir ese abandono.

Se dio cuenta de que llevaba tanto tiempo protegiéndose del daño, que también se había protegido del amor. Del deseo. De la cercanía.

Había creído que ser fuerte era ser invulnerable. Había confundido sanar con olvidar. Y ahora, con esa carta abierta, con esas palabras aún vibrando en su pecho, entendía que había estado equivocada.

Volvió a la tienda cuando el frío se le instaló en los dedos. Entró en silencio. La luz suave de la lámpara de su escritorio seguía encendida. La carta estaba sobre la mesa, doblada, como si la esperara.

June la miró un momento. Luego abrió un compartimento del escritorio y sacó una pequeña caja metálica. Guardó la carta allí, con cuidado, como quien guarda algo valioso. No como un recuerdo para olvidar, sino como una verdad que, al fin, merecía ser conservada.

Cerró la caja. La sostuvo entre las manos.

Y entonces, se escuchó a sí misma pensar algo que no se había permitido pensar en años:

¿Y si no todo está perdido? ¿Y si no es demasiado tarde?

La idea no traía consigo una respuesta. Tampoco una promesa. Pero sí algo que, hasta esa noche, le había parecido imposible: esperanza.

June apagó la lámpara y se sentó en el borde de su camastro. No pensó en cómo sería ver a Riley al día siguiente. No pensó en el pasado. Pensó, simplemente, en que algo dentro de ella se había abierto.

Una puerta pequeña. Una rendija.

Y si alguna vez quería volver a sentir, tendría que cruzarla.

Tal vez no hoy. Tal vez no mañana.

Pero esa noche, al menos, no se cerró.

El amanecer en la base no era silencioso, pero sí lento.

El sol apenas se insinuaba por el horizonte, una línea pálida que empujaba suavemente a la oscuridad. Los generadores seguían vibrando a lo lejos, y ya se oían las primeras voces, los pasos madrugadores de quienes empezaban el turno temprano. El campamento entero parecía exhalar un suspiro contenido,

preparándose para otro día idéntico al anterior, igual de impredecible, igual de tenso.

June ya estaba despierta. No porque no hubiera dormido, sino porque algo dentro de ella había decidido no esconderse más.

Se lavó la cara con agua fría, se recogió el pelo en un moño rápido, y se puso el uniforme con manos menos torpes que otros días. No era fuerza. Era otra cosa. Una especie de quietud nueva, esa que aparece cuando por fin dejas de pelear con lo que sientes.

Cuando salió de la tienda, se encontró con Miriam sentada con una taza humeante entre las manos, justo al borde de las duchas.

—¿Madrugadora? —preguntó June con una media sonrisa.

Miriam la miró de reojo, levantó la taza como brindis y dijo:

—Dormir es para los que no piensan demasiado.

June soltó una risa seca. Había verdad en eso.

Se sentó a su lado sin pedir permiso. El aire era fresco, y el café de Miriam olía a algo más cercano a casa.

—¿Todo bien? —preguntó Miriam, sin mirar del todo.

June se quedó callada unos segundos. Podría haber dicho "sí", "lo de siempre", "solo cansada". Pero algo en ella, esa puerta entreabierta de la noche anterior, no quiso seguir con respuestas fáciles.

—Ayer leí la carta —susurró.

Miriam giró ligeramente la cabeza.

—¿De Riley?

June asintió. Un silencio breve se tendió entre las dos. No incómodo. No exigente. Solo ese tipo de silencio que sostiene, que acompaña.

—¿Y? —preguntó Miriam, con voz tranquila.

June miró al suelo. El polvo rojizo entre sus botas. La tierra extranjera bajo sus pies. Inspiró hondo.

Y por fin lo dijo:

—No estoy tan segura de haberla superado.

La frase se quedó ahí, flotando entre ambas. Era simple. Breve. Pero dentro de ella cabía todo: el pasado, el miedo, la rabia, el

deseo, la pérdida.

—A veces no se trata de superar —dijo Miriam, después de un rato—. A veces solo hay que dejar de huir.

June cerró los ojos un segundo.

Dejar de huir.

Sí. Quizá era eso.

Porque Riley no era solo una cicatriz. Era una historia que aún dolía cuando se la tocaba. Y quizá, solo quizá, eso no significaba que estuviera rota. Sino que todavía estaba viva.

Miriam le ofreció un sorbo de su café. June lo aceptó. El sabor era amargo, fuerte, real.

—Gracias —dijo, y no hablaba solo del café.

Capítulo 22

Riley: Pasado

Llevaba siete días en la base y aún no sabía si su cuerpo le pertenecía.

La rutina se había impuesto con la fuerza de una tormenta. Despertar antes del amanecer, formar en el patio, ejercicios, órdenes, voces que no admitían réplica. Comer deprisa. Dormir poco. Fingir que nada te afecta. Fingir que eres una más.

Y, sin embargo, cada noche al meterse en la litera, Riley sentía que había algo dentro de ella que no terminaba de encajar. No era solo el frío que se colaba por las rendijas del barracón, ni el olor metálico del sudor seco impregnado en la ropa. Era otra cosa. Algo más hondo. Más silencioso.

Una ausencia que no dejaba de pesar.

Los demás reclutas hablaban entre ellos. A veces reían. Otros parecían haber nacido para esto. Había quien se movía con la seguridad de quien ya había estado en lugares peores. Pero Riley no. Ella era una versión a medio hacer de sí misma. Ni la chica que había dejado en Kansas, ni la soldado que intentaban construir aquí.

Se miró los nudillos mientras esperaba su turno para entrar en la ducha. Tenía pequeñas marcas de rozaduras por la cuerda del ejercicio de resistencia. No dolían. Pero estaban ahí. Como recordatorio.

Como cicatriz.

Esa noche no había carta de casa. A algunas compañeras les llegaban. Notas de madres preocupadas, fotos arrugadas, cartas de hermanos que bromeaban con lo dura que sería la instrucción. Riley no recibía nada. Y tampoco escribía. No sabía qué podría decir sin romper algo dentro de sí.

Pero había una carta.

No nueva. No reciente. La que había escrito antes de subir al autobús. La que no había sido entregada. Que nunca encontró su

buzón. La llevaba consigo, desde entonces, como si fuera una parte más de su cuerpo. Como una piedra incrustada en la piel que no se atrevía a arrancar por miedo a sangrar.

La tenía en la mochila. Oculta entre una muda de repuesto y un pequeño cuaderno que usaba a veces para apuntar cosas que no quería olvidar. Su letra estaba ahí, esperando ser leída. Pero ella nunca la abría.

Porque sabía de memoria cada frase. Cada palabra. Y, sin embargo, no se atrevía a volver a tocarlas.

No se atrevía a mirar lo que había escrito cuando aún era otra persona. Cuando aún era alguien que creía —aunque solo un poco— que podía quedarse. Ahora lo sabía: no podía. No supo cómo.

La fila avanzó. Una chica delante de ella murmuró algo, pero Riley no respondió. Tenía la mente en otro lugar. O quizás en ningún sitio. Porque los días en la base se vivían así: como si la realidad estuviera suspendida, como si la vida fuera una película sin sonido.

Entró en la ducha cuando le tocó el turno. El agua estaba tibia, pero no servía para nada. Ni limpiaba el cansancio. Ni borraba los pensamientos.

Cerró los ojos bajo el chorro. Pensó en June. Pensó en el buzón. Pensó en aquella noche en que quiso dejarlo todo claro y no pudo.

Riley regresó al barracón cuando ya era noche cerrada. La cena había sido insípida y rápida, como todo en ese lugar. Sopa tibia, pan gomoso, instrucciones susurradas entre cucharadas para el día siguiente. La charla, escasa. Las risas, aún más.

Se sentó en el borde de la litera y desató con cuidado las botas, con movimientos lentos, como si cada gesto fuera una tregua momentánea. El suelo bajo sus pies estaba frío, pero no se inmutó. Se había vuelto experta en ignorar lo que no podía cambiar.

Sacó la mochila del hueco metálico que compartía con otra recluta. La colocó sobre sus rodillas y la abrió con una familiaridad casi automática. Buscaba un paquete de pañuelos. Nada más. Pero sus dedos toparon con el papel doblado antes que con cualquier otra cosa.

La carta. Seguía allí. No había cambiado de forma. No había desaparecido con el paso de los días. Seguía igual que la noche en que la metió en el bolsillo interior, cuando aún temblaba por dentro y pensaba que huir era la única forma de seguir adelante.

La sacó despacio. La sostuvo entre los dedos. Su nombre, "June", seguía escrito con tinta azul, en una caligrafía tensa y firme que ahora le parecía ajena. Le sorprendía que no se hubiera borrado con el roce, con el peso de los días. Era como si ese sobre fuese inmune al tiempo. Como si las palabras dentro se negaran a dejar de doler.

Riley se quedó sentada con la carta sobre las rodillas. No la abrió. No la leyó. Ni siquiera la apretó. Solo la observó. Como si bastara con eso para recuperar una parte de lo que había sido. De quien había sido.

La chica de la litera de arriba soltó un suspiro. Alguien tosió al fondo del barracón. El sonido de pasos lejanos se mezclaba con la vibración apagada de algún generador.

Pero dentro de ella, todo era quietud. Un tipo de quietud tensa, como la que se respira justo antes de una tormenta.

Riley pensó, sin querer pensarlo, que tal vez debería haberla roto. O quemado. Como una forma de seguir adelante. De hacer sitio a lo nuevo.

Pero no pudo. No podía. Porque esa carta era lo único que quedaba intacto entre ella y June. Lo único que no se había distorsionado por el tiempo, ni por el miedo.

Y aunque fuera una cobardía llevarla encima como una reliquia inútil, también era un recordatorio. De que hubo algo real. De que lo sintió. De que, durante un segundo, no fingió ser otra persona.

La volvió a guardar. Entre la muda. Junto al cuaderno. Como si su lugar fuera ese: el fondo de su mochila. El rincón donde guardaba lo que no se atrevía a soltar.

El entrenamiento al día siguiente comenzó antes de que el cielo aclarara. Una sirena corta, seca, partió la madrugada en dos. A Riley le costó incorporarse. No por el sueño —había dormido poco—, sino por la pesadez que se acumulaba entre sus costillas cada mañana.

Se vistió en silencio. El uniforme aún le parecía ajeno, como si se lo hubieran prestado. Los pantalones no le terminaban de ajustar bien y la camiseta, aunque limpia, olía a lavandería industrial. Se recogió el pelo en una coleta apurada, se calzó las botas y salió tras las demás.

Corrieron durante casi una hora. Primero en fila. Luego por parejas. Después en solitario.

La tierra era dura. El aire, espeso. El sol, invisible tras una capa de nubes que no prometían lluvia, pero sí sombra.

Riley siguió el ritmo. No por orgullo. No por ganas. Por inercia. Cada paso era un eco de los que daban las otras. Cada instrucción, una orden que cumplía sin pensar. Como si su cuerpo se moviera solo, mientras su mente permanecía en otro lugar.

No era más difícil de lo que imaginó. Pero tampoco más fácil. Lo que dolía no era el esfuerzo. Era no tener a quién contárselo después.

En los descansos, las demás hablaban poco. Compartían nombres, edades, lugares de origen. Nada profundo. Todo controlado. Riley no aportaba nada. Escuchaba, asentía, y volvía a quedarse en silencio.

Una chica de Texas le preguntó si tenía hermanos. Dijo que sí. No mencionó a June. No podía. Porque si lo hacía, si la nombraba siquiera, todo se vendría abajo. Y aquí no había espacio para eso.

Después del entrenamiento, vino el simulacro de primeros auxilios. Una muñeca de plástico sobre una camilla, instrucciones secas, y un oficial con voz monótona repitiendo lo mismo tres veces seguidas. Riley se distrajo. No lo suficiente para fallar. Solo lo justo como para que la mirada del sargento se detuviera un segundo más en ella.

"Concentración, Maddox", dijo. Ella asintió. No se disculpó. No sabía cómo explicarle que su mente estaba ocupada sosteniendo algo que dolía más que una fractura: el recuerdo.

Cuando cayó la noche, Riley salió sola a uno de los patios traseros. No estaba prohibido —aún no había toques de queda

estrictos—, pero la mayoría prefería quedarse dentro, cerca del calor artificial de las estufas o bajo la falsa seguridad que ofrecían las paredes grises de los barracones.

Ella necesitaba aire.

Se sentó sobre un bordillo, el hormigón áspero bajo los muslos, y apoyó los codos en las rodillas. El cielo estaba despejado por primera vez en días. Las estrellas colgaban quietas, como si observaran desde una distancia que no juzga, que no exige.

Respiró hondo. El aire era más frío ahí fuera. Pero le aclaraba la cabeza.

Pensó en June. No como una obsesión, sino como un ritmo subterráneo que nunca había dejado de sonar. Cada cosa que hacía, cada rutina, cada orden cumplida, parecía traerla de vuelta de alguna manera. Como si hubiera algo en este lugar, en su dureza, que la empujaba hacia todo lo que había dejado atrás.

Y lo que más le dolía, se dio cuenta, no era haberse ido. Era que June no supiera nunca el porqué. Que creyera que la había abandonado. Que se quedara con esa versión de ella: la cobarde. La que huye. La que no sabe decir lo que siente.

Riley sacó la carta del bolsillo interior de su chaqueta. Otra vez. No sabía cuántas veces la había tocado ya desde que llegó. Era como una piedra. Pequeña. Pesada. Sorda.

Sabía que no podía entregarla ahora. Sabía que no tendría sentido. El mundo de antes estaba demasiado lejos. Y aun así, ahí estaba. Entre sus dedos. Como una promesa que no había sabido sostener.

Quiso abrirla. Leerla. Reescribirla. Pero no lo hizo. Porque lo que había escrito entonces no podía cambiarse. Y lo que sentía ahora ya no cabía en ese sobre. Volvió a doblarla con lentitud.

Escuchó pasos a su derecha. Una compañera se acercó para fumar. Se miraron brevemente. No hablaron. Compartieron el silencio.

Riley volvió la vista al cielo. "Qué lejos queda todo", pensó. Y, sin embargo, seguía ahí. Dentro. Ardiendo despacio, sin ruido. Como

una vela encendida en una habitación vacía.

Sabía que no podía volver atrás.

Pero también sabía que esa carta seguiría pesando, aunque no la leyera. Aunque nunca la enviara.

La noche terminó sin promesas. Riley regresó al barracón con el paso lento. Dentro, el aire era denso. Algunas chicas dormían ya; otras fingían hacerlo. Ella se cambió en silencio, con la precisión de quien empieza a conocer la rutina, pero sin pertenecer del todo a ella. Se sentó en la litera inferior. No encendió la linterna. No revisó mensajes, porque ya no tenía teléfono. Tampoco escribió.

Se limitó a quedarse allí. Quieta. Con la espalda recta y las manos entrelazadas sobre las rodillas. Pensando en lo fácil que sería dejar que todo esto le borrara los bordes. Dejar de recordar. Dejar de doler. Convertirse en lo que esperaban de ella: alguien eficiente, obediente, duro.

Pero no podía. Porque en el fondo, había una voz —pequeña, persistente, intacta— que le repetía: no olvides. No olvides lo que eras. No olvides lo que sentiste. No olvides a quién dejaste. No olvides por qué te duele.

Se recostó al fin, con la vista fija en el techo metálico.

Cada tornillo oxidado parecía contar una historia distinta. Algunas chicas ya roncaban. Otras se movían inquietas. El murmullo leve del edificio, con su respiración de cables, tubos y vidas suspendidas, se convirtió en una especie de nana.

Riley cerró los ojos. No esperaba dormir. Pero sí descansar un poco del peso.

Y mientras el sueño la rozaba de forma irregular, pensó en June. En la forma en que la miraba sin pedirle que cambiara. En cómo, con solo tocarle la mano, le había devuelto una parte de sí misma que creía perdida desde niña.

Capítulo 23

Riley: Presente

La notificación llegó temprano, antes de que el sol hubiera alcanzado siquiera la lona del barracón. Un golpe seco en la puerta metálica y una voz neutra desde el otro lado:

—Maddox, convocada a reunión operativa. En media hora. Sala táctica uno.

Riley se levantó de la litera con un movimiento automático, el cuerpo aún arrastrando el peso de la noche sin sueño. El uniforme, colgado del respaldo de la silla, tenía marcas de sudor seco en el cuello y la espalda. El aire era espeso. Como si todo el ambiente supiera que algo iba a cambiar, aunque nadie pudiera nombrarlo.

No era extraño que la llamaran. Llevaba años diciendo que sí a todo. Misión tras misión, base tras base. No importaba el lugar, el riesgo, la fatiga. Lo importante era no quedarse quieta. No pensar. No sentir. Moverse. Obedecer. Cumplir. Esa era la fórmula. Su fórmula. Hasta ahora.

Pero esta vez, algo en su pecho se contrajo al escuchar su nombre. Como si el sonido viniera desde una parte de sí misma que no reconocía del todo. O como si esa voz neutral supiera más de ella que ella misma.

Media hora después, ya estaba en la sala. Había tres personas esperándola: un teniente joven al que apenas conocía, la doctora Sullivan y un superior de logística. Sobre la mesa, algunos mapas. Fotografías satelitales. Un par de carpetas abiertas.

—Riley —empezó el teniente, con tono informal—, estamos reorganizando personal para apoyar una misión de contención y evacuación al este del valle. Nada extremo. Pero necesitamos perfiles con tu historial.

Ella asintió con la cabeza. No era la primera vez que escuchaba palabras como esas. “Nada extremo” solía ser el eufemismo más

usado para referirse a situaciones donde la probabilidad de que algo saliera mal era más alta de lo que nadie quería admitir.

—Tienes 24 horas para prepararte —añadió el superior—. Si estás lista.

Ahí estaba la pregunta.

Si estás lista.

Riley tragó saliva. La respuesta automática, la que siempre usaba, se detuvo en su garganta. Durante un segundo —uno solo— miró el mapa con atención fingida. Pero en su cabeza no estaban las rutas marcadas con rojo. Ni los datos logísticos. Ni siquiera el riesgo.

Estaba Jared. Su voz. La forma en que gritó su nombre la última vez. Estaba el calor de su sangre en la camilla. Estaba el temblor en sus manos cuando intentó cerrarle los ojos y no pudo.

Y, por encima de todo, estaba June.

El instante en que la reconoció entre los heridos. El modo en que la miró sin mirarla. El silencio entre las dos. La carta. El cajón. El nombre susurrado antes de que ella se marchara.

—¿Maddox?

La voz del teniente la sacó del limbo. Ella pestañeó. Volvió a mirar la mesa.

—¿Estás en condiciones?

Y ahí entendió algo. Algo pequeño pero definitivo.

No. No lo estaba. Pero no por miedo. No por cobardía.

Por algo más complejo. Más hondo.

Porque por primera vez en años, algo dentro de ella quería quedarse.

Y no sabía si era por June. O por ella misma.

Riley no respondió de inmediato. El silencio en la sala empezó a hacerse pesado, de esos que no se rompen con un simple carraspeo o una orden. Se volvió ligeramente hacia el lado, lo justo para no tener que mirar a nadie directamente. Lo justo para ganar un segundo más de aire.

—¿Podemos hablar un momento en privado? —preguntó, con la voz más baja de lo que pretendía.

El teniente intercambió una mirada breve con los otros dos, luego asintió. Uno a uno salieron de la sala sin preguntas. Nadie en la base necesitaba explicaciones si un soldado pedía espacio. Todos sabían que el cuerpo aguanta lo que puede. Que la mente, a veces, no sigue el mismo ritmo.

Cuando la puerta se cerró, Riley apoyó las manos sobre la mesa. Cerró los ojos un momento. Luego habló.

—Hace una semana perdí a mi mejor amigo en una operación. Jared. Estaba a mi lado.

Dicho así, en voz alta, sonaba casi técnico. Como si fuera parte de un informe. Pero no lo era. Cada palabra le raspaba la garganta. Como si estuviera sacando algo que llevaba demasiado tiempo escondido.

—Lo vi morir. No en el sentido figurado. Lo vi. Su cara. El modo en que dejó de respirar. La sangre. Todo.

El teniente no dijo nada. Ni siquiera se movió.

—Sé que esto no es una consulta psicológica —añadió ella, con una media sonrisa cansada—. Sé cómo funcionan estas cosas. Lo he visto. Lo he hecho. Pero… esta vez no puedo fingir que estoy lista.

Había algo en esa confesión que la sorprendió incluso a ella. No solo el "no puedo", sino el hecho de que lo estuviera diciendo sin rabia, sin tensión. Como una verdad simple. Innegociable.

—He hecho mi trabajo. Siempre. Nunca he dicho que no. Nunca he pedido una pausa. Pero ahora… ahora estoy rota —dijo, por fin, con los ojos puestos en el mapa frente a ella, sin verlo—. Y no me sirve una misión nueva para arreglarlo.

La última frase resonó como un eco en la sala vacía.

Porque hasta ahora, cada vez que algo se rompía en ella, lo arreglaba huyendo. Cambiando de lugar. De uniforme. De objetivo.

Esta vez era distinto. Esta vez había vuelto algo que no esperaba. Algo que no se podía meter en un informe ni en una estrategia militar. June.

—No quiero irme —dijo por último, en voz más baja aún—. No ahora. No así.

No esperaba comprensión. Ni concesiones. Solo necesitaba decirlo. Y esa necesidad, en sí misma, era nueva. Porque no era por debilidad que pedía quedarse. Era porque, por primera vez en años, no quería volver a escapar.

El teniente no respondió enseguida. Se limitó a asentir. Tomó una carpeta, la cerró con calma, y dijo:

—Tendremos en cuenta tu estado. Hay otras formas de servir sin estar en primera línea.

Eso fue todo.

No hubo reproches. Ni discursos sobre la responsabilidad. Solo ese gesto: aceptar que Riley, hoy, no podía más.

Ella salió de la sala con el corazón latiendo despacio, pero con una certeza callada que le daba, por fin, un poco de aire.

El sol ya estaba alto cuando Riley salió del edificio. El calor golpeaba sin piedad, pero ella apenas lo sintió. Caminó sin rumbo durante unos minutos, cruzando el patio principal de la base con los pasos pesados, la cabeza baja, y una mochila invisible sobre los hombros. La mochila no llevaba agua, ni comida, ni equipo médico. Llevaba ausencias. Llevaba el nombre de Jared. El de June. Y el suyo, ese que ya no sabía muy bien cómo pronunciar por dentro.

Se apoyó junto a uno de los muros laterales, a la sombra. Se quitó el gorro militar y lo sostuvo entre las manos. El sudor le caía por la nuca, pero no se movió. Solo miró al frente. El horizonte polvoriento. Las torres de vigilancia. Los soldados que entrenaban en la pista. Todo parecía seguir como si nada.

Como si el mundo no supiera que ella ya no podía más.

No lloró. No porque no quisiera, sino porque sentía que si lo hacía se iba a desbordar. Y no estaba preparada para eso.

Pasó una chica con la que había compartido patrulla hace dos semanas. Le saludó con un gesto breve. Riley devolvió el gesto, sin palabras. No era que no quisiera hablar. Era que no tenía espacio para las conversaciones pequeñas. No ese día.

Pensó en Jared. En el último chiste que hizo antes de morir. En cómo le había apretado el brazo justo antes del disparo. Pensó en lo

injusto que era que alguien como él muriera, mientras ella seguía aquí, con el corazón a medio uso, con el alma llena de zonas muertas.

Pensó en June.

Y eso dolió de otro modo.

Pensó en sus manos frías cuando le limpió la cara. En cómo la miraba sin mirarla. En el modo en que apartaba los ojos, como si todavía no supiera qué hacer con su rabia.

Pensó en la carta.

En todas las cartas, en realidad.

Las que escribió y no envió. Las que escribió y entregó demasiado tarde. Las que imaginó en su cabeza cada noche, desde aquel autobús gris que la alejó de su casa.

Y pensó: *¿Y si me quedo solo para poder terminar una frase con ella?*

No sabía si era amor. No sabía si era culpa. No sabía si era redención.

Pero sabía que no podía marcharse con esa herida abierta.

Respiró hondo.

Apoyó la cabeza en la pared caliente.

Sabía que quedarse no iba a resolver nada.

Pero también sabía que irse solo era otra forma de huir.

Y, por primera vez en años, no quería huir.

No más.

Riley se quitó la chaqueta del uniforme y la ató a la cintura. El sol seguía cayendo con fuerza, pero no era eso lo que le molestaba. Era la sensación de estar al borde de algo, sin saber si dar el paso o dar media vuelta. La sensación de estar en una encrucijada sin señales.

Entró en la tienda de suministros médicos. Había cajas por etiquetar, medicamentos que clasificar. No era su tarea, pero necesitaba hacer algo con las manos. Algo que no implicara sentir.

Se sentó en el suelo, abrió una caja de vendas y empezó a ordenarlas por tamaño. Un gesto mecánico, sin urgencia, sin rumbo.

La puerta se abrió con un crujido. Era la doctora Sullivan. La vio y no dijo nada al principio. Luego se acercó, en silencio, como quien se sienta junto a una herida que no sabe si debe tocar.

—¿Te lo estás pensando? —preguntó sin rodeos.

Riley asintió, sin levantar la mirada.

—No pasa mucho —añadió la doctora—. Que alguien se lo piense, quiero decir.

—¿Y si no puedo?

La pregunta salió sin filtro. Casi sin aire. Era una duda vieja, escondida entre los huesos, pero que por fin encontraba forma.

La doctora la miró con algo parecido a compasión. Pero no era condescendencia. Era reconocimiento.

—No tienes que demostrar nada —dijo, sentándose a su lado—. Ya lo hiciste. Aquí. Ahora.

—Siempre he dicho que sí. Desde que llegué. A todo. Patrullas, misiones, turnos extra. A todo.

—¿Y ahora?

Riley levantó la mirada. Sus ojos no estaban llorosos, pero sí turbios, nublados por un cansancio que no venía del cuerpo.

—Ahora no puedo —susurró.

La doctora asintió lentamente, como si eso fuera la respuesta más digna que hubiera escuchado en todo el día.

—Entonces no vayas. Di que no. Quédate. Duerme. Respira.

Riley apretó una venda entre los dedos.

—¿Y si todo se rompe si me detengo?

La doctora Sullivan sonrió con una tristeza tranquila.

—Entonces habrá que aprender a recomponerlo. Pero no con prisas. No con miedo.

Riley cerró los ojos.

El silencio que siguió fue uno diferente. No estaba lleno de ruido, sino de presencia. De la certeza de que, por una vez, podía parar. No rendirse. Solo parar.

Y, por primera vez desde la muerte de Jared, desde que June apareció frente a ella con los ojos llenos de pasado, desde que la

carta cambió de manos, pensó que tal vez no tenía que correr para demostrar que merecía seguir viva.

Solo tenía que quedarse.

Un día más. Un paso más. Un latido más.

Volvió al barracón con las manos en los bolsillos y el corazón latiendo con una mezcla extraña de culpa y alivio. Se sentó en su litera, respiró hondo y sintió que algo se aflojaba por dentro. Como si por fin hubiese dejado de apretar una cuerda que no sabía que llevaba tensa desde hacía años.

A su lado, una compañera le ofreció una chocolatina sin decir nada. Riley la aceptó con una sonrisa leve. No hablaron. No hacía falta.

Más tarde, cuando las luces se apagaron, Riley se quedó despierta un rato más, tumbada boca arriba, mirando el techo de lona de la tienda. Ya había hecho lo que tenía que hacer por ahora.

En la distancia, se oían los motores de los vehículos de la patrulla saliente. Partían rumbo a una misión que Riley no lideraría, que no vería, que no marcaría su cuerpo ni su memoria. Esa vez, no. Esa vez, se quedaba.

Porque había cosas que no podían curarse desde la acción.

Jared estaba muerto. June estaba viva. Y ella, entre ambas ausencias, entre ambas verdades, seguía intentando entender quién era.

Al menos, hoy, no tendría que fingir. Y eso, por pequeño que fuera, era un comienzo.

Quizá mañana podría mirarla a los ojos y decirle: no he huido esta vez.

Quizá mañana.

Pero hoy… Hoy era suficiente con haberse quedado. Con haber respirado.

Sin ella. Con ella. Consigo misma.

Y con eso, por fin, Riley se permitió cerrar los ojos.

No para huir. Sino para descansar.

Capítulo 24

June: Pasado

La ciudad era ruidosa, gris y hostil. Justo lo que June necesitaba.

Se bajó del tren con una mochila al hombro y una maleta que chirriaba en cada baldosa del andén. No conocía a nadie. No tenía a quién esperar. Y no quería que nadie la esperara.

Se instaló en una residencia universitaria cerca del campus. Habitación compartida. Baño compartido. Una compañera de cuarto demasiado simpática, con fotos familiares pegadas en la pared.

June no deshizo la maleta del todo durante los primeros días. Solo sacó lo necesario: los apuntes, los libros, una taza blanca, un paquete de bolígrafos negros, su cuaderno. El resto quedó guardado, como si aún no estuviera lista para asentarse del todo. Como si una parte de ella pensara que aquello era provisional.

Las clases comenzaron una semana después. Anatomía. Fisiología. Bioquímica. Profesores exigentes. Salas llenas. Horarios imposibles. Nada de eso la asustó. Estudiar era lo único que tenía bajo control.

En clase, June era la que no hablaba con nadie. La que respondía sin levantar la voz. La que siempre llevaba el mismo jersey gris. Nadie la conocía. Nadie sabía de qué había huido. Y eso estaba bien.

Por las noches, se encerraba en la biblioteca. Horas enteras entre libros y silencio. Aprendía de memoria cada hueso, cada sistema, cada terminología. Como si llenarse de conocimiento fuera una forma de sustituir todo lo que había perdido. Como si entender cómo funcionaba un cuerpo le permitiera no pensar en el suyo, en lo que todavía dolía sin razón aparente.

Cuando no podía más, escribía.

No en el cuaderno de clase, sino en otro más pequeño, de tapas negras, con la goma desgastada y las esquinas dobladas. Ahí, cada noche, escribía una carta a Riley.

Querida Riley,

Hoy he aprendido que el corazón tiene cuatro cavidades, y que una válvula defectuosa puede hacer que todo falle. Me ha hecho pensar en nosotras. En ti. En cómo algo tan pequeño como una palabra no dicha puede hacer que todo se venga abajo.

Nunca firmaba. Nunca pensaba en enviarlas. Solo escribía. Era su forma de resistir. De no romperse del todo.

Al principio, las cartas eran un lamento. Una conversación imaginaria. Con el tiempo, se volvieron más escuetas. Más contenidas. Más duras. Pero nunca dejó de escribirlas.

Y aunque su compañera de cuarto jamás preguntó, June siempre guardaba el cuaderno bajo la almohada. Como si esa costumbre, ese ritual secreto, la mantuviera en pie.

No volvió al pueblo en vacaciones. No contestó llamadas familiares. No dejó que nadie se acercara demasiado. Porque había aprendido que todo lo que se toca se puede romper.

Y ella, a partir de entonces, solo quiso ser invulnerable.

Los días se volvieron mecánicos.

Despertar antes de que sonara la alarma. Ducharse con agua templada. Café instantáneo en una taza que no decía nada. Clases, biblioteca, comidas silenciosas en la cafetería, vuelta al cuarto. Más apuntes. Más libros. Más silencio.

No se trataba de disciplina. Era supervivencia.

June se había entrenado para pasar desapercibida. En la universidad nadie sabía de su pasado, ni de sus padres, ni del verano en que besó a otra chica por primera vez y luego vio cómo todo lo que había construido en su interior se desmoronaba. Nadie conocía a Riley. Ni su nombre. Ni su rostro. Ni su historia. Y June prefería que así fuera.

Porque en ese anonimato, en ese borrado voluntario de sí misma, podía reconstruirse. Podía aprender a ser otra. Alguien más fuerte. Alguien que no se rompiera.

A veces, sin embargo, el cuerpo no obedecía.

Había noches en las que se despertaba con una presión en el pecho. Como si no pudiera respirar. Como si hubiera algo atorado en

medio del esternón. Y no era ansiedad, ni insomnio. Era un recuerdo físico. El eco de una mano que alguna vez la sostuvo, de una voz que le decía "estoy aquí" con más ternura que certeza.

Y entonces, se sentaba en la cama, encendía la lámpara, sacaba el cuaderno y escribía otra carta.

Riley,

A veces me pregunto si tú también te despiertas de golpe. Si también llevas la noche como una piedra en el cuerpo. Si alguna parte de ti piensa en lo que fuimos, o si simplemente aprendiste a no mirar atrás.

Escribía sin pausas. Sin correcciones.

Como si las palabras fueran la única manera de mantener intacto algo que por dentro ya no lo estaba.

Después, cerraba el cuaderno, lo colocaba debajo de la almohada, apagaba la luz, y respiraba con lentitud hasta que el sueño, o algo parecido al sueño, volvía.

Así pasaron los primeros meses.

Junio. Julio. Octubre.

Aprendía. Aprobaba. Memoriza. Resistía.

Era buena. Muy buena. Los profesores lo notaban. Los compañeros la respetaban. No era simpática. Pero era eficiente.

Y nadie le preguntaba por su vida. Porque nadie sabía cómo hacerlo.

Una vez, una chica de otro curso le pidió un café después de una tutoría. June la miró con gentileza, pero con firmeza, y dijo que no. No había espacio en su vida para vínculos nuevos. No cuando todavía no había logrado vaciar los antiguos.

Porque lo de Riley no era solo una historia rota. Era una historia no dicha. Y lo no dicho se queda pegado a los huesos.

El primer invierno en la universidad fue cruel.

La ciudad amanecía cubierta de escarcha, las ventanas empañadas, el aire tan frío que dolía respirar. June salía cada mañana con el abrigo hasta la barbilla y las manos en los bolsillos.

Caminaba rápido. Siempre sola. Con los auriculares puestos, no para escuchar música, sino para que nadie la interrumpiera.

Había algo en esa frialdad que le resultaba familiar. Algo en el paisaje gris, en los árboles desnudos, en las luces de los pasillos vacíos que le recordaba que sobrevivir no era lo mismo que vivir, pero al menos era algo.

La rutina se volvió casi sagrada.

Clases, apuntes, horas en la biblioteca. Su compañero de mesa en Anatomía intentó entablar conversación un par de veces, pero June no respondió más allá de lo estrictamente necesario. No era hostil. Solo inaccesible.

Sabía que era vista como la chica silenciosa, metódica, brillante. Y eso le convenía. Nadie escarbaba detrás. Nadie sospechaba que, por las noches, escribía cartas como quien suelta gritos en una habitación cerrada.

Querida Riley,

Hoy he diseccionado un corazón por primera vez. Era más pequeño de lo que imaginaba. Más frágil. Me pregunté si el tuyo también lo es. O si con el tiempo se volvió más fuerte que el mío.

Había algo terapéutico en imaginar que Riley todavía podía leerla. Como si esas cartas que no salían del cajón tuvieran una función secreta: mantenerla en pie.

No hablaba de ella con nadie. Ni siquiera cuando, durante las prácticas clínicas, una doctora la llevó aparte y le preguntó con amabilidad si todo iba bien.

—Parece que te exiges demasiado —le dijo la mujer, con una sonrisa que pretendía ser cercana.

June solo asintió.

Lo que no dijo fue que exigirse era su única forma de no colapsar. Que si dejaba espacio para la emoción, todo se vendría abajo.

A veces, se sentaba sola en el comedor y miraba a los demás reír, hablar, quejarse de exámenes o de sus familias. Y entonces

sentía una grieta abrirse dentro de ella. Una grieta fina, constante, como si algo en su interior no terminara de soldar.

Riley estaba en todo. En los nombres que leía. En las canciones que no escuchaba. En los pasillos de la facultad que recorría como si huyera.

La ausencia tenía una forma tan precisa que, a veces, June creía verla pasar frente a ella. Como un reflejo. Como un espejismo.

Nunca respondió a las cartas que su madre le enviaba. Tampoco llamó. No quería hablar del pasado. No quería saber si en el pueblo alguien mencionaba su nombre.

Solo quería avanzar. Un paso. Otro. Aunque cada paso doliera.

Había tardes en las que el silencio pesaba más que de costumbre.

Sobre todo en el dormitorio, cuando su compañera de cuarto salía a estudiar con amigos o se quedaba a dormir en otra residencia. Entonces, la soledad se sentaba con ella, como una presencia inevitable. Y June la aceptaba. La dejaba entrar.

Se preparaba una infusión de menta, se sentaba en el suelo junto a la cama con una manta sobre las piernas, y sacaba su cuaderno de tapas azules. El que nunca enseñaba. El que nadie sabía que existía.

Escribía como si escribiera desde una trinchera. Sin artificio. Sin pretensión. A veces eran solo párrafos sueltos. Frases que no conectaban. Otras, cartas enteras que empezaban igual:

Riley,

No sé si alguna vez leerás esto. Pero hoy te he pensado más que otros días. Y no sé si eso me salva o me arrastra.

Tenía una caja con todas las hojas. Nunca las ordenaba. Algunas estaban dobladas con cuidado. Otras eran simples folios sueltos, escritos con la prisa de quien no puede contener más lo que siente.

Las fechas no importaban. Lo único que contaba era que, al escribir, June se sentía más cerca de algo que no sabía nombrar. De la chica que fue. De la herida que seguía abierta. Del eco de un

amor que había dejado de ser promesa para convertirse en ausencia.

A veces se preguntaba si Riley estaba bien. Si seguía viva.

Si también pensaba en ella mientras limpiaba su rifle o dormía en un barracón de paredes de acero. La idea le parecía absurda y, al mismo tiempo, inevitable.

En una de esas tardes, escribió una carta distinta. Más dura. Más sincera. La tituló como si fuera un informe clínico.

Caso: June Callahan

Diagnóstico diferencial: Soledad crónica. Silencio acumulado. Pérdida de dirección emocional.

Síntomas: Insomnio, hipersensibilidad a las miradas ajenas, incapacidad para confiar.

Causa probable: Amor no correspondido. Abandono sin aviso. Despedida sin palabras.

Pronóstico: Reservado.

Cuando terminó de escribirla, no lloró.

Solo respiró.

Como si por un momento, la verdad pudiera hacerle menos daño.

Guardó la hoja con las demás, cerró la caja y la empujó bajo la cama. Luego se acostó mirando el techo, escuchando los sonidos lejanos de la vida universitaria. Risas en el pasillo. Una guitarra mal afinada. Pasos. Voces.

Y por primera vez en semanas, pensó: *Tal vez esto no es para siempre.*

No era una certeza.

Pero era una grieta en la oscuridad.

Y eso, en su mundo, ya era algo.

June empezó a llevar una bufanda gris todos los días. No por estilo. No por abrigo. Era simplemente algo que la hacía sentir contenida, como si una capa más de tela pudiera amortiguar lo que aún dolía.

Las clases seguían. Anatomía, bioquímica, fisiología. Se le daban bien. Era metódica. Aplicada. Puntual. Tenía un don para memorizar,

para aislar las emociones cuando se ponía delante de una pizarra llena de fórmulas o un cadáver para disección. Era, según algunos profesores, una promesa brillante. Una futura cirujana.

Nadie sabía que, bajo ese expediente impecable, había noches en que no dormía. En que encendía la lámpara más tenue y escribía.

A veces eran solo listas. De recuerdos, de cosas que echaba de menos, de palabras que no se dijeron.

Cosas que aún recuerdo de ti, Riley Maddox:

1. Cómo apretabas los labios cuando pensabas demasiado.
2. El olor de tu sudadera después de entrenar.
3. La risa esa noche en el lago.
4. El silencio que vino después.

Un día, la llamaron de la administración para decirle que había sido aceptada en un programa de verano en una clínica comunitaria. Trabajaría como asistente médica en zonas rurales durante tres semanas. Era voluntario. Mal pagado. Exigente.

Dijo que sí sin dudar.

No porque quisiera irse.

Sino porque ya no soportaba quedarse.

La experiencia fue agotadora. Dormía en una habitación compartida con otras tres estudiantes. Los pacientes eran duros. Las historias, más. Una mujer con cáncer de estómago que no quería tratamiento. Un anciano que no recordaba el nombre de su esposa, pero repetía "quiero irme con ella" cada mañana. Un niño con fiebre persistente que acabó muriendo de sepsis.

La primera vez que entró en la morgue, June tembló.

Pero no retrocedió.

Lavó el cuerpo. Cerró los párpados del pequeño. Y, cuando nadie la veía, susurró:

—Lo siento.

No sabía si le hablaba a él. O a Riley.

O a sí misma.

Al regresar a la universidad, algo en ella había cambiado. No se notaba por fuera. Pero por dentro, todo estaba reacomodado. Había aprendido que el dolor no se borra, pero puede reciclarse. En compasión. En fuerza. En propósito.

Volvió a sus clases. A sus cafés sin azúcar. A sus cuadernos con notas escritas con tinta negra.

Y esa noche, sin pensarlo demasiado, escribió una carta más.

No para Riley.

Para ella.

Querida June,

No sabes cuándo va a dejar de doler. Pero hoy has visto algo claro: puedes seguir adelante aunque el corazón aún te tiemble. Puedes mirar el pasado sin ahogarte. Puedes respirar, aunque a veces aún te falte el aire.

Y eso es una forma de amor también.

Guardó esa carta en la caja azul.

Y por primera vez, pensó que no todo estaba perdido.

Capítulo 25

June: Presente

La carta seguía sobre la mesa. Plegada con cuidado. No la había vuelto a leer. No necesitaba hacerlo. Cada frase había quedado grabada en su memoria, no por su elocuencia, sino por la herida que tocaba.

June la había leído al final de su turno, cuando el campamento se había reducido a un murmullo de pasos lejanos y respiraciones contenidas. Había cerrado la tienda médica, apagado las luces, y, sin saber del todo por qué, se había sentado con aquella carta entre las manos. La primera. La más antigua. La que Riley nunca entregó. La que llevó guardada durante años como una piedra en el pecho.

Y ahora la entendía.

No la justificaba, no borraba lo que pasó. Pero podía ver el miedo entre líneas, la fragilidad mal disfrazada de huida. Y, por primera vez, no sintió solo rabia. Sintió algo más complicado. Más real. Algo que dolía de otra manera.

Respiró hondo.

Riley estaba en la tienda de descanso, en el ala norte. Lo sabía porque lo había preguntado a una compañera, con una voz que intentó sonar casual. "¿Sabes dónde está Maddox?", había dicho, como si solo quisiera pasarle un informe, como si no se le estuviera resquebrajando algo por dentro.

Ahora estaba frente a esa tienda. La lona ondeaba apenas con la brisa cálida del desierto. Dentro, la mayoría dormía. Pero no todas.

Entró sin hacer ruido.

La penumbra era espesa, recortada por la tenue luz azul de una linterna colgando del techo. Las literas se alineaban en silencio, cuerpos cubiertos por mantas finas, respiraciones lentas. June caminó despacio, reconociendo a Riley aún antes de verla del todo.

Estaba sentada en su catre, con las rodillas dobladas y la espalda contra la pared. Sostenía algo entre las manos: un cuaderno o una

libreta. Tenía los auriculares colgando del cuello, como si no se hubiera decidido a usarlos. Su rostro estaba en sombras, pero había una quietud en su postura que June reconoció al instante. Era la misma de cuando eran niñas, cuando se quedaba sin palabras y solo podía esperar.

No dudó más.

—Riley —dijo, en voz baja.

La otra levantó la cabeza. No pareció sorprendida. Solo la miró. Como si la hubiera estado esperando.

June se acercó hasta quedar de pie junto a su litera. No sabía cómo empezar. Las palabras se le apelotonaban en la garganta, pero no podía tragar ninguna. Sentía las manos frías. El corazón acelerado.

—Leí tu carta.

Riley parpadeó.

No dijo nada.

Un silencio se instaló entre las dos. No era incómodo. Era tenso, sí. Lleno de cosas que aún no se habían dicho. Pero también… necesario.

Riley bajó la mirada hacia sus manos.

—¿Y?

June se sentó despacio a su lado. No se tocaron. No se miraron aún. Pero el aire cambió. Como si el tiempo se hubiera reordenado solo para ese momento.

—Y ahora lo entiendo —susurró June—. No todo. Pero más de lo que entendí entonces.

Riley se volvió hacia ella. Despacio.

Y esperó.

—No todo —repitió Riley, como si necesitara probar el peso de esas palabras—. ¿Y lo que no entiendes?

June tragó saliva. Había pasado todo el día ensayando posibles respuestas, posibles formas de verbalizar lo que le atravesaba desde que había leído la carta. Ninguna era suficiente. Ninguna servía para reconstruir lo que el tiempo y el silencio habían convertido en ruinas.

—Lo que no entiendo —dijo al fin— es por qué no confiaste en mí. En nosotras.

Riley soltó una risa muda. No sarcástica. Dolida.

—Porque yo no confiaba en mí.

La sinceridad con la que lo dijo le rompió algo a June. Algo que llevaba años endureciendo para no doler.

—Lo sé —susurró—. Ahora lo sé.

El silencio volvió, pero esta vez era más respirable. Riley apoyó la cabeza en la lona de la tienda, mirando hacia el techo. June la imitó. No se miraban. Solo compartían ese techo de tela gastada, esa noche espesa que parecía protegerlas del mundo.

—¿Alguna vez… —empezó Riley, sin terminar la frase— me odiaste?

June cerró los ojos.

Había tantas formas de responder a eso.

Podía hablar del dolor. De los días en que la rabia la sostenía mejor que la tristeza. De las cartas que no enviaba, de los sueños que la despertaban en mitad de la noche sin saber por qué. De la forma en que dejó de creer en muchas cosas, incluso en sí misma.

Pero eligió la verdad más simple.

—Solo cuando intentaba olvidarte.

Riley giró la cabeza. La miró.

La expresión de June era serena. Vulnerable. Cansada, sí. Pero sin rastro de máscaras.

—No quería odiarte —continuó—. Me obligué a hacerlo porque me parecía más fácil que admitir cuánto me dolías.

Riley bajó la mirada a sus propias manos.

—Yo sí me odié —dijo—. Todo el tiempo.

El nudo en la garganta de June volvió a apretarse.

No respondió. Solo la observó.

La tienda seguía en silencio. Las demás dormían, ajenas a todo. Pero para ellas, esa noche era otra cosa. Un pequeño paréntesis. Un lugar seguro.

Riley levantó la vista. Sus ojos tenían esa misma sombra de entonces, la de las tardes en que June la encontraba sentada en el columpio de su porche, intentando parecer fuerte.

Riley tragó saliva.

—¿Y ahora?

June sonrió. No fue una sonrisa alegre. Fue una de esas sonrisas suaves, rotas, cargadas de algo que no se puede explicar.

—Ahora estamos aquí.

Y, por primera vez en años, era verdad.

El silencio entre ellas dejó de ser incómodo. No era vacío. No era una pausa. Era un espacio compartido. Un espacio en el que las palabras no hacían falta, porque ya estaban dichas entre líneas, en los gestos, en la respiración contenida.

June nunca había sido buena para las pausas. Siempre había llenado los huecos con ruido: trabajo, compromisos, control. Pero allí, sentada al lado de Riley, entendió que había silencios que también podían sanar.

Riley cruzó los brazos sobre el pecho, como si se estuviera protegiendo. No de June, sino de sí misma.

—¿Has sido feliz? —preguntó de pronto, sin mirarla.

La pregunta le llegó directo al centro del esternón. June tardó unos segundos en contestar.

—He sido muchas cosas. Feliz… no sé si es la palabra.

Riley asintió, como si eso tuviera sentido.

—Yo tampoco.

June se atrevió a estirar la mano y rozó apenas la lona sobre la que ambas estaban sentadas. No tocó a Riley. No todavía. Pero dejó que su cercanía dijera lo que su cuerpo aún no se atrevía.

—Tu carta… —empezó.

Riley la interrumpió, casi en un susurro.

—No tienes que decir nada.

June negó despacio.

—Quiero hacerlo.

Riley no contestó. Esperó.

—Me dolió —dijo—. Pero no por lo que escribiste. Sino porque entendí que estuviste tan sola como yo. Solo que yo me quedé con las sobras de todo.

Riley bajó la cabeza.

—Lo sé. Y lo siento.

—No estoy buscando disculpas, Riley —continuó June, más tranquila ahora—. Solo… necesitaba entender que no me habías dejado por odio. Que no fuiste cruel por gusto.

—Nunca podría.

—Lo sé ahora.

Una ráfaga de viento golpeó la tienda, haciendo crujir la lona por fuera. Las luces del campamento se apagaban una a una. La noche, al fin, se asentaba del todo.

—Yo también escribí cartas —confesó June.

Riley la miró, sorprendida.

—¿En serio?

—Muchas. Demasiadas. Algunas están guardadas. Otras… las rompí.

Riley tragó saliva.

—¿Y qué decían?

June se encogió de hombros.

—Que te odiaba. Que te necesitaba. Que te recordaba. Que no te perdonaba. Que sí. Que no. Todo eso. Y más.

Riley cerró los ojos un segundo. Luego los abrió.

—Me hubiera gustado leerlas.

—Yo no habría podido escribirlas si pensaba que las ibas a leer.

Y ambas sonrieron, sin buscarlo, sin planearlo. Una sonrisa tenue. De reconocimiento. De tristeza. De una especie de ternura que solo nace cuando el dolor empieza a doler un poco menos.

Riley se movió ligeramente, lo justo para que sus hombros se rozaran. No más. Pero suficiente.

—¿Esto qué es, June?

—No lo sé —respondió—. Pero no quiero huir más.

Y Riley, con un hilo de voz, dijo:

—Yo tampoco.

Riley suspiró, casi imperceptiblemente. El tipo de suspiro que no busca atención, sino que escapa del cuerpo como si no pudiera quedarse dentro. June lo reconoció. Había escuchado esa clase de suspiros antes, en pacientes que no sabían cómo nombrar lo que sentían, en gente que tenía más dolor que palabras.

Se quedó quieta. No quería romper ese frágil equilibrio que se había instalado entre ellas.

—Cuando me fui… —empezó Riley, y su voz era tan baja que parecía estar hablándose más a sí misma que a June—, no fue solo por lo que pasó contigo. Fue por mí. Porque no sabía cómo ser. Cómo quedarme.

June la miró de perfil. Había algo nuevo en Riley. No era la misma de antes. Pero tampoco era solo la versión rota por la guerra. Era otra cosa. Alguien que empezaba a enfrentarse, por fin, a su propio reflejo.

—Lo sé —respondió June—. Me costó entenderlo. Pero ahora lo sé.

El viento se colaba por las rendijas de la tienda. Afuera, la noche era un espacio indefinido, pero dentro había calor. No por la temperatura. Por la forma en que el silencio dejaba de ser amenaza para convertirse en consuelo.

—¿Y tú? —preguntó Riley, girando apenas el rostro—. ¿Alguna vez pensaste en venir a buscarme?

June tragó saliva. La pregunta la atravesó.

—No —admitió—. Porque pensé que si tú te habías ido… era porque no querías que te encontrara.

—Y ahora que estoy aquí —susurró Riley—, ¿quieres encontrarme?

June no respondió enseguida. Se tomó su tiempo. Lo pensó como quien evalúa una herida antes de tocarla.

—Ahora que estás aquí… me doy cuenta de que nunca dejé de buscarte. Solo que no sabía cómo.

Riley bajó la mirada.

—Yo tampoco.

Se miraron. De frente. Por fin sin nada entre ellas. Ni la rabia, ni la culpa, ni los años, ni las cartas. Solo ellas. Tal como eran.

Riley se frotó los brazos, no por frío, sino por nervios.

—Gracias por venir —murmuró.

—Gracias por quedarte —dijo June.

Y otra vez, el silencio. Pero ahora era distinto. Era un silencio donde cabían dos.

Riley no dijo nada más.

June tampoco.

Pero no se movieron.

Las palabras habían hecho su parte. Ahora era el cuerpo el que entendía. La quietud compartida. La cercanía sin presión. La presencia sin exigencia.

June la observó. Las ojeras. El corte en la ceja ya cicatrizando. Las manos entrelazadas sobre las rodillas, como si sostenerse a sí misma fuera un gesto necesario para no desmoronarse. Había visto a tantas personas así, a punto de quebrarse, en camillas, en quirófanos. Pero nunca como esto. Nunca con esa ternura al borde del colapso.

—No sé si estoy lista —dijo Riley de pronto—. Para nada. Para quedarme, para irme, para explicarme.

—No tienes que estarlo —respondió June—. Solo tienes que ser honesta.

—No siempre puedo. A veces me vuelvo a cerrar. Me pasa incluso contigo. Sobre todo contigo.

June asintió. Lo entendía.

—Yo también me cierro. A todo. A veces incluso a lo que quiero.

Se quedaron así. El eco suave de las voces de otros en la distancia. El aire contenido. La respiración acompasada.

Riley estiró las piernas lentamente. Como si ese gesto rompiera algo invisible.

—Es extraño —murmuró—. Estar aquí contigo. Que tú estés aquí.

June se giró un poco hacia ella.

—¿Por qué?

—Porque me pasé años imaginando cómo sería. Y nunca lo imaginé así. Nunca pensé que volvería a verte en una tienda médica, en mitad de una guerra, con todo lo que no dijimos flotando entre nosotras.

—Y aun así —dijo June, con suavidad—, aquí estamos.

Una pausa.

Una pequeña sonrisa casi imperceptible se dibujó en el rostro de Riley.

—Sí. Aquí estamos.

Y era verdad. A pesar de todo.

De lo que se rompió. De lo que no se dijo. De la distancia. Del miedo.

Seguían aquí.

Sin promesas.

Sin certezas.

Pero también sin huir.

June dejó que su mano se acercara unos centímetros a la de Riley. No la tocó. Pero la dejó lo bastante cerca como para que, si Riley quería, pudiera alcanzarla.

Y Riley lo hizo. Sus dedos temblaban. Pero lo hizo.

Las manos se rozaron. Ligeramente. Apenas.

Y en ese gesto mínimo, todo lo no dicho pareció encontrar un espacio donde descansar.

No era reconciliación. No era final.

Pero era un lugar donde quedarse. Juntas. Al menos por ahora.

Capítulo 26

Riley: Pasado

El primer invierno cayó como una sentencia.

La base estaba en lo alto de una meseta pedregosa, donde el viento parecía no tener final. La nieve no era densa, pero el frío calaba los huesos como si naciera desde dentro. Riley no recordaba haber sentido algo así en Kansas. Era otro tipo de clima. Otro tipo de silencio.

Se despertaba antes que los demás. No por disciplina. Por insomnio.

Las noches eran largas, y los sueños, cortos. O, mejor dicho, fragmentados. Como si el cerebro solo pudiera procesar pequeñas partes de lo que había dejado atrás. Cada vez que cerraba los ojos, la imagen volvía: June, de pie al borde del lago, el sol en la cara, la risa quebrando el aire, ese instante suspendido justo antes de que todo cambiara.

Y luego, la oscuridad.

La sensación de caída.

El grito que no salía de la garganta.

Durante los primeros días, intentó escribir. Tenía un cuaderno pequeño, con elástico, escondido entre las camisetas. Lo abrió una noche. Escribió una palabra. *June*. Luego lo cerró.

No volvió a abrirlo.

En la base nadie preguntaba por el pasado. Cada quien arrastraba su propio silencio. Riley aprendió a moverse como una más. A levantar la voz solo cuando se requería. A responder sin mostrar la mandíbula apretada, sin permitir que el temblor en las manos la delatara.

No había espejos grandes. Solo los fragmentos que colgaban en los baños comunes, empañados casi siempre por el vapor. Le gustaba eso. No verse. No recordar.

La carta seguía en su mochila, oculta bajo las botas. No la tocó. No la leyó. Pero cada vez que cerraba los ojos, sabía que seguía ahí. Como una piedra. Como una verdad sin aire.

Y sin embargo, algo en ella empezaba a cambiar. No fue de golpe. Fue como el hielo que se va acumulando en las esquinas: lento, callado, constante.

Era la dureza. El adiestramiento invisible de quien ya no espera consuelo.

Y aunque todavía soñaba con el lago, con June, con lo que no dijo… cada vez le costaba más recordar el sonido exacto de su risa.

Y eso —más que la fiebre, más que el frío— fue lo que más le dolió.

Pasó el invierno encerrada en el ritmo.

El horario. Las guardias. Las tareas. Despertarse con el primer silbato, formar fila, seguir las instrucciones. Comer lo que había. Dormir cuando se podía. No pensar.

Al principio contaba los días. Luego las semanas. Después, perdió la cuenta. La rutina era una niebla espesa. Y ella, dentro, se volvió otra. O tal vez no otra: simplemente más callada. Más quieta por dentro.

Hacía tiempo que no pensaba en volver.

No porque no quisiera. Sino porque ya no sabía a dónde.

A veces, en los minutos antes de dormir, cuando el cuerpo aún vibraba del esfuerzo del día, pensaba en escribirle. No una carta. Algo más simple. Un mensaje. Un "hola". Un "estás bien". Pero no tenía cómo. Y aunque lo tuviera, no se atrevía.

Había cruzado una línea. Lo sabía.

Y lo que se deja atrás de esa forma no se recupera con palabras.

Se convirtió en lo que esperaban de ella. No la mejor. Pero sí eficiente. Rápida. Silenciosa. Una soldado sin errores. Sin historia. Sin nombre, salvo el que llevaba cosido en el pecho. Maddox. En mayúsculas. Como si gritara desde lejos una identidad que ya no le pertenecía.

La gente de su escuadrón apenas la conocía. Era buena en esconderse. En pasar desapercibida.

No compartía anécdotas. No hablaba de casa.

Cuando preguntaban, respondía con frases neutras: "Un pueblo pequeño." "Nada especial." "Me cansé de estar allí."

Nunca mencionaba a June.

Nunca hablaba del lago.

Nunca decía que había dejado algo que dolía tanto que aún no podía tocarlo con palabras.

Una noche, después de una guardia larga, abrió su mochila para buscar un paquete de galletas que había guardado del comedor. Y la vio. La carta. Aún intacta. Aún doblada en cuatro. El papel comenzaba a mostrar las marcas del tiempo. Las esquinas dobladas. Una pequeña mancha en un borde. Pero seguía ahí.

La sacó. La sostuvo un rato. Sus manos estaban más grandes, más duras. Las uñas cortas por protocolo. Los dedos fríos.

La miró como se mira algo que ya no se entiende del todo.

Había escrito esa carta con dieciocho años. Con una mezcla de amor, miedo y urgencia que ahora le parecía de otra persona. La Riley que escribió esa carta creía que aún había una puerta abierta. Que podía volver. Que podía explicar.

La Riley que la sostenía ahora sabía que esa puerta ya no existía.

Aun así, no la rompió.

La dobló de nuevo.

La metió en el fondo, bajo una muda limpia.

Y pensó, sin atreverse a decirlo en voz alta, que a veces lo que enterramos no desaparece. Solo cambia de lugar. Solo aprende a doler de forma distinta.

La nieve lo cubría todo.

La base, las botas, incluso el cansancio. Durante esas semanas de frío insoportable, Riley sentía que el mundo entero había sido silenciado por una capa blanca que no dejaba respirar.

Los entrenamientos seguían igual. Las órdenes eran las mismas. Pero cada paso costaba el doble. El cuerpo dolía de forma diferente. Como si ya no solo fuera el agotamiento físico, sino una especie de desgaste interno. Una erosión.

Las noches eran más largas. Las conversaciones más cortas. La comida más áspera.

A veces, en medio del campo, alzaba la vista y veía la nada. El cielo gris. Las ramas peladas. La escarcha acumulada en los bordes de las ventanas. Y sentía que había llegado al límite exacto entre la supervivencia y la desaparición.

Allí, en ese espacio intermedio, empezó a entender lo que significaba "resistencia".

No era aguantar por aguantar. Era dejar que la vida te empuje al borde… y aun así quedarte. Respirar. Levantarte al día siguiente.

Una madrugada, después de una ronda nocturna en el perímetro, su cuerpo dijo basta. Se despertó con fiebre, los músculos congelados, los labios secos. No podía hablar sin toser. Cada movimiento dolía.

La llevaron a la enfermería de la base. Le diagnosticaron una bronquitis leve y le dieron reposo obligado durante tres días.

Tres días en una cama, con mantas ásperas y un olor a desinfectante que le recordaba todo lo que había intentado olvidar.

Una enfermera le dejó un jarabe y un bolígrafo para pasar el rato.

—Escribe —le dijo, con una sonrisa amable pero cansada—. Saca lo que sea. Ayuda más de lo que crees.

Riley no respondió.

Pero esa noche, cuando el cuerpo dejó de temblar y el dolor se volvió un murmullo soportable, pensó en June.

Pensó en su voz, que nunca necesitó levantar para hacerse oír.

Pensó en cómo se reía cuando algo la sorprendía de verdad, como si el mundo se encendiera un instante solo para ella.

Pensó en el lago, en los dedos entrelazados, en el silencio que no era incómodo.

Y por primera vez en semanas, deseó estar en otro lugar.

No en casa. No con sus padres.

Solo en un espacio donde pudiera ser ella misma sin miedo.

El bolígrafo seguía en la mesita de noche. Lo tomó.

No escribió una carta.

Solo una palabra.

June.

La dejó allí, sola, en la hoja en blanco.

Y luego cerró los ojos.

No era una confesión.

No era una súplica.

Solo era una forma de recordar que, debajo del uniforme, debajo del silencio, aún quedaba algo que no se había congelado del todo.

Cuando regresó al servicio activo, algo en ella se había desplazado.

No era que se sintiera más fuerte. Tampoco más preparada. Simplemente, había comprendido algo: que el dolor no desaparece cuando se ignora, pero sí aprende a callarse cuando sabe que no hay espacio para él.

Se movía por la base con una eficacia casi mecánica. Cumplía las órdenes. Hacía las rondas. Limpiaba su equipo hasta que brillara. Se ganaba la reputación de ser confiable, seria, eficiente. Nadie la molestaba. Nadie la llamaba por su nombre más de lo necesario.

Eso era todo lo que necesitaba: que no la miraran demasiado de cerca.

Había aprendido a existir así. A ser parte del engranaje. A no destacar ni desentonar. Era un modo de protección. De desaparecer sin tener que huir.

La carta seguía ahí. En su mochila. En un bolsillo interior. A veces la sacaba, solo para comprobar que seguía entera. No la leía. No la rompía. Era como si ese papel doblado contuviera una versión suya que no se atrevía a mirar de frente.

La única persona que parecía notarlo era su compañera de litera, una chica menuda de Texas con voz ronca y una cicatriz en la

mandíbula que nunca explicaba. No hablaban mucho. Pero a veces, por las noches, compartían silencios largos que no requerían más.

—Tú no naciste para esto —le dijo una vez, sin mirarla.

Riley tampoco la miró.

—¿Y tú sí?

La otra se encogió de hombros.

—Yo nací para aguantar.

Riley no respondió. No podía.

Esa noche no durmió. No por pesadillas. No por el frío. Sino porque esa frase, esa maldita frase, había tocado algo que llevaba meses manteniendo bajo llave.

A la mañana siguiente, durante la formación, sintió que algo la atravesaba. Como si el uniforme le pesara más. Como si, de pronto, todos los gestos fueran fingidos.

Pero no se permitió romper.

No se permitió cuestionar.

Se ajustó el casco, miró al frente y siguió.

Porque si algo había aprendido ese primer invierno, era que en ese lugar —en esa vida— no había espacio para vacilar.

Y sin embargo, cada vez que la soledad se colaba en las rendijas, como el viento frío en los dormitorios, cada vez que el cansancio se instalaba en su espalda, cada vez que alguien pronunciaba el nombre de una ciudad o hablaba de amor como si fuera una idea ajena, Riley volvía a pensar en June.

En el tacto de su mano.

En su silencio cuando todo se derrumbaba.

En su forma de estar.

Y aunque nunca lo decía, aunque jamás lo admitiría, esa imagen —la de June, sentada junto al lago, con los pies descalzos y el cabello húmedo— era lo único que, incluso en la oscuridad, seguía dándole un motivo para resistir.

Pasó así su primer año fuera.

Sin celebraciones, sin fechas importantes, sin llamadas que importaran. Nadie preguntó por ella más de lo necesario. Sus

superiores estaban satisfechos. Su hoja de servicio era impecable. Había aprendido a no hablar demasiado, a no flaquear nunca, a saludar sin sonreír.

Y, en cierto modo, eso la protegía.

La protegía de recordar quién había sido antes.

De vez en cuando, escribía. No cartas. No diarios. Solo frases sueltas en un cuaderno que guardaba en doble fondo, entre el forro de su mochila. Notas sin destinatario. Recortes de pensamientos que le venían en medio de las marchas o en las madrugadas, cuando el insomnio era más fuerte que el agotamiento físico.

"Hoy soñé con un puente de madera. No cruzaba a ningún sitio."

"Me pregunto si ella aún camina descalza por su casa."

"No tengo miedo de morir. Tengo miedo de no sentir nada si muero."

A veces, mientras todos dormían y la base era un murmullo de respiraciones y camiones que nunca dejaban de pasar, Riley se sentaba sola en los baños del módulo más alejado. Abría su cuaderno, lo hojeaba sin prisa, sin buscar nada, y luego lo volvía a cerrar sin haber escrito una palabra.

Era una rutina inútil. Pero le daba algo. Aunque fuera solo una pausa. Aunque fuera solo ese momento en que podía seguir siendo un poco más ella.

Porque fuera de eso, solo quedaba la máscara.

El uniforme. La obediencia. El silencio.

Una noche, durante una guardia particularmente dura, una explosión en la distancia hizo que todo el destacamento se pusiera en alerta. No fue nada grave, pero el sobresalto bastó para que muchos pasaran la noche en vela. Ella también. Esa madrugada, bajo el cielo raso, Riley se sintió pequeña otra vez. Como esa chica que se sentó en una litera con una carta sin entregar en las manos, creyendo que podía dejarlo todo atrás solo porque había aprendido a correr.

Y entendió —no de golpe, pero sí con la certeza de lo inevitable — que sobrevivir no era lo mismo que vivir. Que podía seguir

cumpliendo órdenes, podía seguir respirando y moviéndose como si nada doliera, pero en algún punto tendría que enfrentarse a la verdad: que estaba construyendo una vida sobre un silencio.

Un silencio con nombre y rostro.

El de June. Pensó en escribirle, pero no lo hizo.

Solo se dijo a sí misma, en un pensamiento tan leve que casi no se oyó: *algún día*.

Y eso fue todo.

Cuando volvió a su módulo, el cuaderno seguía allí. Cerrado. Esperando.

Como ella.

Como esa parte de sí que aún no había sido borrada del todo.

Capítulo 27

Riley: Presente

Había pasado la mayor parte del día evitando el contacto visual con cualquiera. Caminaba recta, como si la disciplina pudiera contener el desorden que llevaba dentro. Como si la fuerza de los pasos bastara para no caerse. Pero todo era un disfraz.

Riley sabía que no estaba bien.

Había logrado esquivar las preguntas de sus superiores con respuestas automáticas, frases de manual dichas con voz firme. No era la primera vez que lo hacía. Lo había aprendido desde el primer mes: si pareces fuerte, nadie pregunta. Si pareces ocupada, nadie se queda.

Pero el cuerpo no miente.

Esa tarde, en la tienda médica, mientras revisaba por quinta vez su cantimplora rota —una excusa absurda para pasar por allí sin justificación directa—, escuchó la voz de June hablando con una enfermera. No captó las palabras. Solo el tono. Tranquilo. Sólido.

Como si todo en ella siguiera intacto, pese a todo.

Riley pensó en irse. Podía hacerlo. Solo dar media vuelta. Nadie la detendría.

Pero sus pies no se movieron.

June la vio primero.

No dijo nada.

Tampoco sonrió.

Solo esperó.

Y Riley, sin saber muy bien por qué, dio un paso. Luego otro.

Hasta quedar frente a ella.

—¿Tienes un minuto? —preguntó. La voz más baja de lo que pretendía.

June asintió sin hablar. La llevó a una de las pequeñas habitaciones de descanso, apenas una camilla libre y una silla de metal. La puerta quedó entreabierta. Había silencio. No de esos

cómodos. De los otros. De los que contienen algo que no se atreve a romperse.

Riley se sentó en la silla. Apoyó los codos en las rodillas. Hundió la cara entre las manos.

Y entonces ocurrió.

No fue un llanto.

No fue una confesión inmediata.

Fue un temblor.

Pequeño. Incontrolable.

Como si su cuerpo, por fin, se diera permiso para soltar algo.

June no se acercó. No preguntó.

Solo esperó.

Riley levantó la cabeza. No lloraba. Pero sus ojos estaban vidriosos. Como si la presión de no romperse hubiese dejado una grieta en medio.

—Mi amigo… —empezó—. Mi compañero. El que… —no terminó la frase—. Era mi sombra. Íbamos juntos a todo. Las patrullas, los turnos de noche, hasta las tareas más absurdas. Siempre decía que no podía confiar en nadie más. Que el mundo era demasiado ruidoso para andar sin alguien que te cubriera la espalda.

June la miraba sin parpadear. No interrumpía.

Riley respiró hondo. El aire no bastaba.

—Esa noche, él iba delante. Solo dos pasos. Dos —repitió con un nudo en la garganta—. Yo lo vi. Vi el destello. Vi el momento exacto en que algo no iba bien. Pero no llegué. No fui lo suficientemente rápida.

Apoyó la frente sobre sus manos. Esta vez, no intentó contener la rabia.

—No llegué, June. No pude salvarlo.

Y con esa frase, por fin, algo dentro de ella se rompió.

La tienda médica olía a alcohol desinfectante y tierra mojada. Afuera acababa de llover. Dentro, todo estaba en silencio salvo por el zumbido de una lámpara de emergencia y el golpeteo monótono de los goteros. June no decía nada, pero tampoco se había ido. Seguía

sentada en el borde de la camilla, con los codos apoyados en las rodillas, como si no supiera bien qué hacer con su cuerpo. O con el de ella.

Riley no podía culparla.

—Se llamaba Jared —dijo al fin, sin mirarla.

Sus ojos estaban fijos en una de las cajas metálicas del armario. Tenía una abolladura en una esquina, y por algún motivo, eso le pareció importante. Como si concentrarse en ese detalle fuera más fácil que sostener la verdad.

—Era un capullo, la mayoría de las veces —continuó—. Pero… era mi capullo. Me sacaba de quicio y aun así, siempre sabía cuándo me pasaba algo. Siempre encontraba una forma tonta de hacerme reír.

Escuchó cómo June se acomodaba ligeramente en la silla, pero no respondió.

—No teníamos que estar en esa patrulla —siguió Riley—. Él lo sabía. Me dijo que no bajara del vehículo. Que él lo haría. Pero salí igual. Porque no iba a dejarlo solo. Nunca lo hacía.

Su voz se quebró levemente. No lo suficiente como para romperse, pero sí para dejar una grieta expuesta.

—No me dio tiempo a gritar. Solo… hubo un ruido. Un destello. Y luego, todo se llenó de tierra. Y sangre. Y de él.

Cerró los ojos con fuerza.

—Intenté hacerle compresión, aunque sabía que no servía de nada. Le hablé. Le dije que lo iba a sacar de allí. Pero él estaba mirando al cielo. Como si ya no me viera.

El silencio se hizo más denso. Riley tragó saliva. Sentía dolor en la garganta, en el pecho, en las manos.

—Después… vino todo lo demás. El transporte. El parte oficial. Las palabras vacías. "Murió en acto de servicio." "Fue rápido." "Hiciste lo que pudiste."

Se rió. Un sonido seco, sin pizca de humor.

—Lo que pude no fue suficiente.

Cuando por fin se atrevió a mirarla, vio que June tenía los ojos fijos en ella. No había lágrimas ni gestos de compasión exagerados.

Solo esa manera suya de mirar, como si pudiera ver más allá de las palabras.

—Y luego llegaste tú —añadió Riley, apenas en un susurro—. Como si el pasado y el presente hubieran decidido explotar en la misma semana.

June asintió, muy levemente.

—No tienes que explicarte —murmuró—. Pero gracias por hacerlo.

Riley se encogió de hombros. No sabía si lo había hecho por ella o por sí misma. Tal vez por ambas.

June se levantó. Por un momento, Riley creyó que se iría. Pero no lo hizo. Solo dio un paso, luego otro, y se quedó de pie frente a ella. Tan cerca que pudo oler el jabón de sus manos.

—Riley… —empezó.

Ella la miró sin poder pronunciar palabra.

—No sé cómo ayudarte. Pero estoy aquí.

Y esas palabras, simples, sin adornos, fueron como una grieta que se abría sin romper nada.

Riley asintió. Porque no podía hablar más. Porque, por primera vez en semanas, sentía que alguien la veía sin juzgarla.

Y esa noche, eso fue todo.

June no la tocó. No hizo el gesto de acercarse, ni le dio una palmadita en la espalda, ni intentó llenar el silencio con palabras torpes. Y eso, curiosamente, fue lo más reparador. Porque Riley no quería consuelo. No necesitaba que nadie le dijera que lo iba a superar. Lo único que necesitaba era lo que June le estaba dando: presencia. Quietud.

La sensación de que, aunque todo estuviera roto, alguien decidía quedarse.

La tienda se llenó de un silencio espeso. Afuera, la lluvia había vuelto, suave, persistente. Golpeaba la lona como un tambor lejano.

—A veces pienso que somos dos personas nuevas —murmuró June—. Que ya no somos aquellas adolescentes junto al lago. Que

todo eso quedó enterrado bajo el miedo, la distancia, las decisiones equivocadas.

—Y otras veces —susurró — siento que no hemos cambiado nada.

Riley no supo qué decir. Se limitó a observarla. Su rostro iluminado por la luz tenue. Las ojeras. Las pequeñas arrugas alrededor de los ojos que no estaban allí la primera vez que la besó.

Había algo desgarrador en comprobar cómo el tiempo había pasado sobre ambas sin borrar lo esencial.

—No vine aquí buscándote —dijo Riley—. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé.

—Pero ahora estás aquí.

June asintió lentamente.

—Y tú también.

Riley quiso decir que no sabía qué hacer con eso. Que no tenía ni idea de cómo se repara algo tan roto. Pero no hizo falta. June ya lo sabía. Estaba en su expresión. En la forma contenida en que respiraba, como si temiera que cualquier palabra pudiera abrir una herida nueva.

—Me cuesta dormir —confesó ella.

—A mí también —respondió June.

Se quedaron así. Sentadas. Sin tocar el pasado. Sin nombrar el futuro.

Solo siendo, por una vez, sin armadura.

—Me alegra que no te hayas ido —dijo June, tras un largo silencio.

—A mí también —susurró Riley.

Y allí, en aquella tienda médica, entre gasas, silencio y lluvia, comprendió que a veces no se trata de volver al lugar donde una fue feliz.

A veces, solo se trata de dejar de huir.

El generador zumbaba de fondo, marcando el pulso de la base con su ronroneo constante. Afuera, la lluvia se había vuelto más

fina, casi imperceptible, pero dentro de la tienda el aire seguía cargado. No de humedad. De algo más denso. Más íntimo.

De todo lo que no sabían cómo nombrar.

Seguían allí, sentadas en dos sillas de plástico, enfrentadas, con las rodillas casi tocándose y las palabras ya dichas flotando entre ellas como una tregua silenciosa. Era extraño, pero después de tanto tiempo, de tanta distancia y de tantas capas de armadura, era justo ese silencio lo que más se sentía.

Riley no quería moverse. No quería romper el hechizo frágil de esa noche. Pero sabía que no podían quedarse así para siempre.

June desvió la vista hacia el estante donde se acumulaban los informes médicos. Luego volvió a mirarla. Sus ojos, oscurecidos por la sombra de la lámpara, no contenían rencor. Solo un cansancio honesto. Y algo más. Algo que parecía querer quedarse.

—No estoy aquí para que me pidas perdón —dijo—. Ni para hacerte sentir culpable. Solo quiero saber si sigues siendo tú.

—¿Y…? —preguntó Riley, con un hilo de voz.

—Sí —respondió June sin dudar—. Sigues siendo tú. Aunque duela. Aunque ya no seamos las mismas.

Riley se llevó una mano a la nuca. No sabía qué hacer con lo que provocaban esas palabras. No era alivio. Tampoco felicidad. Era una especie de vértigo suave, como si el suelo se moviera bajo sus pies. Como si le hubieran quitado un peso sin previo aviso.

—A veces me gustaría poder volver —confesó—. A esa noche en el lago. Antes de que todo se rompiera. Solo para quedarme allí un rato más. Solo para no tener que decidir nada.

June asintió despacio. Lo entendía. Y se notaba.

—Yo también —dijo—. Pero ahora estamos aquí. No sé qué haremos con eso. Pero estamos.

Y no hacía falta más. No en ese momento.

Riley se inclinó hacia adelante. No mucho. Solo lo suficiente como para que sus frentes casi se rozaran. June no se apartó. Tampoco avanzó. Fue solo eso: cercanía sin promesa. Intimidad sin palabras.

Se quedaron así durante largos segundos. Respirando en el mismo espacio. Compartiendo ese intervalo donde ninguna tenía que ser fuerte.

La tienda era un refugio extraño, pero por una noche, fue suficiente.

—Buenas noches, June —murmuró Riley.

Ella no respondió al instante. Solo la miró con una expresión que no necesitaba traducción. Y luego dijo, muy bajito:

—Descansa, Riley.

Riley salió de la tienda sin volver la vista atrás. No porque no quisiera verla, sino porque por primera vez sabía que no hacía falta.

Ella estaba ahí. Y ella también. Por fin.

Capítulo 28

June: Pasado

La residencia olía a humedad y libros viejos. Ese aroma persistente que parecía haberse instalado para siempre entre las paredes blancas amarillentas, idénticas a las de cualquier edificio estudiantil del mundo. Las lámparas del pasillo parpadeaban con la lluvia, como si también se sintieran cansadas. Pero esa noche, por algún motivo, todo parecía distinto. Más definido. Más presente. Como si el tiempo hubiera hecho una pausa para observarla.

La habitación era pequeña: dos camas enfrentadas, un escritorio invadido por apuntes y tazas de café a medio terminar, una ventana que apenas se abría y daba a un patio interior donde nunca pasaba nada. Su compañera de cuarto había avisado que pasaría la noche en casa de su novio. Así que el silencio se había adueñado del espacio, no con incomodidad, sino con la inevitable densidad de una manta gruesa en pleno invierno.

Llevaba una semana sin escribirle a Riley. No porque hubiese decidido cortar esa costumbre, sino porque ya no sabía qué decirle. Tenía un cuaderno entero lleno de cartas no enviadas, pero últimamente las palabras no fluían. Se le quedaban atascadas como si incluso el papel hubiera empezado a cansarse de ella.

Entonces llamaron a la puerta.

Era Emma. Una de las chicas de anatomía. La había conocido en una clase práctica, etiquetando estructuras en una mesa de disección. Pelo corto, teñido de un castaño rojizo, y una voz grave que evocaba humo y libros antiguos. A veces hablaban después de clase, compartían almuerzos. Le gustaba su manera de hablar. Cómo no le temía a los silencios.

—¿Puedo pasar? —preguntó Emma, con una carpeta apretada contra el pecho.

Ella asintió y la dejó entrar. Emma se sentó en su cama sin esperar indicación.

—Dijiste que ibas a explicarme lo de la disección de cuello —dijo, aunque no llevaba apuntes.

Ella se sentó a su lado, abrió el libro, le señaló una ilustración. Pero Emma no la miró.

—¿Estás bien? —preguntó, al cabo de un rato.

La suavidad de esa pregunta la desconcertó más que su contenido. Como si Emma pudiera ver algo que nadie más veía.

—Sí —mintió.

Emma no insistió. Solo se acercó un poco más. La pierna de una rozó la de la otra. El aire cambió de temperatura, o tal vez fue el cuerpo de ella. Su pecho, su estómago, su cabeza, volviéndose más densos.

Y entonces, sin aviso, sin permiso, Emma se inclinó y la besó.

No fue torpe. No fue brusco. Ni siquiera fue inesperado.

Y, sin embargo, no sintió nada.

Nada verdadero. Nada que la moviera. Nada que doliera.

No la apartó. No reaccionó. Porque lo que dolía no era ese beso.

Era el nombre que le vino a la mente mientras esos labios rozaban los suyos: Riley.

Emma se apartó apenas unos centímetros y la miró, esperando algo que no llegó. El rostro de ella era una máscara tranquila, pero por dentro todo era desolación. No rechazo. No incomodidad. Solo la certeza brutal de que su corazón no estaba disponible. De que algo dentro de ella seguía atado a una ausencia.

Emma desvió la mirada y se alejó con delicadeza. No dijo nada. No pidió disculpas ni reprochó. Solo se sentó bien, colocándose el pelo detrás de la oreja.

—Perdona —murmuró al cabo de unos segundos—. Creí que… había algo.

—No pasa nada —respondió ella. Porque no había otra cosa que pudiera decir.

Mentirle habría sido cruel. Decirle la verdad, aún peor.

Emma se levantó. Recogió su carpeta del suelo y se detuvo un instante antes de salir.

—Espero que lo que sea… no duela tanto —susurró.

Y se marchó.

El clic metálico de la puerta resonó como un eco conocido. La habitación volvió a llenarse de ese silencio tibio, que ahora se sentía insoportable. Ella permaneció sentada, sin moverse, con los labios secos y el pecho saturado.

No lloró por Emma . No por lo que no había sentido. Lloró, esa noche, por lo que seguía sintiendo.

Se levantó. Caminó hasta el escritorio. Tomó el cuaderno donde guardaba todas las cartas no enviadas.

Pasó las páginas con dedos temblorosos. Algunas cartas eran largas, otras apenas ocupaban media hoja. Había rabia. Había ternura. Todas escritas con esa letra precisa que había perfeccionado en las clases de química del instituto.

Tomó una hoja nueva.

Y escribió.

Riley,

No sé si alguna vez vas a leer esto. Ni siquiera sé si quiero que lo hagas. Pero necesito que exista. Necesito ponerlo en algún sitio que no sea mi pecho.

Hoy alguien me besó. No sentí nada. No porque no me gusten las chicas. Sino porque no eras tú.

Porque, por mucho que pase el tiempo, sigues ahí. En cada rincón. En cada paso que doy. No como un fantasma, sino como una raíz.

Quiero olvidarte. Lo juro. Lo intento todos los días. Pero incluso en eso fracaso.

Quizá sea eso lo que me enseñó el dolor: que no todo se supera. Que algunas cosas simplemente se aprenden a cargar.

Cerró el cuaderno sin releer la carta. La tinta aún húmeda parecía absorber su cansancio, su impotencia, sus ganas estancadas de

avanzar. Dejó el bolígrafo y se levantó.

La habitación se le antojó estrecha, el aire atrapado. Abrió la ventana, aunque solo fuera un poco. El olor a tierra mojada y hojas podridas del octubre entrante llenó el espacio. Afuera, el mundo seguía. Las luces de la residencia se reflejaban en los charcos. Risas apagadas de estudiantes resonaban a lo lejos. Vidas en marcha.

Y ella allí. Atascada entre lo que fue y lo que aún no sabía construir.

Se tumbó en la cama. El colchón crujió. Cerró los ojos, no para dormir, sino para detener esa marea interna que no dejaba de repetirse.

No era ya Riley, no del todo. Era el hueco que había dejado. La parte de sí misma que había quedado expuesta. El vacío que obligaba a mirar con brutal honestidad lo que había perdido.

La universidad la absorbía. Estudiar medicina no era solo aprender a curar. Era aprender a endurecerse. A separar el dolor del deber. A disociar.

Y, sin embargo, no conseguía aplicar esa frialdad a su vida.

Podía memorizar diagnósticos complejos, pero no sabía cómo nombrar lo que le faltaba.

Y eso, era Riley.

No como salvadora. Sino como ese lugar donde había sido ella sin máscaras. Sin miedo.

Pensó en escribirle de verdad. En buscar una dirección. En enviar una carta real. Pero no sabía dónde estaba Riley. Ni si aún pensaba en ella. Y, más que eso, no sabía si soportaría el silencio si no recibía respuesta.

Así que no lo hizo.

No la buscó.

Pero no dejó de escribir.

Cada carta no enviada era como una línea más en su piel. Una cicatriz invisible. Un mapa de todo lo que no había sabido decir a tiempo.Al mirar al techo, supo que su compañera aún no regresaría. Emma tampoco volvería. Y estaba bien. No quería más miradas

cargadas de ternura si no era capaz de devolverlas. Tal vez ese fuera su castigo. O tal vez, simplemente, era su manera de seguir amando a alguien que ya no estaba.

La lluvia empezó cerca del amanecer. No llegó con dramatismo. No trajo truenos ni ráfagas violentas. Era una de esas lluvias suaves, persistentes, que parecen brotar del propio cielo en lugar de caer. Golpeaba los cristales con una paciencia casi maternal, como si viniera a recordarle que el mundo seguía girando aunque ella se hubiera detenido.

Cuando abrió los ojos, no supo si había dormido o solo descansado con los párpados cerrados durante unas horas. La carta seguía donde la había dejado, en el borde de la mesa. No la tocó. No hacía falta releer lo escrito. Aquellas palabras no estaban pensadas para nadie más que para sí misma. Eran su forma de resistir. De no deshacerse.

Se vistió en silencio, sin encender la luz. Jeans. Sudadera. El abrigo azul oscuro que su madre le había regalado al llegar, ese que rara vez usaba. Y bajó a la calle.

Caminó sin rumbo durante más de una hora. Cruzó el campus vacío a esa hora en que aún no han despertado los pasillos ni las aulas. Vio a los primeros corredores, auriculares puestos, cuerpos en movimiento como si respondieran a una voluntad ajena. Algunos la miraron. Otros no. Pero ella siguió caminando.

Llegó al lago artificial al otro lado del campo de ciencias. No tenía encanto, pero sí unos bancos de madera sin respaldo y unos cuantos sauces llorones que crecían junto al agua. Se sentó. Respiró.

Y pensó en cómo había cambiado su vida desde aquel otro lago, el verdadero, el del pueblo.

Donde se habían metido vestidas.

Donde Riley la miró y no apartó la mirada.

Donde sintió, por un instante, que el mundo podía contenerlas.

Apretó las manos sobre las rodillas. El frío del banco le traspasaba el abrigo, pero no le importó.

Por primera vez, se preguntó si Riley también pensaba en ella. Si recordaba sus manos entrelazadas. El olor a tierra mojada. El miedo compartido. O si, por el contrario, había arrancado esa parte de sí como quien se saca una astilla y la olvida.

Ella no podía.

Había aprendido a caminar sin Riley. A atender urgencias, a emitir diagnósticos, a fingir estabilidad.

Pero olvidar era otra cosa.

Cuando el frío le caló hasta los huesos, se levantó. De regreso a la residencia, se detuvo en una librería de segunda mano. Compró un cuaderno nuevo.

Esa noche, al abrirlo, escribió en la primera página:

"No te escribo para que vuelvas. Te escribo porque sigo aquí, incluso sin ti."

Con el paso de los días, algo empezó a cambiar. No fue repentino. No fue obvio. Era como mirar una planta que crece mientras no la observas, o como el invierno que se retira en silencio hasta que, una mañana, ya no hace falta la bufanda.

Volvía a clase. Estudiaba. Se relacionaba lo justo. Emma le escribía de vez en cuando, con mensajes suaves, sin exigencias. Ella respondía. Con cortesía. Sin entusiasmo. Nunca con una invitación. No porque rechazara su presencia, sino porque había algo en su interior que seguía cerrado. No era una puerta. Era una casa entera. Cada habitación con las luces apagadas, las ventanas atrancadas.

A veces se cruzaban por el campus. La otra le sonreía. Ella devolvía el gesto. Nada más. Y una tarde, la chica dejó de escribir.

No dolió. Tampoco trajo alivio. Solo confirmó lo que ya intuía: no era incapaz de amar a otras mujeres. Es que aún no había dejado de amar a Riley.

Comprendió que ese amor no dependía del tiempo, ni del contacto, ni de la proximidad. Era otra cosa. Más honda. Más antigua. Como una verdad íntima que no necesitaba pruebas nuevas

para seguir existiendo. Como un hueso roto que nunca sanó del todo. Sabía que si lo tocaba, dolía. Pero eso no lo hacía desaparecer.

Y aun así, también entendía que no podía quedarse allí para siempre.

Había una vida por construir. Un presente que la llamaba. No podía seguir escribiendo cartas a alguien que quizá ya no pensaba en ella. No podía seguir usando el dolor como único recordatorio de que, una vez, había sentido tanto.

Esa noche, en la quietud de la habitación, abrió el cajón donde guardaba los cuadernos. Estaban allí, alineados con una delicadeza que parecía casi ritual. Cuerpos dormidos llenos de palabras. De cartas que nunca salieron. De pensamientos inconclusos. De silencios transformados en tinta.

Los apiló con cuidado.

No los rompió. No los quemó.

Solo los ató con una cinta y los guardó en una caja más grande, en el fondo del armario.

No fue un cierre.

Fue un aplazamiento.

Un recordatorio de que lo que había sentido era real, pero que ahora tocaba otra cosa: continuar. No olvidarla. Pero tampoco vivir en pausa.

Al apagar la luz, se sentó unos segundos en la cama. Escuchó los sonidos familiares del pasillo: tuberías vibrando, una voz lejana, el crujido de una puerta cerrándose en otra habitación. El mundo seguía girando.

Y por primera vez en mucho tiempo, ella decidió girar con él.

Capítulo 29

June: Presente

Había una hora del día, justo después del turno de noche y antes de que el sol calentara el polvo, en la que todo parecía suspendido. La base entera respiraba más despacio, como si incluso el ruido de fondo se rindiera por un instante. Era en ese momento cuando June la vio: Riley, junto al contenedor de suministros.

No supo si había sido una coincidencia. Tal vez sí. Tal vez no. Allí, las coincidencias eran tan escasas como los segundos de verdadero silencio. Pero ahí estaba, organizando vendas, concentrada en algo pequeño, tangible. No levantó la vista hasta que June estuvo demasiado cerca como para dar media vuelta sin parecer cobarde.

—Hola —murmuró Riley, sin dejar de mirar lo que tenía entre manos.

June asintió. Se esforzó por parecer natural, aunque ya no estaba segura de lo que eso significaba cuando se trataba de ella.

El aire estaba cargado. No de polvo. No de calor. Sino de todo lo que no se habían dicho desde aquella noche.

Riley le ofreció una gasa sin mirarla. Sus manos se rozaron. No era la primera vez que ocurría. Pero esa vez… esa vez June no retiró la suya.

Sintió el temblor. No supo si era el de Riley o el suyo propio.

No se miraron. No todavía.

Se quedaron así, como si ese contacto accidental las hubiera clavado al suelo. Un segundo. Luego otro. Y otro más.

—¿Estás bien? —preguntó Riley, con una voz ronca, como si llevara horas sin usarla.

—Sí —respondió June. Y no era del todo mentira.

Guardó las gasas en una caja y cerró la tapa con cuidado. Riley seguía a su lado, inmóvil. No necesitaba girarse para percibir su presencia. La sentía en la respiración lenta, en la manera en que su

cuerpo ocupaba ese espacio ambiguo entre lo que fue y lo que ya no sabían nombrar.

Una ráfaga leve de polvo se alzó con la brisa. Ninguna se movió.

June pudo haber dicho algo. Pudo haber hecho alguna pregunta. Pero lo que la atravesaba no necesitaba palabras. Y lo que la retenía era más fuerte que cualquier impulso de hablar.

Entonces, Riley le tocó la muñeca.

No fue un gesto brusco. Tampoco tierno.

Fue una llamada silenciosa.

Y June no se alejó.

La piel le ardió justo en el punto donde los dedos de Riley la tocaron. Una chispa mínima. Pero suficiente.

Se miraron.

Los ojos de Riley tenían la misma expresión que la noche de la tormenta. Culpa. Deseo. Miedo. Una mezcla que no se había ido. Que tal vez nunca se iría.

No dijeron nada. Y sin embargo, lo que se movía entre ellas era tan denso que parecía cortarse con una navaja.

No hubo beso. No hubo confesión. Pero algo, dentro de June, se rompió. O tal vez se abrió.

Porque en ese roce de dedos, en ese susurro de piel contra piel, había más verdad que en todas las palabras que no se habían dicho.

Riley la miró de un modo extraño, con una mezcla de cansancio y determinación. Como si llevara días conteniéndose. Como si también le pesara la quietud. Sus dedos seguían en la piel de June, con una presión suave, sostenida, que no exigía, pero tampoco se retiraba.

Riley había cambiado. June lo notaba en sus silencios, en la forma de respirar antes de hablar. Como si midiera cada palabra. Pero también seguía siendo ella. La misma que se quedaba callada durante horas en el asiento del coche solo para no irse aún. La que escribía en los márgenes de sus cuadernos cuando creía que nadie la miraba.

El gesto se rompió. Riley retiró la mano. Pero algo de ella quedó en la piel de June. Entonces se dio cuenta de que había estado

conteniendo el aire. Exhaló despacio.

—¿Puedo quedarme un momento? —preguntó Riley.

June la miró. Estaba frente a ella, pero parecía pedir permiso para existir en su espacio. Como si aún no creyera que podía formar parte de su vida otra vez. O como si supiera que ya no dependía solo de ella.

Asintió. Se apoyó contra el borde del contenedor. Riley hizo lo mismo, a pocos centímetros.

El sol empezaba a subir, pero aún no quemaba.

Pasaron varios minutos sin hablar. Dejaron que el silencio las envolviera. No era un silencio tenso, sino uno que se daba entre dos personas que habían aprendido a escucharse sin llenar los huecos.

Entonces, Riley habló.

—Pensé que nunca más iba a estar tan cerca de ti.

Su voz fue baja, apenas un murmullo. La frase no sorprendió a June, pero la atravesó igual.

No respondió. No porque no tuviera palabras, sino porque ninguna le parecía justa.

Solo la miró.

Riley bajó la vista. Jugó con una costura suelta de su uniforme. En ese gesto cabía todo: la fragilidad, la contención, el arrepentimiento, el intento.

No se tocaron. No se miraron.

Pero entre ambas, algo ya no era solo pasado.

Algo latía. Muy despacio. Como el eco de una vida que aún no sabían si salvar.

Las horas antes del amanecer siempre habían tenido algo de mentira. El aire se sentía más frío de lo que debería. El cuerpo dudaba entre seguir en pie o buscar una cama. Y todo lo que estaba mal parecía más evidente bajo esa luz tenue que no alcanzaba a ocultar las grietas.

Estaban sentadas juntas, sin hablarse. Pero la conversación continuaba de otra forma. Como si el silencio hubiera aprendido a

traducirse entre ellas. Un idioma sin reglas, incompleto, pero que ambas entendían igual.

Riley se inclinó hacia delante. Apoyó los codos sobre las rodillas y entrelazó las manos. No parecía incómoda, pero había algo en su postura que hablaba de agotamiento. No solo físico. Había en ella un tipo de cansancio más profundo, el de quien arrastraba una guerra que había empezado mucho antes de la que ahora libraba fuera de la base.

June no sabía cómo se hacía eso. Cómo se volvía a estar al lado de alguien que te había roto sin quererlo. No conocía el modo correcto de decir: *estoy aquí, aunque aún no te perdone, aunque aún no me perdone yo*.

Pero no se había movido.

Y para ellas, eso ya era algo.

—¿Crees que algún día… —empezó a decir Riley, antes de detenerse—, que algún día podremos hablar de todo sin que duela?

La pregunta no la sorprendió. Pero el temblor en su voz, sí.

June pensó en todas las respuestas posibles. En las formas de decir "sí" sin mentir. En los matices que había entre el perdón y el olvido.

—Tal vez no —respondió con calma—. Pero podríamos aprender a vivir con lo que duele.

Riley asintió. No quedó claro si lo hacía porque aceptaba la respuesta o porque no tenía fuerza para discutirla.

El amanecer comenzaba a empujar la oscuridad. Aún no lo veían, pero el cielo había empezado a aclararse. Un azul más pálido, más frágil, como si el día intentara nacer sin hacer ruido.

—¿Y tú? —preguntó Riley de pronto—. ¿Has aprendido?

June tardó en entender a qué se refería.

—¿A vivir con lo que duele?

Riley asintió otra vez, sin levantar la mirada.

La respuesta de June fue tan honesta como inevitable.

—Estoy aprendiendo.

Y era cierto.

Estaba aprendiendo que el dolor no desaparecía con el tiempo, sino con la verdad. Que no se curaba evadiéndolo, sino mirándolo de frente. Que aceptar no tener respuestas también formaba parte de la historia.

El viento alzó algo de polvo. Una de las lonas del puesto médico se agitó. Desde dentro de la tienda, se oyeron pasos. La base empezaba a desperezarse. Pero ellas aún estaban a salvo en esa rendija del tiempo donde no se requerían decisiones. Solo presencia.

Riley se pasó una mano por el cuello. Tenía una cicatriz pequeña, apenas visible, cerca de la clavícula. June la vio, pero no preguntó. No todavía.

Esa noche no era para explicar. Era solo para estar.

Y aunque el día empezaba a crecer detrás de ellas, ninguna pareció dispuesta a moverse.

June se sorprendió de lo fácil que era olvidar que estaban en medio de una base militar. Que afuera había armas, alarmas, órdenes. Que allí donde terminaba esa lona, todo seguía igual de hostil que unas horas antes. Pero en ese rincón, donde el aire se sentía menos denso y los cuerpos menos alerta, había otra realidad. Una donde no era necesario decirlo todo. Bastaba con no marcharse.

Riley estiró las piernas. Suspiró. Era un gesto pequeño, pero June lo interpretó como un signo: estaba bajando la guardia. No del todo. Pero lo suficiente.

No sabía si era la madrugada, la intimidad del espacio o la acumulación del cansancio. Tal vez era simplemente el tiempo. Pero por primera vez en mucho tiempo, no sentía que estuvieran en extremos opuestos de una línea invisible.

Riley la miró. Y esta vez, June no apartó la vista.

—Yo también intenté olvidarte —susurró Riley—. Me dije muchas veces que era mejor así. Que lo que sentí no era real. Que me lo había inventado. Pero luego recordaba cómo me mirabas. Cómo no me pedías nada, y aún así, me dabas todo sin saberlo.

A June le temblaron los dedos. No supo si por las palabras o por el modo en que habían sido dichas. No había dramatismo en ellas.

Solo una verdad que sonaba más a confesión que a intento de redención.

Podría haberle tomado la mano. Podría haberla rozado.

Pero no lo hizo.

No todavía.

En lugar de eso, se acercó apenas unos centímetros. No supo si Riley lo notó. Pero no se alejó.

—Nunca fue culpa tuya —dijo en voz baja—. Nunca esperé que supieras cómo quedarte si nadie te enseñó a hacerlo.

Riley sonrió. Pero fue una sonrisa triste. Una de esas que dolían más que cualquier llanto.

—A veces pienso que aún no lo sé.

—Entonces estamos igual —murmuró June.

Y por un instante, pareció que todo desaparecía. La guerra. Las cartas no enviadas. Las huidas. Todo se reducía a eso: dos personas que no sabían si tocarse, que no sabían aún cómo reconstruir un puente, pero que habían dejado de huir.

Habían dado el primer paso.

La conversación se desvaneció como se enfría el té olvidado sobre una mesa. No había más palabras. No porque no existieran. Sino porque decirlas sería cruzar una línea para la que aún no estaban listas.

No se miraron de nuevo.

O no del todo.

Riley apoyó la espalda contra una de las cajas apiladas. Se recogió el cabello en un moño rápido, ese gesto tan suyo, tan despreocupado, que siempre había funcionado como escudo. June se llevó los dedos a la muñeca, allí donde la había tocado antes. Aún sentía la electricidad.

No había sido un accidente. Lo sabían. No fue nada. Y, al mismo tiempo, fue todo.

Ese instante exacto en el que el cuerpo traicionaba al miedo.

Ese punto mínimo donde no se producía un beso, pero se experimentaba el vértigo de lo que pudo haber sido.

La noche avanzaba, densa y sin promesas.

Afuera, las luces seguían encendidas. El zumbido del generador se mezclaba con el murmullo constante de la base. Dentro de esa tienda, sin embargo, todo parecía suspendido. Como si aquella escena se hubiera desarrollado en un paréntesis. Uno que no se repetiría.

—No sé si quiero volver a ser quien era antes —dijo Riley, con la mirada perdida.

June no supo si se refería a la soldado, a la adolescente que huyó, o a la que la rompió sin saber sostener lo que habían construido. Tal vez hablaba de todas. Tal vez de ninguna.

Ella tampoco respondió. No con palabras.

Se movió.

No hacia ella.

Pero sí lo suficiente como para que sus rodillas se rozaran.

Un contacto apenas perceptible. Pero suficiente.

Riley se tensó un segundo. Y luego cerró los ojos.

Era tan fácil volver a ese lugar donde casi fueron. Lo difícil era quedarse allí. No caer. No huir.

June respiró.

—A veces pienso que sigo siendo esa chica del lago —susurró—. La que no supo qué hacer contigo.

—Y yo la que huyó porque te quiso demasiado —dijo Riley.

Y entonces, el silencio volvió a ser necesario.

Se quedaron así, respirando al mismo ritmo. Con los cuerpos quietos y la memoria encendida. Con el pasado aún ardiendo entre las costuras de la ropa.

No ocurrió nada más.

Pero fue como si hubiera ocurrido todo.

Cuando June se levantó, lo hizo despacio, como si el gesto pudiera romper algo. Se detuvo en la entrada de la tienda. Miró hacia atrás.

Riley seguía allí. Sentada. Quietamente presente.

No sonreía.

Pero ya no la miraba con miedo.

Había algo en su expresión que no tenía antes.

Algo parecido a la esperanza.

—Buenas noches, Riley —dijo June en un susurro.

Riley asintió.

No respondió con palabras.

Pero cuando June salió de la tienda, sintió su mirada en la espalda.

Y por primera vez en mucho tiempo, no le pesaba.

Le abrazaba.

Capítulo 30

Riley: Pasado

Había algo ritual en el gesto. Siempre al final del día, cuando el ruido se apagaba, cuando la arena dejaba de batirse en el aire y el cielo se teñía de un rojo sucio que parecía eterno, Riley sacaba el cuaderno.

No era un cuaderno de campaña, de esos estándar que te daban en la base para registrar incidentes, misiones, inventarios. No. Este tenía las tapas blandas, algo desgastadas. Había sido suyo desde antes. Desde antes de ser la soldado Maddox. Desde antes del uniforme, antes del desierto, antes del calor que no se iba ni de noche. Desde Kansas, incluso. De una papelería cualquiera. Lo había metido en la mochila como si supiera que necesitaría escribir cosas que no quería olvidar.

Lo había abierto por primera vez en la base de adiestramiento. La carta que escribió entonces era corta, desordenada, confusa. Ni siquiera firmó. Solo escribió "June" al principio, y lo demás salió como si le abrieran el pecho y las palabras se vertieran solas, sin estructura ni destino.

Aquella primera carta estaba llena de miedo.

Luego vinieron otras. La mayoría en lugares donde nadie la conocía. Entre jornadas agotadoras. Bajo un sol que le rajaba los labios. En tiendas de campaña donde la oscuridad era más real que el sueño. Siempre era lo mismo: sentarse en el borde de una litera, entre botas ajenas, olor a metal y cuerpos sucios, y empezar con su nombre. "June."

Ese nombre era el único lugar donde podía descansar.

No enviaba las cartas. Nunca las firmaba con su nombre completo. No ponía dirección. Algunas veces las rompía y volvía a escribirlas de memoria, como si las palabras no pudieran existir solo una vez. Pero no destruía las versiones antiguas. Las guardaba. Las doblaba con cuidado y las metía entre las páginas del cuaderno.

Una vez, una compañera de patrulla la encontró escribiendo de madrugada. "¿Es tu novia?", preguntó con voz somnolienta. Riley no respondió. Solo dijo: "Es… alguien a quien le debo demasiadas respuestas." Y luego siguió escribiendo.

A veces pensaba en quemarlas. En una misión de vigilancia, tuvo que pasar la noche en un puesto de observación con poco más que una linterna, un fusil y una manta. Hacía frío. Se sacó la carta más reciente del bolsillo interior y la sostuvo sobre la llama. El papel empezó a crujir, a cambiar de color en los bordes. Pero no siguió. Apagó el fuego con los dedos y la volvió a guardar. Aquel trozo chamuscado sigue entre las demás, como una advertencia.

Las dejaba ahí. Dormidas. Como parte de algo que necesitaba seguir existiendo aunque no se moviera. Como piedras que se acumulan en los bolsillos de alguien que cruza un río sin querer tocar el fondo.

A veces escribía una cada semana. A veces pasaban meses. Pero siempre volvía. Porque cuando no sabía quién era, cuando el mundo se desdibujaba entre detonaciones y órdenes gritadas, escribirle a June la devolvía a sí misma.

Aunque June nunca las recibiera. Aunque no las leyera jamás.

La más reciente la escribió en un hospital de campaña en mitad de ninguna parte. Una misión de apoyo en una zona que no salía en los mapas civiles. Habían montado camillas bajo una carpa improvisada, y el polvo lo cubría todo: los vendajes, los uniformes, los pulmones. Riley había pasado más de veinticuatro horas sin dormir, con la sangre de alguien más en las manos, y aun así, antes de cerrar los ojos, sacó su cuaderno.

La carta empezó con un temblor. No en la mano, sino en el pecho.

"Hoy pensé que iba a morir. No fue heroico. No fue épico. Fue solo… probable. Y me di cuenta de que si eso pasaba, tú no ibas a saber nada. Ni siquiera que seguías en mi cabeza cada día."

Lo dejó ahí. Cerró el cuaderno. Y esa vez, en lugar de guardarlo, lo abrazó contra el pecho como si sirviera de escudo.

Desde entonces, no volvió a escribir durante semanas.

Pero las cartas anteriores seguían ahí, escondidas en su mochila. Nunca las mezclaba con otras cosas. No estaban con las placas de identificación, ni con el pasaporte, ni con el dinero de emergencia. Estaban en su propio rincón. Una suerte de altar portátil. Un archivo de todo lo que no pudo decir en voz alta.

Cuando cambiaron de base por tercera vez, tuvo miedo de perderlas. En el traslado, una de sus bolsas fue extraviada durante más de tres días. Riley no podía dormir. No por las botas, ni por los objetos personales, ni siquiera por el cuchillo reglamentario. Solo por esa bolsa pequeña. Esa donde llevaba todas las cartas. Pensó en lo que pasaría si alguien las leía. Si otro soldado encontraba su nombre escrito una y otra vez en páginas sin fecha. Si alguien supiera cuán poco soldado era en esas líneas.

Al recuperarla, se encerró en los baños con la excusa de una ducha larga. Abrió la bolsa. Estaban todas. Unas dobladas tres veces. Otras con los bordes desgastados. Algunas aún olían a polvo y sal. Riley no lloró, pero sí se permitió un suspiro profundo. Luego, con manos casi ceremoniales, las volvió a colocar en orden. Las contó. Doce. Doce cartas en tres años.

Doce versiones de sí misma, rotas, solas, esperando.

Nunca escribió con la esperanza de que un día llegarían a June. Ni siquiera con el deseo de tener una respuesta. Escribir era sobrevivir. Era la única manera de no endurecerse por completo.

En los campos de entrenamiento les enseñaban a correr, a disparar, a desensibilizarse al miedo. Nadie les enseñaba a no romperse por dentro. Nadie hablaba de los hilos invisibles que aún te atan a una casa, a un nombre, a una persona que, en otro tiempo, te sostuvo la mirada sin pedirte que fueras otra.

June era eso.

La que la había mirado cuando ella aún no sabía mirarse.

En una de las primeras bases donde estuvo —un campamento árido, con temperaturas que rozaban los cincuenta grados durante el día—, escribió una carta bajo una linterna diminuta, cuando todos

dormían. La lona de la tienda se agitaba por el viento caliente y seco. Afuera, el desierto se extendía como una piel agrietada. Adentro, Riley sostenía el bolígrafo con los nudillos blancos, como si escribir fuera lo único que podía hacer para no desaparecer.

"Hoy soñé contigo. No con una imagen concreta, ni con un recuerdo. Soñé con tu voz. Solo eso. Con cómo me decías mi nombre, como si no hiciera falta nada más para que yo supiera quién era."

Esa carta fue más corta que las demás. Apenas un párrafo. Pero le costó más que ninguna otra.

A veces pensaba en quemarlas. En dejar de cargar con ellas. Eran un peso. Una reliquia de algo que ya no existía. O quizás sí. Quizás eso era lo más doloroso: que existía, pero lejos. Existía en otro idioma. En otra vida. En otra piel.

Una madrugada, en una base junto al mar, la carpa donde dormían tembló por una tormenta repentina. Riley se despertó empapada de sudor frío, aunque la temperatura había bajado. Se incorporó, temblando, sin saber si era por el sueño o por el sonido del viento azotando las lonas. Buscó su mochila, la abrió con los dedos torpes y sacó las cartas. Solo necesitaba tocarlas. Saber que seguían ahí.

Esa noche escribió una más.

"Me gustaría contarte que estoy bien. Que me acostumbré. Que ya no me duele todo esto. Pero sería mentira. No estoy hecha para esto, June. A veces pienso que estoy deshaciéndome poco a poco. Pero hay días… hay días en que te imagino leyéndome, y entonces recuerdo quién soy."

Esa fue la única carta que firmó con su nombre completo. Riley Maddox. Como si dejarlo escrito fuera una forma de reafirmarse. Como si, entre todo lo que había perdido, aún pudiera sostener su identidad con tinta.

Con el tiempo, dejó de escribir tan seguido. No porque doliera menos. Sino porque dolía más. Porque cada vez que lo hacía, tenía que abrir una herida que el uniforme no curaba. Porque nombrar a

June era invocar un hogar, y no siempre se tiene fuerza para recordar que uno no lo tiene.

Pero nunca dejó de pensar en ella.

A veces, el sonido de una voz al otro lado del campamento la confundía. Le parecía que alguien decía "June". Que la llamaban por error. Se detenía. Esperaba. Pero era otra cosa. Otro nombre. Otra orden. Otra vida.

Y sin embargo, cada vez que eso pasaba, tocaba su mochila. Asegurándose de que las cartas no se hubieran desvanecido.

Como si pudieran borrarse.

Como si no estuvieran ya tatuadas en su cuerpo.

El desierto cambió por jungla. Luego, por costa. Luego, por una ciudad que nunca aprendió a pronunciar correctamente. Las coordenadas se volvían difusas con el tiempo, pero las cartas seguían multiplicándose. Algunas las escribía en servilletas, en el reverso de formularios militares, en cuadernos a medio usar. No todas sobrevivieron. Una vez, la lluvia se coló en su tienda y borró medio sobre. Otra, el viento arrastró una hoja antes de que pudiera doblarla. Aún así, no se detuvo. Como si el mero acto de escribir, aunque nadie leyera, fuera una forma de no desaparecer del todo.

No había patrón. A veces eran cartas largas, casi monólogos. Otras, apenas dos líneas. En una escribió: "Hoy vi a una chica con tu risa. Me giré tan rápido que casi me caigo." En otra: "¿Aún te gusta el café con canela? Yo sigo odiándolo, pero lo pido a veces. Solo por recordar."

Escribirle se convirtió en una rutina secreta, íntima, casi sagrada. Lo hacía siempre en la última hora del día. Cuando el ruido de botas se apagaba, cuando los motores dejaban de rugir, cuando por fin el silencio tenía permiso para entrar. Entonces, ella sacaba su mochila, buscaba el pequeño compartimento donde guardaba todas las cartas, y escribía una nueva. Sin pensar si era buena. Sin releer. Solo dejándose llevar por esa necesidad de decirle a June lo que nunca pudo con la voz.

A veces imaginaba que un día, todas esas cartas estarían en manos de June. Que las abriría una por una. Que lloraría. Que se enfadaría. Que tal vez, solo tal vez, entendería. Pero luego se obligaba a borrar esa fantasía. Porque era injusta. Porque era cobarde. Porque las cartas, en realidad, no eran para June. Eran para ella. Para la versión de Riley que necesitaba aferrarse a algo cuando todo alrededor era polvo y fuego.

Durante una operación, tuvo que pasar tres noches en una base improvisada. Sin luz, sin cobertura, sin más sonidos que los propios del bosque que los rodeaba. Allí, en medio de la nada, escribió una de sus cartas más duras.

"No sé si volveré, June. No porque esté en peligro. Sino porque cada vez que vuelvo, soy menos yo. Me miro en el reflejo de la cantimplora, y ya no veo a la chica que temblaba cuando te tocaba la mano. Veo a alguien que sobrevive, sí. Pero que se olvida de vivir. Y tú eras eso. Vida. Por eso te escribo. Porque aunque ya no estés, sigues siendo el recuerdo más real que tengo."

Al terminarla, no la firmó. Ni siquiera la dobló. Solo la guardó entre dos hojas secas dentro del bolsillo de su chaqueta.

No supo por qué, pero esa carta fue la única que no volvió a buscar jamás.

Quizá porque decía todo.

Quizá porque, con ella, entendió que algunas cartas no están hechas para llegar.

Están hechas para sostenernos cuando ya no queda nada.

Con los años, la letra de Riley se volvió más firme. Más sobria. Ya no curvaba las mayúsculas con la misma soltura que en el instituto, ni dibujaba corazones junto a su firma como hacía en los márgenes de los apuntes. Ahora sus letras eran como ella: directas, contenidas, más duras. Pero en las cartas a June, aún quedaban rastros de la chica que fue. A veces, una frase sin terminar. Una mancha de café. Un tachón seguido de una palabra escrita con rabia. En ese desorden había algo más honesto que en cualquier otra parte de su vida.

Nunca habló de las cartas con nadie. Ni siquiera con Jared, que era lo más parecido a un hermano que había tenido en la base. Hubo una noche, después de una misión especialmente difícil, en la que él le dijo que parecía cargar con un fantasma. Ella no lo negó. Solo contestó: "No todos los fantasmas están muertos." Jared no preguntó más. Le dejó una linterna de repuesto en la litera y le trajo café a la mañana siguiente, sin decir palabra.

En otra carta, escribió: "Hoy he entendido que la guerra no te cambia. Solo te muestra de qué estás hecha. Y yo… no estoy hecha solo de rabia o de órdenes. Estoy hecha de ti también, aunque te haya borrado de mis fotos."

Nunca le habló de las cartas en voz alta. Pero hubo una vez, mientras organizaban provisiones, en que Jared le preguntó si alguna vez había amado a alguien de verdad. Riley respondió que sí. Que una vez creyó que podría quedarse en un lugar por alguien. Que se sintió vista. Que sintió miedo. Él no dijo nada. Solo asintió. Y durante una hora entera, trabajaron sin música, sin conversación. El silencio entre ellos fue un lugar seguro.

Algunas cartas las escribió dos veces. No porque quisiera perfeccionarlas, sino porque la primera versión la asustaba demasiado. Otras las rompió antes de terminar. Pero nunca destruyó las más importantes. A esas las guardaba en una bolsa sellada dentro de su mochila.

En un mundo lleno de normas, jerarquías, y fronteras, esas cartas eran el único espacio donde no tenía que fingir. Donde podía ser Riley antes de volverse soldado. Donde June seguía siendo más que un recuerdo borroso.

Una madrugada, después de patrullar una aldea, se sentó a escribir en una pared rota, con el cuaderno apoyado sobre las piernas. Llovía. Había barro. El aire olía a humo y a distancia. Y sin embargo, escribió: "Si algún día vuelvo, no será para que me perdones. Será para decirte que sobreviví. No por mí. Por lo que aún significas."

Al cerrar el cuaderno, se dio cuenta de que algo dentro de ella se había calmado. No sanado. No del todo. Pero sí… apaciguado. Como si aceptar que seguiría escribiendo para alguien que quizás nunca la volviera a mirar fuera, en sí, una forma de vivir.

A veces, las palabras no bastan. Pero al menos, no desaparecen.

Y mientras eso sea cierto, aún hay algo que sostener.

Capítulo 31

Riley: Presente

Había días que no tenían forma.

Días que no seguían ningún patrón, ningún ritmo, ninguna lógica. Solo existían. Se arrastraban. Se hacían largos sin motivo aparente.

Aquel era uno de esos días.

Riley había hecho su turno. Había repasado suministros. Había ayudado a descargar cajas del último convoy. Había hablado con dos soldados de su unidad. Había tomado café. Lo había dejado a medias. Había caminado por los bordes del campamento como si buscara algo que no había perdido. Y aun así, no encontraba descanso.

Desde la noche anterior —desde aquel roce mínimo, las yemas de los dedos de June en su muñeca, la tensión suspendida entre ambas como un hilo demasiado tenso— no lograba pensar con claridad.

No había ocurrido nada. No realmente.

Pero había sido como si lo hubiera hecho todo.

Despertaba con su imagen. Se dormía con su nombre apretado en los dientes. Y eso, por más que intentara controlarlo, la iba desgastando.

Se cruzó con June en el pasillo de la zona médica. Ella hablaba con un enfermero, le entregaba un informe. Sus labios se movían con precisión. Su postura era recta. Distante. Profesional. Como si no le doliera nada. Como si el mundo no le hubiera dejado cicatrices.

Cuando pasó junto a ella, su brazo rozó el de Riley.

No se giró.

Pero Riley sí.

—June —la detuvo.

Ella se volvió. La miró. No dijo nada.

Hubo una pausa. Una de esas que cargaban demasiado para lo pequeñas que eran.

—¿Podemos hablar?

—¿Ahora?

—Sí. Ahora.

June no asintió ni negó. Simplemente giró sobre los talones y caminó hacia una de las tiendas de almacenaje donde, a esas horas, nadie solía entrar.

Riley la siguió.

La lona crujió al empujar la puerta. Dentro olía a metal, a polvo, a medicamentos aún sellados en cajas. Afuera, la base seguía con su ritmo habitual. Allí dentro, todo se reducía al sonido de la respiración de June.

Se quedaron de pie. Frente a frente.

—¿Por qué me evitaste toda la mañana? —preguntó Riley sin rodeos.

June la miró como si no entendiera la pregunta. Pero, por supuesto, la entendía.

—No lo hice —respondió, sin mucha convicción.

—¿Entonces qué fue?

El silencio se volvió espeso entre ambas.

—Fue… demasiado. Lo de ayer —admitió—. Sentí que si me quedaba un segundo más, no iba a poder detenerme.

La sinceridad de su voz la sacudió.

—¿Y eso sería tan terrible?

—Sí —respondió—. Si no es el momento adecuado, sí.

—¿Y cuándo lo es?

June no respondió.

Riley tampoco tenía una respuesta. Solo aquella sensación insistente en el pecho, como si algo golpeara desde dentro, exigiendo salir.

Las palabras le ardieron en la lengua.

—No dejo de pensar en ti, June. En lo que fuimos. En lo que aún somos.

El rostro de June se endureció.

—No puedes venir a decirme eso como si nada —murmuró.

—No es como si nada —replicó Riley—. Es todo. Es lo que aún me quema por dentro.

Y entonces, el aire se rompió.

June bajó la mirada.

Riley dio un paso.

La distancia entre ambas no llegaba al medio metro.

Pero era un abismo.

Y aun así, se lanzó.

La besó.

No lo planeó.

No fue dulce.

No fue suave.

Fue un estallido.

Una grieta abierta desde dentro que la arrastró hacia June como si hubiera estado conteniéndose durante años.

Sus labios buscaron los de ella como única forma de recordar quién era. Como si necesitara tocarla para que el mundo volviera a tener sentido.

June no se apartó.

Durante uno o dos segundos, su boca respondió.

Su aliento era cálido, tembloroso, lleno de algo que Riley no supo si era rabia o deseo. O ambas cosas.

Sintió cómo los dedos de June se aferraban a su chaqueta, crispados. Como si tampoco pudiera sostener todo lo que ardía dentro de ella.

Y entonces, todo se detuvo.

No porque ella lo dijera.

No porque la empujara.

Sino porque se alejó. Apenas un paso.

Pero suficiente para que volviera el frío.

Riley la miró.

Ambas respiraban con dificultad. El aire entre ellas estaba cargado.

Su pecho latía como si acabara de correr kilómetros. Pero la mirada de June estaba lejos. En otro lugar.

—No —dijo ella, apenas un susurro—. No así.

Riley aún temblaba. Quería decirle que no había sido un error. Que no se arrepentía.

Pero se mordió la lengua.

—Lo siento —dijo, aunque no estaba segura de por qué. Ni de qué.

—No lo hagas —la interrumpió June—. No te disculpes por sentir. Solo… no sé si puedo sostener esto ahora.

—¿Esto? —preguntó Riley, como si la palabra fuese demasiado grande para pronunciarla sin romper algo.

—Sí —respondió June, bajando la vista—. Lo que sea que aún nos une. Lo que no sabemos nombrar.

Riley se apoyó contra una caja de suministros. Sentía las piernas flojas. El corazón, extraviado.

—Pensé que lo sabías —susurró.

June negó con la cabeza, despacio.

—No sé nada, Riley. A veces creo que te odio. Y otras… solo quiero abrazarte y no soltarte nunca.

Eso la rompió. No como una herida nueva.

Sino como una que nunca había dejado de sangrar.

—Entonces dime qué hacer —le pidió.

June la miró.

Tenía lágrimas en los ojos, pero no caían.

Sus labios estaban tensos, como si aún quedara una frase por decir.

Pero no la dijo.

—No puedo ser tu refugio si sigues huyendo de ti misma —respondió.

Las palabras la atravesaron.

No por crueles.

Sino porque eran verdad.

Durante un segundo, dejaron de ser mujeres rotas por decisiones, por silencios, por huidas. Se convirtieron en lo que habían sido: dos adolescentes que se miraban en los pasillos del instituto con una urgencia callada. Las que nadaron vestidas en un lago. Las que se besaron una vez con los ojos abiertos.

Riley dio un paso más.

No la tocó.

Pero estuvo lo bastante cerca para ver la tensión en sus hombros, el temblor leve en su mandíbula.

—June…

—No me pidas nada —la interrumpió, sin dureza.

Casi con ternura.

—No sé lo que soy ahora.

—Yo tampoco —respondió Riley.

Y era cierto.

Lo único que sabía era que cuando ella estaba cerca, podía respirar. Y cuando se alejaba, todo dolía más.

Se quedaron así.

Sin tocarse.

Sin besarse otra vez.

Pero había algo en ese nuevo silencio que ya no era distancia.

Era espera.

Era reconocimiento.

Era la grieta por donde, tal vez, podía entrar algo de luz.

June se giró, como si fuera a marcharse. Pero no lo hizo. Se quedó allí, inmóvil. Con la mirada perdida en un punto cualquiera, los labios apretados, las manos tensas a los lados del cuerpo.

Riley sintió que si se iba ahora, no iba a poder sostenerse.

—No era esto lo que quería —dijo en voz baja.

June la miró de nuevo.

—¿Y qué querías?

—No sé. Tal vez…

—¿Tal vez que fuera fácil? —completó ella.

—Sí. O al menos claro.

June rió. Fue un sonido seco, sin alegría.

—Nada entre tú y yo ha sido claro nunca.

Tenía razón.

Ni siquiera cuando eran adolescentes.

Ni siquiera cuando se tumbaban juntas en una cama estrecha, fingiendo que hablaban de libros o exámenes, cuando en realidad solo buscaban cómo no mirarse demasiado tiempo.

El silencio volvió a caer sobre ellas.

La tienda parecía contraerse, como si el aire se hubiese quedado sin espacio.

—Sigo escribiéndote —dijo Riley, de pronto.

June frunció el ceño.

—¿Qué?

—Cartas. Desde entonces. En cada sitio donde he estado. En papel, en la cabeza. No importa. Siempre eran para ti.

—¿Por qué?

—Porque era la única forma de no desaparecer.

No había dramatismo en sus palabras. Era simplemente la verdad más sencilla que podía ofrecerle.

June parpadeó. Como si intentara detener algo que se formaba dentro de ella.

—Yo también escribí —susurró—. Nunca te las envié. Pero… sí.

Algo se desmoronó entre ellas y, al mismo tiempo, algo pareció alinearse.

No se tocaron.

No aún.

Pero había una rendija.

Y en esa rendija, cabía todo lo que no se habían dicho a tiempo.

—A veces —añadió Riley, con la voz apenas audible—, me imagino que te las doy todas. Que te sientas a leerlas y entiendes. Que, aunque no me perdones, al menos me ves.

June la miró con una expresión distinta. Más blanda. Más vieja. Como si las palabras le hubieran atravesado las costillas.

—Siempre te vi, Riley —dijo muy despacio—. Incluso cuando ya no estabas.

Y entonces, algo cambió en el aire. No supo qué lo detonó. Tal vez fue la noche, o el cansancio, o el hecho de que, por fin, ninguna de las dos parecía dispuesta a seguir fingiendo.

Riley dio un paso.

June no se apartó.

Dio otro.

Y ella seguía allí. Inmóvil. Pero no cerrada.

La distancia que las separaba ya no era física. Era otra cosa. Era miedo. Era historia. Era todo lo que no supieron hacer bien.

Riley estaba cansada de huir de lo que sentía. Cansada del silencio. De las cartas que no llegaban. De las palabras que siempre llegaban tarde.

—June… —susurró.

Ella alzó la mirada. Y en sus ojos no había rencor.

—Lo siento —balbuceó Riley.

June negó con la cabeza.

—No te disculpes. No es eso.

La miró. Y en su rostro había algo que Riley no supo traducir.

—No puedo. No ahora.

Se dio media vuelta. Y se fue. Así. De nuevo.

Riley no la siguió. No porque no quisiera. Sino porque entendía que no debía.

Se quedó allí, en medio de la tienda. Con las manos temblando. Con la boca aún caliente. Con el corazón latiendo como si acabara de estallar en mil pedazos.

Y por primera vez en semanas, sintió que no tenía más armadura.

No tenía excusas. No tenía fuerza. Solo tenía eso. Lo que aún ardía.

Capítulo 32

June: Pasado

La conoció en la biblioteca. No era una historia memorable, ni una anécdota para contar después. Solo dos personas cruzándose entre estanterías, buscando el mismo manual de fisiología y tropezando los dedos sobre el lomo desgastado de la misma edición. Se llamaba Ava. Tenía el pelo oscuro recogido en un moño bajo, gafas de pasta gruesa, y una sonrisa que parecía genuina.

Durante semanas, compartieron apuntes, cafés entre clases y alguna conversación demasiado larga en medio del cansancio. Ava era lista. Tranquila. De esas personas que no llenan el espacio con ruido, sino con presencia. Nunca presionaba. Nunca preguntaba demasiado. Y, sin embargo, June notaba que la miraba con una paciencia que a veces dolía.

Fue un comienzo lento. Como todos los que no pretenden estallar. Un día le prestó un abrigo bajo la lluvia. Otro día, Ava le dejó una nota dentro del libro que compartían: "Hoy te noto más lejos. Si necesitas hablar, aquí estoy." No era una declaración. No era una invitación directa. Era algo más íntimo: la forma silenciosa en que alguien intenta sostener a otra persona sin invadirla.

June no supo cómo decir que no necesitaba ser sostenida. O, mejor dicho, que no podía serlo.

Salieron un par de veces. Una cena en el comedor de los residentes. Un paseo nocturno después de una guardia larga. Nada extraordinario. Nada que se saliera de lo previsto. Y aun así, cada gesto amable de Ava le recordaba, como una punzada, lo que no sentía.

No había mariposas. No había vértigo. Había calma. Pero la calma, cuando una parte de ti sigue ardiendo, no se parece al consuelo. Se parece al vacío.

Una tarde, después de clase, Ava le propuso ir a su apartamento. Estaban solas. Tomaron té. Hablaron de cosas sin importancia. Y, en

un momento de silencio, Ava se inclinó para besarla. El beso fue suave, medido, contenido.

June no lo rechazó. No por deseo, sino por inercia. Dejó que ocurriera. Dejó que el beso se alargara, que los dedos de Ava le rozaran el rostro, que las manos bajaran por su espalda. Dejó que la ropa cayera al suelo con una lentitud que no imitaba la pasión, sino una especie de acuerdo tácito entre cuerpos que se buscan porque no saben qué más hacer.

Hicieron el amor en silencio. O algo parecido. No hubo urgencia. No hubo fuego. Hubo piel. Y gesto. Y una ternura que pesaba más de lo que curaba.

Cuando terminaron, Ava apoyó la frente en su hombro. June permaneció quieta. No sabía si cerrar los ojos o mantenerlos abiertos. No sabía si agradecer el gesto o pedir disculpas.

Durmieron juntas. No abrazadas, sino en paralelo. Como dos líneas que no se tocan, pero que avanzan en la misma dirección por inercia.

A la mañana siguiente, Ava preparó café. Lo dejó en la mesilla sin decir nada. Se sentó en el borde de la cama, aún en ropa interior, con el pelo suelto y la mirada clara.

—No estás aquí —dijo, sin dureza.

June se incorporó lentamente. Apretó la taza entre las manos como si le diera frío.

—Ayer… —empezó a decir.

—No tienes que explicarte —la interrumpió Ava—. Lo supe desde el primer momento. Solo quise saber cómo se sentía estar contigo, aunque no estuvieras.

June bajó la mirada. El café se había enfriado.

—Estás con alguien más —añadió Ava, más suave aún—. Aunque esa persona no esté aquí. Aunque no te mire. Aunque ya no te toque.

June quiso negarlo. Quiso decir que no era cierto. Pero no había palabras que no se sintieran como una excusa.

—No es justo —susurró Ava—. Pero no te culpo. Solo… no quiero convertirme en otra herida más que no puedes cerrar.

Se vistió sin prisa. No besó a June al despedirse. Tampoco dijo "nos vemos".

Y June, durante semanas, sintió que había hecho lo correcto. Aunque le doliera. Aunque no supiera por qué.

La ausencia de Ava no fue una herida. Fue un silencio más. Uno que se sumaba a los otros. No la echó de menos, no pensó en lo que podría haber sido. Solo la recordaba a veces, como se recuerda una estación de paso: con respeto, pero sin nostalgia.

En cambio, Riley… Riley seguía ahí.

No en las conversaciones, ni en los recuerdos deliberados, sino en los reflejos. En los gestos que June repetía sin darse cuenta. En la forma en que se colocaba el pelo tras la oreja. En el modo en que evitaba ciertas canciones. En cómo caminaba más despacio bajo la lluvia, como si la esperara.

Nadie después de Riley había sido real. No porque no lo intentara. No porque no quisiera que alguien lo fuera. Pero había algo en su corazón —no roto, sino encapsulado— que no terminaba de abrirse. Como una flor que se quedó a medio camino entre la semilla y el brote.

Durante mucho tiempo pensó que el dolor se curaba avanzando. Que una carrera exigente, una rutina estable, una vida ordenada serían suficientes. Que si acumulaba días nuevos, los antiguos se irían diluyendo como tinta en el agua.

Pero no era así.

Lo que no se nombra, se enquista. Y lo que no se vive, vuelve.

June lo comprendía mejor ahora. No porque fuera más sabia. Sino porque, con el paso del tiempo, había dejado de pelear contra lo que sentía. Ya no trataba de erradicarlo, de negarlo, de fingir que no estaba. Solo lo aceptaba como una sombra que la seguía en ciertos momentos, sin avisar. En los pasillos del hospital, en una canción que sonaba en el supermercado, en un sueño donde no siempre recordaba el final.

A veces, esa sombra tenía forma de carta.

Aún escribía. No con la frecuencia de antes. No cada noche como en los primeros meses. Pero cuando el mundo se volvía demasiado ruidoso, o cuando el silencio era insoportable, volvía al papel. No usaba siempre el mismo cuaderno. Había empezado a escribir en servilletas, en hojas sueltas, en la parte de atrás de informes médicos.

Lo hacía sin pensar. Sin corregir. Sin planear.

Y aunque sabía que esas palabras nunca llegarían, escribirlas le permitía seguir caminando.

Porque, al final, no se trataba solo de Riley.

Se trataba de lo que ella representaba: un lugar donde June había sido completamente ella. Sin expectativas. Sin miedo. Sin armadura.

Y eso —esa certeza— no era algo que se pudiera reemplazar.

Los años pasaron con la discreción de quien no quiere molestar. Las mudanzas se repitieron: de la residencia al pequeño apartamento de estudiantes, del apartamento al piso compartido durante la residencia. Todo fue sucediéndose con una lógica impecable. Exámenes. Rotaciones. Noches sin dormir. Una beca que no esperaba. Un reconocimiento que no buscaba.

Y, aun así, nada de eso borraba la sensación de que todo lo importante había quedado en otra parte. Como si las decisiones que marcaban su vida se hubieran tomado ya mucho antes, en un pueblo pequeño, junto a un lago, bajo la mirada de una chica que ya no estaba.

Riley era un eco constante. A veces lejano. A veces tan cercano que dolía.

No hablaba de ella con nadie. Ni con sus compañeros. Ni con su madre cuando llamaba para preguntar cómo iba todo. Era un silencio deliberado, casi sagrado. No por vergüenza. No por miedo. Sino porque no sabía cómo contar algo que nunca había terminado. Algo que, en realidad, no había empezado de forma oficial.

Hubo otras personas. Algunas con más presencia que Ava. Una médica con la que compartió turno durante unos meses. Una vecina del tercer piso que subía a pedirle azúcar y a veces se quedaba con el pretexto de una película. Pero siempre acababa igual. Conversaciones que se enfriaban. Manos que no lograban calentarle la piel. Miradas que no cruzaban el umbral de lo superficial.

Ninguna tocaba ese núcleo. Ninguna llegaba hasta donde había vivido Riley.

Había algo en ella —en June— que ya no esperaba. Que había dejado de buscar sin decirlo en voz alta. No se sentía rota. Tampoco entera. Solo… funcional. Capaz de sostener vidas en quirófanos, de tomar decisiones bajo presión, de diagnosticar lo invisible. Pero incapaz de habitar una historia nueva.

Y no porque no quisiera.

Sino porque todo lo que había sentido con Riley le parecía, todavía hoy, irrepetible.

Una noche, mientras ordenaba sus cosas después de un largo turno en el hospital, encontró algo que no recordaba haber guardado: uno de los primeros cuadernos donde escribía cartas a Riley. Estaba en el fondo de una caja con libros viejos y libretas olvidadas, envuelto en una bufanda que ya no usaba.

Se sentó en el suelo, junto al sofá, con las luces apagadas salvo por la lámpara del escritorio, y lo abrió.

Las páginas estaban llenas de tinta negra y de una letra que le resultaba familiar, aunque ya no se reconocía del todo en ella. Eran textos de otra época. De otra June. Más joven. Más vulnerable. Más ilusa. Pero también más sincera.

Leyó algunas líneas al azar. “Hoy soñé contigo”, decía una. “No te espero, pero no sé cómo dejar de imaginarte”, decía otra. Y luego, entre todas, una más breve, sin fecha ni firma: “Ojalá no me dolieras en todo lo que no es tuyo”.

La cerró de golpe.

No lloró.

Ya no lo hacía. O al menos no por Riley. Había aprendido a no dejar que esa herida sangrara cuando no había nadie para atenderla. Pero aquella noche, sintió algo más punzante: la certeza de que su vida había seguido sin ella, sí, pero que cada paso dado estaba, en el fondo, intentando responder una pregunta que nunca se atrevió a formular en voz alta.

¿Y si…?

El cuaderno volvió a su sitio. No lo tiró. Tampoco lo guardó con esmero. Lo dejó ahí, sobre la mesa de noche, abierto por una página cualquiera. Porque ya no quería fingir que Riley no existía.

Existía. Aunque solo en ella. Aunque fuera en una parte de su memoria que no tocaba casi nunca.

Esa noche durmió poco. Pero por primera vez en mucho tiempo, soñó con el lago.

El sueño no fue claro, ni lógico. El lago estaba allí, sí, pero no como lo recordaba. El cielo era más oscuro, y el agua más quieta, como si contuviera la respiración. June estaba de pie en la orilla, con los pies descalzos sobre la hierba húmeda. Sabía que estaba soñando, pero no intentó despertar. Alguien la observaba desde el otro lado.

Era Riley.

No dijo nada. No se acercó.

Solo estaba allí, con los brazos cruzados y esa expresión que June conocía tan bien: la que usaba cuando no sabía si quedarse o huir. Su silueta temblaba con el reflejo del agua. Y, aun así, parecía más real que cualquier rostro que June hubiera visto en años.

Quiso hablar. Llamarla por su nombre. Preguntarle si estaba bien. Si pensaba en ella. Si todavía la llevaba dentro, como ella la llevaba a cuestas. Pero no salió ningún sonido.

Riley la miró un momento más, y luego empezó a alejarse. No corriendo. No huyendo. Simplemente desvaneciéndose en la niebla del sueño.

June quiso seguirla. Pero sus piernas no se movían. El agua subía lentamente por sus tobillos, helada, paralizante. No sentía miedo.

Solo una tristeza mansa, resignada. Como si hubiera llegado demasiado tarde, otra vez.

Despertó con la garganta cerrada y la frente húmeda. Afuera, la lluvia insistía contra los cristales. Miró el reloj: las 5:17 de la madrugada. No iba a volver a dormirse.

Se levantó. Puso agua a hervir. Preparó un té con jengibre, aunque no tenía hambre ni sed.

Y entonces lo supo.

No había sido un mal sueño. No era una advertencia. Era una especie de cierre.

Riley seguía en ella, sí. Como un eco, como una raíz. Pero ya no como una herida abierta.

No se trataba de dejar de amar. Sino de aprender a vivir sin esperar respuesta.

Se acercó a la estantería. Tomó el último cuaderno que había usado para escribirle y arrancó la última página sin leerla. La dobló en cuatro. Luego, sin dramatismo, la arrojó al fuego de la estufa eléctrica, que apenas iluminaba la habitación.

Las palabras se quemaron en silencio. Y June respiró. No por olvido. Sino por primera vez, por ella.

Capítulo 33

June: Presente

El sonido fue lo primero.

No una explosión inmediata, sino un zumbido sordo. Como un trueno contenido, lejano, demasiado largo para ser natural. June alzó la vista desde el monitor. La luz parpadeó. Apenas un segundo. Un cambio de presión. Algo en el aire se rompió. Luego vino el temblor. El suelo vibró con una violencia que parecía salir de sus propias costillas.

—¿Lo habéis oído? —preguntó uno de los enfermeros, con la jeringuilla aún en la mano.

No hubo tiempo para responder.

La segunda explosión sí fue un estallido. Cercano. Sólido. Algo chocó contra una de las paredes del hospital de campaña, haciendo que las bandejas cayeran, que los botes de suero se volcaran, que la electricidad saltara con un chasquido. El techo crujió.

Alguien gritó.

La tienda entera pareció perder su centro de gravedad por un segundo. June se sujetó al borde de la camilla. La paciente que atendía, una mujer mayor con la pierna vendada, abrió los ojos y empezó a hiperventilar.

—Tranquila. —June intentó calmarla, pero su propia voz le sonó distante, como si le hablara desde debajo del agua.

Una tercera explosión, más lejana. Pero aún demasiado cerca.

Las sirenas empezaron a sonar. Ese tono agudo, insistente, que no pedía calma. Pedía correr. Salir. Dejarlo todo.

—Zona roja. —La voz por el altavoz era metálica, sobrecogida—. Se requiere evacuación inmediata en los sectores B y C. Todos los profesionales deben dirigirse al punto seguro según protocolo de emergencia. Zona roja. Repetimos: zona roja.

La tienda temblaba.

—Doctora Callahan —gritó uno de los enfermeros, acercándose con la cara desencajada—. Tenemos dos pacientes en quirófano que no pueden ser trasladados.

—¿Dónde está el resto del equipo?

—Han evacuado. Les pilló en el pasillo. Solo quedamos nosotros.

June dudó. No porque no supiera qué hacer. Sino porque sabía exactamente qué significaba quedarse.

—¿Dónde están?

—En la tienda de cirugía. Uno intubado. Otro con hemorragia interna. Si los sacamos ahora, no llegan vivos.

Ella asintió. No hubo dramatismo. Solo urgencia.

—Vamos.

Corrieron.

El aire afuera era irrespirable. Polvo. Humo. Y esa sensación eléctrica en la piel, como si el mundo estuviera a punto de explotar bajo sus pies. A lo lejos, las columnas de humo se alzaban sobre el campamento, como banderas de algo roto. No se oían disparos, pero eso no tranquilizaba. A veces, el silencio era peor.

Llegaron a la tienda de cirugía.

Había sangre. Equipos quirúrgicos tirados. El monitor de uno de los pacientes aún pitaba con regularidad, como si nada hubiera cambiado. Como si no estuvieran al borde del colapso.

—¿Cuál está más inestable?

—El chico del fondo.

June se acercó. Veinte años. Tatuajes en el antebrazo. Piel empapada de sudor.

—Vamos a hacer esto rápido. Intenta contener la hemorragia. Yo estabilizo al otro.

Trabajaron sin hablar. Sin levantar la voz. Con la precisión automática que da la costumbre. El miedo, si estaba, se había quedado fuera. No había tiempo para sentir.

Otra explosión.

Más cerca.

La tienda se sacudió como un animal herido.

Pero nadie se movió.

Porque en ese momento, solo existía eso: un cuerpo. Un latido. Una vida por sostener.

El aire dentro de la tienda estaba cada vez más espeso.

El humo se colaba por alguna rendija, mezclado con ese olor metálico de la sangre que se queda pegado a la piel incluso después de lavarse. La tienda de cirugía no estaba diseñada para resistir un ataque. Ninguna lo estaba. Y, sin embargo, seguían allí.

June cerró la vía del segundo paciente con rapidez y se giró hacia el enfermero.

—¿Está estable?

—Por ahora sí. Pero si no lo sacamos pronto…

No terminó la frase. No hacía falta.

El pitido constante del monitor era un metrónomo que marcaba la cuenta atrás. Afuera, el caos continuaba. Gritos lejanos. Órdenes entrecortadas por las interferencias de los walkies. El zumbido de un helicóptero que no sabían si venía a rescatar o a destruir lo poco que quedaba.

—Intenta estabilizar al chico. Voy a comprobar si hay ruta de evacuación despejada —dijo June, y salió de la tienda con la mascarilla medio caída y las botas hundiéndose en el suelo.

El cielo estaba cubierto. Gris y hostil. El polvo aún flotaba en el aire como si la tierra se negara a asentarse. A unos metros, vio a dos soldados revisando la zona con las armas en alto.

—¿Ruta de evacuación? —preguntó, sin acercarse demasiado.

Uno de ellos levantó el puño, en señal de alto. El otro se giró, visiblemente tenso.

—Aún no es seguro. El flanco oeste está comprometido. Han pedido que se espere.

—Tengo dos pacientes que no pueden esperar —espetó June, más alto de lo que pretendía.

El soldado la miró. Sus ojos eran jóvenes, más jóvenes que los de muchos de sus pacientes.

—Lo sé —dijo—. Pero si los sacamos ahora, voláis por los aires con ellos. Tienen que aguantar.

June apretó la mandíbula y asintió. No porque estuviera de acuerdo, sino porque no había otra opción.

Volvió a la tienda.

La lona crujía con cada ráfaga de viento. El ruido del monitor se mantenía estable, pero apenas. El chico respiraba con dificultad. Tenía una herida en el costado que no dejaba de sangrar, aunque la habían sellado lo mejor que pudieron con lo que tenían.

—Nada aún —informó June.

El enfermero no respondió. Solo siguió sujetando una compresa empapada contra la herida.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella al chico consciente.

Él abrió los ojos con esfuerzo. Parpadeó, como si no entendiera.

—Leo —murmuró.

—¿Sabes dónde estás, Leo?

—En… el infierno —respondió con una mueca que pretendía ser sonrisa, pero no lo logró.

—Podría ser peor —dijo ella—. Podrías estar solo.

Él asintió, o lo intentó.

June le tomó la mano con el dorso cubierto de vías. La apretó un momento, solo eso.

—No vamos a dejarte.

Una frase que había repetido mil veces. Que no siempre era cierta. Pero a veces, decirla era lo único que tenían.

Y en ese instante, lo único real era eso: una mano, una promesa. Y el mundo ardiendo alrededor.

El tiempo se volvió viscoso.

Los minutos no transcurrían; se arrastraban. Cada segundo era una espera. Un latido. Una nueva amenaza. La lona de la tienda chirriaba, sacudida por el viento, mientras las luces parpadeaban de forma errática, como si también ellas dudaran de su permanencia.

June se mantenía firme. Había aprendido a no mirar el reloj. Había aprendido a leer el tiempo en la palidez de un rostro, en la

sequedad de una boca, en el descenso imperceptible del ritmo cardíaco de alguien que apenas resistía. Era un lenguaje cruel, pero familiar.

—¿Cómo vamos? —preguntó, sin apartar la vista del chico más grave.

—El sangrado está contenido —contestó el enfermero—. Pero la presión sigue cayendo. No sé cuánto aguantará.

June lo sabía. Y aún así, no podía rendirse.

Sacó una nueva bolsa de solución salina, revisó los niveles, ajustó el flujo. Su bata quirúrgica estaba manchada, y sentía la espalda tensa, rígida, como si llevara días de pie. Pero no era eso. Era la conciencia aguda de que estaban atrapados. Aislados. Invisibles en un mapa de guerra que no distinguía entre médicos y soldados.

El chico de la camilla murmuró algo.

June se inclinó para escucharlo mejor.

—¿Qué has dicho, Leo?

—Tengo miedo.

Las palabras eran casi un hilo de voz. Una confesión. Una fractura. Y aunque June se había entrenado para mantener la distancia, para no dejar que las emociones interfirieran en su trabajo, algo en ese susurro le atravesó la coraza.

—Yo también —respondió, con la misma voz baja.

No era lo que los libros de medicina recomendaban. No era profesional. Pero era humano.

Y en ese instante, la humanidad importaba más que cualquier protocolo.

Un estallido resonó cerca. No fue una explosión, sino algo más seco. Como el derrumbe de una estructura. Un generador, tal vez. La tienda tembló. Un panel metálico se desplomó en algún punto del campamento, y el sonido de pasos apresurados llenó el aire por unos segundos.

June se giró hacia la entrada.

Nadie entraba.

Nadie venía.

El silencio volvió, más espeso que antes.

El enfermero se pasó una mano por la frente. Tenía la cara gris. El cansancio empezaba a traspasar la piel.

—¿Crees que vendrán?

June dudó. No por falta de fe, sino porque la esperanza, a esas alturas, se parecía demasiado a una herida mal cerrada.

—No lo sé —dijo—. Pero mientras no lo sepamos, seguimos aquí.

Se agachó junto a la camilla, inspeccionó de nuevo la vía central, comprobó el vendaje. Hacía frío, pero ella no lo sentía. Su cuerpo ya no respondía a esas señales. Solo a la urgencia. Solo al deber.

Y al fondo, bajo todo eso, una voz más antigua, más dolorosa, que seguía preguntando si Riley estaría bien. Si estaría a salvo. Si la vida, de alguna forma retorcida, tenía pensado llevárselo todo otra vez.

Pero esa era una pregunta para otro momento.

Ahora, solo quedaba resistir.

La luz de emergencia parpadeaba con un ritmo errático, como un corazón en fibrilación. Cada vez que la tienda se sumía en la penumbra, June contenía la respiración por una fracción de segundo. No porque temiera la oscuridad, sino porque sabía que, en lugares como este, los errores más graves ocurrían cuando no se ve.

El enfermero junto a ella estaba perdiendo el control. No por incompetencia, sino por juventud. Tenía las manos temblorosas, la mirada dispersa, y cada vez que un monitor emitía un pitido más agudo de lo normal, él se encogía como si el sonido lo castigara.

June lo miró de reojo. No podía darse el lujo de perderlo ahora.

—Necesito que me ayudes a estabilizar la vía —le dijo, con firmeza, pero sin dureza—. Solo enfócate en eso. Respira. Cuenta los pasos. Uno a uno.

El chico asintió. Tragó saliva. Volvió a sujetar el catéter. Sus dedos ya no temblaban tanto.

El otro paciente, el menos grave, se removía con incomodidad. No hablaba. Pero sus ojos buscaban los de June cada vez que ella se

movía por la tienda. Como si solo su presencia le asegurara que aquello no era el fin.

Y ella se lo creía.

En su interior, la tormenta era otra. Una mezcla insoportable de rabia, de impotencia, de recuerdos que se colaban sin permiso. El hospital. La base. Riley. La explosión que lo había cambiado todo.

No podía dejar que esas imágenes ganaran terreno ahora.

Tenía que resistir.

Afuera, el sonido de helicópteros rompió el silencio como un trueno en mitad de un desierto.

June se levantó de golpe. Corrió hacia la entrada de la tienda y apartó la lona con fuerza. El cielo seguía cubierto de polvo, pero entre las nubes se dibujaban las luces intermitentes de los helicópteros de evacuación.

Alguien gritaba órdenes.

Un hombre con un chaleco antibalas se detuvo frente a la tienda y gritó el nombre de June.

—¡Doctora Callahan! ¡Tenemos tres minutos para evacuar esta zona!

—¡Tengo dos pacientes críticos! —gritó ella, de vuelta.

—¡Se está viniendo abajo la estructura! ¡Tienen que salir ahora!

Ella asintió.

—¡Ayúdame! —le dijo al enfermero, que ya se movía con torpeza para recoger los monitores portátiles y cubrir las vías con cinta.

—Yo llevo al chico grave —dijo June.

El enfermero asintió. No discutió.

Entre ambos, colocaron a los dos heridos sobre camillas improvisadas y los arrastraron hacia la salida. La lona golpeaba los lados con fuerza, como si la tienda también estuviera desesperada por que escaparan.

Cuando salieron, la escena era un caos: humo, gritos, tierra removida, y ese olor inconfundible a metal caliente y sangre seca.

Pero estaban vivos.

La lona se cerró tras ellos como un látigo de tela, y por un instante, June pensó que lo habían logrado. Que el caos había quedado atrás. Que el sonido de los helicópteros marcaba un final posible. Pero entonces, un crujido seco, diferente a los anteriores, hizo que todos giraran la cabeza al unísono.

La explosión no fue inmediata, pero sí lo bastante cercana como para lanzar una onda expansiva que los tiró al suelo. June perdió el control de la camilla. El chico cayó, pero ella no lo vio. Solo sintió el golpe contra el barro, la punzada en la espalda, y luego el sonido: una sucesión de estampidos, como huesos rotos bajo una bota.

—¡Doctora! —gritó alguien, pero ya no sabía desde dónde.

El humo lo cubría todo. Gritó una orden, pero su voz no la obedeció. Intentó incorporarse. Dolor. Algo rasgó su costado izquierdo. El brazo no respondía del todo. Tosió. El polvo era tan denso que parecía sólido. Intentó avanzar. Otro estallido. Y entonces, la lona sobre su cabeza cedió.

Cayó.

Sintió el peso del metal, de las vigas improvisadas, de la estructura colapsando sobre sí misma. No de golpe. No como en las películas. Sino en oleadas, en un derrumbe lento y cruel, que la aplastaba sin terminar de matarla.

Quedó atrapada entre dos placas de aluminio y parte de una estantería caída. El dolor no era lo más fuerte. Era el sonido. El latido en sus oídos. El silencio que le siguió.

Intentó gritar. Nadie respondió.

La oscuridad era total. Ni una rendija de luz. Solo el temblor intermitente del suelo, como si el mundo respirara con dificultad. Quiso moverse. No pudo. La pierna derecha estaba atrapada. El hombro dolía con cada intento de girarse. El aire era denso. Caliente. Cargado de ceniza.

Y por primera vez, lo pensó.

Voy a morir aquí.

No como un pensamiento pasajero. No como una posibilidad. Como una certeza.

Las lágrimas no llegaron. Tampoco el pánico. Solo esa lucidez quieta que llega cuando ya no hay nada más que hacer.

Se acordó de su madre. Del café por las mañanas. De su padre cortando leña. De su hermano, gritando en el patio. De la primera vez que abrió un libro de anatomía y sintió que algo en su cabeza encajaba.

Y después, como una corriente silenciosa, llegó ella.

Riley.

La imagen no fue de despedida. No fue del lago. Ni siquiera del beso.

Fue de la carta. La que había leído. La que lo cambió todo.

Quiso hablar. Decir algo en voz alta. Pero solo murmuró un nombre.

—Riley…

Y en la oscuridad, en el encierro, sintió algo inesperado: calma.

No porque no tuviera miedo. Sino porque, si iba a morir, lo haría con la certeza de que había amado. Que había sido amada. Que algo de ella seguiría existiendo en esas palabras guardadas.

Cerró los ojos. Se dejó caer hacia dentro. Ya no peleaba. Solo esperaba.

Capítulo 34

Riley: Pasado

La noche que decidió esconderlo todo, Riley no lo supo con claridad. No hubo una frase rotunda ni una epifanía cinematográfica. Solo un silencio largo. Un pasillo húmedo. Un espejo empañado. Y la certeza, inexplicable, de que ya no podía seguir sintiendo así.

Había pasado dos años desde que dejó el pueblo. Desde que se puso el uniforme por primera vez. Desde que alguien la llamó "soldado Maddox". Desde que aprendió a no temblar cuando sonaban las alarmas. A no parpadear cuando daban las órdenes. A no mirar atrás cuando entraba en una sala con cuerpos deshechos por la metralla.

Y aun así, había algo que no sabía cómo acallar.

No era el miedo. No era el dolor. Era la ausencia.

Esa herida sorda que no sangraba, pero que se agrandaba con cada día.

El nombre de June no lo pronunciaba. Ni en voz alta, ni en sus pensamientos. Había aprendido a evitarlo como se evita una mina en un campo: paso firme, mirada al frente. Pero estaba ahí. En cada esquina. En cada gesto involuntario. En la forma en que Riley evitaba tocar a nadie, incluso cuando el roce era inevitable.

Esa noche, después de una misión fallida en el desierto, con la piel cubierta de polvo y la garganta hecha arena, se encerró en los baños del módulo oeste. Se quitó la camiseta. Se miró en el espejo. Y por un momento, no reconoció su reflejo.

Era ella, pero no lo era.

Era más dura. Más delgada. Más callada. Y en sus ojos, había algo que no existía antes.

Una especie de muro.

Pensó en lo fácil que era, al final, dejar de sentir. Solo requería práctica. Y determinación. Y mentiras pequeñas, bien colocadas.

Como: "Estoy bien."

Como: “No pasa nada.”

Como: “No me acuerdo de ella.”

Se mojó la cara.

No era tiempo de leer.

Tampoco de escribir.

Era tiempo de convertirse en lo que necesitaban que fuera: una pieza más. Una sombra útil. Una soldado que no se rompía. Que no miraba atrás. Que no sentía.

Ese fue el día en que Riley entendió que sobrevivir no era seguir viviendo.

Era seguir adelante… incluso cuando todo dentro de ti ya se había quedado atrás.

En los entrenamientos, nadie hablaba de lo que dejaban atrás. Era parte del pacto no escrito. No había fotos en las taquillas, ni cartas en los bolsillos. Había horarios, listas, códigos, armas. Y había un lenguaje común: la contención. Aprendías a sujetarte la mandíbula cuando querías gritar. A bajar la mirada cuando algo dolía. A apretar los puños en el bolsillo cuando el cuerpo temblaba por dentro.

Riley se volvió buena en eso. Demasiado buena.

Cuando el teniente gritaba, ella no se inmutaba. Cuando caía al suelo durante los ejercicios, no se quejaba. Se levantaba. Respiraba. Seguía.

Al principio era un disfraz. Pero con el tiempo, se convirtió en piel.

En los descansos, algunos contaban historias de sus casas, de sus parejas, de sus hijos. Riley escuchaba en silencio. Nunca interrumpía. Nunca compartía. Cuando le preguntaban, respondía con una frase corta y una sonrisa falsa.

—¿Y tú? ¿Alguien te espera en casa?

—No —decía—. Nadie.

Mentía con la naturalidad de quien ya no se siente culpable. Porque, en el fondo, había empezado a creerlo.

Que June no existía ya. Que ese verano fue otra vida. Otro cuerpo. Otra persona.

Que el lago era solo un lugar.

Que el amor… era algo que solo había imaginado.

Pero había noches —y siempre eran las noches— en las que esa mentira no bastaba. Cuando el viento aullaba entre las tiendas. Cuando los gritos llegaban desde otros módulos. Cuando el sueño no venía y la oscuridad se hacía densa, como una manta mojada.

Entonces, en ese instante exacto entre la vigilia y el insomnio, la recordaba.

No por voluntad. No por nostalgia.

La recordaba porque el cuerpo tiene memoria. Y hay cosas que, por mucho que intentes enterrar, respiran debajo de la tierra.

El olor de su pelo después del lago.

La forma en que pronunciaba su nombre, como si lo acariciara.

El beso. El temblor en los dedos. La certeza de que, aunque todo se desmoronara, ese momento era verdad.

Riley apretaba los ojos. Tragaba saliva. Se daba la vuelta en la litera.

Y al amanecer, se ponía el uniforme como si fuera una armadura. Respiraba hondo. Y salía a entrenar.

Porque en algún punto del camino, había aprendido que sobrevivir también era aprender a ser otra.

Una que no sintiera tanto.

Una que no doliera tanto.

Una que, si se miraba desde fuera, parecía entera.

Aunque por dentro, siguiera rota.

Las órdenes llegaban temprano, las rutinas eran siempre las mismas. No había espacio para preguntas, y nadie quería saber demasiado de nadie. Era más fácil así. Más seguro.

En las noches, el calor no se iba. Se volvía denso, como un animal dormido sobre el pecho. Las literas se alineaban bajo una única bombilla que parpadeaba al ritmo de los generadores. Algunos

escribían en libretas pequeñas, otros hablaban con auriculares puestos, susurrando nombres que Riley no conocía.

Ella no escribía. No hablaba. Solo observaba.

Una noche, mientras patrullaba sola el perímetro, se detuvo al borde del muro. El cielo estaba despejado, y por primera vez en semanas, no se oía nada. Ni motores. Ni radios. Ni pasos.

Solo estrellas.

Muchas. Demasiadas.

Y fue entonces cuando se permitió un pensamiento que no había dejado entrar en mucho tiempo.

¿Y si nunca dejo de sentir esto?

La idea la sacudió.

No por dolorosa.

Sino por cierta.

Tal vez no había coraza suficiente para enterrarlo del todo.

Tal vez algunas personas no desaparecen, aunque tú te vayas muy lejos.

Aunque te alistes.

Aunque cambies de nombre por dentro.

Aunque cada día que pase, digas: "Estoy bien."

Porque en realidad, no se trataba de estar bien.

Se trataba de seguir. Y Riley seguía. A veces con miedo. A veces con rabia.

Pero siempre con la certeza de que, debajo de todo lo que mostraba, aún había algo intacto.

Algo que no había dejado de arder.

A veces soñaba con ella.

No con escenas concretas. No con un recuerdo exacto. Era más como una atmósfera. El olor a tierra mojada. El reflejo del lago al atardecer. La risa de June en algún rincón de su cabeza, filtrándose entre las rendijas de un sueño que nunca llegaba a completarse. Y cuando despertaba, todo se deshacía como humo.

En el catre estrecho de la base, Riley aprendió a no moverse al abrir los ojos. A quedarse quieta, conteniendo la respiración. Porque

en esos segundos de transición, antes de que el calor, la sed y la rutina volvieran, aún podía fingir que no estaba allí. Que no era la persona en la que se había convertido.

La soldado que no siente. La que obedece sin temblar. La que no recuerda.

Pero el cuerpo no olvidaba.

Las manos seguían reconociendo el tacto de la piel de June. La memoria muscular, esa que no se entrena pero que se graba a fuego, seguía activa. La forma en que la había tocado la noche que se despidieron. El leve temblor de su voz. El beso que duró lo justo para doler toda la vida.

Había intentado contar todo eso a Jared una vez. Solo una vez. Fue después de una misión difícil, cuando ambos estaban tumbados mirando el cielo desde el capó de un todoterreno sin ruedas.

—¿Alguna vez sentiste que perdiste algo antes de tenerlo? —preguntó Riley, sin mirarlo.

Jared la miró de reojo. No respondió enseguida. Encendió un cigarrillo y lo sostuvo entre los dientes, sin aspirar.

—¿Y tú?

Ella no dijo más.

Porque no sabía cómo traducir a palabras lo que había vivido.

Porque hablar de June era como abrir una herida antigua que nunca cerró del todo.

Y, sobre todo, porque tenía miedo de que si lo nombraba, dejara de ser real.

A veces se preguntaba si Jared había entendido.

Si había intuido algo.

Pero nunca lo preguntó. Y él nunca insistió.

Y eso, para Riley, fue suficiente.

La lealtad no siempre se mide en confesiones.

A veces se mide en los silencios que se respetan.

En las preguntas que no se hacen.

Con el tiempo, el uniforme dejó de pesarle.

No porque fuera cómodo. No porque se adaptara a ella. Sino porque se convirtió en una segunda piel. Como una máscara que se pone tanto tiempo que una parte de ti empieza a creer que es tu verdadero rostro.

Riley dejó de llorar. De soñar. De buscar.

No es que olvidara. Es que aprendió a no detenerse.

Cada paso. Cada orden. Cada noche sin dormir. Todo formaba parte de esa coreografía perfecta en la que nadie hacía preguntas que no se podían responder. Ser soldado era una forma de encajar. De no tener que explicar nada.

Nadie preguntaba a quién extrañabas. Nadie preguntaba a quién amaste.

Y eso le daba paz.

Una paz amarga, pero paz al fin y al cabo.

Capítulo 35

Riley: Presente

El caos tenía una forma específica. No era solo el ruido, ni la sangre, ni el temblor constante del suelo bajo los pies. Era el modo en que la voz de un superior se volvía ruido blanco. El modo en que los gritos perdían su contenido y solo quedaba el tono. Era la forma en que el cuerpo reaccionaba antes que la mente.

Riley estaba sentada contra una pared improvisada de sacos de arena, con el casco en las rodillas y el chaleco aún cubierto de polvo. La evacuación había sido rápida, desordenada, casi violenta. Los últimos en salir habían sido los médicos. Los soldados se repartían ahora por el perímetro como sombras dispersas, revisando lo que quedaba del hospital.

—Maddox —llamó una voz junto a ella.

No reaccionó de inmediato. Tenía las manos entumecidas. El corazón aún no había recuperado su ritmo normal desde las explosiones. Seguía atrapada en la imagen del humo, del barro, del fuego que parecía brotar del suelo. Seguía escuchando el pitido insistente del monitor que no pudo rescatar.

—Maddox —insistió la voz, esta vez con un toque de urgencia—. ¿Estás escuchando?

Riley alzó la vista. Era el teniente Dawson. Su expresión estaba marcada por la mezcla de alivio y estrés que todos compartían después de un ataque. La miraba como si esperara que ella pudiera decirle algo que aliviara esa tensión. Pero no dijo nada.

—¿Has visto a Callahan? —preguntó él.

Ese nombre la atravesó como un disparo.

—¿Qué? —murmuró, incorporándose de golpe.

—La doctora. Nadie la ha visto desde la última explosión. El equipo de cirugía dijo que estaba en la tienda cuando todo empezó, pero no ha llegado al punto de evacuación.

Riley ya no escuchaba.

No necesitaba más detalles.

El aire cambió. La percepción del tiempo también.

El cuerpo se le tensó como una cuerda demasiado estirada, y sin responder al teniente, se levantó de un salto. Sintió cómo la sangre le golpeaba las sienes. No había explicación racional. Solo un eco que retumbaba en su pecho: June no está. June sigue dentro.

—¡Maddox! ¡Espera! —gritó Dawson al verla correr hacia el campamento aún humeante.

No se detuvo.

No podía.

Ya no era soldado. Ya no era protocolo. Ya no era entrenamiento.

Era algo más antiguo. Más esencial.

Era la promesa muda que se hizo a sí misma años atrás, cuando se fue sin dar explicaciones, cuando no supo quedarse.

Esta vez no pensaba fallar.

Esta vez no pensaba perderla.

El camino de vuelta al hospital era un campo minado de recuerdos. No bombas enterradas, no cables trampa, no metralla. Eran trozos de tela rota, charcos de sangre ya seca, trozos de plástico que una vez formaron parte de una camilla. Y el silencio. Ese silencio posterior a un ataque, que no es calma, sino pura suspensión. Como si el mundo aguantara la respiración antes del siguiente golpe.

Riley avanzó con pasos calculados, esquivando lo que podía, empujando lo que no. Algunos compañeros la vieron pasar, la llamaron por su apellido, intentaron detenerla. Ella no giró la cabeza. No alzó la mano. No tenía nada que explicar.

Sabía exactamente a dónde ir.

Sabía que June estaría allí si no había podido salir.

Lo sabía del mismo modo en que uno sabe cuándo algo dentro de sí se está rompiendo.

El flanco oeste del campamento era un esqueleto de lonas desgarradas y estructuras metálicas vencidas. La tienda de cirugía ya no era una tienda. Era una sombra desfigurada por la explosión.

Algunas partes se sostenían de forma milagrosa, otras se habían desplomado por completo. El humo seguía saliendo de las costuras rasgadas.

Riley se detuvo solo un instante. Lo justo para tragarse el miedo.

Y entonces entró.

No pensó.

No respiró.

Se abrió paso entre los pliegues de tela quemada y metal doblado, con la linterna del casco temblando sobre el polvo suspendido. El interior olía a plástico fundido, a antiséptico, a algo más oscuro. A pérdida.

—June —llamó, sin gritar, pero con urgencia—. ¿Estás aquí?

Nada.

Avanzó entre lo que quedaba de las camillas. El suelo crujía. Escuchó un chasquido y se giró con el corazón desbocado, solo para ver una lámpara colgando de un cable a punto de caer. El aire era espeso. El calor aún atrapado entre las lonas deformadas.

Y entonces, la vio.

O, más bien, vio una silueta encogida junto a la pared trasera, medio cubierta de polvo, con sangre en una de las sienes y una bata blanca ennegrecida por el humo.

—June —susurró.

Corrió hacia ella.

Se agachó, le tomó el pulso con manos temblorosas.

Latía.

Débil, pero latía.

Los ojos de June se entreabrieron con esfuerzo.

—Riley… —murmuró.

Riley apretó los labios. Sintió un nudo en la garganta que no le permitía hablar.

—Estoy aquí. Te tengo —dijo, finalmente, con una voz que no se parecía a la suya, más rota, más viva que nunca.

No pensó en cómo sacarla.

No pensó en si podrían caerle más escombros encima.

Solo supo una cosa: no la iba a dejar allí. No esta vez.

La sostuvo con cuidado, como si temiera que un movimiento brusco pudiera romperla. Y, en cierto modo, era así. June estaba consciente, pero apenas. Su respiración era débil, y una herida sangraba con lentitud sobre su ceja izquierda. El polvo le cubría el rostro. Las pestañas. Las manos.

Riley le pasó los dedos por la mejilla con la torpeza de quien no sabe si tiene derecho a hacerlo, pero lo necesita igual.

—Voy a sacarte de aquí, ¿vale? —susurró.

June no respondió, pero algo en su mirada —esa forma de aferrarse al hilo de su voz— fue suficiente.

Riley se quitó el chaleco antibalas. Lo usó para envolver a June lo mejor que pudo, cubriéndole el pecho, los hombros, la cabeza. Luego la levantó en brazos, con un esfuerzo que no sabía de dónde salía. No era fuerza física. Era otra cosa. Algo más primitivo. Más profundo. Una promesa, tal vez. Un juramento hecho mucho antes.

La tienda crujió a sus espaldas.

Un trozo del techo cayó a escasos metros. El estruendo fue como una bomba estallando dentro de su estómago. Pero ella no se detuvo.

Con June en brazos, se abrió paso entre el humo, entre la lona rasgada, entre el eco de sus propios pasos resonando como disparos. Cada paso era una batalla. Cada metro recorrido, un milagro.

Cuando al fin salió al exterior, la luz de los focos la cegó un instante.

—¡Médico! ¡Aquí! —gritó una voz.

Corrieron hacia ella. Manos enguantadas. Voces que se superponían.

—¡Está viva! ¡Tiene pulso!

—¡Traed la camilla!

Riley no soltó a June hasta que se lo ordenaron. Hasta que la colocaron con cuidado sobre la camilla y una enfermera le tomó el pulso, le levantó los párpados, pidió oxígeno.

Entonces, y solo entonces, se dejó caer de rodillas en el barro.

Respiró por primera vez.

Se llevó las manos a la cara. No lloraba aún, pero estaba a punto. Cada músculo temblaba. El casco colgaba de su espalda, sucio, raspado. La tierra se le pegaba a las rodillas, a las palmas, a los codos. Estaba cubierta de sangre que no era suya, de ceniza, de miedo acumulado.

Una figura se agachó junto a ella.

—¿Estás herida?

Negó con la cabeza.

No era su cuerpo el que dolía.

Era todo lo demás.

Miró hacia la camilla. June ya estaba siendo trasladada al helicóptero. Con tubos. Con electrodos. Con manos rápidas que intentaban salvarla.

Y entonces, sin poder contenerlo más, las lágrimas llegaron. No como sollozos. No como gritos. Solo un llanto silencioso, como un deshielo. Como si todo lo que había contenido durante años empezara a aflojarse.

Se cubrió el rostro con las manos. Se dejó caer un poco más. No se derrumbó. No del todo. Pero el temblor era real. El dolor, insoportable.

—No pienso perderte otra vez —susurró, sin saber si June la oía.

Pero eso ya no importaba.

Porque lo había dicho.

Porque lo había hecho.

Y ahora, solo quedaba esperar.

Riley intentó subir al helicóptero con ella, pero un sanitario la detuvo.

—Tú no —le dijo—. Ya has hecho tu parte. Ahora déjanos hacer la nuestra.

Quiso gritarle que no entendía nada. Que no era su parte lo que importaba, que su lugar era allí, con June. Pero no lo hizo. Porque

sabía que no había espacio para explicaciones. Porque sabía que cualquier palabra suya iba a sonar a súplica, a locura.

Se quedó en el suelo, viendo cómo el helicóptero ascendía y se alejaba entre el humo.

Después vino el silencio.

No el de antes del bombardeo. Este era peor. Era el silencio de lo que no controlas. De lo que ya no está en tus manos. El que deja espacio al miedo, a los recuerdos, a todo lo que no se dice. Riley se quedó allí, de pie en medio del caos, mientras a su alrededor el campamento intentaba recomponerse. Los equipos de emergencia daban vueltas como hormigas desorientadas. Las sirenas seguían sonando, pero ahora eran más lejanas.

El mismo soldado que le había gritado que no volviera se le acercó. Tenía el rostro cubierto de polvo, un corte pequeño en la mejilla.

—¿Estás bien?

Ella lo miró. No sabía qué responder.

—Ella está viva, ¿no?

Él asintió, despacio.

—Sí. Gracias a ti.

Pero Riley no se sintió heroína.

No era valentía lo que la había llevado hasta allí.

Era amor.

Puro, desordenado, desesperado amor.

—¿Puedo saber a dónde la llevan? —preguntó.

—A la base aérea. Están organizando los traslados. Está en prioridad uno.

Eso significaba que estaba grave.

Significaba que todo seguía en juego.

Caminó sin rumbo por el campamento. Se apoyó en una pared de contenedores. Dejó que su cuerpo empezara a registrar los golpes, los arañazos, los hematomas. No eran muchos. No comparados con otras veces. Pero por dentro… por dentro se sentía como si algo se hubiese roto y no supiera cómo volver a encajarlo.

Se sentó en el suelo, junto a la tienda médica, donde todo había empezado. El olor a humo, a sangre, a tierra quemada… se quedaba pegado a la garganta. Era el olor de la guerra. El olor del miedo.

Apoyó la cabeza en las rodillas. Cerró los ojos. Respiró hondo.

Y entonces pensó en todo lo que no le había dicho.

En las cartas.

En los silencios.

En los años perdidos.

Pensó que, si June no salía de esa, habría cosas que ya nunca podría reparar.

Y la idea fue insoportable.

Así que se obligó a creer que sí saldría. Que la volvería a ver. Que la escucharía reír otra vez, aunque fuera solo una vez más. Aunque fuera en un pasillo, entre pacientes, con las manos llenas de heridas, pero viva.

Porque esa era la única promesa que aún podía sostenerla.

Pasaron horas. O tal vez fueron minutos. Riley había dejado de contar el tiempo en segundos y empezó a medirlo en pulsos de angustia.

Cuando por fin la llamaron para el traslado, no preguntó a dónde. Solo se levantó. Caminó. Subió al vehículo como una autómata. El trayecto hasta la base aérea fue un borrón de sacudidas, órdenes y voces en distintos idiomas. El mundo, afuera, seguía temblando.

Dentro, solo quedaba una idea: June estaba viva. Tenía que estar viva.

Cuando llegaron, la enfermera que la recibió le pidió que esperara en una sala improvisada, con paredes de tela y un banco metálico. Riley no se sentó. No podía. El cuerpo le dolía por el esfuerzo, pero no lo suficiente como para distraerla. Tenía sangre seca en las manos. La chaqueta rota. Los nudillos magullados.

El médico salió casi una hora después. Era joven. Llevaba las mangas arremangadas hasta los codos y las ojeras marcadas.

—¿Riley Maddox?

Ella asintió. No podía hablar.

—La doctora Callahan está estable.

Las palabras fueron como un golpe en el pecho. No por el dolor, sino por el alivio.

—¿Puedo verla?

—Está sedada. Pero sí.

La condujo a través de pasillos estrechos y saturados de camillas. Algunas con pacientes conscientes. Otras, cubiertas. Había ese olor otra vez: desinfectante, sangre, derrota.

La habitación de June estaba al final del corredor. Una tienda cerrada con una lona blanca, dentro de la cual todo parecía más silencioso.

Riley entró despacio.

June estaba allí, en una camilla, conectada a oxígeno, con el rostro pálido y las manos inmóviles sobre la sábana.

La máquina marcaba un ritmo cardíaco constante.

El monitor pitaba como un metrónomo suave.

Riley se acercó.

No la tocó aún.

No quiso romper la delicadeza de ese momento. Solo la miró. Observó la línea de su mandíbula, la curva de su cuello, el pelo desordenado que le caía sobre la frente. June estaba viva. Golpeada. Frágil. Pero viva.

Y Riley sintió que algo dentro de ella cedía. Una tensión antigua. Una herida mal cerrada.

Se dejó caer de rodillas junto a la cama.

Lloró.

Sin hacer ruido.

Como si cada lágrima no viniera de ese día, sino de todos los días en que había deseado este instante. En que había temido no tenerlo nunca.

Apoyó la frente en el borde del colchón.

—No pienso perderte otra vez —susurró.

Era una promesa. Una súplica. Un rezo laico.

Y aunque June no podía oírla, aunque el mundo aún ardiera afuera, ese momento era suyo.

Solo suyo.

Porque esta vez, había vuelto a tiempo.

Capítulo 36

June: Pasado

El edificio de la facultad tenía ese olor a carpetas húmedas y calefacción demasiado alta. Afuera llovía, como siempre en esa ciudad que parecía no recordar lo que era un cielo despejado. June caminaba por el pasillo largo con la carpeta roja bajo el brazo. Dentro estaba su tesis. Cuatrocientas páginas encuadernadas con una tapa blanda y un título clínico que no decía nada de ella. Nada de lo que le costó llegar hasta allí. Nada de las noches en vela ni de los días en los que tuvo que obligarse a creer que terminar Medicina era todavía una decisión propia.

Se detuvo frente al despacho. Había una placa con letras doradas y una planta mustia en una esquina. Respiró hondo antes de tocar la puerta.

—Pasa —dijo una voz al otro lado.

El profesor la recibió con un gesto breve. Le indicó una mesa lateral donde debía dejar el trabajo. Ella lo hizo en silencio. No hacía falta más. El protocolo era claro: se entregaba, se firmaba el registro, se agradecía la atención, y se salía. Así era la academia. Limpia. Precisa. Impersonal.

Pero cuando se dio la vuelta para marcharse, el profesor —un hombre de barba gris y voz áspera— le dijo algo que la detuvo.

—¿Ya sabes qué vas a hacer después?

Ella lo miró. Parpadeó. No se esperaba la pregunta.

—Tengo una entrevista —respondió—. Con Médicos Sin Fronteras.

Él asintió. No dijo nada más. Y June entendió que esa era la forma que tenían algunos adultos de desear suerte: preguntaban sin escuchar la respuesta.

Salió del despacho sin mirar atrás. El pasillo estaba vacío. Solo quedaban restos de conversaciones estudiantiles y carteles torcidos

sobre conferencias que ya nadie leería. Mientras avanzaba, el eco de sus pasos era lo único que la acompañaba.

Su mochila pesaba más de lo normal, pero no por los libros. Era ese otro peso. El de todo lo que había contenido durante años. Las cartas no enviadas. Las decisiones tomadas en silencio. Los días en los que fingió ser fuerte. No por vocación, sino por necesidad.

Esa noche, en su habitación, abrió el correo electrónico y encontró la confirmación de la entrevista. Era en dos días. No sintió nervios. Tampoco emoción. Solo una especie de calma resignada. Como si lo supiera desde siempre: ese era su camino. Irse. Ayudar. Esconderse detrás de otros cuerpos, otras urgencias, otros dolores.

No lo hacía por altruismo.

No quería salvar al mundo.

Solo necesitaba dejar de sostener el suyo.

La sala de espera estaba demasiado iluminada para ser acogedora. Luces blancas, sillas de plástico, un dispensador de agua que goteaba cada vez que alguien se servía. June llegó diez minutos antes de la entrevista, con el pelo recogido y la camisa azul planchada con esmero. Tenía las manos frías, pero no temblaban. No porque estuviera tranquila, sino porque hacía tiempo que había aprendido a contener el cuerpo como si fuera una jaula: que no se notara lo de dentro, que no se saliera nada.

Había otras tres personas esperando. Un hombre mayor, una chica con pinta de recién graduada, y una mujer de unos cuarenta años que leía una carpeta con gesto de agotamiento. Nadie hablaba. Solo el sonido mecánico del reloj colgado en la pared.

Cuando escuchó su nombre, June se levantó sin apresurarse. Siguió al encargado por un pasillo corto hasta una sala con dos sillas enfrentadas y una pequeña mesa en medio. No había ordenador. Solo un bloc de notas y una grabadora.

—Siéntate, por favor.

La mujer que le habló tenía el rostro curtido por el sol, y en la voz, un acento que no logró identificar. No parecía sonreír nunca. Tampoco parecía esperar que alguien lo hiciera.

—¿Por qué quieres unirte a nosotros? —preguntó, directo al grano.

June se acomodó en la silla. Podría haber dicho algo sobre la medicina humanitaria, sobre la vocación, sobre su necesidad de aportar. Podría haber recitado lo que había escrito en su carta de motivación. Pero no lo hizo.

Se quedó en silencio unos segundos.

Y luego respondió:

—No tengo vocación de heroína.

La entrevistadora no dijo nada.

June continuó:

—Solo me resulta más fácil cuidar de otros que pensar en mí.

La mujer la miró durante un momento largo. No escribió nada. No asintió. Solo la observó, como si intentara calibrar la verdad detrás de esa frase.

—Eso es honesto —dijo, finalmente—. Y peligroso.

—Lo sé —respondió June—. Pero también es lo único que tengo.

La entrevista no duró mucho más. Preguntas básicas. Escenarios hipotéticos. Cómo reaccionaría ante un ataque. Qué haría si tuviera que elegir entre dos pacientes. Si era capaz de obedecer órdenes sin cuestionar. Si sabía trabajar con recursos mínimos. Si estaba dispuesta a vivir en tiendas, entre calor extremo o bajo riesgo constante.

Respondió todo sin vacilar.

No porque se creyera invencible, sino porque no le quedaban más máscaras.

Cuando salió, el sol la cegó por un momento. Parpadeó, aturdida. El ruido de la ciudad volvió como un golpe suave: tráfico, voces, sirenas lejanas.

Caminó sin rumbo durante media hora. Sin mirar el móvil. Sin pensar en nada concreto. Solo caminaba.

Sabía que la llamarían.

Y sabía también que no lo celebraría.

Porque no era una meta. Ni una victoria.

Era una forma más de seguir huyendo sin que se notara demasiado.

Esa noche volvió a su apartamento sin pasar por la biblioteca, sin contestar los mensajes, sin mirar los recordatorios que le avisaban de prácticas, seminarios, plazos. Se quitó los zapatos en la entrada, dejó la mochila sobre la mesa y se sentó en el suelo, de espaldas a la pared. Llevaba semanas sobreviviendo en modo automático. Terminar la tesis. Aprobar los exámenes finales. Cumplir con las guardias en el hospital universitario. Sonreír lo justo. Dormir poco. Comer lo mínimo.

Encender la voz cuando hacía falta. Apagarla después.

Se abrazó las rodillas y apoyó la frente sobre ellas.

Durante años, había repetido una única certeza: si me esfuerzo lo suficiente, dolerá menos.

No fue así.

Nada dolía menos. Solo aprendió a camuflarlo mejor.

Pensó en su madre. En cómo había dicho que estaba orgullosa cuando le contó que quería irse con Médicos Sin Fronteras.

Pensó en su padre, que no contestó el mensaje.

Pensó en Riley.

La imagen de ella ya no era nítida. No como antes. No como en los primeros años, cuando su recuerdo se le aparecía en cada rincón. Ahora era más difuso. Una sensación. Un hueco.

Pero había algo que no cambiaba. Algo que volvía cada vez que bajaba la guardia: la forma en que Riley la había mirado junto al lago. No con deseo. No con miedo. Con verdad. Con ese tipo de verdad que no necesita palabras, que no pide permiso. Que te desarma.

Y con esa verdad, June no había sabido qué hacer.

La había amado tanto que la asustó.

Y luego, cuando Riley se fue, había intentado llenar ese hueco con excelencia, con títulos, con viajes, con listas de cosas que hacer. Pero por más que hiciera, siempre llegaba al mismo sitio.

Una cama vacía.

Una carta no escrita.

Una herida que no cerraba del todo.

Se levantó del suelo con esfuerzo. El cuerpo le pesaba más de lo normal. Se preparó un té que no se bebió. Abrió el portátil. La carpeta con la tesis seguía abierta. El documento titulado "versión final" parpadeaba, como si también le preguntara si de verdad eso era el final.

No lo era.

No para ella.

Al día siguiente, le enviaron un correo: había sido aceptada. Misión por determinar. Fecha tentativa: en tres meses.

No hubo emoción. No hubo miedo. Solo una decisión.

Aceptar.

Porque no sabía vivir de otra manera.

Y porque, en el fondo, aún tenía esperanza de encontrar algo allá afuera que doliera distinto. Que doliera menos. Que, tal vez, le enseñara a dejar de huir. Aunque no supiera cómo hacerlo.

El día que recibió la confirmación de su destino, June no se lo contó a nadie.

El correo llegó por la mañana, justo después de desayunar, cuando el campus aún estaba medio dormido y el ruido de las bicicletas llenaba los caminos de grava. Lo abrió sin prisa, con la taza de café en la mano y el estómago lleno de un peso que no tenía que ver con la comida.

"Estimada doctora Callahan, nos complace informarle que ha sido aceptada para formar parte del equipo médico que partirá a la región de Khadid, bajo la supervisión de Médicos Sin Fronteras. La salida está prevista para dentro de cinco semanas."

Cerró el portátil.

No dijo nada.

Esa tarde volvió al lago artificial del campus. El agua estaba tranquila, pero el cielo anunciaba tormenta. Se sentó en el mismo banco de siempre, ese que no tenía respaldo. Miró el agua sin verla.

El cuaderno estaba en su bolso. Lo sacó. Pasó las páginas hasta encontrar una hoja en blanco.

Y escribió una última carta.

No para Riley.

No exactamente.

Para lo que había sido entre ellas.

Para lo que se quedó sin nombre.

"Me voy.

No porque huya de ti, sino porque ya no sé cómo esperarte.

Hay una parte de mí que siempre será tuya, lo sé.

Pero he dejado de mirar hacia atrás.

No porque te haya olvidado.

Sino porque aprendí a seguir viviendo incluso con el hueco que dejaste."

No la firmó.

Solo la arrancó del cuaderno y la dobló en cuatro.

La lanzó al lago.

El papel flotó unos segundos antes de hundirse.

Y mientras lo veía desaparecer, June sintió que algo dentro de ella se soltaba también. No como un adiós. No como un final. Sino como ese momento en que por fin dejas de nadar a contracorriente. En que dejas de buscar una orilla que ya no existe.

Se levantó.

No miró atrás.

El viento olía a lluvia.

Y por primera vez en mucho tiempo, no le importó mojarse.

Capítulo 37

June: Presente

El silencio después del caos tenía un sonido propio. No era un silencio completo, sino ese murmullo entre respiraciones contenidas, pasos que ya no corren, escombros que aún crujen sin decidirse a caer del todo. Era el latido sordo en los oídos de quien empieza a despertar, como si la ausencia del estruendo fuera ahora más difícil de soportar que el ruido.

June parpadeó. La luz le dolía en los ojos. Intentó mover una mano, pero le pesaba como si no fuera suya. El cuerpo estaba a salvo, pero la mente aún luchaba por encontrar el camino de vuelta.

Sintió el roce de una sábana bajo los dedos. Una camilla. Un techo precario sobre ella. El aire cargado de humo y tierra. Estaba viva.

Y no estaba sola.

A su lado, Riley permanecía en silencio. No la tocaba. No hablaba. Solo estaba ahí, firme como una promesa imposible de romper.

June giró apenas el rostro, lo justo para verla. Tenía la cara manchada de polvo, sangre seca en la manga, los ojos enrojecidos por algo más que cansancio. Pero estaba entera. Estaba viva. Y había vuelto por ella. A pesar del miedo, del peligro, del caos.

La había sacado de allí.

Con los brazos temblando y los dientes apretados. Con una determinación que aún brillaba en sus ojos, incluso ahora, incluso en el silencio.

June no supo cuánto tiempo pasó así. Si fueron segundos o siglos.

—¿Por qué volviste por mí? —preguntó, con la voz apenas un hilo.

No era una acusación. Era solo una pregunta. Desnuda. Verdadera.

Riley la miró, y durante un segundo, no fue la soldado. Fue la chica del lago. La de la carta no entregada. La que temblaba cuando la tocaba.

—Porque esta vez no iba a dejarte atrás.

Lo dijo sin vacilar.

Y esas palabras —esas siete palabras exactas— fueron todo lo que June necesitaba oír.

No hubo un gesto dramático.

Solo un paso.

Un suspiro.

Un temblor en los dedos cuando se encontraron.

Y luego el beso.

Desnudo. Lento. Profundo.

No por lo que prometía. Sino por lo que traía de vuelta.

No fue un beso para curar el pasado.

Fue un beso para habitar el presente.

Los labios de Riley eran cálidos, pese al polvo. Su boca, conocida y nueva. No hubo prisa. No hubo miedo. Solo un reconocimiento lento de todo lo que habían callado.

Cuando se separaron, Riley apoyó la frente contra la de ella.

No dijo nada más.

Ya no hacía falta.

Los minutos que siguieron fueron suaves. Por primera vez en días, en meses, en años, June no sentía urgencia por moverse. El cuerpo le dolía, sí. Cada músculo parecía recordarle que había estado a punto de no salir. Pero dentro, donde siempre dolía más, algo se había aquietado. Como si el caos, por fin, se hubiera cansado de perseguirla.

Riley seguía a su lado. No la tocaba constantemente, pero tampoco se alejaba. Era una presencia sólida. Contenida. Como si no supiera si podía quedarse o si debía irse. Como si no estuviera del todo segura de que June la quisiera allí, incluso después del beso.

Pero June la quería allí.

No necesitaba decírselo.

Se inclinó un poco y dejó caer la cabeza en el hueco del hombro de Riley. El mundo, por un momento, se volvió más pequeño, más habitable.

—No sabía si ibas a estar viva —susurró Riley, apenas audible—. No sabía si iba a llegar a tiempo.

—Tampoco yo —dijo June, con una calma que no sentía del todo —. Pero lo hiciste.

Riley asintió, sin moverse. Como si el simple hecho de afirmarlo sirviera para ordenar un poco lo que llevaban desordenado desde hace tanto.

Una ráfaga de aire entró por una abertura del techo. Arrastró con ella un puñado de polvo y el sonido lejano de voces.

Pero ellas todavía estaban allí.

Juntas.

A salvo.

El silencio no era incómodo. No era el silencio de lo que no se puede decir. Era el silencio de lo que, por fin, no necesita explicación. Habían llegado al borde. Se habían visto desde ese abismo. Y no habían soltado.

June respiró hondo, con la cara contra el cuello de Riley.

Sabía que el camino no iba a ser fácil. Que lo que viniera después no sería sencillo. Que aún había heridas que no sabían cómo cerrar.

Pero ahora, por fin, no estaba sola.

Y eso lo cambiaba todo.

—Cuando me encontraste —dijo June, aún sin moverse—, pensé que era una alucinación.

Riley giró apenas la cabeza, con una sonrisa leve. No de burla. De algo más frágil. Más humano.

—Yo también pensé que lo era. Pensé… que no llegaría a tiempo. Que no tendría otra oportunidad.

June cerró los ojos un momento. El sonido de las sirenas ya no estaba. El hospital había entrado en esa especie de calma que llega

cuando lo peor ha pasado, pero todavía no se ha reparado nada. El tipo de calma que no significa paz, sino agotamiento.

No hubo más que decir.

June no lloró. No porque no pudiera. Sino porque había algo en esas palabras que le devolvía una parte de sí misma que pensaba perdida. Una fuerza que no era rabia, ni defensa, ni distancia. Era algo más blando. Más real. La promesa de que tal vez esta vez, sí.

Riley bajó la mirada.

—No sabía si podía acercarme. No después de todo. No después de lo que hice.

—No hiciste nada —respondió June, rápido, con esa intensidad que duele—. Solo te fuiste. Solo… me rompiste.

Riley asintió, despacio. No intentó defenderse. No dijo nada más.

Y entonces June la besó.

No fue impulso.

No fue deseo contenido ni euforia por haber sobrevivido.

Fue algo más profundo. Más antiguo. Como si ese gesto hubiera estado esperando desde el primer momento en que se separaron. Como si, al fin, pudiera completarse.

Riley no se movió al principio. Luego, cuando sus labios se tocaron, la respuesta fue inmediata. Lenta. Precisa. Con todo el cuidado de quien sabe lo fácil que es romper algo importante.

El beso no fue dulce.

Fue necesario.

No hubo manos precipitadas ni palabras apresuradas. Solo dos cuerpos inclinándose hacia el otro, sin barreras, sin miedo, sin tiempo. Solo ahora.

Cuando se separaron, ambas respiraban despacio. No se miraron de inmediato. No hacía falta.

Ya se habían visto.

Y seguían allí.

El silencio volvió a instalarse entre ellas, pero esta vez era distinto. Ya no pesaba. No dolía. No separaba. Era ese tipo de silencio que solo existe entre quienes se han roto de la misma

forma, en los mismos lugares. Entre quienes han sobrevivido no solo a la guerra allá afuera, sino también a la que llevaban dentro.

June bajó la mirada. Las manos sobre su regazo aún estaban manchadas. El vendaje improvisado que Riley le había puesto seguía ahí, como un recordatorio tangible de lo que habían atravesado.

—Podríamos haber muerto.

Riley no contestó. Solo asintió. Porque era verdad. Porque todavía no estaban seguras de no hacerlo. Pero también porque sabían que, en cierto modo, ya habían estado muertas antes. La distancia. El miedo. El tiempo que se tragó las palabras que no se dijeron.

—No quiero volver a estar sola —dijo June, sin mirar a Riley, como si temiera que pronunciarlo la hiciera débil. Pero su voz era firme. No una súplica. Una verdad.

Riley la miró durante largos segundos. Como si ese momento fuera una frontera. Como si aún pudiera dar un paso atrás. Pero no lo hizo.

—Yo tampoco —respondió, despacio—. No más.

Las palabras se quedaron suspendidas en el aire entre ambas. No hacían promesas. No ofrecían certezas. Solo estaban ahí. Como una cuerda tendida sobre el abismo. Como una posibilidad.

—No sé si esto puede arreglarse —susurró June—. No sé si queda algo más que los restos.

—No vine a arreglarlo —dijo Riley—. Vine a quedarme.

No era una declaración grandilocuente. No era siquiera una garantía. Pero tenía el peso de todo lo que no habían dicho antes. De todo lo que habían perdido.

June respiró hondo. El pecho le dolía, pero ya no por el golpe, ni por el esfuerzo. Era otra clase de dolor. Más íntimo. Más antiguo. El de un corazón que empieza a moverse después de estar demasiado tiempo quieto.

Riley estiró una mano, sin prisa, y la apoyó sobre la de June. No apretó. No pidió. Solo la dejó allí. Un gesto simple. Casi nada.

Pero para June fue todo.

—No te vayas —murmuró.
Riley no se movió.
—No pienso hacerlo.

Capítulo 38

Riley: Presente

El zumbido del helicóptero aún vibraba en los oídos de Riley cuando descendió del vehículo y se adentró en el campamento aéreo. Las luces de emergencia iluminaban con frialdad las lonas alineadas, las estructuras provisionales, los cuerpos en movimiento constante. Todo parecía estar diseñado para funcionar sin pausa, para no sentir.

Y aun así, lo único que Riley podía pensar era que seguía viva. Que June también lo estaba. A pesar de todo.

El aire olía a queroseno, a tierra quemada, a desinfectante. El traslado desde el campamento anterior había sido rápido, brutal. Después del ataque, el caos había sido sustituido por la eficiencia implacable de una unidad preparada para recibir heridos, evacuar, redistribuir. Y olvidar.

Pero Riley no olvidaba.

Avanzó entre las tiendas, guiada por una mezcla de inercia y necesidad. La habían llamado a la carpa de coordinación, pero aún no sabía si su cuerpo estaba preparado para escuchar lo que iban a decirle.

Entró. El interior estaba iluminado por luces blancas y rectas, sin sombras. Detrás de una mesa llena de papeles y mapas, un oficial con rostro agotado hojeaba una carpeta con la precisión de quien lleva demasiadas horas despierto.

—¿Maddox? —preguntó sin levantar la vista.

—Sí.

El hombre asintió apenas y señaló con el mentón una silla frente a él. Riley se sentó sin quitarse la mochila. Tenía los músculos tensos, como si aún estuviera en la línea de fuego.

—Están redistribuyendo personal entre las bases cercanas —empezó el oficial, sin rodeos—. Tú estás en la lista. Experiencia en evacuaciones y respuesta rápida. Hay vacantes en el norte. En el

frente costero también. Zonas con menor presión asistencial. Pero siguen siendo activas.

La información cayó como una orden sin forma. Riley no se sorprendió. Lo había visto venir. Todo el mundo era enviado a algún sitio. Nadie se quedaba donde ya había cumplido.

—¿Y si no quiero seguir desplegada? —preguntó, sin adornos.

El oficial levantó la vista por primera vez. La estudió.

—¿Estás pidiendo tu baja?

—Estoy diciendo que necesito pensarlo.

El silencio fue breve, pero denso.

—Veinticuatro horas. Después, asignación automática. Si decides quedarte, la solicitud debe pasar por comando central. Pero hay precedentes. No serías la primera.

Riley asintió. Se levantó. No hizo falta más.

Cuando salió de la tienda, la noche ya se había asentado sobre la pista. Las luces parpadeaban a lo lejos, señalando rutas invisibles. Todo se movía como si el mundo no hubiera estado a punto de romperse.

Pero ella sí se había roto.

Y aún no sabía cómo volver a coserse.

La tienda médica del campamento aéreo tenía un silencio distinto. No era de esos silencios que calman. Era más bien el que sigue a un colapso: el silencio que se construye con respiraciones entrecortadas, monitores que pitan suavemente y pasos amortiguados sobre lonas quirúrgicas.

Riley empujó la solapa de entrada con cuidado, como si entrar demasiado rápido pudiera quebrar algo más que el aire. Saludó con una inclinación leve a una enfermera de Médicos Sin Fronteras que reconoció su rostro, y se dirigió al fondo de la tienda, donde June había sido instalada tras el traslado de emergencia.

La encontró dormida. O al menos eso parecía. El cuerpo cubierto hasta el pecho por una sábana ligera, una vía en el brazo izquierdo, la piel pálida bajo la luz blanquecina. Había una venda en su

costado, otra en el hombro. Respiraba con dificultad, pero lo hacía. Y eso, para Riley, era lo único que importaba.

Se sentó en la silla de plástico junto a la camilla y apoyó los codos en las rodillas. Había pasado por ahí por la noche, solo de paso, solo unos minutos. Pero hoy era distinto. Hoy había una decisión flotando en el aire. Una que no sabía cómo pronunciar.

June abrió los ojos sin moverse. Como si hubiera sabido todo el tiempo que ella estaba ahí.

—¿Mucho ruido fuera? —preguntó con la voz rasposa, sin girar la cabeza.

—No más que de costumbre —respondió Riley, con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—¿Alguna novedad?

Riley dudó. Luego asintió, despacio.

—Me quieren trasladar. Reubicación. Personal con experiencia, dicen. Bases cercanas.

June no contestó. Se limitó a parpadear una vez. Luego desvió la vista hacia el techo de lona, donde la luz se filtraba de forma desigual.

—¿Cuándo?

—Puedo retrasarlo un día. Pero no mucho más.

June apretó los labios. Su respiración era superficial, medida.

—Van a evacuarme —dijo después de un rato—. A Alemania. Mañana al amanecer. Necesitan hacerme más pruebas. Dicen que el pulmón no ha terminado de cerrar bien. Que lo mejor es que me trasladen a un hospital civil.

Riley asintió. No sabía si decir que lo esperaba o que lo temía.

—¿Y después? —preguntó.

June la miró por primera vez. Había algo en sus ojos que parecía más frágil que su cuerpo.

—Después… ya no depende de mí.

Riley apoyó una mano sobre su propia pierna. La otra le temblaba.

—Podría pedir la baja.

June no reaccionó de inmediato.

—¿Por mí?

—No. Por mí. Porque no sé qué sentido tiene seguir corriendo si ya no sé a dónde.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue otra cosa. Un lugar entre ambas donde todo lo no dicho flotaba como polvo en suspensión. June bajó la mirada a su mano vendada y la movió apenas, como si intentara tocar algo que ya no estaba.

—No me prometas nada —murmuró.

—No voy a hacerlo —respondió Riley, con voz baja—. Solo voy a quedarme.

Y en esa afirmación había más verdad que en todos los juramentos que había hecho con el uniforme puesto.

Riley no supo cuánto tiempo pasó allí sentada. La luz artificial no cambiaba. Los monitores seguían emitiendo el mismo pitido suave y constante. Afuera, la rutina del campamento aéreo continuaba como si cada minuto no fuera, en realidad, un abismo.

Observó el rostro de June mientras dormía. Se había quedado dormida sin decir más, como si su cuerpo, agotado, hubiera decidido priorizar la recuperación antes que cualquier conversación. Riley no la culpaba. De hecho, envidiaba esa capacidad de desconectarse. De soltar.

Ella no podía. No todavía.

Se levantó con cuidado, se estiró la chaqueta del uniforme y salió al exterior. El aire estaba denso, más fresco que al mediodía, con olor a metal y polvo fino. Un helicóptero despegaba en la pista a lo lejos, y el ruido vibraba en el estómago como un eco de algo que ya no quería sentir.

Caminó hacia la zona común del personal, donde algunos soldados mataban el tiempo jugando a las cartas, comiendo sin hambre o simplemente esperando. Siempre se estaba esperando algo en un campamento así. Órdenes. Un nuevo destino. El fin.

Riley no se sentó. Ni siquiera miró a nadie. Se acercó a una pequeña estructura metálica donde una mesa de comunicaciones

estaba atendida por una joven soldado que no debía pasar de los veinte.

—¿Puedo usar el terminal? —preguntó.

—¿Autorización?

Riley le tendió la suya sin decir nada. La chica la escaneó con un dispositivo y luego señaló la cabina del fondo. Riley entró, cerró la puerta detrás y respiró hondo antes de marcar.

Un tono. Luego otro. Y una voz al otro lado.

—¿Comando central?

—Sí, identificación.

Riley recitó su código. Su nombre. Su unidad. La voz al otro lado confirmó.

—¿Motivo del contacto?

La pregunta era tan directa que por un momento pensó en colgar. Pero no lo hizo.

—Necesito iniciar el procedimiento para solicitar la baja anticipada. Personal por voluntad propia. Código voluntario 17.

El silencio fue breve.

—¿Motivo personal o médico?

—Personal.

Teclado. Un clic.

—Necesitaremos declaración firmada por escrito, informe de cierre de misión y evaluación médica final. ¿Desea iniciar ahora el proceso?

Riley tragó saliva.

—Sí. Lo deseo.

Colgó antes de que pudieran decirle más. Salió de la cabina con el estómago revuelto, pero con la espalda un poco más recta. Como si el cuerpo, por fin, hubiera entendido algo que su mente llevaba días negándose a procesar.

No iba a quedarse porque alguien se lo pidiera.

Iba a quedarse porque ya no sabía cómo ser otra cosa que eso: una persona que elige.

Eligió no huir.

Eligió a June.

Eligió dejar el uniforme antes de que este se lo tragara por completo.

Cuando volvió a la tienda médica, June estaba despierta. No completamente, pero lo suficiente como para girar la cabeza hacia ella y esbozar una mueca que, en otro contexto, podría haberse confundido con una sonrisa.

—¿Te fuiste mucho rato? —preguntó, con la voz aún frágil.

Riley se acercó sin responder de inmediato. Dejó el gorro del uniforme sobre la silla de plástico y se sentó a su lado, esta vez más cerca.

—Solo el tiempo suficiente —dijo al fin—. Fui a hacer algo que llevaba demasiado postergando.

June entrecerró los ojos, adivinando más que preguntando.

—¿Ya está?

Riley asintió.

—Ya está. Llamé a comando. Inicié el proceso. Entrego el uniforme cuando regresemos a Alemania.

La frase flotó entre ambas con más peso del que parecía. Era el final de una etapa. Pero no sonó trágico. Solo inevitable.

June no dijo nada. Se limitó a observarla. A Riley le sorprendió descubrir que no buscaba aprobación en esa mirada. Ni consuelo. Solo quería que ella lo supiera. Que fuera la primera en saberlo.

—¿Y después? —preguntó June, muy bajo—. ¿Qué viene ahora?

Riley sonrió, pero sin alegría.

—No lo sé. Pero supongo que ya va siendo hora de averiguarlo.

Hubo una pausa. Una que ninguna de las dos necesitó llenar.

—¿Y si te arrepientes? —insistió June, sin dureza, sin dramatismo. Solo como una pregunta sincera.

—Entonces lo enfrentaré. Pero no quiero seguir moviéndome solo porque no sé quedarme.

June giró la cabeza hacia el techo. Parecía contener algo, pero no lágrimas. Era otra cosa. Como si dentro de su cuerpo herido hubiera

aún una lucha más profunda. Y sin embargo, cuando volvió a mirarla, sus ojos estaban claros.

—Van a trasladarme mañana. Primer vuelo a las seis.

—Lo sé. Estaré allí —dijo Riley.

June asintió muy despacio.

—¿Y si no me recupero del todo?

—Lo enfrentaremos. Pero juntas.

Una pequeña exhalación escapó de June, algo que podría haber sido una risa cansada o un suspiro sin rumbo. Extendió su mano vendada con esfuerzo y Riley la tomó sin pensarlo.

No había promesas. No había garantías.

Pero había elección.

Y eso, para ellas, era más que suficiente.

Siguieron así, en silencio. Riley con los dedos entre los suyos, June con los ojos cerrados y la respiración un poco más tranquila. Afuera, el campamento seguía girando, sin enterarse de nada. Y por primera vez en mucho tiempo, Riley no sintió que estaba fuera de lugar. Ni en pausa. Ni huyendo.

Estaba justo donde debía.

La noche cayó sin hacer ruido. El campamento, aunque activo, parecía adormecerse después del último aterrizaje. Solo algunos focos seguían encendidos en las zonas médicas y en la pista. El resto eran sombras quietas, cuerpos envueltos en mantas, en turnos, en pensamientos.

Riley no se había movido. La silla era incómoda, la espalda le dolía y los párpados le pesaban, pero quedarse junto a June tenía más sentido que cualquier otra cosa que pudiera hacer con ese cuerpo exhausto.

Cuando la enfermera de turno se acercó para revisar el gotero, June ya dormía. Esta vez profundamente. Sin las contracciones de dolor en el rostro, sin los suspiros inquietos. Riley la observó en silencio mientras la profesional anotaba algo en una tableta y luego se retiraba con un gesto cómplice, sin preguntar nada.

Afuera, el aire era más frío de lo que recordaba. Caminó hasta el límite del perímetro autorizado y se detuvo junto a un generador apagado. Desde allí podía ver parte de la pista y los helicópteros dormidos, como si todo el mundo estuviera conteniendo el aliento.

Respiró hondo.

Iba a dejar el ejército.

No porque ya no pudiera con él, sino porque ya no quería vivir a su ritmo. Había aprendido a sobrevivir bajo fuego, a correr con miedo, a esconder el temblor en la mandíbula apretada. Pero ahora, por fin, quería aprender otra cosa.

Quería aprender a quedarse.

A la mañana siguiente, cuando los primeros movimientos comenzaron a agitar la pista, Riley estaba lista. Se había cambiado de ropa, llevaba consigo solo lo esencial. Pasó por la tienda médica poco antes del amanecer. June ya estaba preparada para el traslado, en una camilla, conectada a un monitor portátil y una bombona de oxígeno de apoyo. Aún débil, pero consciente.

—¿Lista? —preguntó Riley.

June asintió con suavidad. Sus ojos estaban cansados, pero tranquilos.

—¿Tú también?

—Siempre lo estuve. Solo me costó darme cuenta.

No hubo besos. No hubo abrazos dramáticos. Solo una mano sobre la otra mientras la camilla era llevada hacia la rampa del avión médico. Y los pasos de Riley, firmes, siguiéndola sin dudas.

Cuando cruzaron juntas el umbral del embarque, supieron que no dejaban solo un país. Dejaban atrás todo aquello que ya no eran.

El futuro aún no tenía forma.

Pero esta vez lo construirían a su ritmo.

Juntas.

Capítulo 39

June: Presente

El hospital en Alemania no tenía nada que ver con las carpas médicas del campamento. Ni con la lona, ni con los ventiladores ruidosos, ni con los olores a sangre y desinfectante que parecían mezclarse en el aire del desierto. Aquí todo era blanco. Limpio. Silencioso de otra forma. No el silencio tenso de la espera, sino el de lo estable. Lo que ya no arde.

June estaba sentada en el borde de la cama cuando entró la enfermera para comunicarle que su alta estaba autorizada. Llevaba en la mano el informe impreso y esa sonrisa profesional que no se contamina con emociones. June escuchó todo —la medicación que debía seguir, la recomendación de descanso, los controles programados—, pero tenía los ojos puestos en Riley.

Riley, apoyada en el marco de la puerta, sin uniforme por primera vez en años.

Y eso, para June, era desconcertante.

No por lo físico. No porque no supiera verla sin él. Sino porque, de algún modo, la imagen le parecía imposible. Como si algo en su cerebro siguiera asociando a Riley con el campo, con la rigidez, con la contención que su uniforme simbolizaba.

Pero ahora estaba allí. Chaqueta civil, vaqueros gastados, el pelo suelto. Más real que nunca. Más vulnerable también. Como si hubiera dejado atrás una capa de sí misma en algún lugar entre el desierto y el avión.

—¿Estás lista? —preguntó Riley, sin moverse.

June asintió. Se abrochó el abrigo con manos torpes. No era solo el cuerpo. Era el temblor interno. Esa especie de electricidad silenciosa que recorría la piel cuando algo importante estaba a punto de suceder.

Riley se acercó y le tendió la bolsa con sus cosas. Pero esta vez, cuando June extendió la mano para tomarla, Riley no la soltó. Entre

sus dedos, en lugar de distancia, dejó un gesto. Entrelazó los suyos con los de June. Con una naturalidad tan íntima que dolió.

No dijeron nada.

Solo caminaron así hasta la salida. De la mano. Como si esa fuera la única forma que tenían de recordarse mutuamente que seguían allí. Que, a pesar de todo, lo habían conseguido.

Cruzaron la entrada principal del hospital cuando ya caía la tarde. Las calles alemanas tenían esa calma de domingo en pausa, aunque era jueves. Un taxi las llevó hasta un hotel pequeño cerca del centro. Habitación doble. Ventanas con cortinas gruesas. Calefacción justa.

Nada lujoso.

Solo un espacio seguro.

Riley dejó la mochila sobre una silla y se quitó la chaqueta. June se quedó de pie junto a la ventana, observando las luces que se filtraban desde la calle. A sus espaldas, la habitación olía a lino limpio. A tregua.

—No me acostumbro —murmuró June, sin girarse.

—¿A qué?

—A tenerte.

Riley se acercó, sin invadir. Se detuvo justo detrás de ella.

—¿Estás cansada? —preguntó Riley, como si la respuesta importara más allá de lo literal.

—Sí —admitió June—. Pero no quiero dormir.

Riley asintió. Caminó hasta el borde de la cama y se sentó. No la miraba directamente. Observaba el suelo. Las manos. Los bordes de la colcha. Todo menos lo que de verdad la desbordaba por dentro.

June dio un paso. Luego otro. Cada uno le costó más que la rehabilitación completa. No por el cuerpo. Por lo que había entre ellas.

Cuando estuvo frente a Riley, se detuvo. Podía escuchar su propia respiración, el leve crujido de la madera bajo sus pies, el zumbido lejano de un coche pasando por la calle.

—¿Sabes cuándo fue la primera vez que pensé que te quería? —preguntó, sin saber muy bien por qué.

Riley alzó la vista, despacio. La pregunta la había golpeado como una ola inesperada.

—¿Cuándo?

—Cuando me enseñaste a vendar una herida. No hablaste mucho. Solo hiciste los gestos, uno tras otro. Precisos. Como si tuvieras miedo de romperme. Pero no lo hiciste. Me viste sangrar y no te asustaste.

Riley no respondió enseguida. Solo se inclinó hacia delante y apoyó la frente contra el vientre de June. Un gesto silencioso. Humilde. Como si necesitara aferrarse a algo más sólido que sus propios pensamientos.

June bajó las manos y las dejó caer sobre la nuca de Riley. Cerró los ojos. No pensó. No planificó. Solo sintió el calor de ese cuerpo inclinado hacia ella y el peso invisible de los años que se habían pasado sin tocarse.

—Quiero que me toques —susurró—. Pero no porque tengamos que cerrar nada. Ni porque haya urgencia. Quiero que me toques… porque sigo viva. Porque tú también lo estás. Y porque no sé cómo decirlo de otra manera.

Riley se incorporó, despacio. La miró con esa intensidad que nunca gritaba, pero siempre decía más de lo que June era capaz de soportar.

—Entonces acércate —dijo—. No prometo hacerlo bien. Pero no pienso apartarme.

June se inclinó. Apoyó la frente contra la suya.

Y por un momento, se quedaron así. Respirando lo mismo.

Sabiendo que era ahora.

Que al fin podían.

June fue la primera en moverse. No con rapidez, sino con una delicadeza nueva, como si cada gesto pudiera ser el último. Se inclinó sobre Riley y la besó. Un beso lento, contenido, con sabor a memoria y a piel.

Riley respondió sin palabras, con una mano en la cintura de June, sin apretar, solo sosteniendo. Como si no supiera cuánto podía tomar

sin romper lo que estaban construyendo. Como si temiera que, al apretar demasiado, aquello se deshiciera entre sus dedos.

No se deshicieron.

No todavía.

Se besaron despacio. Con el cuerpo aún tenso, como si no hubieran aprendido del todo a soltarse. June sintió el calor de la mano de Riley en su costado, la forma en que sus labios bajaban por su cuello con una reverencia silenciosa, como si no fuera deseo lo que movía sus dedos, sino fe.

La ropa fue cayendo sin ruido. Una cremallera. Un botón. El roce de una camiseta bajando por los brazos. Ninguna prisa. Ningún intento de hacerlo perfecto. Solo la necesidad, finalmente aceptada, de tocarse. De descubrir, con cada centímetro de piel, que seguían ahí.

Cuando Riley la desnudó, lo hizo sin ceremonia. Pero sus manos temblaban.

June notó el temblor y no lo corrigió.

No lo juzgó.

Lo acogió.

Se sentaron en la cama una frente a la otra, en ropa interior, respirando hondo, con el cuerpo lleno de marcas: cicatrices nuevas, piel pálida, hematomas que aún no habían terminado de irse. Eran bellas así. No por cómo se veían, sino por cómo se permitían mirarse.

June fue quien llevó las manos a la espalda de Riley y le desabrochó el sujetador. No tenía práctica. Le costó. Se rieron bajito. Un hilo de risa quebrada. Como si incluso eso fuera sagrado.

—No te rías de mí —murmuró June, con la frente pegada a su clavícula.

—Nunca —susurró Riley—. Te juro que nunca.

Cuando quedaron completamente desnudas, el aire entre ambas cambió. No fue más denso. Fue más ligero. Como si las capas que se habían quitado no fueran solo de tela.

Riley la tumbó con cuidado. Apoyó la palma en su pecho, justo sobre el esternón, y notó el latido firme, aunque contenido.

—¿Aquí te duele? —preguntó, como si la pregunta fuera literal.

—Aquí es donde empieza todo —respondió June, sin pestañear.

Entonces se tocaron.

No como si buscaran llegar a un punto. Sino como si todo el recorrido importara. Como si el contacto fuera un idioma que solo ellas sabían traducir. Riley descendió por el abdomen de June con los dedos abiertos, midiendo la temperatura, la tensión, el temblor. June la dejó hacer. Cerró los ojos. Abrió las piernas con torpeza, con pudor, pero sin esconderse.

Y cuando Riley la tocó entre los muslos, no fue para dominar. Fue para escuchar.

El primer gemido fue bajo, apenas un aliento más fuerte que una exhalación. Pero Riley lo sintió como si el mundo se abriera.

Y siguió ahí. Sin preguntas. Sin prisa.

Solo ellas dos.

Y todo lo que, por fin, podía ser dicho sin palabras.

Los dedos de Riley se movían con una mezcla de certeza y cuidado. No era una caricia ansiosa. Era una forma de sostenerla, de aprenderla. Cada movimiento, cada roce, parecía una conversación silenciosa que June entendía con los ojos cerrados. Su cuerpo, aún débil, respondía con lentitud, pero con una claridad que no necesitaba esfuerzo. Solo presencia.

—Así —susurró June, apenas audible, como si hablara más con el aliento que con la voz.

Riley asintió sin hablar, con la frente apoyada en el hueco entre cuello y hombro, la mano aún entre sus piernas. El calor de June crecía bajo sus dedos, húmedo y tenso, como si todo lo que habían contenido durante años ahora se concentrara ahí. En ese punto preciso donde temblor y placer se cruzaban sin resistencia.

June arqueó la espalda. No bruscamente. No como una reacción desbordada. Lo hizo como quien se entrega. Como quien dice: sigue.

Y Riley siguió.

Entró en ella con dos dedos, lentos, seguros, sosteniéndola con la otra mano en la cadera. June jadeó, no de dolor, sino de pura sorpresa. Como si su propio cuerpo le recordara que aún podía sentirse viva. Que aún podía desear, abrirse, recibir.

—Te siento —murmuró, sin saber si hablaba del cuerpo o de todo lo demás.

Riley no respondió. Bajó la boca por su pecho, encontró un pezón erguido y lo rodeó con los labios, con la lengua, con una devoción torpe y sincera. June la sostuvo del pelo. No para guiarla. Solo para saber que estaba ahí.

El ritmo fue aumentando. No por la urgencia. Sino por esa vibración interna que pide más cuando el alma ya no quiere esconderse. El cuerpo de June comenzó a tensarse bajo ella. Las caderas se alzaban, buscándola, como si la respuesta no estuviera en la mente, sino en ese centro ardiente y vulnerable que palpitaba contra su palma.

—No te detengas —dijo June, con la voz ronca, quebrada.

Riley la besó otra vez. Y la obedeció.

El orgasmo llegó con un temblor profundo, contenido. No fue explosivo. No fue sonoro. Fue más como una rendición interna. Una marea que subía desde el vientre, que le empapaba los muslos, que le arrancaba el aire por segundos. June cerró los ojos, las manos apretadas contra las sábanas, los labios entreabiertos en un suspiro que no buscaba gritar, solo quedarse.

Riley no se apartó enseguida. Se quedó allí, acariciándola por dentro con movimientos cada vez más lentos, como si no quisiera abandonarla todavía. Como si dentro de su cuerpo aún quedara un eco que no quería romper.

Cuando por fin la retiró, fue con la misma delicadeza con la que se cierra un libro que no ha terminado de leerse. Y luego se tumbó a su lado, sin hablar, sin preguntar. Solo la miró.

June tenía el pecho húmedo. El cabello pegado a la frente. Las mejillas enrojecidas. Pero en su rostro no había vergüenza. Solo calma.

—Nunca me había sentido así —dijo en voz baja.

—¿Así cómo?

June giró la cabeza. Sus ojos todavía húmedos.

—Tan dentro de mí misma. Y tan fuera al mismo tiempo.

Riley acarició su mejilla con el dorso de los dedos.

—Yo tampoco.

La habitación estaba en penumbra. Las luces de la ciudad filtraban sombras suaves por las cortinas, y todo dentro del cuarto parecía más lento, más blando. Como si el tiempo se hubiera rendido también, dejándolas respirar.

June estaba tumbada de lado, aún desnuda, con la cabeza sobre el pecho de Riley. Escuchaba su respiración, su ritmo tranquilo, y el leve eco del corazón bajo la piel. No era rápido. No era agitado. Era firme. Como una certeza.

Los dedos de Riley recorrían la espalda de June en círculos casi perezosos. No buscaban nada. No empujaban hacia un nuevo inicio. Solo estaban allí. Sosteniéndola. Como si dibujar su columna fuera una forma de memorizarla.

—¿Estás bien? —susurró Riley, sin mirar el techo ni a ella, como si la pregunta flotara entre ambas sin necesidad de aterrizar.

—Sí —respondió June—. No tengo prisa por dormirme.

—Yo tampoco.

La sábana les cubría desde la cintura. El calor de sus cuerpos era suficiente. No hacía falta más. Ninguna pensaba en mañana. Ni en el vuelo. Ni en qué harían al llegar. Solo existían ahora, en ese presente que tan pocas veces habían podido sostener.

—¿Qué somos ahora? —preguntó June, como si se permitiera ser vulnerable solo porque estaba tumbada en su pecho.

Riley no respondió enseguida. Su mano se detuvo en la piel desnuda de su espalda. No por duda. Sino porque entendía el peso de esa pregunta. Porque sabía que si decía algo, debía ser verdad.

—Somos lo que queda después del miedo —dijo al fin.

June cerró los ojos. Esa frase no era una respuesta. Pero era suficiente.

—¿Y si mañana me vuelvo a romper? —murmuró.

—Entonces estaré ahí para recogerte —dijo Riley—. Aunque solo sea a trozos.

Se quedaron así un largo rato. Sin moverse. Sin decir nada más. Afuera, un coche pasó por la calle mojada. Dentro, todo era calor, piel, respiración.

Riley pensó en todas las veces que había huido. En todos los países. En las bases. En las cartas nunca enviadas. Y ahora, allí, con June desnuda sobre su pecho, era la forma más radical de amor que conocía.

June, por su parte, pensó en la palabra "alta". En cómo el hospital la declaraba recuperada, aunque su cuerpo aún doliera y su alma aún se sintiera en proceso. Pero ahí, en esa cama de hotel, comprendió algo más importante: no era solo que estuviera curándose. Era que, por primera vez, no tenía que hacerlo sola.

—¿Sigues aquí? —preguntó, aunque sentía su cuerpo pegado al suyo.

Riley sonrió.

—Sí. Esta vez, sí.

June levantó la cabeza. La besó despacio. Un beso sin intención de encender nada, solo de cerrar el día. De sellar el espacio entre ambas. Luego volvió a apoyarse sobre su pecho.

Y en ese gesto, en ese peso, en esa quietud, Riley supo que lo difícil no era volver a tocarse.

Era quedarse después.

Dormirse juntas.

Despertar.

Y elegir hacerlo todo de nuevo.

Epílogo

La luz entraba con suavidad a través de las cortinas blancas. El día apenas había comenzado y la casa entera respiraba un tipo de silencio que no era vacío, sino lleno. Lleno de vida, de rutinas, de cosas pequeñas. En el salón, una taza aún humeante descansaba sobre la mesa de madera, junto a un cuaderno a medio cerrar con dibujos infantiles de árboles torcidos y corazones desproporcionados. La casa no era grande, pero sí luminosa. Cada rincón parecía haber sido pensado para quedarse. Para echar raíces.

June caminaba descalza por el pasillo, con el cabello recogido en un moño improvisado y una camisa de algodón demasiado ancha, la que Riley solía usar para dormir. En una mano sostenía un vaso de zumo; en la otra, el teléfono, con un mensaje sin responder de una residente que le preguntaba por un caso del turno de la noche anterior. No lo abriría aún. Aquel era su día libre.

Al fondo, desde una de las habitaciones, se escuchó un sonido suave. Pasos pequeños. Un bostezo. La puerta se abrió con un crujido apenas audible y una figura menuda asomó la cabeza.

—Mamá —susurró la niña, arrastrando una manta con dibujos de astronautas.

June sonrió. Se agachó para recibirla en sus brazos, y la pequeña, aún tibia del sueño, se dejó abrazar sin decir nada más. Se quedaron así un momento, quietas, respirando juntas.

—¿Has soñado algo bonito? —preguntó June, acariciándole el pelo.

La niña asintió contra su cuello.

—Estábamos en la playa. Tú, mamá Riley, Aiden y yo. Había un castillo de arena gigante y mamá Riley me dejaba usar su gorra.

—Eso sí que es ficción —rió June, y la niña también.

Caminaron juntas hasta la cocina, donde June la sentó en la encimera para prepararle el desayuno. Aiden, el mayor, apareció poco después, arrastrando los pies y frotándose los ojos. Tenía el mismo gesto de concentración que June reconocía en sí misma cada vez que intentaba leer sin gafas. Y el mismo caos en el pelo que Riley cada mañana intentaba peinar, sin éxito.

—¿Dónde está mamá Riley? —preguntó él, abriendo un armario.

—En el gimnasio con los cadetes. Vuelve antes de las diez —respondió June, sirviendo cereales en dos tazones—. Hoy te toca partido, ¿te acuerdas?

Aiden asintió, pero no pareció entusiasmado. Tenía talento, pero no pasión. Lo suyo era la guitarra. Lo suyo era perderse en canciones que aún no sabía cómo escribir. June no lo presionaba. Sabía, demasiado bien, lo que era sentirse fuera de lugar.

Mientras los niños comían, June se apoyó en la encimera y los observó. No como una madre agotada que aprovecha cada minuto de paz, sino como alguien que aún se maravilla de que todo esto exista. De haber llegado hasta aquí.

Pensó en Riley. En cómo había cambiado su forma de caminar, de reír, de sostenerla. En la manera en que la miraba a veces por la noche, cuando todo estaba en silencio y el mundo no exigía nada. Pensó en el miedo que tuvieron. En lo mucho que dolió volver a encontrarse. Y en lo increíble que era, ahora, vivir sin armadura.

Y entonces, como cada mañana, supo con certeza que no habría podido llegar a este lugar con nadie más. Porque algunas historias no necesitan finales perfectos. Solo necesitan segundas oportunidades.

Y ellas habían hecho de la suya un hogar.

El sonido del motor se escuchó primero, amortiguado por la distancia. Luego, el portón se abrió con ese chirrido que June había dicho mil veces que había que arreglar —y que Riley, por supuesto,

seguía sin tocar—. Los pasos firmes sobre la grava del jardín delantero anunciaron su llegada antes incluso de que apareciera por la puerta.

—¡Mamá Riley! —gritó la pequeña, saltando de la silla con los calcetines desparejados.

—¡Entra con los pies limpios! —alcanzó a decir June antes de oír el golpe sordo de la mochila contra el suelo y la risa de su hija al lanzarse sobre su madre.

Riley la recibió con los brazos abiertos, aún vestida con el uniforme de entrenamiento: camiseta ajustada, pantalones oscuros, las botas manchadas de polvo. La alzó con facilidad y la giró en el aire. Luego, al verla tan sonriente, no pudo evitar besarle la frente.

—¿Has desayunado? —preguntó, dirigiéndose a los dos.

—Cereales y zumo. Mamá ha dicho que hoy hay partido —respondió Aiden desde la cocina.

—¿Preparado? —Riley le lanzó una pelota imaginaria.

Aiden la atrapó al vuelo, sin dejar de masticar.

—Más o menos.

June apareció en la puerta, cruzándose de brazos. Sonrió al ver la escena: Riley con la niña aún colgando de un brazo, Aiden con cara de sueño y orgullo contenido, y el olor del café recién hecho comenzando a llenar la casa. Era una imagen que no necesitaba filtros. Una que dolía de tan real.

—Hola —dijo, y Riley la miró.

—Hola.

Ninguna de las dos se movió durante un segundo. Solo se miraron. Y, como cada mañana, hubo algo en ese cruce de miradas que lo decía todo: "Estamos aquí. Seguimos aquí."

—¿Café? —preguntó June, y fue como si el mundo volviera a ponerse en marcha.

—Pensé que no lo preguntarías nunca.

Entraron juntas en la cocina mientras los niños subían a cambiarse. La cafetera burbujeaba suavemente. Riley se acercó por

detrás y rodeó a June por la cintura. No con deseo. Con calma. Con pertenencia. Apoyó la frente en su nuca y suspiró.

—Hoy ha sido un día largo —dijo en voz baja.

—Son las diez de la mañana.

—Exacto.

June sonrió. Le tomó la mano y la apretó. Esa costumbre de no hablar demasiado de lo que duele no había desaparecido del todo, pero ahora sabían leer los silencios. Habían aprendido a no necesitar explicaciones para quedarse.

—¿Quieres que hablemos de ello? —preguntó June.

—No ahora. Pero gracias.

El café estaba listo. Sirvieron dos tazas, y durante unos minutos no hicieron nada más que eso: beber juntas en la cocina, en pijama, con la luz dorada de la mañana colándose por las ventanas.

No era espectacular.

No era épico.

Pero era suyo.

Y eso era suficiente.

La tarde avanzaba con lentitud, como solo lo hacían los días que no exigían nada. La familia había salido al parque, una costumbre de los domingos, pero hoy todos se quedaron en casa. Aiden tenía deberes. Lily había decidido construir una ciudad entera con bloques de madera en mitad del salón. Y June, tras limpiar los restos de pintura de la mesa —un proyecto escolar que se había salido de control—, se sentó en el sofá con una manta sobre las piernas.

Riley estaba en el porche trasero, ajustando los listones de la valla del jardín. No lo necesitaba. Nadie entraba sin llamar. Pero a veces decía que reparar cosas la ayudaba a no pensar demasiado. A mantenerse en tierra firme. Aunque June sabía que, cuando el martillo golpeaba más fuerte de lo necesario, algo se había removido por dentro.

La observaba desde el ventanal. El sol de primavera le iluminaba los brazos, marcando las líneas de sus tatuajes. Había más ahora. Uno en el antebrazo que decía *hold fast*. Otro, más reciente, que

June aún recorría con los dedos por las noches, justo sobre la clavícula: un trazo simple, como una línea de vida.

—Mamá, ¿puedes ayudarme con esto? —La voz de Lily llegó desde el salón.

June se levantó, se agachó junto a su hija, y durante los siguientes diez minutos se dedicaron a ordenar torres, organizar calles y construir, con una precisión casi quirúrgica, el hospital de juguete en el centro de la ciudad improvisada.

—¿Por qué el hospital está justo en medio? —preguntó June.

—Porque si alguien se hace daño, así no tarda en llegar —contestó la niña, como si fuera obvio.

June sintió que algo en su pecho se movía. Acarició el cabello desordenado de Lily y le sonrió sin decir nada.

Cuando terminó, volvió a la cocina y preparó dos tazas de té. Una para ella. Otra para Riley.

Salió al porche y se la ofreció en silencio. Riley la recibió con una leve inclinación de cabeza. Se sentaron juntas en los escalones de madera, con la vista al jardín donde las plantas comenzaban a brotar.

—He estado pensando —dijo Riley al cabo de un rato—, que podríamos ir este verano al lago. Al de verdad.

June giró la cabeza para mirarla.

—¿Con los niños?

—Sí. Y contigo.

June dejó que la idea flotara. El lago. El del principio. El de las promesas rotas. El de las huidas. El que, de alguna forma, seguía allí como un punto de origen.

—¿No crees que es demasiado pronto?

—Han pasado diez años.

—Por eso.

Se miraron.

Y entonces Riley sonrió.

—Podríamos enseñarles a nadar allí.

June bajó la vista, ocultando la emoción en la taza de té.

—Está bien —dijo—. Este verano.

Se quedaron en silencio. El tipo de silencio que no incomoda. Que acompaña. Que dice más que cualquier palabra.

Y así, mientras el día moría poco a poco, supieron —sin necesidad de decirlo— que estaban bien. Que lo habían logrado. No porque todo fuera perfecto. Sino porque, después de todo, seguían eligiéndose. Cada día. Aunque doliera. Aunque costara.

La noche llegó con la misma delicadeza con la que habían aprendido a vivir. No hubo sobresaltos. Solo una cena tranquila en la cocina, con Aiden contando entre bocados que había sacado un nueve en ciencias, y Lily preguntando si las estrellas podían caerse del cielo.

—No —dijo Riley, alzando una ceja—. Pero si alguna lo intenta, tú la sujetas, ¿vale?

La niña asintió, solemne, como si acabaran de confiarle una tarea crucial para el equilibrio del universo.

Después, los baños, los cuentos, los besos de buenas noches. June se encargó de Lily, que insistía en dormir con su unicornio de peluche, y Riley se tumbó un rato junto a Aiden, escuchando su voz apagada mientras le hablaba de dinosaurios y de un videojuego nuevo que quería probar.

Cuando al fin cerraron la puerta de los dormitorios, la casa quedó envuelta en un silencio casi sagrado. Un silencio de hogar. De cosas que están en su sitio. De cicatrices que no duelen tanto.

June apagó las luces del pasillo. Riley fue a la cocina y colocó las tazas del desayuno en la encimera, como cada noche. El reloj del microondas marcaba las 22:14. Nada urgente. Nada pendiente. Solo ellas dos.

Se encontraron en el dormitorio. June se deshizo de su ropa con un gesto lento, dejó la blusa sobre la silla, el pantalón doblado con cuidado. Riley la observaba desde el marco de la puerta, los brazos cruzados, como si aún le costara creer que esa mujer —la misma que había dejado atrás una vez— estuviera allí, todos los días, eligiéndola sin condiciones.

—¿Vienes? —preguntó June.

Riley se acercó. Se metió en la cama sin decir nada. La habitación estaba en penumbra, pero no necesitaban luz. Habían aprendido a leerse en la oscuridad.

—¿Recuerdas cuando pensábamos que esto era imposible? —susurró Riley, con la frente apoyada en la de June.

—A veces todavía lo pienso —respondió ella.

—¿Que es imposible?

—No. Que sea real.

Riley rozó sus labios con los suyos. Un beso suave. No urgente. De esos que no buscan respuestas, sino presencia. Permanencia.

—Es real —dijo, bajito—. Lo hemos hecho real.

Se acomodaron bajo las sábanas. June se acurrucó contra el pecho de Riley, como solía hacer cuando el miedo la apretaba. Pero esta vez no era miedo lo que sentía. Era algo más hondo. Más tranquilo. Como si, al fin, pudiera soltar todo lo que había llevado a cuestas.

Riley le acarició el cabello en silencio.

Y no hizo falta nada más.

Porque en esa cama, en esa noche tranquila, después de tantos años, de tantas huidas, de tanto dolor… por fin estaban donde siempre habían querido estar.

El sueño llegó despacio, como una marea que no arrastra, sino que mece.

Riley fue la primera en dormirse. June lo supo por la forma en que su respiración se volvió más profunda, más regular. Se quedó despierta unos minutos más, sintiendo el peso cálido de ese cuerpo que conocía de memoria, ese cuerpo que había cambiado con los años, como el suyo, pero que seguía siendo casa.

Pensó en todo lo que habían atravesado. En las cartas que nunca se enviaron. En las heridas que tardaron años en cerrarse. En los silencios que casi las separan. Y en cómo, al final, lo único que quedó fue la decisión de no soltarse más.

Se incorporó con cuidado, para no despertarla, y salió al pasillo descalza. La madera crujió bajo sus pies, familiar. Entró en la habitación de los niños. Aiden dormía con la boca entreabierta, abrazado a un peluche de dinosaurio. Lily estaba hecha un ovillo, las sábanas hasta la barbilla, con una mano fuera del colchón, como si hubiera estado buscando algo incluso en sueños.

June sonrió.

Cerró la puerta con suavidad y volvió al dormitorio.

Riley seguía dormida, una mano extendida hacia su lado de la cama, como si la buscara incluso dormida. June se metió bajo las sábanas de nuevo, y apoyó la cabeza en su pecho.

Allí, con el corazón de Riley latiendo lento bajo su oído, pensó que tal vez no todas las historias de amor terminan. Algunas simplemente se transforman. Se hacen más calladas. Más fuertes. Más reales.

Se quedó dormida con una última imagen en la mente.

El primer día que se dio cuenta. En el lago. Con la ropa empapada. Los ojos desafiantes. La sonrisa que le cambió la vida.

Y supo, con una certeza absoluta, que si tuviera que volver atrás, si tuviera que pasar por todo otra vez —el dolor, la pérdida, el miedo —, lo haría sin dudarlo.

Porque la única razón por la que seguía respirando con tanta fuerza… era ella.

Y, diez años después, todavía la elegía. Cada día. Cada noche.

Siempre.

FIN